

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA GENERAL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA GENERAL DE BIBLIOTECA

LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF TEXAS AT AUSTIN

OROZCO

LA
GUERRA
DE 30 AÑOS

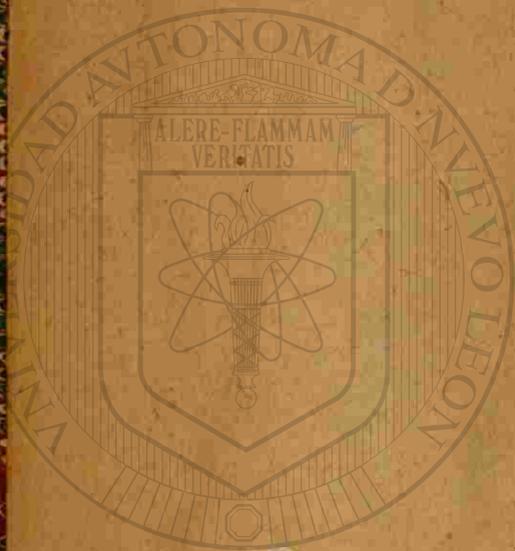
1

RAJ
PQ7297
.076
G8
v.1

R. C.



1080013879

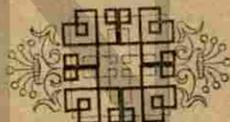


LA
GUERRA DE 30 AÑOS.

POR

FERNANDO OROZCO.

TOMO I.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

MEXICO.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA
IMPRESA DE VICENTE GARCÍA TORRES,
á cargo de Luis Vidaurri.

1930.

COPIA DE
BIBLIOTECA DE
FERNANDO OROZCO

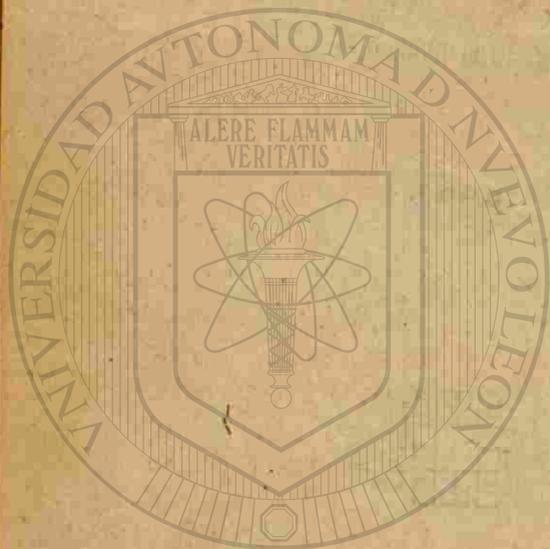
1930

PA 7297

.076

G8

v.1



FONDO HISTÓRICO
R. CARDO COVARRUBIAS

156185

Sr. D. Manuel Orozco.

México, Julio 4 de 1850.

Hermano:

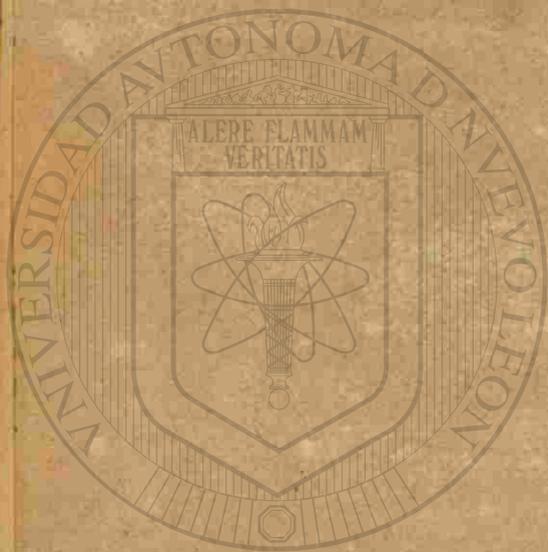
este primer libro debía pertenecerte: en primer lugar, porque eres mi hermano, y no tengo otro hombre á quien amar mas: en segundo, porque tú me pagarás el obsequio con un apretón de mano ó con un consejo: esto vale mas que el dinero ó la proteccion humillantes de un magnate.

A tu lado he escrito todas las páginas de la vida de Gabriel, aunque hayamos estado separados: tú serás el mejor juez de un libro, con el cual recibes mi corazón.

Abraza á nuestra hermana, cuideuse del cólera y no me olviden.

Fernando.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

LA GUERRA DE 30 AÑOS.

I.

DISCULPAS.

Frescos aún los últimos renglones de mi manuscrito, lo entrego á la mano secular del impresor, para que derrame copias, si es posible, por todo el mundo.

Al escribir me propongo todos los objetos posibles: divertirme y divertir á los otros; recibir una lección ó darla, hasta arrancar un aplauso si no es excesiva mi pretension. Yo no tengo modestia ni hipocresía: escribo para que me lean, para que me celebren si lo merezco, no para que me adulen, ni mucho menos para guardar mis borradores empolvados y contemplarlos en la soledad, como el ava-

ro contempla su dinero, tomado ya con la humildad del pozo que lo oculta.

Nadie me ruega que publique yo mi obra, ni nadie me rogó que la escribiera: ambas cosas las hago por mi espontánea voluntad, y entre los objetos que me propongo, uno de ellos es hacer una prueba de mí mismo.

En este libro no hallará el lector, ni maldiciones, ni puñaladas, ni brujas: ni siquiera intrigas y enredos. Es una relacion fria; una hipótesis si se quiere; una historia imaginada en parte, en parte sentida; historia que cuento como contaria otra cualquiera.

No es tampoco un sermón de moral, ni un curso de galantería, ni un cuento de las Mil y una Noches. De todo tiene y principalmente de amor: amor mezclado con el desaliento y la tristeza; amor á la moda del siglo, escéptico, ideal y.... todo lo demás que nos traen los vientos de allende los mares. En fin, novela.

Pero la novela ha tomado el mismo giro que la pintura: los personajes se toman del natural, dejando á la imaginacion solo los adornos: y si es necesario presentar á una muger desnuda, ó un hombre en el acto de meter su mano en la arca que va á robar, así se pinta, porque, esa es la verdad.

Algunos dicen que esa libertad corrompe.... es posible; pero yo no he encontrado todavía un solo caso en que la verdad y la moral no anden her-

manadas: desde que un dia las vea entrecortarse y no seguir paralelas siempre, una al lado de la otra, en perfecta armonía, desde entónces procuraré escribir cuentos llenos de brujas, de encantadores, de palacios de cristal y princesas esclavizadas por gigantes. Pero mientras no suceda eso, escribiré mi historia y la agena; no ocurriré al ingenio ni á la imaginacion, sino á la memoria de los sucesos que ví ó de que fuí actor.

Si la pintura le ha dado á la novela la naturalidad, la filosofía ha comunicado tambien á todos los escritores el deseo de saber el *por qué* de las cosas, y el espíritu analítico se ha mezclado hasta en los negocios mas frívolos. Menor mal; aunque no falta quien diga que la literatura moderna, desalienta á mas de corromper, y marchita las flores de la juventud ántes de dejarlas brotar.... desilusiona; esta es la expresion. Pero si esta ilusion es una verdad, no podrá destruirla un cuento, una invencion de escritor ligero; si no es una verdad, nada se ha perdido.

Si las novelas del escepticismo moderno, quitan ilusiones, en cambio dan lecciones de esperiencia; y si despiertan de la embriaguez juvenil, robustecen el corazon, lo endurecen, contra los engaños y los dolores.

Correr ciego para estrellarse contra una roca, cuando creia uno abrazar un ángel, es mas doloroso, que ver el peligro de léjos, desviarse para evitarlo, ó permanecer quieto y resignarse. No se

gozan ilusiones ni se sufren desengaños: se esteriliza el alma y se muere el corazón.... Pero la creencia en otra vida es la garantía del placer inmenso, positivo, inagotable; el único que satisface el alma.

El paraíso del mundo quedó agostado el primer día de su eflorescencia; no hay que buscar flores ni juncos para tejer una corona, sino tomar un tronco viejo y enhuecado por los gusanos, para arrojarlos al mar de la vida, y dejarnos llevar del viento que conduce á la playa desconocida de la eternidad.

Si en este libro ha de encontrarse un pensamiento, este es probablemente. Esta es la gran consecuencia que han sacado todos los filosofadores posibles.

Aún no comprendo el amor. Todo lo que conozco de él es el lenguaje aprendido en el mundo, y que será el que use para que el mundo me entienda.

Un corazón frío y susceptible; desconfiado y crédulo; sublime y pervertido; afectuoso y misántropo; todo á la vez.

Este es en resumen el carácter del protagonista, la idea desarrollada según mi intención.

Una cosa será preciso advertir, y es, que del estilo y la ejecución se puede juzgar desde el primer capítulo, pero del pensamiento fundamental solo hasta haberlo examinado por todas sus facetas. Así

espero que no formarán juicio los lectores hasta que no hayan visto las dos caras que, como al tiempo, pienso ponerle á mi hijo.

Fácilmente se observará que todos los personajes son bozetos y no figuras acabadas: el cuadro está solo perfilado é indicadas las tintas; pero de otra manera la obra habría pasado los límites de prueba.

Tal vez mañana cada uno de los nombres de este catálogo, sea el título de otra novela.... La amenaza es terrible para el que no guste de mí: lo comprendo, y por eso no lo prometo, sino que me contento con indicar que es posible.

Si ahora coloco la escena en España, á donde nunca fui, razones tengo para ello; pero más adelante, y si Dios lo quiere, haré que mis hijos vivan en donde yo he nacido, en México.

Probaré, si es posible, hallar dentro de mi país la novela; y la novela original, indígena.

Hombres sin patria, y patriotas sin nombre: mujeres divinas que se consumen en el marasmo de nuestra pereza social, ó que se prostituyen en la ignorancia; almas sin vida, corazones sin afectos; calaveras ridículas; artistas sin gloria; ciudadanos sin porvenir: una época que se va, otra que comienza: dos generaciones que luchan sobre la tierra más florida y bajo el cielo más claro.... la Europa espionando; los hijos de Washington queriendo hacernos felices á traición....

Esta es la mina inagotable que tienen los novelistas mexicanos. Yo no explotaré todas sus vetas;

soy demasiado perezoso para obra tan laboriosa; pero las denuncio para el que tenga mas ambicion que yo, ó mas habilidad.

Por ahora me he conformado con matar el fastidio y soltar la pluma. Mas adelante tengo el tiempo.

Una última aclaracion tengo que hacer. Nunca he visitado la península de nuestros conquistadores; y digo Búrgos y Madrid, como diria Constantinopla ó Chihuahua: por eso no me detengo en pormenores topográficos ni astronómicos. Si digo que en Búrgos hay un teatro, es porque á mi propósito necesitaba un teatro; si digo que en Madrid el sol sale por Antequera ó por Cádiz, es porque para ser de dia no se necesita de que el sol salga por el Oriente, sino de que salga, y no importa por donde. Con esto quedo autorizado para inventar un nuevo sistema de geografía al uso de los que sean como yo.

Por último; si digo que los burgaleses ó los madrileños son unos herejes y unos hotentotes, no me crean: yo sé á quien lo digo, y no hago mas que tomar un nombre prestado.

Entre los miedos que me asaltan, uno de ellos es el de que se encuentren escenas demasiado vivas: si esto es un mal, si en efecto he traspasado los límites de lo justo, escribiendo cosas imposibles, me atengo al mal ejemplo de otros escritores, que con una reputacion intachable y una fama univer-

sal, han dado tintas mas fuertes todavía, sin ofender á sus lectores.

Por otra parte, nada se hallará en este libro que no haya sido visto, sentido ó imaginado por cada uno; y respetando el precepto prudente de no decirlo todo, aun me he callado algo; todo lo que reprobria la susceptibilidad pública, el pudor convencional de las sociedades.

Con esto ha terminado la introduccion. Si algunas reflexiones nuevas me ocurrieren las haré en el epílogo.

México, Mayo 20 de 1850.

de la niñez, solía ocuparse también de la juventud. Entre las niñas que iban había una de muy cerca de quince años, que aún aprendía á coser.

Bonita debía ser Chucha para que yo, de siete ú ocho años, lo conociese. Pero de siete años, ni la iglesia considera á un niño capaz de pecar.

Seguramente era yo uno de los más malcriados porque Chucha me veía con repugnancia. A mí que me importaba? No por eso me parecía menos bonita.

Chucha estaba un día preocupada con su labor, agachada sobre su almohadilla: pasé junto á ella; ví que la ocasión era oportuna, y pasándole mi brazo por el cuello, cuando ella volteó la cara á ver quien la interrumpía, le planté un beso, y eché á correr riéndome de mi travesura: por travesura lo hice, por molestar á la que me veía con repugnancia.

Todo pasó á la luz del día, en plena concurrencia: ¿por qué me había de esconder? Ella, no obstante, me acusó con la maestra.

—¡Ola-niño!—me dijo la maestra, trayendo ya la disciplina en la mano; ¿con que vd. es tan indecente y tan desmoralizado?

—¡Ay! señora maestra, si yo...

—¡Quiteusté allá, niño corrompido.... Voy á hacer con vd. un ejemplar, para que no cunda su mal ejemplo entre tanto inocente.

Y ¡zas! me plantaron unos cuantos azotes.

Yo lloré, no precisamente por los azotes, sino

II.

AQUÍ COMIENZA LA HISTORIA.

Me llamo Gabriel, y nací predestinado al martirio. A falta de verdugos barbones y atezados como los que salen en los dramas, nacieron las mujeres, que sin matar de un hachazo, saben desgarrar el corazón con la sonrisa en los labios, y el rubor en la frente.

Yo fui enviado á la amiga, casa de educación ambisexual, donde los varoncitos primero aprenden á tejer cordones y ensartar la aguja, que á leer ó rezar.

La maestra, castellana vieja, sabía perfectamente bordar, coser, y leer de corrido; todo, cuando tenía puestos unos anteojos de vidrios redondos, que cabalgando se apoyaban exclusivamente sobre las narices. Cuerpo flaco y huesudo, semblante severo, voz ronca, y unos dedos que cuando me pellizcaba, me parecían tenazas.

Dedicada aquella vieja chocante á la enseñanza

por el despecho de ver la presura y la alegría con que algunos de mis compañeros me agarraron y me tenían mientras me vapulaban. Se estaban ensayando de verdugos.

¡Verdugos para mí!... Si no había cometido ningún pecado; mi intencian no era maliciosa.

Pero Chucha me acusó, la maestre me azotó, mis compañeros se gozaron en el castigo.... Luego he cometido un gran crimen sin saberlo; luego es malo besar á las mugeres!.... Ya me guardaré otr o dia de hacerlo delante de todos.

Con este propósito, y no siendo uno de esos muchachos preguntones, que ponen en aprietos á sus tías ó sus nanas, pasé por inocente hasta los diez y ocho años.

Y realmente lo era, gracias á la Providencia

Una niña que me acompañaba en mis travesuras infantiles, y despues una parienta jóven, fueron los agentes del diablo, como diría una beata, encargados de educarme. Yo era, sin embargo, un angelito, y por más que ahora percibo la claridad y la eficacia de sus insinuaciones, no supe entónces corresponder á sus inocentes deseos; sí, inocentes; estoy seguro de que tan poca malicia había en ellas como en mí; no obedeciendo todos sino al instinto.

Sin comprender yo todavía el fin para qué fué creado el hombre, buscaba á las mugeres, gustaba de su compañía, las acariciaba con complacencia y sentía un bien estar indefinible á su lado, por mas que fuese vago el afecto, desconocido el fin, y la intencion inocente.

En el colegio recibe uno los primeros malos ejemplos de tener novia, escribir cartitas y enamorar en general á las mugeres. Hablaba yo con mis compañeros de galanteos, escuchaba sus confidencias, y hasta les daba consejos, cuando todavía mi corazon no sentía el primer movimiento, y mis labios no habían pronunciado la primera palabra de amor.

Deseos sin nombre ni objeto, impulsos efimeros, imaginations vagas era todo lo que sentía, cuando por fin las circunstancias me hicieron concebir la primera pasion.

Aún vuelvo á preguntar, ¿he tenido alguna?...

1828, Junio.

Tenia 18 años. Revoluciones de familia me sacaron de mi casa, para conducirme á la de un hombre extraño, viejo austero y corrompido, cuya vida se me ha revelado despues con todos sus horrores.

Mi nueva familia se componia de este hombre, una señora cuarentona y dos jóvenes, bonita una de ellas, que no llegarían á veinte años.

Con la misma exactitud de un soldado entraba yo y salía á la casa á ciertas horas, comía por plazos fijos, hablaba lo enteramente necesario, y muchas noches desde la oracion me encerraba en mi cuarto, para no volver á ver á nadie hasta el dia siguiente.

Ninguna de estas mugeres me llamaba la atencion: vivía con ellas, como entre hombres; siempre

con reserva á pesar de la familiaridad de la vida doméstica.

Mi primer mal pensamiento fué una muger tan vieja como atractiva y hermosa, que me enamoró regalándome toda especie de golosinas. Solo unas cuantas escenas notables recuerdo de esta historia.

Era una tarde bien hermosa: la casualidad me reunió en un jardín con otras personas, entre ellas Agustina, que así se llama esta primera heroína. Despues de haber paseado un rato, nos sentamos todos en una banqueta de piedra, formándose los grupos por edades y condiciones. Agustina estaba en la estremidad de la línea de las gentes grandes cerca de mí, que era el primero en la fila de los muchachos.

La conversacion comenzó entre nosotros por flores, siguió con travesuras y propósitos de placer, terminando por golosinas.

—Pues que, ¿le gustan á vd. mucho los dulces? me preguntó Agustina.

—Sí—le contesté con la mayor sencillez.

Acabó la tarde y nos separamos todos.

Agustina era una muger de alta y proporcionada estatura; gruesa pero de talle flexible; una blaucara exquisita; unos ojos de azabache; un cuello y una espalda provocantes: su hermosura habia sido proverbial en todo Madrid, y á los cuarenta años era todavía bastante buena moza para tener pretendientes y llamar la atencion.

Pocos dias ántes de esta tarde la habia yo visto;

nuestras casas estaban inmediatas, y su aspecto me habia hecho una impresion bastante agradable; pero en todo pensaba ménos en ella. La única especie de relaciones que podia haber entre los dos, ni la concebía yo; la hubiera concebido, y me habria parecido un disparate, supuesto mi carácter, mi miedo y mi escolasticismo. Deseos muy vagos escitó en mí su hermosura, pero no fijos, si no los que á esa edad despierta toda muger, en la organizacion de un niño que comienza á sentir los primeros impulsos.

Al siguiente dia recibí en mi casa un plato lleno de esquisitos dulces, que Agustina me mandaba: Agradecí mas los dulces que la fineza, porque de chico fuí algo goloso, y se me olvidó la muger, á la vista de las almendras garapiñadas y el guayabate.

Ya el lector habrá previsto que bien pronto hallé la ocasion de visitar la casa de mi bella vecina. Gabrielito, *en diminutivo*, era tratado con zalamería, con agasajo, con delicadeza; los dulces llenaban mis bolsas y mi estómago, y recibia yo pruebas de confianza íntima que me sorprendian.

Agustina vivia sola, enteramente sola con los dos ó tres criados que la servian: su pequeña casa muy semejante á la de un soltero rico, estaba adornada con gusto; su mesa era exquisita; su traje era elegante y aunque no tenia coche propio, nunca le faltaba uno bueno para salir á hacer sus visitas: yo no le conocia marido, amante, familia ni rentas. Esta vida independiente y cómoda me era inespli-

cable; pero yo hallaba aprecio y dulces; y poco á poco mis visitas se hicieron frecuentes; poco á poco fué agradandome aquella muger, hasta serme necesaria, hasta inquietarme cuando no la veia yo en cierto tiempo.

Mi intimidad creció naturalmente, y ya no respetaba yo la etiqueta de las horas para visitarla. Una mañana bien temprano me dió el capricho de verla: subí, la criada me observó que aún estaba en la cama su señora; yo hice que le avisaran, y se me introdujo hasta la recámara.

Mi sorpresa fué como de muchacho de 17 años, no iniciado en ciertos misterios: aquella recámara era para mí un retrete encantado, de aquellos que solo se ven en los cuentos. La cortina del balcon habia sido medio descubierta al entrar yo, de modo que los objetos aparecian con la media luz que deja ver á la imaginacion todos los encantos que inventa: muelle alfombra, colgaduras ricas, muebles valiosos, un tocador magnífico lleno con todos los dijes y las chucherías de una coqueta; cuadros preciosos, en fin, una cama régia cubierta con un cortinaje blanco, entre cuyos pliegues asomaba una muger hermosa... muger que sabiendo que iba yo á entrar, no cubrió el seno hasta que me vió á dos pasos de su cama.

Me senté en el sillón de la cabecera, y Agustina recostada sobre un mórbido brazo desnudo, con el otro sujetaba la ropa contra el seno de tal modo,

que haciendo manifiesto el empeño de taparlo, provocaba mas el deseo de verlo.

Una muger *comme il faut* siempre tiene perfumada su recámara; y un perfume es para mí el mejor estímulo de los sentidos: aquella atmósfera me embriaga; mis ojos penetraban el tejido de las ropas que cubrian aquel cuerpo mórbido que se dibujaba debajo de ellas; sus miradas me turbaban. Dentro de mi imaginacion habia un volcan; el corazon me latia con violencia; la respiracion me faltaba.... ¿Qué hablamos?—no lo sé. Ella me decia palabras que he olvidado por que entónces no las comprendia; frases de tierna amistad, de aquella amistad entre hombre y muger, que tan fácilmente degenera.

Despues de un momento vi sobre una rinconera una Vénus de marfil toda desnuda, y frente á la cama un buen cuadro de Susana sorprendida en el baño, que yo tomé por otra Vénus... Todo aquello era para mí la revelacion del placer; acaso estaba yo tan cerca de él como de Agustina, que en aquel momento me parecia una divinidad.

Pero comprimí mis impulsos por miedo, por respeto: me parecia una profanacion hasta el deseo que sentia sin espresar; leia yo en sus ojos la ira de la indignacion á la menor de mis insinuaciones; me inspiraba mas veneracion que la que hoy tendré á la virgen mas pura y delicada. Por otra parte, ¿sabia yo acaso lo que debia decir, ni lo que debia hacer?... Las vias de hecho y las lisonjas acaloradas que seducen á la cortesana, las ignoraba yo,

lo mismo que las frases y las caricias del platonismo. Aunque hubiera vencido los remordimientos que ya sentía, me separaba todavía de ella el abismo de la ignorancia. Agustina por su parte nunca intentó violentarme; quería seducirme, despertar mis deseos, darme las primeras lecciones para gozar del entusiasmo virginal de un niño inocente.... porque lo era; ningún otro habría sentido mayores remordimientos por solo haber consentido un momento; ningún otro habría permanecido firme como yo, en medio de tanto peligro.

Después de un cuarto de hora, largo como el martirio, me levanté para irme.

—A dónde va vd.?

—A la calle. Ya es hora de que se levante vd.

—No; mas tarde.

—A lo menos me saldré á la otra pieza mientras vd. se viste.

—Aún no tengo gana de levantarme.

—Tal vez estorbo.

—¡Oh! no: tengo mucha pereza, y hoy no me levantaré hasta muy tarde.

—¿Está vd. enferma?

—¡Dios me libre!... Es el único bien que pido al cielo, que me libre de ser una de esas mugeres enfermas y repugnantes.

Yo cambié esta conversación que me violentaba; después de dos horas de hablar poco y tragar mucha saliva amarga, me despedí y salí de aquella ba buscando aire fresco y puro que respirar.

Hoy, corrompido ya mi corazón, es incapaz de sentir los mismos afectos, y no puedo describir aquel estado violento, en que tan pronto me punzaba un remordimiento, como me dejaba arrastrar del torbellino de placeres desconocidos que me prometía aquella muger: sentía yo un calor seco, árido, quemante; me deslumbraba la luz, me tostaba el sol... Cuando al cabo de algunas horas pude calmarme, me quedó un desabrimiento, una tristeza, un terror, como si en efecto hubiera cometido un crimen.... temía yo que al llegar á mi casa me conocieran en los ojos de donde iba, y lo que había pensado.

En la noche no pude dormir hasta muy tarde: la imaginación estaba ecsaltada. ¿Quién era aquella muger? ¿cómo vivía con aquel lujo? ¿su conducta era franca y sencilla, ó corrompida y maliciosa?... Bien pronto tomé informaciones, que por casualidad fueron mas estensas de lo que podía esperar, y voy á contar lo que supe, para que se juzgue el efecto que produciría en mi corazón.

Agustina había sido una muger linda en su juventud: primero amante y después esposa de un poeta, cuyos amores recordaba ella con tanta ternura, que un día que casualmente leí yo delante de ella y en alta voz, una oda de Garcilaso, la ví llorar y suspirar.

—¿Por qué esas lágrimas?

—¡Recuerdos!....

—¿De qué?

—De mis únicos amores.

En otra edad se habria ofendido mi amor propio con esa respuesta: entónces solo sentí el pesar de no ser ó haber sido el hombre que merecia aquellas lágrimas despues de veinte años de muerto. Breves fueron los años de sus amores, pero tan llenos de placeres, que á esta muger le bastaban los recuerdos para entristecerla ó alegrarla. Su vida presente dejó de ser un misterio para mí: esta muger ya no amaba, ahora lo entiendo así; pero acostumbrada al lujo, tuvo que ponerle precio á su hermosura, y se dejaba galantear por los magnates,

De entre estos, un canónigo rico y ciego ya, acaso á fuerza de amor, era el actual poseedor: yo, gracias á mi candor no lo habia entendido, y acababa sus visitas á antigua amistad, á parentesco lejano... me parecia imposible que un moribundo á quien sus criados ayudaban á subir y bajar las escaleras, pensase en placeres de esta especie, y los apreciase en tanto que les sacrificara su fortuna. Por otra parte no estaba yo aún iniciado en los secretos de la galantería senil, y se me hacia imposible todo placer recíproco entre la vida y la muerte

A medias lo comprendia yo todo, teniendo que suplir mucho con hipótesis y teorías, que no revelaba á mis amigos por temor de la burla; pero esto me bastaba para tener en mi imaginacion un continuo fuego que me atormentaba.

A pesar de todo, mi valor no crecia; siempre tímido, no osaba yo ni mirarla; sus ojos me hacian

poner colorado como un carmin. Pienso que ella gozabamas mirandome en esta situacion, que teniendome en sus brazos; y por eso ni me precipitaba, ni me alejaba enteramente.

Siempre he sido delicado ú orgulloso, y semejante al D. Amadeo de Breton, le he tenido mas miedo á un desaire que á una enfermedad; permaneciendo por esta causa siempre callado, á pesar de todas las probabilidades que tenia en mi favor. Aún creia yo en las mugeres el apego á la reputacion, y no miraba que mi edad, mi condicion y mi simpleza eran sus mejores garantías contra la maledicencia. ¿Quién va á sospechar que un pobre diablo de estudiante, con sus zapatos abotinados y su turca rota es el poseedor de una cotorra hermosa?... ¿Quién, aunque se lo cuenten, creerá que un imbécil colegial, sin maneras ni lenguaje, hasta sin alma todavía, es el galan misterioso de una cortesana presumida?... Bien tarde sé que esa inmensa distancia aparente es la garantía; ahora sé que los extremos se tocan, y que por lo mismo que el mundo no cree que hay peligro entre un hombre despreciable y una muger de mérito, son mas frecuentes las relaciones entre ellos, á medida que la muger tiene mas talento y mas pudor.—Ahora me esplico y creo las fortunas de algunos mas despreciables que yo, con mugeres mas encumbradas que esta: hasta conveniencia suele ser para muchos maridos, un amante de esta especie que no compromete su honor, que lo libra muchos dias de su

muger, y que puede arrojar de un puntapié el día que se le antoje, sin que los ociosos se pongan á interpretarlo desfavorablemente; cuando mas, se supone que pretendió, mas no que alcanzó gran cosa. Las mugeres por su parte tienen un amante (si es capaz de serlo) sumiso, obediente y virginal, que les sirve hasta de lacayo; que en vez de mandar obedece, y que tomando por un favor, lo que acaso no es mas que necesidad, se muestra agradecido y reservado, aunque no sea sino por miedo del marido, el papá ó el hermano: jamas levantará la voz ni pretenderá en público una de aquellas deferencias que importan la posesion á los ojos de la sociedad; porque aunque no ignore siempre el imperio que se adquiere sobre la muger poseida, teme un desaire que le haga la muger, con tanta mayor firmeza, cuanto mas interes tenga en acallar la maledicencia.... Ay!... todo esto ignoraba yo: Pero me ha servido de algo el aprenderlo despues?

Una de aquellas noches de verano, en que hasta el aire queda tibio y pesado, me salí desesperado de casa para disipar una tempestad que estaba formandose en mi imaginacion. En vez de ir á tomar un baño de agua fria, el diablo me condujo á casa de Agustina: pensé que su vista me consolara.

El cuarto en que me recibió estaba alumbrado apenas por una sola luz colocada en el rincón mas apartado; Agustina estaba junto al balcón, tirada en un ancho butaque.

—Si es vd. escrupuloso no me mire; porque me mero de calor y no he de taparme. Arrímese vd. su silla.

En efecto se hubiera escrupulizado hasta un doctor; cuanto mas un simple estudiante de lógica.

Ella habia tenido puesta una bata de muselina blanca, abierta toda por delante, y sacandose las mangas se habia despojado de ella, quedandose con los brazos y el seno descubiertos, á merced de una camisa desjaretada. No era aquel espectáculo muy propio para calmar mi imaginacion, mas y mas exaltada por la hora, la soledad, y las sombras. Insensiblemente fuí acercando mi silla, sin pensarlo yo mismo, y pienso que estaba próximo á cometer una barbaridad, cuando la puerta se abrió con estrépito.... El canónigo—fué la primera idea que me ocurrió, para mas atormentarme; y no era por fortuna sino un pariente, que saludandonos en común fué á acostarse al sofá mas inmediato. Este pariente impolítico fué el ángel de mi guarda; mis malos pensamientos se disiparon como por encanto; recobré mi tranquilidad, y me despedí á poco tiempo tan calmado y tan frio, como se encuentra uno despues de haber pasado una sorpresa.

Agustina era el único origen de los pocos regaños de mi huésped, cuando solia tardarme mas que de costumbre; los domingos eran mis días de gloria, porque podia yo estar en su casa toda la tarde y una parte de la noche, despues de haber comido dulces en una mesita servida eesprofeso

para estos tête-á-tête que me deleitaban. Una de estas noches sucedió que al despedirme se desató uno de aquellos aguaceros formidables que recuerdan el diluvio, y amenazar repetirlo. Pasó media hora, y una, y dos, y las calles se anegaron, y las nubes se empeñaban en llover de una manera escandalosa...

—Si tanto empeño tiene vd. en irse—me dijo mirando mi inquietud—mandaremos buscar un simon..

—No, para qué?.. respondí asustado.

El tal ofrecimiento me espantó de veras, porque no tenía ni un solo real en la bolsa, ni podía pedirlo en la casa donde estaba alojado; además temía que trasluciese mi miseria, y manifesté mayor resignación desde ese momento. Pero sonaron las nueve de la noche y yo no podía detenerme más; tomé mi sombrero con resolución y me iba á despedir.

—Si llueve á cántaros, angelito, ¿como se va vd.

—Mojandome.

—A esta hora ya es imposible hallar un coche; debe vd. quedarse.

¿Comprendes, lector, lo que quería significar esta palabra?—Luego añadió:

—Dormirá vd. en el sofá mas cómodo.

—Mil gracias, estaria bien en cualquiera parte; pero...

—Y á no ser por los criados le ofrecería á vd. mi única cama; porque lo creo bastante buen muchacho para temer nada...

¡Picar así mi amor propio!... Pero yo era un animal, y cerré el alma á la seducción. Me envolví lo mejor que pude en mi vieja capa, me calé el sombrero hasta los ojos y me eché á nadar con mis pantalones blancos, que eran mi gala dominguera, el orgullo de mi guardaropa, y la envidia de mis compañeros. El casto José hizo menor sacrificio dejando la capa en poder de la muger de Faraon, que yo echandome á navegar en el lodo con mis pantalones blancos, que gracias á las trabillas no pude ni remangarmelos siquiera.

Algunas veces se me pasea el pensamiento de que Agustina estudiaba el modo de incitarme, de seducirme.

Otra noche estabamos conversando muy tranquilos: la luz estaba opaca, y tomé las despabiladeras para avivarla.

—Pero no vaya vd. á hacer lo que P....

—A propósito: hace muchos dias que no lo veo aquí.

—Ni volverá vd. á verlo probablemente.

—¿Por qué?

—¿No le he dicho á vd.?.... precisamente por que es un mal despabilador.

—No entiendo....

—¿Qué original!.... todavía me da risa.

—¿Pues qué sucedió?

—Estabamos platicando una noche, v. g. como vd. y yo ahora, y levantandose á despavesar la luz la apagó; yo iba naturalmente á llamar á una criada para que la encendiese; pero él deteniendome

me dió un beso, al mismo tiempo que me abrazaba con la mayor violencia.

—¿Y vd. que hizo?—pregunté sin saber que decia de puro ruborizado al oír tal confidencia.

—Yo le grité á una criada, trajeron luz y á poco rato se despidió enfadado. Desde entónces no ha vuelto..... ni volverá..... Atacarme de esa manera, y ofreciendome qué sé yo cuantas onzas.... Yo seré fácil por amor ó por capricho, no por dinero: afortunadamente no me falta nada.... mas bien me dejaría llevar del placer que de la ambicion.....

Todo esto era griego para mí, que no quise entender el precepto bien claro de apagar la luz, abrazar á mi maestra, darle un beso, y ofrecerle, en vez de una onza de oro, una arroba de amor y un quintal de ternura y entusiasmo.

Desde ese dia me chocó el hombre del cuento hasta mas no poder, los instintos despertaban; y Agustina me parecia tan pura como Lucrecia.... la romana, que aún no conocia las proezas de la Borgia. Esta mentira, ó realidad, que ella me contó seguramente con ánimo de decidirme produjo el efecto contrario, y desde ese dia le cobré mas respeto y mas miedo: y si ántes no tuve mas que deseos, despues me acostumbé tanto á reprimirlos, que llegué á estar perfectamente tranquilo á su lado.

Esto basta para dar una idea de mis primeras impresiones. Mas *grandecito* volví á verla, ya vieja y repugnante; y al recordar el tiempo perdido lo lloré, como dicen que hacen los santos.

III.

LAS VACACIONES.

Setiembre.

Los anteriores devaneos solo duraron unos cuantos meses: llegó una temporada de vacaciones (porque soy estudiante) y mis superiores dispusieron que las pasara yo fuera de Madrid-Segovia fué el lugar de eleccion, tanto por su cercanía, como porque mi viejo tutor, á quien desde ahora llamaremos D. German, tenia allí un amigo, en cuya casa podia yo ir á posar, sin hacer grandes gastos.

Nunca habia yo salido del hogar paterno, ni habia viajado mas allá del Canal ó el Prado, y eso con un mozo ú otro acompañante cualquiera, que los señores mis padres me imponian como condicion de la liciencia para salir. Ya se puede considerar en consecuencia, lo que yo sentiria mirandome en medio de un camino, solo, dueño de mí mismo, y con una cartera que contenia entre algunas cartas de recomendacion una libranza á mi favor...

me dió un beso, al mismo tiempo que me abrazaba con la mayor violencia.

—¿Y vd. que hizo?—pregunté sin saber que decia de puro ruborizado al oír tal confidencia.

—Yo le grité á una criada, trajeron luz y á poco rato se despidió enfadado. Desde entónces no ha vuelto..... ni volverá..... Atacarme de esa manera, y ofreciendome qué sé yo cuantas onzas.... Yo seré fácil por amor ó por capricho, no por dinero: afortunadamente no me falta nada.... mas bien me dejaría llevar del placer que de la ambicion.....

Todo esto era griego para mí, que no quise entender el precepto bien claro de apagar la luz, abrazar á mi maestra, darle un beso, y ofrecerle, en vez de una onza de oro, una arroba de amor y un quintal de ternura y entusiasmo.

Desde ese dia me chocó el hombre del cuento hasta mas no poder, los instintos despertaban; y Agustina me parecia tan pura como Lucrecia.... la romana, que aún no conocia las proezas de la Borgia. Esta mentira, ó realidad, que ella me contó seguramente con ánimo de decidirme produjo el efecto contrario, y desde ese dia le cobré mas respeto y mas miedo: y si ántes no tuve mas que deseos, despues me acostumbé tanto á reprimirlos, que llegué á estar perfectamente tranquilo á su lado.

Esto basta para dar una idea de mis primeras impresiones. Mas *grandecito* volví á verla, ya vieja y repugnante; y al recordar el tiempo perdido lo lloré, como dicen que hacen los santos.

III.

LAS VACACIONES.

Setiembre.

Los anteriores devaneos solo duraron unos cuantos meses: llegó una temporada de vacaciones (porque soy estudiante) y mis superiores dispusieron que las pasara yo fuera de Madrid-Segovia fué el lugar de eleccion, tanto por su cercanía, como porque mi viejo tutor, á quien desde ahora llamaremos D. German, tenia allí un amigo, en cuya casa podia yo ir á posar, sin hacer grandes gastos.

Nunca habia yo salido del hogar paterno, ni habia viajado mas allá del Canal ó el Prado, y eso con un mozo ú otro acompañante cualquiera, que los señores mis padres me imponian como condicion de la liciencia para salir. Ya se puede considerar en consecuencia, lo que yo sentiria mirandome en medio de un camino, solo, dueño de mí mismo, y con una cartera que contenia entre algunas cartas de recomendacion una libranza á mi favor...

Ya soy hombre—decía yo dentro de mí—y algo de extraordinario debía tener mi semblante, cada vez de las mil que saqué la cartera para registrarla y leer mi libranza, puesto que los otros compañeros de viaje me veían con una espresion de estrañeza, que al fin se me hizo notable

A pesar de la rapidez de la diligencia el espacio me parecia largo, infinito, hasta sentirme tentado de preguntar si íbamos á dar la vuelta del mundo: el camino me pareció muy hermoso; realmente lo es, y yo aún no había visto otro mejor ni peor para compararlo. A cada minuto encontraba yo una novedad en los paisajes, y un nuevo motivo de gustar de mi libertad.

Mi gozo duró hasta que me ví en la puerta de la casa de la familia que iba á recibirme, á donde me condujo un mozo que cargaba el pequeño bulto de mi equipaje. Mi situacion era tal, que no me ocurría ni la primera frase del saludo; el mundo se me vino encima, y cuando me ví frente al hombre que me indicaron ser el que buscaba, no supe hacer otra cosa que alargarle la carta que le iba dirigida. Imitando mi silencio la tomó echandome una mirada severa, leyó el sobre, y tan pronto como acabó de leer el contenido, su fisonomía se humanizó y me dijo:

—Con que vd es...

—Si señor—le contesté sin dejarlo terminar.

—¡Lugarda!—gritó entónces mi huésped.

Y haciéndome pasar de la puerta donde había

pasado esta escena, me hizo sentar, despues de haber pagado y despachado al mozo que me acompañaba.

A pocos momentos apareció Lugarda, la esposa de mi huésped: me presentó á ella, y recibí de ámbos muestras tan positivas de cariño y buena voluntad, que me recobré un tanto. Despues de hacer trasportar mi equipaje al lugar conveniente, fué convocada toda la familia que vino á saludarme: y siguió un paseo por toda la casa, que terminó por mi instalacion en un cuarto de los mejores, con vista al jardincito.

El chocolate vespertino nos reunió en la mesa por la primera vez, y el intermedio hasta la cena, que en los lugares cortos se hace temprano, lo pasé respondiéndole preguntas de las niñas y los papás, sobre los paseos y las novedades de Madrid, la salud de los pocos amigos que allí tenían, y otras bagatelas semejantes.

Las primeras horas estuve cuitado y encogido como buen colegial; pero el trato de aquella gente era tan franco y tan cordial, me dieron desde luego tantas muestras de afecto y sinceridad que al fin de la noche me encontraba ya contento, y me fuí á mi cuarto mas alegre de lo que pensaba.

Miéntas paso esta noche en sueño tranquilo, es necesario que mis lectores se informen de la condicion y circunstancias de esta familia.

Componiase de un padre y una madre, probablemente comunes á todos los hijos. Estos eran

ocho, tres jóvenes casaderas; cuatro varoncitos dos *escolapios* todavía, y una chiquilla que aún no hablaba bien, y apenas hacía pininos.—Los dos muchachos grandes estaban por lo general en el campo; los dos chicos iban á la escuela; y las niñas se ocupaban, no solo en las labores domésticas, sino en pulir hasta cierto punto la educación, ejercitándose en la música ó la lectura.

La casa era baja, cómoda, y aseada; con un patio lleno de arriates floridos, y un pequeño jardín fresco y frondoso, aunque sin las montañas y las encrucijadas del gusto moderno.

La mesa era servida con abundancia y al mismo tiempo con frugalidad; los platos eran limpios y bien sazonados; cualidades únicas que pueden escarse en el campo.

El carácter del papá era el de todo labrador segoviano que posee buenos ranchos, para mantener á una familia numerosa y honrada: hablaba poco, salía raras veces de su escritorio, y pasaba algunas semanas fuera del lugar, visitando sus posesiones. Ni una sola vez lo ví regañar á sus hijos con acritud, ni enojarse por una de tantas faltas indispensables en el servicio doméstico: por otra parte hablaba muy pocas ocasiones de ejercer la severidad paternal.

La señora debió de ser una lugareña hermosa y de buena índole: siempre con la risa en los labios, no tenía otra ocupación su pensamiento que el ar-

reglo interior, la economía, y los ejemplos que procuraba dar á sus hijas.

Estas no eran hermosas, pero llenas de gracias, amables y complacientes; hacendosas hasta donde lo permitía su edad, y aunque no tenían gran cultura, su trato y su lenguaje eran agradables: á lo ménos no les fué difícil agradarme á mí, pobre estudiantillo que no había visto mas mundo que los dormitorios del colegio.

La sencillez de la provincia dominaba en todos los caracteres: y no con la rudeza del campo, pues poseyendo una fortunilla regular, la familia había dado sus paseos por Madrid, donde las niñas adquirieron cierto grado de gusto y delicadeza, que las hacía mas apreciables. En ciertas ocasiones sabían prenderse hasta con coquetería; la mamá dejaba libres estos caprichos de la juventud, y ellas se aprovechaban de la deferencia maternal para lucir algunas veces sus tallecitos, ménos groseros y desfajados que el de la inmortal Dulcinea.

En fin, siendo todos buenos cristianos, tenían la rara cualidad de no ser hipócritas; y sin que se les pudiese tachar de uraños ni montaraces, tampoco eran gentes salidoras y boruquientas.

Hé aquí la familia de mi primera novia.

Mi objeto era pasear, y por consiguiente, desde el próximo día comenzaron mis escursiones; solo

unas veces, y acompañado las mas, lo ví todo en pocos dias; quedandome despues reducido á una vida uniforme y tranquila, puramente doméstica. Las pocas personas á quienes debia visitar, no me inspiraron grandes simpatías; así es que bien pronto no tuve que salir á la calle sino á pocos negocios indispensables, como ir al correo, ó á comprar cualquiera bagatela. Pero esta vida no me enfadaba.

Las muchachas y yo simpatizamos de tal manera, que á los pocos dias ya nos tuteabamos. Una de ellas particularmente, Luisa, se habia declarado mi protectora, mi *cicerone*, mi maestra. En todas partes estaba á mi lado para advertirme un inconveniente, enseñarme el nombre de alguna cosa desconocida, hacerme notar una vista hermosa, ó regalarme una florecilla campestre, con que por lo general venia yo engalanado de todos mis paseos. Al principio esto era urbanidad; luego costumbre, y últimamente necesidad: ya la buscaba yo á todas horas, y cuando estaba junto á ella me sentia complacido de una manera íntima y estraña.

Este amor casi fraternal en su nacimiento, me producía dulces é inocentes sensaciones; soñaba yo mil variados placeres, y mi ambicion no pasaba de mirarla á cada momento y recibir sus atenciones. ¿No era muy natural que el instinto me uniese mas y mas á una muger que me preferia y casi me acariciaba? Además, que su juventud y su mérito personal eran bastantes atractivos para

un corazon que comenzaba á sentir los primeros movimientos de las pasiones.

Luisa tendria veinte años; alta y bien formada; un busto arredondado, un talle gentil, un garbo español: nada particular ofrecia su cara, sino una frente espaciosa, y dos ojos negros que si miraban con ternura enloquecian, si miraban con altivez humillaban. Muger sensible por temperamento, y linfática de constitucion; era tierna y amorosa, sentida y algo melancólica. Fácil era que concibiese por mí una especie de afecto blando, que nuestra posicion y nuestras costumbres fortificaban continuamente. Acaso hallaba placer en despertar y estudiar mis sensaciones; en educar mi corazon vírgen.... porque ella habia ya tenido su pasion desgraciada, y tal vez queria apoderarse de mí, amante incorrupto y sincero, de quien no tendria que desconfiar.

Todas las tardes levantaban sus labores las muchachas ántes de que se acabara la luz, y juntos ibamos todos al jardin, á gozar de los poéticos crepúsculos del otoño. Aquella brisa fria y ligera que corre susurrando entre los árboles, los últimos cantos de las aves; el murmullo imperceptible de los arroyitos que regaban el jardin; aquellos celajes espléndidos y vistosos, despues opacos y oscuros; el silencio, en fin, de la naturaleza prócsima al sueño; todo seduce en esa hora llena de encantos y de poesía.

Generalmente, despues de pasear y aun trave-

sear un rato, nos sentabamos indistintamente á tomar descanso: sin pensarlo, Luisa y yo siempre nos encontrabamos en el rincon mas apartado, ó bajo del arbusto mas frondoso y sombrío. Una dulce atraccion nos unia, y sentados uno al lado de otro, pasabamos las horas en silencio, sin dirigirnos una palabra, una mirada sola. Sin embargo, de uno á otro cuerpo atravesaba una corriente magnética que nos narcotizaba; y estabamos en tan íntima y material relacion que el mas ligero movimiento del uno despertaba al otro de su letargo. Yo soñaba, y probablemente ella tambien: me dejaba seducir de mil bellas imaginaciones; el pensamiento volaba por una atmósfera tranquila y perfumada; el corazon tenia sensaciones tan dulces como inesplicables.... Comenzaba yo á amar con la pureza y la calma de la inocencia.

Así nos sorprendia la noche, cuyas sombras hacian mas misteriosa nuestra situacion, y no despertabamos, hasta que la importuna voz y alguno de los otros muchachos, nos advertia que era hora de volver á las habitaciones: entónces, tomandonos de las manos, ó abrazandonos por sobre el hombro echabamos á andar á paso lento, queriendo prolongar aquel abrazo.

Aun eran inocentes estas caricias, pero ya sabia que debia de ocultarlas por un secreto aviso de la naturaleza; y este misterio era un nuevo atractivo, un nuevo estímulo de mi naciente afecto: ya encontraba yo mas sabrosa una de aquellas ojeadas inte-

ligentes y furtivas que se roban á la atencion de una tertulia, que una mirada fria y segura que se sostiene sin temor de una sorpresa.

Por las noches solian reunirse algunos parientes de la casa, jóvenes la mayor parte, que formaban una reunion bastante numerosa, para pasar el tiempo sin fastidio: la música, los juegos de prendas, y algunos paseos por el jardín las noches de luna nos entretenian agradablemente. Pero á mí no me agradaba ya, ántes me enfadaba la necesidad de respetar las conveniencias, de estar léjos de ella muchos ratos, y de ocuparme en otras cosas, cuando solo queria yo hablarle y ocuparme de ella, estar á su lado contemplarla á mi sabor, y no escuchar otra voz que la suya. Siempre buscaba yo un motivo de apartarme y apartarla de la bulla de los demas, para escondernos en el rincon mas oscuro y silencioso.

Una circunstancia favorecia nuestro deseo: la hermana chiquita estaba *engreida* con Luisa; solo ella apaciguaba sus berrinchitos infantiles, solo ella contenia sus lágrimas, solo en sus brazos dormia tranquila: así que á cierta hora, tenia Luisa la precision de huir la tertulia, hasta que dejaba perfectamente dormida y en su cuna á la hermanita. Desde que tuve bastante confianza para presenciarse este acto doméstico, acostumbé por una especie de comedimiento hacerle el agasajo de acompañarla, porque no estuviese sola, de modo que nadie lo estrañaba; y ya se sabia que á ciertas horas,

si faltabamos los dos, era porque *estabamos* durmiendo á la niña.

No era siempre la recámara el lugar escogido por el silencio; las mas veces, y si habia luna particularmente, nos saliamos al corredor que tenia las circunstancias de la frescura y la soledad.

Luisa se sentaba con su hermana en los brazos, yo á su lado, sin hablar una sola palabra mientras permaneciamos así.

La luz de la luna hermosea todos los objetos, y á las mugeres las diviniza: bañando muchas veces la frente de Luisa, le daba á su fisonomía un colorido tan apacible, unas sombras tan suaves, un per fil tan vago y tan bello, que me deleitaba yo contemplandola. Sea coquetería, sea que ella tambien buscaba en la luna la inspiracion y los recuerdos, Luisa siempre tenia levantados los ojos al cielo, y reflejaban la luz del astro sus dos pupilas negras, con un brillo que me deslumbraba. Algunos momentos, cuando mis miradas eran tan íntimas que se le hacian sensibles, volvia hácia mi sus ojos, y me acariciaba con una sonrisa.... volviéndome á dejar con libertad de mirarla á mi sabor. Me desvanecía el movimiento tranquilo y uniforme que imprimia á su seno la respiracion, interrumpida alguna vez por los suspiros de la niña dormida, en cuya frente solia imprimir Luisa un besito muy suave por no despertarla.

El ménos poético de mis pensamientos en aquella situacion, era suponerme casado ya con Luisa,

y que aquella criatura angelical que dormia en el regazo materno, era el fruto de nuestros tiernos amores.

Sí; ya estaba yo enamorado: pero aún no le habia dicho una palabra. Tampoco era necesario: nuestros corazones se entendian demasiado; y ese mismo silencio concentra en el pecho el perfume delicado de la muda adoracion. Parece que con las palabras se evaporan los afectos; decir lo que se siente en ciertos casos, es descolorar las ilusiones, enturbiar los placeres íntimos del alma: desde que el amor pierde su misterio y su reserva, pierde sus mas dulces encantos.

Mi declaracion y su correspondencia, fueron la cosa mas original.—Le habia yo escondido por juguete, no sé que bagatela, por que ella se interesaba ó fingia interesarse: toda la tarde la buscó con un empeño que me complacia, y me obligaba mas á ocultarla. En la noche nos encontramos casualmente en uno de los ángulos mas solitarios del corredor.

—¿Tú lo tienes no es verdad?—me preguntó deteniendome.

—Yo no—le respondí sonriendome.

—No me mortifiques, devuelvemelo, que ya sabes que lo quiero mucho.

—¿Mucho?....

—Sí.... devuelvemelo.

—Bien, yo lo tengo; pero en cambio me has de dar un beso.

—Oh! eso no....

—Pues no te lo doy.

—¿Un abrazo.... quieres?....-y me pasó los brazos al derredor del cuello.

—No: un beso.

Ella vaciló un instante, espió en derredor, y presentandome la mejilla, me dijo en voz baja:

—No vayan á vernos.

Al besar yo sus labios, me estrechó contra su corazon, y se alejó sin recobrar su prenda, corriendo como una niña traviesa.

Un beso ha sido el mayor favor que he recibido de todas mis amantes; por esta razon lo considero todavía como el mayor deleite.—Este primer beso fué mi iniciacion en el placer, mi bautismo de amor.

Desde esta noche quedaron desvanecidos mis temores de una repulsa, se establecieron nuestras relaciones con franqueza recíproca y me entregué á gozar de mi amor con toda el alma.

Pero no sé por qué causa, no estando yo pervertido y habiendo brotado este afecto de un corazon virgen, tomó desde los primeros dias un carácter de sensualidad inesplicable. Ni á mi temperamento lo atribuyo: siempre he sido un hombre frio; y aun los mas licenciosos y bárbaros cuando aman de veras, huyen hasta de los pensamientos lúbricos que pueden empañar la pureza de su amor. A la muger del corazon se respeta con fanatismo, se adora sin tocarla, tal vez porque el instinto avisa que la primera profanacion será el último momento de felicidad verdadera.

Lo cierto es que yo, estando á solas con ella la tenia siempre abrazada; recargaba mi cabeza en su hombro ó contra su pecho; dormía muchas veces en su regazo, le hacía algunos cariños lascivos y la besaba con tanta frecuencia que algunas veces me preguntaba no con enfado, sino con curiosidad:

—¿No te cansas de besarme?

Yo por toda respuesta cerraba sus labios con los míos, y si estábamos cogidos de las manos, como sucedia casi siempre, las suyas estrechaban las mias con violencia.

Llegamos á ser inseparables hasta tener que sufrir algunos epigramas de las hermanas málucias. Tan pronto como percibí que las chicas nos observaban, ó que éramos tan imprudentes que nos denunciábamos nosotros mismos, me refrené un poco, no precisamente por el temor de las muchachas sino por el de los papás. Pero esta represion de algunos dias produjo un acceso mas fuerte; y á título de costumbre me tomaba mayores franquicias de las que legalmente habia adquirido por el hábito.

Siempre que entraba yo á su recámara á una hora impropia; siempre que la iba á interrumpir en sus labores para apartarla de los demas y llevarla al patio ó al jardin, temia yo una justa represion, una prohibicion indirecta de los papás; pero nunca ni en esta época, ni después, observé en ellos la menor muestra de disgusto ó malicia. El amor es sin embargo, la cosa que ménos puede ocultarse, mucho ménos á los ojos de personas que han pa-

sado ya el mismo camino: me celarian tal vez, me espiarían; pero jamás me dejaron percibir ni la menor sospecha. Hasta yo mismo reprendía, es-trañaba ese descuido, que para mí lo era; mas tarde, al ver otros casos semejantes he reprobado en muchos superiores este disimulo peligroso; pero hoy esplico y disculpo esa conducta prudente y preservadora.

Los jóvenes tienen obligación de ser buenos, y muchos los son: mientras un hecho no desmienta en alguno esta opinión, no hay derecho para juzgarlo mal. Concebir solo una sospecha y decírsela á un joven, es manifestarle la posibilidad de que haga aquello, es advertirle que existe un placer que no ha gozado, que no ha visto, teniendolo cerca de sí. Darle á entender las sospechas y no hablarle con franqueza, es ofenderlo sin motivo y precipitarlo á una venganza ya sin consecuencias: los jóvenes aman mucho su reputacion ántes de verla manchada: una vez que no tienen que perder, lo pretenden todo siquiera por compensacion. En fin, darse por entendido de una cosa, dejando comprender que se percibe el peligro sin remediarlo de una manera completa, porque muchas veces lo hacen imposible las circunstancias, es tolerarlo tácitamente y dar ocasion á que los jóvenes se desembozen y pierdan enteramente el respeto. Por otra parte, un placer prohibido es mas provocativo; el que se ve celado con cautela y acaso con perfidia, se empeña forzosamente en burlar esa vigilancia

que puede ser inmerecida muchas veces. El corazon es naturalmente generoso; y ántes que llegue la corrupcion del mal ejemplo mundano, un joven nunca viola la confianza que de él se hace.

Este fué ciertamente el motivo porque yo en esta ocasion, pudiendo, si no me engaño, alcanzar algo mas que besos, no quise ser ingrato á la hospitalidad y la confianza que recibia. Las licencias que Luisa me permitia me prometian otros goces; yo los deseaba, pero sentia un remordimiento amarguísimo al considerar que mi crimen no tendria ni la gracia de burlar una activa vigilancia. Además, que la misma facilidad de Luisa, entibiaba el ardor de mis deseos.

Era yo tan sandio como lo siguiente.

Tenia en aquel lugar un pariente lejano que quiso hacerme el obsequio de llevarme á pasear á sus posesiones, armando una partida de campo. Luisa y su familia fueron invitadas, pero por una de aquellas susceptibilidades de pueblo, determinaron no ir. En consecuencia, yo recibí orden de no concurrir tampoco; y en realidad no habria ido si no me llevan casi á fuerza: aquella separacion de unas cuantas horas me parecia eterna; sin Luisa no iba yo á encontrar mas que fastidio y tristeza. Pero al cabo fui.

Todo el dia estuve pensando en una ofrenda que llevar á mi ídolo, una muestra de que su memoria á lo ménos no me habia abandonado; queria yo hacerla partícipe de los placeres que estaba gozando,

y solo con esta condicion me abandonaba à ellos. Empero yo no podia llevarle una copia de los hermosos paisages que estaba viendo, ni una poca de agua del cristalino rio, ni siquiera un pedazo de bizcocho ó un alon del pollo que comimos en la mesa: buscaba yo algo que llevarle y no lo encontraba. Salimos á pasear por las sementeras y llegamos á un cebadal dorado y bello como el oro. Aquí está lo que buscaba—dije entre mí; y comencé à cortar espigas y à guardarmelas.

—¿Qué está vd haciendo?—me preguntaban sorprendidos los que me veían.

—Nada—respondia yo temiendo que leyerán en mi semblante el regocijo y su causa.

Una flor silvestre hubiera sido el regalo verdaderamente poético y simbólico; no señor, á mi me ocurrió llevarle cebada y no una espiga sino una carga, todas las que pudieran caberme en los bolsillos del pantalon y la chaqueta. Quería yo hacerle comprender la efusion de mis afectos por la abundancia de la semilla.

Larguísimo me pareció el camino de vuelta, me palpitaba el corazon al pensar en la dulce sorpresa que iba á causarle y las caricias que iba á recibir en recompensa. Entré á la casa buscando á Luisa, y la hallé por fortuna sentada en el dintel de una de las puertas del patio. Corrí á ella, y sin hablarle, comencé á vaciarle en la falda los bolsillos. Con razon me preguntó ella sorprendida:

—¿Qué es esto?

—Te las traje para que vieras que me habia acordado de tí.

—Vaya; te lo agradezco—me contestó con una sonrisa irónica, que me hirió lo mas íntimo del alma.

Estas son las miserias del candor, los engaños de la intencion que todo lo idealiza: estas son las ridiculeces del amor; las colegialadas que despues se nos vienen á la memoria para causarnos risa y vergüenza: no se rie solo el que se acuerda de sus maldades, sino tambien el que al traves de estos recuerdos risibles mira su caricatura.

Daria hoy algo por recordar alguno de los mil dulces coloquios que teníamos en el jardin ó el corredor. Entónces no conocia yo otro medio de poseer á una muger, que el matrimonio; y á él se referian todos mis propósitos y todas mis esperanzas. Estudiante de lógica veia yo muy lejano el término de mi carrera; y desde luego me proponia yo tirar la turca, y sentar plaza en el ejército, meterme de contrabandista, sacarme la lotería... ¡Cuanto disparate no se me venia á la imaginacion!

Unas de las gentes que mas envidia me causaban eran los canónigos, que veia yo ricos, y pudiendo mantener á una familia: solo la incompatibilidad del oficio con el matrimonio me hacia desecher el proyecto de seguir estudiando, hasta conseguir una media racion: me lisonjeaba tanto semejante idea, que si hubiera sabido como hoy, que

no son tan incompatibles una prebenda y una novia, puede que al fin me hubiera determinado á entrar siquiera de sacristan.

Pobre de mí! Cuanto padecía viendo tan remota la realizacion de mis ensueños! y cuantas humillaciones sufría mi amor propio con la impotencia de mi situacion! Luisa me amaba, yo la adoraba; ¿por que no nos uniamos al instante? ¿á que tanta promesa para lo futuro?... Mi pobreza era el único obstáculo: esta consideracion humillante me martirizaba, me hacía enmudecer muchas veces.

—Pero me querrás siempre?—le preguntaba yo con el candor de un Fileno.

—Siempre.

—¿Me esperarás hasta que sea posible casarme contigo?

—Sí, Sí.

—Aunque lleguemos á viejos hemos de casarnos.

—Sí.

—Pues dame un beso...

Este era el final de todas nuestras conversaciones; á no ser que enfadada ella de oír la misma enfadosa cantinela todos los dias, comenzaba á suponerme ingrato, y me daba anticipados celos de una de las niñas con quienes vivia yo en Madrid; de seguro que entonces acababamos por enojarnos, y el final de los besos se difería para la noche ó la mañana siguiente, previa la reconciliacion.

Las mugeres son vengativas, ó Luisa no me amaba.—Como á mí me convidaron para una parti-

da de campo, así ella fue convidada á pocos dias para un baile al cual no fui invitado, y al cual no hubiera ido aun cuando hubiese recibido formal convite: la razon era muy sencilla; mi turca de estudiante no era la mejor casaca, y apenas habria pasado mi traje en un baile de fantasia. Luisa, que se alborotó desde que tuvo noticia, comenzó á consultarme si iria; pero me pintaba tan difícil su situacion, estaba tan comprometida, que protestandome no ir, me ponía la fácil condicion de que yo mismo fuera quien la disculpase con sus papás que la *obligaban*, y con las gentes cuyo convite no podia desairar, sin cometer una falta reprehensible. Yo estaba creído en que sus protestas eran sinceras, y á pesar de que veía yo los aprestos y las disposiciones previas, dormía tranquilo. El dia del baile llegó, y la ví tan formalmente empeñada en preparar el vestido, las flores, &c., que tan pronto como pude aprovechar un momento le hablé con resolucion.

—Tu vas porque quieres, no porque te obliga nadie: si te hubieras fingido enferma...

—Pero conocerán que es fingido.

—Rompieras el vestido...

—Pero tengo otros.

—A lo ménos no mostrarias tanto afan, tan positivo gusto.

—Por disimular mejor.

—Pero que es lo que disimulas si al cabo has de ir?... Dí; vas al baile?

—Si me obligan...

—Oye: me amas?

—Sí.

—Irás al baile?

—Que se yo... mamá...

Entonces tuve que recurrir á la *última ratio rerum*, al argumento final de los novios.

—Si me amas no vas.

—Está bien—me contestó ella con una resignación, que me conmovió.

Con tal mandato me figuraba un Neron tiranizando á su víctima, y mi crueldad me produjo remordimientos amarguísimos. Pero yo habia triunfado, y la satisfacción del amor propio neutralizaba mis remordimientos.—Pobre muchacha!—decía yo—me quiere mas que yo á ella: yo me fui á pasear con su espesa prohibición, y ella obedece la mía!..

Para un pretendiente feo y pobre es demasiado orgullo *mandar* á una muger buena moza y medio altanerilla como es Luisa: me creia yo algo, cuando me encontraba bastante fuerte para mandar y ser obedecido.—Esta es la primera ambición de un amante novel.

Llegó la noche, y las muchachas se encerraron para vestirse: busqué á Luisa y estaba con sus hermanas: quise entrar y se me cerró la puerta; mandé que la llamasen, y se me respondió que estaba ocupada.—Yo fiaba en su promesa; pero esta ocupación se me hizo sospechosa, y pregunté á una

de las criadas que entraban y salian, lo que estaba haciendo Luisa.

—Se está vistiendo...

—¡Vistiendose!....

Pero no irá—decia yo todavía—á la hora hallará un pretexto y se viste para disimular mejor.

Con este pensamiento consolador me salí al patio á tomar el fresco.

De repente oigo crugir los vestidos y veo salir á todas las tres hijas y la mamá, dirigiendose ya á la puerta de la calle. Luisa estaba mas ataviada y compuesta que todas las demas.—Y sin embargo, no irá—decia yo con la fé de Galileo. Me dirijo á ella y en voz baja le pregunto:

—Pues que ¿vas por fin?

Ella fingiendo no oirme se adelantó, despidiendose de mí en voz alta, y yo no la seguí por respeto á la señora que temia nos observase.

Mil impulsos violentos tuve que contener; y al verla pisar el umbral de la puerta, una lágrima de despecho me brotó del corazon....

Era el primer desengaño, y como primero, el mas horrible de todos. Un momento ántes me enorgullecia mi despotismo; en este instante conocia que me despreciaba y que habia yo sido su juguete.... Nunca he vuelto á pasar cinco horas mas amargas. Cinco horas que pasé en la ventana esperandola para matarla, para agobiarla con mi desprecio, para despedirme de ella y salir de su casa al instante, para arrojarme á sus piés y suplicarle

que no me martirizara otra vez... pocas veces ha tenido mi imaginacion mas calor y mas actividad.

Pocos momentos ántes que llegara resolví no verla ni volver á hablarle jamas aunque fuera preciso escandalizar con mi conducta á toda la casa. Con esta resolucion cerré la ventana y la puerta que daba al corredor, tirandome vestido sobre la cama.

A pocos instantes oí abrir el zaguán y el corazón me palpité... de alegría: habia vuelto á hallarla, despues de haberla perdido en la imaginacion. Abri violentamente la puerta para verla pasar.

—Aún no se duerme vd?—me preguntaron las otras.

—Estaba leyendo.

Luisa se habia quedado algunos pasos atras: sin decirnos una palabra le tendí yo los brazos y ella me dió un beso en la frente, apartandose precipitada....

Todo habia pasado, todo lo olvidé y volví á creer que me amaba. ¡Ah! si supieran las mugeres todo el imperio que tienen sobre el que las ama; si supieran cuan benéfico puede ser su influjo en un corazón bueno; si supieran hasta qué punto subyugan y embriagan con una sola coquetería, seríamos tan infelices como un condenado ó tan dichosos como los ángeles.

¡Olvidarlo todo por un beso estudiado!... ¡alegrarme solo con su presencia y tenderle la mano de reconciliacion cuando tenia yo el convencimiento

de su desprecio y su perfidia!... ¿Que tienen las mugeres para amarlas á nuestro pesar, con todas sus manchas, sus defectos, su corrupcion? En los momentos de sangre fria ó de despecho las aborrecemos, protestamos de nuestra debilidad: un momento despues miramos á la mas ingrata y volvemos á adorarla!... Y no es el instinto, no es la animalidad la que nos arrastra: el afecto mas puro es el que mas nos domina, el que se perpetúa: se concibe el amor sin la posesion material; veriamos á nuestra amada poseida por otro, y nos conformaríamos con que nos dijese—mi corazón es tuyo—y aun cuando fuese una mentira, aun cuando despues llegamos á comprender la falsedad de sus palabras, no por eso dejaríamos de amarla... Eloisa y Abelardo se amaban en su impotencia... á la amante muerta se adora con mas veneracion, con mas intimidad, y ya no puede suponerse animado el afecto, ni por la esperanza mas remota... El amor es algo divino, algo incomprendible como Dios.

Habrian pasado diez minutos cuando oí pasos por el corredor y luego dieron en mi puerta dos golpecitos suaves....

Era Luisa, que con los ojos todavía brillantes del baile, despeinada ya y desceñida, venia á verme cubierta con una ligera bata.

—Me he escapado un momento para venir á verte.

No queria yo creer que la tenia en mis brazos, y mi amor crecia con la consideracion del riesgo á que se estaba esponiendo solo por ir á hablarme.

Pero aún me quedaba algo de rencorcillo y no pude callar mi sentimiento.

—Por fin fuiste al baile....

—¿Me amas?... —preguntóme ella interrumpiendome.

—¡Lo dudas!....

—Entonces no vuelvas á hablarme de esto.

—Por tí yo habria hecho cualquier sacrificio.

—¿Piensas que yo he ido por gusto?... pero yo no podía decirle á mamá, no quiero ir: hubieran tal vez sospechado el motivo.... y por mí no temo nada: un regaño que sufriria con gusto por tu amor. Pero por tí, que si llegaban á escribirselo á tu tutor, quien sabe lo que hubiera sucedido... ¿No era preciso que nos separaran al momento? Mamá creo que sospecha algo, y si me hubiera quedado, confirma tal vez sus malicias: mientras que con este pequeño sacrificio aseguramos nuestra dicha, nuestra perpetua union.... ¿Te he hecho sufrir?... ya vengo á compensarte un momento de amargura que yo tambien he pasado, porque te amo mas que tú á mí, que desconfias de mi corazón... (besos.)

—Me hubieras dicho esto ántes...

—¿Y para qué?... para que hubieras cometido una imprudencia que nos comprometiera. El mundo nos ecsige sacrificios que al fin compensa... haz creído por un momento que no te amaba, ¿no es verdad?... ahora me tienes en tus brazos y no habriamos gozado este placer, si no hubieramos pasado esa amargura...

¿Qué podia yo responderle á una muger que me hablaba este lenguaje, ó cerraba mis labios con los suyos cuando iba yo á hacerle otra reconvenccion? Era forzoso creerla y la creí.

Poco á poco nuestros cuerpos se fueron estrechando, nuestros alientos se confundian, tenia yo mi mano sobre su corazón y sentia sus latidos.. al entusiasmo de las palabras sucedió un silencio difícil, tempestuoso... no osabamos mirarnos ni decirnos una palabra: ella no tenia fuerzas para arrancarse de mis brazos y cruzando los suyos sobre el pecho me suplicaba con una mirada que no la precipitase... yo me ahogaba de temor y de sed... de repente hizo un impulso para levantarse.

—Dejame.

—No.... le respondí sofocado.

—Van á estrañarme.

—¡No!....

—Si me amas dejame....

Ante una alma incorrupta no se invoca en vano el amor.... La ví alejarse palpitante y asustada, y me conformé con suspirar.—Ahora sé que los hombres que dejan escapar su víctima son llamados imbéciles por ellas mismas.

Aquella noche la pasé soñando como sueña un enamorado que se cree feliz.

¿Me amaba Luisa?—Yo no concibo el amor sin la completa abnegacion: por otra parte no era imposible que hubiese hallado un pretexto, si la mamá sospechaba. Si no encontraba en mí todos los

placeres, evidentemente no me amaba. ¿Pues por qué se hubiera entregado á mi, si yo hubiera sido un hombre ménos noble ó ménos bestia?—No era ciertamente por vicio, por liviandad: era por temperamento, por ocasion: los dos enemigos del pudor mugeril; los dos escollos en que se estrella la fé... el baile la habia conmovido y yo era el hombre mas prócsimo.... Entónces no era yo bastante filósofo y creí que me amaba.—Dulce creencia que embellece la vida.

La mia fué pasando así tranquila, placentera: despues de esta ocasion ningun otro disgusto vino á turbar la monotonía de nuestros goces. Cada noche, un beso al despedirnos; á la mañana siguiente, otro para saludarnos. Yo no me fastidiaba de estas caricias que me conmovian el alma mas que el cuerpo. Me contentaba con esperar el tiempo de nuestra union, para hacerla legítima sin comprar sus placeres con remordimientos.

Pero mi permanencia en Segovia no habia de ser eterna, por mas que yo lo creyese así en mi alucinamiento. Una mañana fuí al correo, y debí de volver con la cara bien triste, cuando Luisa me preguntó alarmada:

—¿Qué tienes?

Yo le entregué la carta que habia recibido—D. German me escribia que habiendo concluido mis vacaciones me dispusiese á volver.

—¿Y qué me importa el tutor—le decia yo á Luisa en la noche, paseando con ella por el jardín—No me voy, aunque me escriba cien cartas.

—¿Y si te manda llevar à fuerza?

—¿Con qué autoridad? ¿es acaso mi padre?—Sobre todo; ya no quiero volver á Madrid; me quedo aquí. Aprenderé un oficio, me meteré á comerciante, à labrador.... ¿No querrá tu papá emplearme en alguna de sus haciendas?

—¿Por qué no?... pero....

—Si nos huyéramos los dos....

—¿A dónde, Gabriel?

—A cualquiera parte, á una cueva donde no nos puedan hallar.... ¿Con nuestro amor, que puede faltarnos?....

—Estás delirando.

—Y tú permaneces fría, ya lo veo: no sientes nuestra separacion.

—¿Yo!.... ¿pero que quieres que haga? ¿puedo hacer mas que prometerte ser fiel hasta que podamos casarnos?

—¿Me lo prometes?

—Te lo juro.

—¿Por nuestro amor?....

—¿Por nuestra dicha!....

Pero estas protestas no bastaban á tranquilizarme. El peligro de perderla me unia mas á ella, y los últimos dias no me separaba un momento de su lado: la seguia yo á todas partes como su sombra. Estaba yo asustado, espantadizo; un ruido inesperado me estremecia: una mirada de los otros me presagiaba un destierro eterno. Los ratos en que me figuraba ya léjos de ella, me parecia el

mundo deshabitado, solitario, triste: me veía yo flotando solo en medio del espacio, sin objeto ni término, con el corazón vacío, y el alma desalentada.

Una, dos y tres cartas me escribió el tutor D. German: yo le escribía, pero nunca le hablaba una palabra de viaje.—¡Con que ligereza corrían las horas....! ¡y cuanto pesar me causaba cada momento que no podía yo pasar junto á Luisa!....

Llegó por fin una mañana en que el papá me hizo llamar á su cuarto: al oír el recado sentí el frío de la muerte; pero fui porque era preciso.

—Mi amigo D. German, me encarga que envíe á vd. cuanto antes, para que no pierda tiempo: ya he dado órdenes para que tenga vd. sus cosas listas, y pasado mañana partirá.

—Pero....

—El boleto de la diligencia está tomado según la orden espresa de mi amigo, y toda dilación me parece imposible.... Siento ser yo mismo quien lo violenta á dejar mi casa, donde apreciaria tenerlo siempre; pero por otra parte vd. no debe perder el tiempo, ni yo consentirlo. Con que dispóngase vd., que pasado mañana será la partida: á bien que le queda á vd. ocasión, y siempre que quiera vd. honrar esta su casa, será muy bien recibido.

La suerte estaba ya fijada.

A no ser mi índole siempre pacífica y calmada, habría yo hecho un disparate; hubiera por lo ménos intentado realizar mi pensamiento de fuga, que era el dominante, entre los mil proyectos locos que surgían en mi imaginación.

Si alguna vez he sido capaz de desesperarme, estaba yo desesperado.... Cuando ve uno la desgracia inminente pero capaz de remedio, que uno no encuentra, se desespera de su impotencia; cuando es ya irremediable la calma de la resignación sucede á los pensamientos borrascosos.

Este día y el siguiente fueron insufribles; por no dejar conocer mi inquietud, y porque en ninguna parte estaba yo tranquilo ni distraído un solo momento: me salía yo á andar desatinado, hasta que el cansancio material me obligaba á volver.

La víspera del viaje, en la tarde, estábamos en el jardín, y como siempre, Luisa y yo nos habíamos apartado de los demás.—Estábamos apurando todo el sentimentalismo que Dios nos había dado, al hacernos las últimas promesas de constante fidelidad.—De repente, y cuando más entusiasmo tenía yo, me hizo Luisa la réplica más original.... que hasta ahora comprendo.

—Esto es—me dijo—si no me olvidas por la Mariquita.

Mariquita era una de las muchachas con quienes vivía yo en Madrid.

—¿Qué dices?... ¿me crees capaz?...

—Pero ella es bastante bonita para satisfacer todos tus deseos.

—¿Todos!.... si fueras tú....

—¿Yo, Gabriel!.... ¡yo!.... ¿sabes? si no te amara tanto, no volvería ni á hablarte.

Me sorprendió este lenguaje, porque al pronunciar yo las últimas palabras, mis labios y mi corazón habían quedado puros; no había yo comprendido ni lo que ella me dijo, ni lo que yo le repliqué. Yo atemorizado, ella enfadada, nos separamos, para volvernos á reunir dentro de pocos instantes.

—¿No podremos volver á hablarnos esta noche?—le dije aprovechando un momento—La diligencia saldrá temprano, y acaso no tendremos ni ocasión de despedirnos.

—Cuando mamá se haya acostado iré á verte á tu cuarto, pero con una condicion.

—¡Oh! la que quieras.

—Que no me has de hablar de lo de esta tarde....

¿Pero que le habia yo dicho?... nada sino que la amaba yo mas que á todas las mugeres y este no era un delito.

¿No fué una desgracia caer en manos de esta muger, cuando apenas acababa yo de librarme de las de Agustina? Mi candor, mi ignorancia me salvaban entónces; pero despues que he analizado, ó si se quiere, mal interpretado aquellas escenas, he perdido lo que se llama las ilusiones respecto de la muger, aunque mi carácter y mis hábitos me hayan inclinado á guardarles de hecho todo el respeto y la veneracion de un poeta, de un Quijote.

¿Pues cuando le habia yo dicho á Luisa una sola palabra que pudiera ofender su pudor? ¿cual de

mis deseos no hubiera podido satisfacer la jóven mas delicada? Hablarme ella la primera y ofenderse despues, poniendome por condicion de su visita, un silencio cuya oportunidad ni comprendia, ¿no era obligarme á que siquiera por curiosidad procurase descubrir el misterio de aquella prohibicion?—Quince dias ántes no me hubiera hablado de este modo, ni habria consentido que yo le hablara, pero la vispera de marcharme ella buscó la ocasion ¿por que?—Porque no tendria ya que ruborizarse de mí con la luz del siguiente dia; porque se veia libre de mí en el momento necesario; y porque en fin, sabiendo cuan diffeil era mi vuelta á Segovia, quedaba libre del peligro de una imprudencia, desde el mismo instante de haber gozado el placer.

Hasta ahora me esplico esto segun las buenas ó malas teorías que me ha enseñado la práctica del mundo; pero desde entónces hicieron mella en el instinto estas escenas que me dejaron á los pocos dias desconsolado y triste, sin saber por qué.

No acostumbrando levantarse temprano, los papás se despidieron de mí ántes de acostarse; quedando encargadas las niñas de dispensarme los últimos cuidados.

Desde que me retiré á mi cuarto, ni respiraba recio para no despertar á los que deseaba yo que durmieran profunda y prontamente.—A cada instante me palpitaba el corazón; á cada instante pensaba oír los pasos de Luisa.... cada minuto era un siglo; y me ahogaban la inquietud, la zozobra,

el temor, todos los afectos que se levantaban en tumulto para combatirme.... Uno de los pensamientos que me ocurrió en aquel intermedio fué el de matarla y matarme: así eternizaba yo nuestra union. Pero por fortuna no soy capaz de matar un pollo.

Por fin, al verla entrar me arrojé frenético á sus brazos; pero al percibir á una de las hermanas que la seguía, me quedé sorprendido, estatico, frio....

—No tengas cuidado, lo sabe todo—me dijo en voz baja.

La hermana se sonrió dandome las buenas noches.

¡Haber descubierto nuestro secreto cuando habia sido una de mis primeras condiciones, uno de mis ruegos constantes!.... Este solo desengaño me quitó la mitad del entusiasmo. Ahora ¿para que traer la hermana? ni siquiera para hablar tendríamos libertad en los momentos mas interesantes.

La hermana que habia ido *pro fórmula*, se acostó en un canapé al otro extremo del cuarto. Yo medio recostado en la cama tenia abrazada á Luisa, que sentada á la orilla apoyaba sus piés sobre un taburete.

¿Que hablamos en toda la noche? Nada.—En los instantes supremos, no basta el lenguaje comun: ni aun los besos eran tan frecuentes. Un silencio profundo, una inmovilidad completa.... Cuando nos despertabamos de una especie de letargo que nos adormecía, una presion repentina, una cesacer-

vacion del sostenido abrazo que nos unia, era el único signo de inteligencia y amor.... Ecstasis deliciosos de qué solo volví para asegurarme de que aún la tenia entre mis brazos: abria los párpados para dirigirle una mirada tiernísima, y volviamos á caer en nuestra embriaguez.

La luz descuidada producía un resplandor rojizo opaco que desfiguraba las sombras; el silencio y la quietud eran profundas... estaban pasando con su pesada lentitud las últimas horas de la noche; horas en que el cuerpo cede á la fatiga. Yo me habia quedado adormecido y lo mismo Luisa, que descansaba su cabeza sobre mi cuello confundiendo las respiraciones.

Las primeras campanadas del alba nos despertaron sobresaltados: simultáneamente abrimos los ojos, y nos clavamos una mirada.... la última.

La aurora comenzó á señalarse] por las hendiduras de la ventana, y la abrimos para refrescarnos. La hermana se levantó y vino hácia nosotros con la sonrisa en los lábios.

—¿Que han hecho?—nos preguntó.

—Hemos platicado—le respondí con humildad.

—Yo he dormido—replicó ella—como nunca: no creía que fuese tan cómodo ese canapé.

Esta declaracion espontánea revelaba una experiencia de 40 años, y sin embargo no tenia 18 la que la hacia—Las mugeres son sabias por instinto.

Por mi parte este rasgo de prudencia era inútil; cuanto hablamos y cuanto hicimos pudo haberlo

visto sin ruborizarse, ni tener que reprendernos.

¡Tanta ocasion y tanta virtud!... Me declaro un espíritu puro, ó un animal con todos sus cuatro piés.

Eso de beberse las lágrimas que tan frecuentemente les sucede à los poetas elegiacos y à los románticos de novela, me sucedió à mí por la primera y última vez en esta mañana. La luz apacible de la aurora debió de enternecerme, y tan pronto como estuve sentado à la mesa para tomar junto à ella mi último desayuno, el corazón se me comenzó à derretir por los ojos. La fortuna que solo la hermana estaba despierta, y podíamos confundir libremente nuestro llanto y nuestros suspiros.

Ella misma puso la azúcar en mi taza de té, lo probó, y como à un enfermo à quien se ruega que no se deje morir de hambre, me instaba con ternura para que bebiese algo. Era imposible; la garganta no le hubiera dado paso ni à una sola gota de agua.

Las siete iban à dar, y la diligencia me esperaba.

El primer abrazo duró cinco minutos; y aquí fué donde deveras se mezclaron nuestras lágrimas y se confundieron nuestros sollozos. La misma hermana que nos veía llegó à enternecerse, y la ví enjugarse los ojos... Tal vez compadecía al pobre colegial, que habia sido el juguete de su hermana. Las mugeres son un conjunto incomprendible de sensibilidad y perfidia.

El segundo abrazo fué en el patio; el tercero en

el zaguan. Al doblar la esquina volví la cara y ví su mano que me saludaba.

Al primer latigazo del conductor mis ojos se nublaron. La eternidad apareció delante de mí, y me dejé arrastrar como si me hubieran llevado desterrado à la Siberia.

Los compañeros de viage me miraban llorar y me compadecían.

Octubre.

Ya estoy en Madrid de vuelta, sin tener siquiera à quien comunicar mi tristeza. Escenas que ayer mismo pasaron me parecen tan lejanas como si dataran de un siglo; tan vagas así son las ideas y los recuerdos que me han quedado: el tiempo y la distancia que me separan de ella son inmensas; creo que no volveré à verla, y un desaliento íntimo me molesta mas que si me agitara una inquietud violenta. Mi consuelo único es escribirle.

¡Escribir un enamorado, y colegial, y medio bestia!... Por cierto que deben ser divertidas esas cartas; tan divertidas, que hoy pagaria yo à peso de oro cada una de todas las que escribí en mi primera juventud.

Es de suponerse que una de las promesas principales consistió en que nos escribiéramos todos los dias si era posible. Yo comencé la primera carta tan pronto como estuve solo en mi cuarto: tenia necesidad de vaciar mi corazón en el papel, para mandárselo bajo de sobre por el correo.

Que cartas!.. que cartas!.. Todos los signos ortográficos quedaban agotados en cada una de ellas: admiraciones, puntos suspensivos, interrogaciones.. y hasta manecillas y citas les hubiera yo puesto, si hubiera sabido pintarlas.

Es preciso terminar esta historia con el último rasgo de mi necesidad. Ocurrióme la idea de no quedarme sin una copia de todas las cartas que escribía; y en tanto las apreciaba que no quise esponerme á truncar tan bella coleccion, formandola en papeles sueltos; así que, me determiné á comprar un libro, como los que habia yo visto en algunas tiendas. Me eché á buscarlo, y ciertamente habria comprado cosa mejor; pero no tuve bastante sino para comprar uno de esos libros forrados de badana colorada, en que los mesoneros apuntan la paja y la cebada: probablemente era parecido á aquel que le sirvió al ventero para armar caballero á D. Quijote.

Mi vocacion á escribir se manifestó bien temprano: en mes y medio que duró apénas nuestra correspondencia epistolar, llené casi el libro, que tenia, mas de cincuenta hojas. Yo pienso que esta mi fecundidad fué uno de los motivos que precipitaron el final de mis relaciones; porque á falta de dinero no franqueaba mis cartas, y enviando una cada dia y voluminosa, tal vez no alcanzaban los ahorrillos de Luisa para un gasto tan subido.

Sea lo que fuere; yo no recibí su primera carta sino ocho ó diez dias despues de separados. Al ver

su letra, y al leer en el final—*tu Luisa*—sentí renacer todos mis placeres, y se renovaron todos los pesares de la separacion. Mi furor epistolar redobló, y si mucho le escribí ántes, despues me faltaba papel y tiempo, para decirle cuanto sentia.

No obstante mi entusiasmo, ella me respondia cada vez con mas frialdad, y mas atraso: hubo semana que dejó de escribirme, y en fin, la última carta no tenia mas de cuatro renglones y acababa con—*tu servidora*.—Viendo yo esto dejé de escribirle insensiblemente hasta quedar en el mas perfecto silencio.

Así terminaron mis primeros amores, sin motivo, sin causa: en fuerza solo de la ausencia, que si es verdad que acrisola el amor, yo no lo tenia; y en todo caso me atengo al refrán—ojos que no ven; corazon que no siente.

Por último; si mas tarde hallé la esplicacion de todo esto, ni tengo rencor á esa muger, ni la culpo. Me dijo que me amaba por compasion—se lo agradezco sinceramente—y cuando me creyó consolado me abandonó; nada mas natural. A ella la habían engañado una vez y harto hizo con no vengarse de mí de una manera mas cruel.

dad; y aún mas, como lo verá el curioso lector:

Yo no me escandalizo de nada, mucho ménos de esas cosas que se ven todos los días; así es que vivía entre aquellas gentes sin cuidarme de sus conciencias, ni su reputacion. Yo platicaba y jugaba con las muchachas, poco me importaba que el tutor hiciese otro tanto con la vieja; digo otro tanto, y ya puede percibirse la diferencia entre unos y otros juegos.

D. German era un hombre severo en su mirar, en su fisonomía, en sus pocas palabras y en sus hechos; de corazón duro y alma atravesada: usurero y avaro: valiente, según la fama.

Doña Juana tenía sus cuarenta, y comenzaba á ponerse fea: su lenguaje era el del pueblo; sus gustos y sus maneras revelaban bien poca finura. No fué el amor, sino el interés, lo que la ligó con D. German: este por su parte tampoco amaba á Doña Juana; pero había dos niñas que crecerían... ¿comprendes, lector?... También á mí me dan horror estas cosas; pero son necesarias para la inteligencia de lo que va á seguir.

Teresa tendría 20 años: rubia, ojos garzos, bonita frente y fino talle: burlona por carácter; fría por temperamento; coquetilla y presumida por consecuencia de aquellas dos cualidades: viva, y mucho mas pulida que el resto de la familia.

Mariquita: chata; borruquieta; ardiente; rezadora y buena en medio de aquellas gentes.

Un retoño de cinco años, vivo retrato de mi

He dicho que el tutor con quien vivía yo en Madrid se llamaba D. German: de las tres mujeres á la mamá le llamaremos Juana, Mariquita á la hija mayor, y Teresa á la menor.

Estas señoras procedían de Asturias ó de Andalucía; ¿que importa?—D. German las había conocido allí, y apiadado de la viudez de la mamá, y la orfandad de las hijas, se las había traído á Madrid, en calidad de hombre solo, para que lo cuidaseu.

Pero á simples criadas no se trata como D. German trataba á estas gentes, casa cómoda y bien amueblada; buena mesa: buen guardaropa; sartas de perlas y aretes de diamantes; paseos; caprichos.... Yo sospeché desde luego, que el bueno de mi tutor, con sus 45 años, y su cara de viaguero, había sustituido al difunto consorte de Doña Juana en todo y por todo. Así era la ver-

tutor, era el motivo de mil interpretaciones que hacía el público maldiciente.

Yo aún no cumplía los 19: era estudiante, y acababa de volver de Segovia.

Mi tristeza era bien manifiesta para las muchachas; y les debí la atención de que procurasen disiparla, con sus atenciones. Teresa me decía mis epigramillas sobre Segovia; y Mariquita se conformaba con platicarme mucho, y obligarme á que le contase cuanto habia hecho durante mi paseo: yo se lo referia todo de buena voluntad excepto mis amores.

Los primeros dias me gustaba mas estar solo, para saborear mis recuerdos, y dar libre rienda á mi mal humor; de modo que todo el primer mes lo pasé encerrado en mi cuarto. Pero despues comenzó á fastidiarme aquella soledad; y como por otra parte las muchachas se empeñaban en distraerme, y yo habia adquirido ya la necesidad del contacto con el otro sexo, poco á poco fui saliendo de mi encierro, y gustando mas de la vida familiar, era preciso que despues de un acceso de misantropía viniese otro de sociabilidad; y en efecto sucedió que al paso que me intimaba mas con estas niñas, me iba olvidando de Luisa. A los dos meses ya no nos escribiamos, y solo me quedaban de ella recuerdos vagos y dulzones, que fácilmente trocaba por la realidad de algunas

satisfacciones inmediatas: v. g. las confidencias de Teresa y las finezas de la Mariquita.

Despues de dos meses, es decir, al fin del año, ya era yo animal caserito; ya no salia á la calle sino á lo indispensable; paseaba cuando ellas lo hacian, y siempre estaba sentado junto á ellas. Fui siendo comunicativo á medida que ellas eran ecisigentes, y por fin hube de confesar á medias mis amores con la segoviana: confesion que me proporcionaba algunos baños de agua rosada.

—Como no soy Luisa....

Esta era la muletilla diaria, siempre que me mostraba negligente en hacer algun encargo, ó no cedia yo á las insinuaciones que con cualquier motivo me hacian: si estaba distraido, si me encerraba en mi cuarto, era por pensar en Luisa, ó por escribirle.

¿Me buscaban tanto por fastidiarme?.... Teresa sí; Mariquita no: luego eran zelos?—Sí: la fruta agena es deseada, y yo no le pertenecia á Mariquita. Teresa tenia un novio; pero la mia estaba léjos, y María habia perdido el suyo un año ántes: ¿qué habiamos de hacer sino querernos para consolarnos?.... Amistad entre hombre y muger es peligrosa, y el hábito cria mas afecciones que la necesidad y la hermosura.

Si se me antojaba en la calle alguna golosina, le guardaba á Mariquita un pedazo que se comia con todas las migajas y la peluza del bolsillo; si

comia yo fuera de casa, ella me guardaba la mejor fruta.

—¿Qué dice vd.—me preguntaba—podremos salir esta tarde?

—No; hace frio: mejor nos quedaremos à practicar.

Mariquita ya no salia aun cuando fuera preciso.

—¿Cuál de mis vestidos le gusta á vd. mas?

—El azul.

De seguro que el domingo inmediato se prendia con aquel vestido.

—Si viera vd., fulana me antipatiza no sé por qué.

—Tambien à mí—le respondia yo.

Y desde entónces no volvia à su casa si la visitaba, ó no volvia yo à hablarle si solo la veia de ocasion.

Estos fueron, creo yo, los primeros síntomas de un amor tácitamente consentido. ¡Amor segundo!... Desde que los amores se cuentan por épocas y se recuerdan por numeracion, ya no ecsiste ninguno.

1829.—Enero.

El fuego de nuestro naciente amor se atizó à espensas de las cartas de Luisa; es decir:—Estaba yo en mi cuarto entregandome à los recuerdos de mis pasadas glorias, y para mas avivarlos ha-

bia yo sacado las cartas de mi pretérita y las repasaba una por una, saboreando los pocos requiebros que contenian: Mariquita entró y me sorprendió en esta dulce ocupacion, sin darme tiempo para esconder el cuerpo del delito: ella no vió lo que aquellas cartas decian ni de quien eran, pero le bastó para comprenderlo mi turbacion y los manejiillos que puse en juego para ocultarse-las en cuanto pude.

Nada me dijo; pero se formalizó en el momento, y tuvimos mal humor por dos ó tres dias: bien manifesta era para mí su causa y la habria yo destruido inmediatamente, si no hubiera tenido el capricho de oir un mandato ó siquiera una indicacion espresa: por otra parte estos trofeos siempre son gratos para los muchachos que los ostentan entre sus amigos; por lo cual me daba mucho pesar destruir los pocos documentos de mi archivo, cuando otros habia visto muy abundantes y con los que me propuse igualar el mio.

Al cabo no hubo remedio: por mas que procuraba yo contentarla indicandole que solo esperaba una palabra para satisfacer sus deseos, permanecia muda y enfadada hasta ser insoportable. Una tarde, pues, pedí à una criada una luz.

—¡Luz!... si aún es de dia—dijo Mariquita.

—Es que voy à registrar mis papeles, y à quemar todos los inútiles. ®

—¡Jesus!... que apestará el cuarto.

—Yo sé de alguién à quien agradará mucho ese hedor de papel quemado.

—No será à mí—dijo la hermana.

María se quedó callada; yo tomé la luz que me trajeron y entré en mi cuarto.

A poco rato María estaba junto à mí. No esperaba yo otra cosa; y tomando las cartas de Luisa de manera que ella pudiera ver las firmas, las dejé abrasar en un monton: ella miraba atenta la flama y con la punta del pié removía los papeles para que se consumiesen completamente hasta reducirse á ceniza. Ella misma convirtió despues en juego esta operación, para tener motivo de mostrarse desde aquel momento, alegre y complaciente como ántes: ni una palabra me dijo; pero supo pagarme el sacrificio con finezas y concesiones.

¿Con que tambien en el corazon de mi Mariquita rezadora y beata se anidaba el amor propio? ¿gozaba con un sacrificio que la hacia triunfar de Luisa, que le inmolaba yo con todos sus recuerdos? ¿su orgullito inocente hallaba una satisfaccion en el mal del prójimo?.. Vaya que sea, y pase por virtud de muger.

Que María era rezadora y mística nadie lo duda: si era virtuosa lo veremos despues. Lo cierto es que yo en calidad de meritorio, tenia que someterme á sus caprichos, y complacer sus gustos; de modo que contraje la carga concejil de rezar euotidianamente con ella todas sus devociones, para cuya cristiana ocupacion nos íbamos á una de las piezas mas retiradas. Entre jacu-

latoria y jaculatoria habia miradas tiernas que la ruborizaban, juguetillos inocentes que me valian blandas reprensiones y suavísimos pellizcos.

María era franca y naturalmente alegre: algunas veces sin embargo la encontraba yo triste, llorosa. Yo me creía con derecho de preguntarle la causa, y se la preguntaba, pero ella solo me respondia con un acento marcado de anargura.

—No me lo pregunte vd.

Algun dolor secreto la atormentaba, y tan profundo, que ó no me creía capaz de consolarlo, ó se creía en la obligacion de callarmelo.

Otra circunstancia me causaba estrañeza. María era la consentida de todos: su voluntad y sus caprichos se-obedecian al punto; D. German adivinaba lo que podia gustarle, y se adelantaba á satisfacer todos sus deseos. A pesar de esta predileccion María no se atrevía á hacer la menor indicacion, y si alguna vez se le escapaba una palabra, una exclamacion, al punto se arrepentía y procuraba disimular lo que habia dicho: si D. German estaba delante, se ponía torbada, encogida, perdía su aplomo, y su alegría se trocaba en disgusto y seriedad.

En fin, sucedia muchas veces que mientras Teresa y su mamá iban á un paseo ó una visita, María se quedaba en casa (no por mí) ó se iba á la iglesia: en una palabra, era fiel cumplidora de todos los preceptos católicos, mientras las otras eran buenas disipadas: contraste inesplicable, pero cierto.

¿Qué me importaba á mí todo esto? . . . estaba yo satisfecho de que me quería; mi preseancia la alegraba generalmente; y esto era bastante para tranquilizar cierta inquietud vaga que solia mortificarme.

Una sola cosa no podia pasar; los cariñosseudo-paternales que D. German solia hacerle, á su pesar, si vale creer las apariencias; si me hubiera observado alguno habria dicho que me causaban zelos; yo no tenia motivo para llamar así al disgusto que sentia viendo los arrumacos y las coqueterías de mi viejo tutor.

Pero estos disgustillos eran nubes pasajeras; celajes que embellecian nuestra atmósfera, quitandole su uniformidad monótona, tempestades ligerísimas que refrescaban el corazón, dandole motivos nuevos de placer, despues de algunos momentos amargos. Fuera de esto nada interrumpia la calma, la tranquilidad de nuestra union; que para ser completa, solo le faltaba la sancion material, pues hasta los cuidados domésticos que ecsige la vida de un hombre, eran dirigidos ó desempeñados por ella misma, que rehusaba otro el trabajo de la misma clase.

Así se pasaban los dias uno tras otro, arraigando mas en nuestros corazones un afecto criado y robustecido por el hábito, sin ser ecsaltado ni pervertido por la contrariedad.

De repente ví desarrollarse en toda la casa un lujo y un furor por los placeres, que me sorpren-

dió sin desagradarme: nuestra mesa que no era escasa ni nauseabunda, mejoró notablemente; hubo trajes y aderezos de cierto valor; paseos costosos; convites y bailes frecuentes. Las visitas no podian faltar en una casa que daba de comer y de bailar grátis... así que, la actividad y la disipacion reinaban desde el zaguan hasta la alcoba.

Yo habria gozado de todos estos placeres gratuitos, si no hubiera apagado mis impulsos juveniles, una frialdad, un disgusto, un mal humor invencible que observaba en María: María que protestaba continuamente de aquella ecsistencia escandalosa, de aquellos gastos *inútiles*. . . . *inútiles* era la palabra que constantemente decia á D. German, cuya frente se nublaba al oír alguna observacion, ó alguna repulsa. Porque todo se hacia por Mariquita; y ella lo repugnaba todo, lo evitaba cuanto podia, y procuraba echar la carga del agradecimiento sobre su hermana ó su madre.

Rara virtud—decia yo entre mí—cuantas otras jóvenes, no solo aprovecharian esta generosidad espontánea, sino que buscarian la ocasion de que se les manifestasen.

Lo que me incomodaba sobre todo eran las prohibiciones que á mí mismo me imponia ella haciendome siempre y en todas partes su galan favorito; yo lo amaba, y tan pequeños sacrificios me disgustaban apénas, pero algunas veces me

llegaba á pesar una servidumbre que tenia por fundamento alguna otra cosa mas, que el amor. Principalmente cuando se trataba de un paseo campestre, la primera indicacion, el primer precepto que me imponia era no dejarla un momento, acompañarla á todas partes, y darle el brazo esclusivamente; y así lo hacia yo, porque al cabo en el campo es ménos molesta esta carga concejil que en la corte.

María en estas ocasiones tomaba parte en los juegos de sus compañeras, se reia, bailaba; pero con cierta reserva, con cierta violencia, que solo yo, que conocia su genio franco y expansivo, podia percibir. Mas no me fijaba en ello, lo atribuia á cualquiera causa accidental, á escrúpulos de conciencia, que no le permitia ser tan jovial y tan parlera en medio de una tertulia, como lo era v. g. conmigo y dentro de su casa.

Dichosa la edad en que la malicia no nos alumbraba, para penetrar en los corazones de los que nos rodean, y descender hasta el abismo de sus secretos sentimientos, de sus secretos dolores.

Habiamos vuelto de un paseo, en que por excepcion estuvo María mas alegre, mas bulliciosa que nunca: siempre á mi lado, pero gozando y haciendome gozar con su charla, sus juegos, su jovialidad. En vez de estar como otras ocasiones taciturna y quieta; estuvo traviesa, comunicativa, loca como una niña; la veia travesear con las demas y volver

hácia mí con los ojos tan radiantes, que me regocijaba el contemplarla llena de placer.

El cansancio nos dió sueño desde buena hora, y cada cual se retiró á su recámara. La mia estaba dividida de las del resto de la familia por una especie de gabinete.

Los muchachos que todavia no tienen ambicion ni remordimientos, duermen de una pieza: yo á pesar de la regla desperté á las cuantas de la noche, y ví luz en la cámara inmediata al traves de la cerradura de la puerta. Iba á voltearme para seguir durmiendo; pero me ocurrió que algun accidente podia ser la causa de estar alumbrando el gabinete contra la costumbre diaria. Levantéme pues, y al abrir la puerta me pareció oir los pasos de alguno que se alejaba; asomé la cabeza, y María llorosa y medio desnuda, sentada en un sillón fué todo lo que miré.

—Que hace vd. aquí?—le pregunto sorprendido.

—Nada: váyase vd.

—Sucede algo?

—Nada.

—Pues por qué llora vd.?

—Acaso lloró?

—Sí, que lo estoy mirando.

—Es que me duele una muela horriblemente...[®]

—Y para que se levanta vd.?

—Para tomar el fresco; con eso me alivio un poco.

—Pero es mejor.... Despertaremos á alguno.. voy....

Al decir estas palabras oí un ruido en el cuarto inmediato.

—No, no—repuso ella con empeño—váyase vd. que yo tambien voy á entrar en mi recámara.

—Pero...

—Váyase vd., váyase vd.

Tan turbada me lo decia, que yo llegué á creer que tenia miedo de que nos sorprendiesen juntos á tal hora, y como hasta cierto punto tenia razon, me retiré luego, dejandola sola otra vez. Un rato estuve despierto escuchando si se movia, si se quejaba; observando si desaparecia la luz, pero me rindió el sueño y no pude ya ver el término de aquella vigilia.

¡Pobre María!.. tal vez yo fuí aquella noche su angel de guarda.

Al dia siguiente, estando todos reunidos, les pregunté como se sentia.

—¿De qué? preguntó Doña Juana.

—De las muelas: toda la noche ha rabiado—añadí con mi tonto á cuestras.

—¿Es cierto?...

—¡Toma! que sé yo á que horas desperté y me la encontré llorando en el gabinete...

Doña Juana dirigió una mirada judagadora sobre D. German, que calló así como las otras.

Y yo en Belen, contentísimo con mi novia y

con mi tutor, á quien por otra parte debí cuidados y consideraciones paternas.

Entre tanto las fiestas se reproducian, los placeres se multiplicaban, bajo las mil formas y colores que saben darles el ingenio y la esperanza: mi corazon gozaba de todo con el descuido y la buena fé de la ignorancia, y gozaba tanto, que si Luisa fué la ocasion de que se manifestara mi vocacion de escritor prosista, á María debí la primera inspiracion endecasílabo que haya salido de mi fábrica de versos.

Mis conocimientos literarios se limitaban á las fábulas de Iriarte que aprendí en la escuela, y unas cuantas odas de Horacio que me tradujo mi maestro de latinidad; item mas; dos tomos de poesias de Melendez que me inoculó un gusto decidido por todo lo bucólico y diminutivo. Siguiendo pues á Horacio, compuse estrofas saffico-adónicas, y tomando de Melendez una Clori, un Fileno, unas cuantas avecitas y un arroyuelo, confeccioné una oda entera, cuyo borrador no conservo, porque entónces no me ocurría que llegaría tiempo en que tuviese humor de divertirme conmigo mismo.

Pero la primera cuarteta decia así, si no me engaña la memoria.

Yo doy al cielo gracias infinitas
por mirarte, zagala encantadora;
pues mis ojos te vieron y en esa hora,
sentí el primer amor.

Los pobres poetas somos mentirosos muchas veces á nuestro pesar, pues si fuera lícito poner notas en una composicion de esta clase, yo habria puesto la siguiente al fin del cuarto verso:—"Primer amor; pero sin contar con el de Luisa, ni con el introito de Agustina."

Mentiras ó no, lo cierto es que yo recibí el galardón del genio; y hasta el bueno de mi tutor celebró mis bellas disposiciones á la poesía: porque hay que advertir dos cosas; primera, que D: German era tan buen poeta como yo prometia serlo entónces; y segunda, que yo hice esta ofrenda por la via reservada, haciendo despues público el documento para recibir todos los honores y las alabanzas de la familia, los parientes y las personas de estimacion. A cada amigueta que iba le regalaba María una copia, que sé yo si con su explicacion confidencial: pero yo quedaba mas complacido con cada edicion que hacíamos ella ó yo, aunque solia lastimarme que ella escribiera ojos con g, y zagala con s.

Desde que fueron conocidas mis gracias, comencé á gozar de todos los gages del oficio; es decir, que mis concoleugas me pedian versos para sus respectivas novias: mis conocidas soliciaban sonetos para sus canarios ó los santos de su devocion; y aun en mi propia casa no me dejaban beber una copa de vino, si no la habia yo ganado con un brindis... en verso.

Dos cosas no comprende el mundo; el envaneci-

miento, el orgullo que siente un catecúmeno de las musas al verse solicitado y alabado de todos los necios que le piden versos; y el fastidio que causa cuando ya es uno viejo en el oficio, tomar un album de manos de una niña que con fingida modestia se contentará con cualquiera cosa; ó la ira que se siente al recibir de la provincia la carta de un ex-amigo que encarga á vuelta de correo, unos versitos para celebrar los dias de su compadre el señor cura del pueblo. ¡Pobres poetas! que no pasan de ser honrados farsantes, divertidores de los ociosos y victimas de los necios.

Prosigo mi relacion.

Contabamos ya dos ó tres meses de placeres, de bulla, de agitacion, y doble tiempo á lo ménos de haber establecido tácitamente nuestras cordiales relaciones, sin habernos dicho una palabra de amor, ni tutearnos, (primer delirio de los enamorados) sin haberle yo tocado una mano, ni un cabello siquiera.... Tan cierto así es que de la muger sola depende fijar la distancia á que se mantiene un amante, un pretendiente, un seductor. Luisa me habia encaminado por la senda del materialismo, pero María supo desviarme de ese mal camino, guiandome á la fuente pura de los goces del alma: platonismo suelen llamarle á un amor sin deseos lascivos, ni violencia, sin arrebatos, ni materialidad. En fin; ¿qué importa el nombre? Yo sé que la muger que sabe mantener

ese fuego claro y blando de un afecto delicado; la muger que tiene bastantes recursos morales para fijar solo allí toda la atencion de su amante, y no permitir que un solo pensamiento empañe la castidad del corazon; esa muger, digo, vale mas que la Vénus lúbrica con todas sus seducciones.

Y aún no he llegado à mi verdadera época de platonismo; al fin, en estos amores habia algo de positivo en hablarle, en vivir à su lado, en mirarla à mi sabor y sentir su influencia, aunque no me mandara espresamente.

Yo habia quemado las cartas de Luisa cuando percibí los zelos de María; pero tuve buen cuidado de esconder un rizo que yo mismo le habia cortado la vispera de separarnos: lo conservaba yo como una reliquia, como la única prenda que me quedaba de ella y aún en algunos momentos lo besaba y lo contemplaba con deleite: los recuerdos del primer amor siempre son dulces y gratos al corazon.

Yo guardaba este rizo en mi cartera, curiosamente envuelto en un papelito. Un dia buscando alguna cosa se me cayó; María por un rasgo de comedimiento quiso levantarlo para devolvermelo, pero yo me precipité tanto con el temor de que hubiese sabido lo que era, que casi se lo arranqué de la mano para guardarlo inmediatamente y con cautela. Esta mi imprudencia la alarmó justamente; meditó descubrir mi secreto y

fácilmente lo consiguió espiondo el dia que dejara yo la cartera abandonada en mi cuarto. Tomó nota de la bolsa en que estaba guardado, el número de dobleces del papel, el color y todas las calidades del pelo, volviendo à dejarlo de modo que yo no percibiera aquel registro.

En la primera ocasion que tuvo me empeñó en una conversacion que necesariamente fué à parar donde ella deseaba..... bien cruel fué conmigo; aquel pelo que yo veneraba como un talisman divino, lo encontraba àspero, cerdoso, sucio.... hirió en lo mas vivo mi amor propio y por poco me hace llorar: estaba arrancandome la última de mis primeras ilusiones.

Pero al cabo tenia razon en vengarse; esa prenda oculta era una traicion que la humillaba. Sin embargo, no era ese mi pensamiento; yo guardaba el pelo de Luisa como un trofeo nada mas; y comenzando à desconfiar de que me hubiese sido fiel, empezaba tambien à aprender à reservar una parte de mi corazon à las demas mugeres: para la primera no hay secretos; para las demas se van teniendo en proporcion de los desengaños y los pesares. La desconfianza le da à uno el derecho de dejarse un camino franco por donde retirarse, una muralla tras la cual pueda defenderse cuando sea necesario.

Las mugeres practican esto mejor y primero que los hombres; y nó lo perdonan en nosotros

sia embargo. Mas de ocho dias luché por obtener su perdon; mas de veinte veces me tiró con el paquetito que le ponía en las manos para que dispusiera de él; y en su presencia lo habria yo arrojado de mí, si no hubiera sido una falta para ella misma. Por fin, celebramos una transacion y quedó resuelto que seria condenado al fuego aquel rizo, dandome ella otro de su cabello. La encontré un dia peinandose, me cumplió la promesa despues de hacerse un poco de rogar; de allí nos fuimos juntos á arrojar la condenada víctima á la misma hornilla en que estaba haciendose el puchero.

Con bagatelas de esta especie se satisfacía entónces mi corazon; el suyo pienso que no le llevaba grandes ventajas.

Poco á poco se fué haciendo el carácter de Doña Juana sombrío, violento, irascible; Teresa tambien solia mostrarse descomedida y llegué á mirar rimas domésticas á que no estaba acostumbrado: María era siempre la víctima, que para llorar á su sabor se escondia de mí, á quien martirizaban sus lágrimas. Esta época fué tan amarga como breve.

María llegó á ser en pocos dias el objeto de la animadversion general; desde mi tutor hasta los criados la veian de reojo; de todo tenia la culpa; nada de cuanto hacia agradaba; y así como antes eran obsequiados sus menores caprichos, ahora se le llegó á prohibir casi hasta la libertad de hablar:

rompia un pañuelo? se le echaba en cara el gravamen que resultaba al hombre que las mantenía por favor; rehusaba un ofrecimiento? le decian grosera, desagradecida; si se tardaba en la iglesia la ofendian con sospechas; si dejaba de salir la llamaban perezosa. Estaba en aquella situacion en que á cada momento se siente herida el alma con una punzada agudísima, que no quita la vida ni agota el sentimiento para hacer mas horrible el martirio.

Yo miraba sus dolores, y los sentia con la desesperacion de la impotencia: llegué á aborrecer de tal modo á su hermana, á su mamá, á mi tutor, que depuse mi encogimiento, y olvidé mi posicion, para defenderla contra todos. Entónces fuimos dos víctimas; yo sufría por ella; ella por mí.

El tutor, sospechando mi amor ó envolviendome en la ira con que ya la miraba, me llegó á decir palabras tan duras que hasta hoy me duele el corazon cuando las recuerdo. A ella, llegué á verla bañada en lágrimas y en sangre que le habia hecho brotar una bofetada de su madre... Lloró en mis brazos; y yo conservé por mucho tiempo un pañuelo manchado con esa sangre y esas lágrimas.

Yo no comprendia aquella situacion: me desvelaba queriendo encontrar las causas de aquellos cambios inexplicables: mi imaginacion se perdia mas y mas en el laberinto tenebroso del misterio, y despues de fatigarme en inútiles conjeturas, so-

lo me quedaba un desconuelo, una inquietud que me presagiaba desconocidos pesares.

Entonces descubrí el resorte de todas las acciones humanas, el consuelo de todos los pesares, el antídoto de la desdicha: el dinero! y mi pobreza se me reveló con todos los horrores de un suplicio eterno. Yo no sabía el origen de nuestra desgracia, pero el problema quedaria resuelto con dinero... Teniendolo, me hubiera despedido de mi tutor, y me habria llevado á María, librandola de aquel infierno en que nos abrasabamos.

Si la juventud no tuviera tanto miedo de cometer el primer crimen, yo entonces me habria hecho ladrón, monedero falso, verdugo... hubiera asesinado á mi tutor para robarle las onzas que le habia visto guardar, y huirme con ellas y con María... Estos eran los negros pensamientos que me asaltaban cuando desvelado en medio de las tinieblas, creia oír sus gemidos al traves de la pared que dividia nuestras recámaras.

Por fin, María habló de encerrarse en un convento, y la crueldad llegó á su colmo, hasta desesperarla, á ella que temblaba y se sobrecogia con una mirada severa de su hermana.

Habia en toda la casa una sobreguez, un silencio pavorosos: cada uno permanecia aislado en su cuarto, y si la casualidad nos reunia en uno solo, huíamos á los rincones, como horrorizados unos de otros: nos sentabamos á la mesa sin apetito, nos levantabamos sin comer, sin habernos

dirigido una palabra, una mirada: el criado, sin necesidad de moverse para servirnos, permanecia parado en frente como una estatua, estudiando nuestras fisonomías, causandonos vergüenza con sus miradas indagadoras.

Un clérigo, que por fortuna no conozco para no verme en la obligacion de quererlo, era el director espiritual de María: algo debió decirle ella para determinarlo á tomar á su cargo el negocio del convento, y aunque con dificultades y tal vez compromisos, logró al cabo que María pudiese escoger libremente el tiempo y el lugar de su retiro.

Desde que ella me habia manifestado su resolucion de encerrarse me habia yo opuesto constantemente: queria verla mártir pero á mi lado, por eso me habia puesto tambien en el blanco: para recibir algunos tiros y partir con ella las penas y los placeres.

Le preguntaba yo el motivo de aquella resolucion estraña y siempre la hallaba muda, por mas que me empeñaba en arrancarle, en comprenderle una frase que me revelara algo de aquel misterio que comenzaba á abrumarme. Yo era al fin hombre; hubiera podido dejar aquel asilo que se habia trocado en mi tormento, y no lo hacia por no abandonarla, por no ser ingrato y débil; y ella huia de mí, ¿por qué?... Hubiera yo llamado al diablo para que me revelara el secreto, si entonces no le hubiera tenido tanto miedo.

Desde que María fijó definitivamente el día de su partida, cesó aquella tempestad horrorosa que agitaba á toda la familia; y sucedió una calma sombría, pesada como la noche envuelta de nubes que aún retumban á lo léjos.

El tutor no salía de su despacho y si movía los labios era para regañar ó decir una blasfemia; Doña Juana reprimía sus impulsos de cólera; Teresa estaba inquieta y meditabunda: María lloraba en silencio, y yo con pretexto del colegio me salía á buscar amigos perdularios, para apagar el volcán que me devoraba, en el fango de la disipación.

Aquellas escenas nocturnas como la del dolor de muelas, se repitieron con frecuencia en los últimos días; yo sabía ya que no era una enfermedad la causa de tales vigiliás, y la duda me desesperaba. Ella en el gabinete inmediato llorando, yo á oscuras en mi recámara espiando la luz por las hendiduras de la puerta: así pasábamos las eternas noches; hasta que al fin fatigada ella se quedaba dormida en un sillón, y yo autorizado por la luz del alba, velaba su sueño sentado junto á ella, ó paseandome silencioso sobre la alfombra del estrado.

La víspera de su enclaustramiento llegó, quitandome toda esperanza: oía mis ruegos impasible, respondía á mis preguntas con el silencio. Desesperado al fin, la tomé de una mano y le pregunté con resolución por la primera vez:

—¿Me amas?

—Yo nunca he desconfiado de tí.

—¿Luego me amas?

—¿Es preciso decirlo con la boca?

—¿Pues por qué te vas al convento?

—¿Por qué!... ¿Nunca te he rogado yo ninguna cosa, es verdad?

—Sí.

—Me negarías el favor que te pidiera?

—Habla.

—No me vuelvas á preguntar por qué me encierro en el convento.

—Pero ese secreto....

—No es mio.... sino tuyo....

—¿Me burlas ó me engañas!...

—¿Quieres saber por qué me voy al convento?

—Sí... sí.

—¿Por tí!...

—El confesor sin duda....

—No, al contrario; le he confesado mi amor, se lo he confesado todo, y dice que puedo amarte, que te ame yo.... ¿Acaso tiene nada malo nuestro amor?....

—¿Entonces?

—No me preguntes mas-me dijo con voz suplicante.

—Es que ya no me amas: te cansaste de mí y buscas un pretexto....

—¿Gabriel!....

—En tal caso yo abandonaré tu casa para no hacerte salir de ella....

—;Que ingrato eres!....

—¿Por qué te vas?.... ¿por qué?....

—;Si lo supieras!.... No, no me preguntes; te morirías... ó me moriría yo de vergüenza!....

—;María!....

—Te amo, Gabriel; te amo .. dejame mi secreto....

Estaba pálida, temblorosa, apenas podía hablar; el dolor contraía su semblante con una expresión de angustia que me despedazaba el alma. Ni una lágrima pudo brotar de mis ojos secos, ni una palabra pudo salir de mis labios convulsivos.... Por un impulso nervioso agarré violentamente su mano que tembló entre las mias, y la aparté de mí porque su presencia me oprimía....

A la noche del siguiente día una criada me informó que en la tarde María había sido conducida al convento en un coche, acompañada solo del clérigo su confesor.

Me ama, y por mí se va al convento.... Incomprensible era para mí esta frase que, sin embargo creía sincera: su confesor no le prohibía que me amara; lo contrario, según ella me decía: yo no recordaba haberle dado motivo alguno de disgusto, no pretendía de ella nada que pudiera ofender su pudor, que la alejara de mí. ¿Sería mi tutor ó su mamá quienes la obligaban á ello?

Tampoco; supuesto que yo era testigo de su oposición, y de que había sido preciso que el confesor interviniera para conseguir el permiso.

Este misterio me atormentaba, por lo mismo que no lo comprendía; y la tenaz resistencia que en ella encontraba para revelarmelo, aumentaba mi tormento. Yo tenía fé en su amor; y este sacrificio grande, positivo, cuya causa no se atrevía á revelar, me anunciaba desgracias y me hacia concebir temores que me asustaban, en la situación en que estaba de no poder siquiera prevenirlos puesto que los ignoraba.

Ahora le agradezco su silencio, y admiro su firmeza: otra muger ménos pudorosa, ó mas indiscreta me lo habría revelado todo, colocandome en la posición mas ridícula y desesperada.

Entre matar á mi tutor, ó abandonarla no habría medio; yo no hubiera tenido entonces valor para ninguna de las dos cosas; y por otra parte ni D. German era mi rival, ni María me era infiel... Y suponiendo que me hubiese ocurrido esta reflexión ¿que habría yo podido hacer por ella ni por mí? Casarme con ella, ó sacarla de cualquier otro modo de su casa, y llevarla léjos, muy léjos, hasta donde hubiesemos estado á salvo de la venganza ó las persecuciones de un viejo enamorado....

Vamos ahora á discutir otra cuestión.

¿María dejó su casa huyendo de las persecuciones de un viejo desmoralizado, por virtud ó

por amor? En otras palabras: ¿fui yo, ó fué su confesor quien la libró del peligro? ¿Tengo que agradecer este rasgo de fidelidad á su corazon, ó á la religion?... Bien pueden combinarse ámbos intereses; pero yo soy exclusivista: si María no se dejó arrastrar de su temperamento, ni seducir por las promesas de un hombre, porque la religion prohibe vender el cuerpo, y no entregarlo sino á un esposo, entónces estoy libre de todo agradecimiento; lo mismo habria hecho léjos de mí y sin amarme. Pero si por solo mi amor, por aquél sentimiento noble y único de no consagrar á otro ni un pensamiento, huyó del mundo, y renunció á todos los placeres que se le prometian, entónces soy el mayor de los criminales, mi conducta posterior con ella merecia las galeras, ó el patíbulo, porque tambien son reos, y aún mas punibles, los que sin quitar la vida, matan moralmente á sus semejantes.

Mi ingratitud, si lo fué, me produce todavía algunos remordimientos de duda, y solamente los dulcifica la idea de haber sido su ángel de guarda... ángel de ocasion, señalado por la Providencia, y que una vez cumplido el objeto, debió quedar relevado de toda obligacion. ¿Qué hubiera yo hecho casado, con una muger tan fea como virtuosa, tan ignorante como rezadora, fecunda tal vez, tanto como yo soy estéril en caudal?.

Volvamos al convento.

En ningún tiempo he sido devoto, y las iglesias han sido siempre el último asilo de mi ociosidad: sin embargo, en esa edad tenia yo mas creencias religiosas que hoy. No sé lo que con ellas habré perdido; pero sea cual fuere su valor, me parece poco, para haber comprado mi libertad moral: si he perdido los goces de la piedad, tambien estoy libre de la tiranía que martiriza á los fieles, á quienes hace humildes y pacientes, unas veces, por la conveniencia temporal, otras por el temor de predicciones que se creen por el hábito de la infancia. Yo me conozco; he sido ménos malo sin ascetismo, que la mayor parte de los mejores creyentes; y al paso que ellos son frecuentemente el juguete de las pasiones, las mias nunca me han dominado, y la corrupcion del mundo ha filtrado muy poco en mi corazon; yo siempre he sido víctima de los demas no comulgando nunca, al paso que ellos saben de memoria el calendario y asisten á todas las funciones; en fin, soy maliciosísimo y todos me engañan... no creo ciertos los milagros, y tengo fé en las palabras de los hombres!.

Todo esto viene á decir que desde que María estuvo en el convento tuve necesidad de ser devoto; de oír misa los mas dias, y escoger un santo, el que estuviera mas cerca del coro, para ir á ofrecerle mis oraciones en los momentos que la iglesia estaba solitaria.

Lo que es la costumbre: los primeros dias no rezaba y entraba á la iglesia con cierta repug-

nancia; al fin llegué á rezar de buena fé, aprovechando los ratos que María no estaba en el coro; y el silencio, la lobreguez del templo en algunas horas me llegaron á inspirar pensamientos suaves y consoladores: me complacia la idea de ver á mi amante abrigada contra los riesgos del mundo, bajo las alas de la divinidad. Me reconcilié con las iglesias, pero no con los conventos.

Si en mi primera infancia oí decir que los claustros eran el abrigo de la virtud, despues por esperiencia supe que no son si no el refugio de la desgracia y el despecho; la prision del llanto, donde las que creyeron se arrepienten, las que sufrieron en el mundo solo van á ocultar allí sus lágrimas y sus remordimientos. Dentro de las paredes de una cárcel se dicen blasfemias y vive el crimen desnudo ó cubierto de harapos; dentro de las murallas de un convento se vierten lágrimas, y los remordimientos se ocultan bajo el limpio velo monjil... pero todo es sufrir; y en el mundo igual delito comete el oprimido que el opresor; el primero por candoroso, el segundo por audaz: por eso los jueces encierran á los asesinos, y los sacerdotes á las víctimas.

María era una de ellas y yo procuraba hacerle soportable el cautiverio. A título de pariente la visitaba en el torno y la portería, concurriendo tambien á las rejas los dias que iba la familia.

La necesidad lo enseña todo; de modo que yo, á quien antipatizan de una manera especial to-

das las monjas, supe dulcificarme con ellas, hasta emparentar con todo el convento en pocos dias; unas eran mis nanitas, otras mis tias, otras mis primas, y en fin, el resto de la comunidad me llamaba su hermanito muy querido en Jesucristo. Estos títulos de parentesco no me los dieron grá-tis; los compraba yo con versitos al niño Dios; patrones para hacer cifras en los platos de dulce con polvo de canela; y algunas flores ó semillas esquisitas; les daba yo razon de la tienda en que se vendía mas barata la seda y el cautillo; en fin, grangeaba su amor con estas bagatelas que lo son todo para las pobres monjas que se mueren de inaccion... Estos buenos servicios me valian el hablarle á María por el torno dos ó tres veces cada semana y darle la mano al traves de las rejas de los locutorios el día de visita; dia en que me daban chocolate con bizcochos de diez clases y servilleta deshilada, y agua bendita llena de flores.

En esta época aprendí á escribir con esas tintas simpáticas que dejan limpio el papel y solo se hacen visibles las letras esponiendolo á un suave calor ó estendiendolo sobre la superficie del agua. Siempre tenia yo un dulce, una fruta, una cháchara que llevar á María, para darsela envuelta en una de estas cartas simuladas. Ella quedó comprometida á escribirme de la misma manera, pero nunca lo hizo; y este fué uno de mis martirios.

Creido de que cumpliría su compromiso, cada papel que con cualquier motivo me daba, lo guardaba cuidadosamente y corría á mi casa á calentarlo, á mojarlo... ¡ni un renglon, ni una letra!... El primer papel que recibí lo sometí á todas las experiencias de la química, y su inalterable blancura me desesperó.

¿Se habrá olvidado de las instrucciones que le dí? ¿será infiel la receta?... Con esta duda le escribí por duplicado con dos diversas composiciones y esperé su respuesta. El mismo silencio... Hasta los papeles impresos y sucios que caían en mis manos eran sometidos á la experiencia, y ni una letra, ni un signo pude distinguir nunca. ¿Qué será esto?... y agotaba yo la ciencia y la filosofía para explicarme este fenómeno; porque yo fiaba en su promesa y con el alma leía aquellos papeles que nada mostraban á mis ojos.

No pudiendo sufrir mas, un dia le comencé á preguntar por el toruo el motivo de aquella falta; pero ella me advirtió discreta y oportunamente, diciendome:

—Aquí está nuestra madre escucha, ¿por qué no le hablas?

—No sabia que estaba; como no la oía.

—Aunque no oigas ningun ruido siempre está; te lo advierto para que le hables *siempre* que vengas.

¡Ah! maldito espionage—dije entre mí.—¿Con que ni hablar es lícito!... ¿Con que la virtud vive

aquí con grillos y mordaza!... Bien poco honra á estas pobres mugeres la severidad, el espionage recíproco, sin lo que al parecer no serian tan virtuosas.—Virtud por impotencia; inuacion material y un torrente de reprimidos deseos!...

Me acuerdo ahora que tambien mi madre lloró seis años presa en un convento, donde estuvo moribunda y donde la hubieran sepultado, si mis abuelos no hubieran comprendido que era imposible extinguir su amor al hombre que despues fué mi padre.

De veras que lisongea al corazon tener una novia que divide su ternura entre Dios y el amante; se deleita uno pensando en la lucha de afectos, que provoca en el corazon de una pobre muger, que desviando los ojos de la imagen que la religion le manda adorar, los clava en nosotros con una mirada mas inefable, mas espresiva, mas íntima. Eso de mirar á una jóven que se ama, prisionera entre las rejas del coro, tras de cuya espesura y lobreguez se distingue apenas como una figura vaga y misteriosa, tiene mucho de novela, muchos encantos para no seducir la imaginacion.

Yo, sin embargo, no supe gozar todos los placeres de esa situacion que á otro le hubiera proporcionado mil goces esquisitos. Pasada la inquietud novedosa de los primeros dias, me habitué á verla con plazo fijo y hora determinada, y le hablaba con la misma frialdad que cuando es-

taba seguro de mirarla y tenerla á mi lado á todas horas. Nunca me ocurrió la idea de robar-mela, ni de escalar el convento, ni siquiera de subir á las azoteas inmediatas, para verla al aire libre por los patios ó los corredores.

No sé por qué soy tan débil que fácilmente me resigno á todo; y mejor me dejó martirizar en la inacción, que hacer un esfuerzo para vencer un obstáculo, y alcanzar lo que anhelo. Si la muerte fuera un ser corporeo, cerraría los ojos al verla venir para no luchar con ella, aunque me crugiera el miedo de sentir la herida por la espalda... Cuando los frenólogos examinen mi calavera han de encontrar deprimidas las bosas de la firmeza y la combatibilidad.

1830.—Marzo.

¿Por qué volvió María á su casa? ¿No existía ya el motivo grave que la arrojó de ella? Seguramente no; puesto que salía del refugio que había buscado contra los males que nos amenazaban.

El día que pude volver á abrazarla, me regocijé; y dormí esa noche tranquilo, como si me hubiera librado de una grande inquietud, de uno de esos peligros desconocidos que amenazan por muchos días, y desaparecen al mismo tiempo que se percibieron.

Ya recordarán los lectores que yo sometía á toda

especie de reactivos cuantos papeles me venían del convento, sin poder hallar nunca ni una sola letra. Lo primero que hice en el primer momento que pude aprovechar, fué sacar el paquete de papeles que había guardado con la mayor curiosidad y pedir una esplicacion á María para leerlos inmediatamente.

—Con razon no podías leer nada—me contestó riendose—si nunca te escribí.

—¿Y por qué no me escribías?—le repliqué encolerizado por la humillacion.

—Tenia miedo de que me sorprendieran.

—¿Y mis cartas?

—Las quemaba en la lámpara del coro cuando me dejaban sola.

—¿Sin leerlas!

—Al irse quemando procuraba leer las palabras que iban brotando.

—¿Y eso tambien por miedo?...—le dije con ironía.

—Sí, por miedo, y una vez que pensé que venían á sorprenderme tuve que apagar el papel dentro del seno, sintiendo el ardor de un cauterio.

—¿A ver la seña?—le pregunté por uno de aquellos rasgos violentos de inocente curiosidad.

Ella me reprendió con una mirada tan severa, que me avergonzó hasta cortar un diálogo en que pensaba yo vengarme de su ingrata debilidad.

Dentro de pocos días volvimos á entablar nuestra vida pasada con sus conversaciones frias, sus juegos inocentes, sus exigencias y zelos pueriles; la misma uniformidad de costumbres do-

místicas, la misma quietud, la misma confianza moral. Además, teníamos ya un pasado que recordar, y estos recuerdos embellecían el presente.

Un solo cambio hubo en nuestra vida interior: María no era mimada ni martirizada como antes; D. German la trataba con circunspección; Doña Juana y Teresa con blandura y casi con indiferencia. A ninguno de los dos nos desagradaba esto; y pronto recobramos nuestra alegría y nuestra franqueza genial.

Estamos en Marzo, es decir, en cuaresma; y María acaba de salir del convento, mas rezadora, mas devota, mas mística que nunca: el espíritu de propaganda se apoderó de ella y se propuso catequizarme.

—¿No te confiesas este año?—solía decirme.

—¿Para qué?—le replicaba yo con una insolencia que la escandalizaba.

Pero es indudable que las blandas insinuaciones de la mujer que se ama, son mas eficaces que los mas severos preceptos.

—¿Por qué no te confiesas?

—¿Para qué?

—Para lo que yo; para tener tranquilidad en la conciencia.

—¿Pero que crímenes cometo? ¿o me crees sin perdulario?

—Ni tampoco creo que tú me tendrás por una mujer perdida: sin embargo, ya ves que lo hago;!

porque siempre satisface cumplir con una obligación.

—Bien pesada por cierto.

—No tanto: si fuera uno á revelar grandes crímenes... pero nosotros, ¿de qué tenemos que acusarnos si no de bagatelas que fácilmente confiamos á nuestros amigos?... ¿y merece ménos un confesor?

—Pero al amigo se le puede callar algo, las flaquezas; y al confesor es preciso decirselo todo.

—¿Y bien?...

—Flaquezas hay que casi no son pecados y que es preciso haber perdido el pudor para confesarlas, puesto que uno mismo se ruboriza cuando las recuerda á solas.

—Hé aquí el sacrificio y el mejor freno.... ¿o piensas que la confesion se nos manda como un placer? No, señor; es una penitencia que comienza desde el momento en que piensa uno ir á revelar cuanto ha hecho, cuanto ha pensado.... Sobre todo, es un precepto que debemos cumplir sin murmuracion ni resistencia.

—Bien, bien; ya veremos.

Ahora yo hubiera entablado la discusion sobre otras bases, pero entónces era yo teóricamente tan piadoso como la buena de María, y mi resistencia nacia del instinto solamente, no de la inteligencia: me conformaba con reconocer la obligación aunque no la cumpliera. Por lo que toca á mi novia, tomé el partido de escuchar sus sermones

sin contradicción; oponiéndole solo la resistencia de la inocencia.

Ella entonces apeló á otro expediente: interpuso su amor; y á nombre de él me exigió como un obsequio á ella, no á la religion, que le presentase una cédula, por la cual me daría el primer beso.

—Pero ¿cómo una cédula puedes comprarla á un sacerdote, pedirla á uno de tus amigos, y este engaño sería una vileza, porque yo no he de ir á comprar, ni á tomar informaciones. Yo no te lo exijo por la violencia, y aun por eso no te propongo que vayamos á comulgar juntos; tal vez cometerías un sacrilegio de que yo sería culpable: si lo has de hacer, sea por tu voluntad; si no estás dispuesto me desagradarás, ya lo sabes; pero... me conformaré.

—Pues bien ¿que pruebas quieres?

—Ninguna... me confío á la nobleza y la sinceridad de tu amor; si me lo prometes, no me engañarás, estoy segura... y yo sabré leer en tus ojos, el día que vengas á presentarme la cédula.

¿Que me costaba al fin darle gusto, si yo tenía las mismas creencias, y reconocia la obligacion? Y por otra parte, era la ofrenda mas pura que le podia yo hacer; íbamos á santificar nuestro amor, á diferencia de todos los novios que mientras mas enamorados, tanto mas huyen de todas las prácticas religiosas que creen incompatibles con los afectos naturales. Esto supone ó que se les imbuyen falsas creencias, y es el caso mas frecuente, ó que sus intenciones no son de las mejores.

Yo esta vez hice un propósito muy sincero: busqué entre una comunidad de frailes el que me pareció mas austero, y emplazandome para cierto dia, procedí á hacer lo que se llama un exámen de conciencia.

Yo en mis niñeces habia aprendido á examinarme consultando con mis compañeros y acudiendo á su memoria, porque ya se sabe que en esa edad la mayor parte de los pecados son colectivos, y se cometen á toda luz: pero en esta vez desconfiando de mi memoria y queriendo metodizar mis recuerdos, recurrí á uno de esos libros, que sé yo si escritos con malicia, donde los y las jóvenes hallan la esplicacion de muchas cosas que ignoraban, y donde se encuentran todas las modificaciones posibles del placer tan bien ordenadas y matizadas, que es imposible no sentir el deseo de pecar con aquellos pecados que uno no conocia, y que deben ser bien sabrosos, cuando tienen señaladas tan grandes penas.

Por mí puedo decir que en aquella situacion supe comprimir los deseos que me causaron tan súbitas revelaciones; pero despues que me pasó el acceso de ascetismo, ese mismo libro me sirvió para inventar nuevos gozes, aplicando y comentando todos sus pasajes.

Por fin llegó el dia aplazado para la confesion; y me dirigí al convento con la compuncion de un capuchino. El fraile me condujo al lugar mas oscuro de un claustro, y allí, haciendome hincar á

sus piés, entonó conmigo el-yo pecador-con un acento fervoroso.

X Es horrible, horrible la situacion de un pobre muchacho á quien se obliga á revelar las flaquezas del corazon, las debilidades de la carne que el mismo Dios no preguntará el dia del juicio por respeto á su dignidad.... Yo sudaba, me estremecia, estaba sofocado, los ojos se me arrasaban de lágrimas, la garganta se me anudaba.... la creencia apenas bastaba á darme valor, y las escortaciones imperiosas del fraile me aterrorizaban... Por fin me abandonaron las fuerzas.... se me nubló la vista; me sobrecogió un calofrío y un sudor de hielo; el vértigo se apoderó de mi cabeza y caí al suelo sin sentido.... el esfuerzo moral habia sido superior á mi organizacion.—Por eso se tiene cuidado de habituar á los niños desde muy temprano á perder ese pudor instintivo, que prohíbe revelar lo que se tiene en el corazon: solo el hábito ó el fanatismo puede hacer tolerable un acto tan contrario á la naturaleza.

El bueno del confesor me cuidó, me llevó á su celda, me dijo palabras consoladoras, y remitió la continuacion para cuando estuviera yo mas tranquilo. Me fui á casa; pero se apoderó de mí tal congoja, tan profundo disgusto, que no bastaron los alhagos de María para curarme de mi mal humor.... la desesperacion y el infierno estaban en mi cabeza.

¿Y se cree que era yo un gran pecador?—La relacion sencilla de mis amores basta para canonizarme.

A los tres dias volví mas contrito que nunca, terminé mi confesion; en fin, comulgé.

María me esperaba, y al verme llegar me hizo un cariño diciendome como si fuera yo un chiquito:

—Ahora sí; ya le va á salir al niño su estrella en la frente.

Esta chanza, imitacion de la promesa con que las mamás engañan á los muchachos, y los seducen, me complació en aquel momento, pues me consideraba yo tan inocente como acabado de bautizar, tan cándido como un niño.... En cuanto á lo cándido todavía no se me quita.

Me desayuné con María que habia compuesto la mesa con muchas flores; y al concluir le reclamé el cumplimiento de su promesa, pero con toda la timidez y la desconfianza de incurrir inmediatamente en un nuevo pecado.

—Pues qué ¿lo creiste?—me dijo.

—Sí; porque ya has visto que yo no te he engañado.

—¿Y el que haya jurado de hacer algun mal qué hará?

—Dolerse de haberlo jurado y no debe cumplirlo—esto le respondí con la misma humildad de un chico de la doctrina á quien están examinando.

—Pues ya ves—añadió ella—que no tengo ninguna obligacion.

—Pero siempre me has engañado.

—Por tu bien: así conseguí que te pusieras en

gracia, y casi estaba obligada á hacerte la promesa.

—¿Con que es licito mentir?

—Cuando se hace con buen fin....

¿Qué jesuita le habria enseñado á mi María este sistema corruptor de todo buen sentimiento? Por que ella, estoy seguro, obraba de buena fé, y autorizada seguramente por doctrinas que habia escuchado.

Viviamos, pues, como dos palomitos sin hiel; amandonos en Dios y por Dios, segun la fórmula que habia yo aprendido de los monjes.

Pero mi tutor no estaba tan satisfecho como yo de nuestra virtud, y un día que platicabamos solos en su despacho, me dijo:

—¿Y sabe vd. que no falta quien diga que está vd. enamorado de esa niña María?

—Pero supongo que vd. no lo creerá.

Al hacerme esta pregunta clavó en mí una mirada penetrante; pero yo que realmente no lo juzgaba un delito, y que siempre habia previsto un desenlace de esta especie, le respondí con una sangre fria que lo tranquilizó. Sin embargo creo que desde este dia comenzó á espiarme; y no pasaron dos semanas sin que volviera á decirme:

—Me han asegurado que vd. y María están en relaciones...

—Pero vd. no debe creerlo.

Ya esta vez me habló con severidad; pude leer en sus ojos que reprimia un arrebato de mal humor; pero no por eso me inquieté. — Si llega á ser forzo-

so: decia yo entre mí—le confesaré yo nuestro amor que nada tiene de reprehensible; y cuando haya yo salido del colegio nos casará por precision.

Huy!.. todavía me estremezco de pensar en mi sandez.

Poco á poco se fué formalizando conmigo el tutor, de manera que llegó á no hablarme una palabra; hasta que un dia me hizo entrar á su recámara, y sin volver hácia mí la vista medijo.

—Inmediatamente se marchará vd. de mi casa; y otra vez aprenda á conocer donde vive...

—Pero, señor...

—Marche vd. y calle; que harto hago con no matarlo..

Estas palabras me estremecieron, aunque no comprendia todo lo que me revelaban. ¿Qué hubiera sido de mí comprendiendolo?

Y á pesar de todas las malas consecuencias que en mi corazon produjo despues el descubrimiento de todos aquellos misterios que se ocultaban en la atmósfera nublada y pestilente de aquella casa, de cuya corrupcion me iba impregnando insensiblemente, todavía tengo que agradecerle á mi tutor: porque ¿con qué derecho iba yo á quitarle su querida dentro de su propia casa, en la cual me abrigaba por un favor á que no estaba obligado? ¿como pudo sufrir en paciencia que un muchacho despreciable fuera el estorbo de una pasion vehemente que lo dominaba á el hombre duro, caprichoso, irascible, que de veras hubiera matado á otro rival

digno de su cólera?.. Todavía me horrorizo al pensar que en una de aquellas noches que María se levantaba huyendo seguramente de sus lascivos brazos, para ir á escudarse con el temor de que yo los sorprendiera en el gabinete vecino, pudo matarme en un acceso de lúbrico frenesí, viendo que le estorbaba, ó zeloso de oirme hablar con ella, y observar mis cuidados.

Es preciso creer en el ángel de la guarda, cuando reflexionamos los mil precipicios por donde hemos pasado, y á cuyo fondo pudimos ir á despertar!..

Mis amores fueron algo menos insípidos desde el día que nos separaron. La dificultad de verla hacia subir de punto el placer de encontrarla en la iglesia, en el paseo, ó en alguna visita. Una de sus amigas se dolió de nuestra desgracia, y su casa fué nuestro punto de cita; el único donde podíamos hablar un cuarto de hora cada semana.

¿Quién creerá que uno de los mayores placeres que me prodajo esta separacion fué el de poder probar á mis amigos que yo tenía una novia, que me daba citas y que me esperaba á determinadas horas en el balcón? porque ántes yo les habia contado todo, pero no me creían algunos, y esta duda me ofendia. Por eso, aunque lleno de temor de que D. German saliese á regañarme por lo ménos, y prohibirme que volviese á pasar por la calle, todas las tardes á la hora convenida pasaba yo acompañado de alguno de los incrédulos, para que viera como me

saludaba risueña, y como cerraba la vidriera y se metia, tan pronto como doblabamos la esquina.

Entre tanto mis parientes habian llegado á conocer el motivo porque el tutor me lanzara; y celosos de mi reputacion y mi dicha, fraguaban la manera de extinguir aquel amor que me creian peligroso: pues si, por una causa que no comprendo, habian consentido mi permanencia en aquella casa, despues creyeron que de ninguna manera convenia consentir aquellas relaciones, cuyo final probable seria mi enlace con una muger que tenia mala reputacion.

Ademas, pasando por una de las queridas de D. German, suponian ménos inocentes nuestros amores, y bajo este supuesto temian con razon, que si un accidente complicaba esta doble union, yo fuese la víctima inmolada á las conveniencias públicas.

Primero recibí amonestaciones suaves de que no hice caso; despues prohibiciones formales de que me burlé; y últimamente me declararon una guerra, que en vez de apagar atizaban un amor, cuyos principales estímulos eran las mil dificultades que se iban acumulando. Mis parientes conocieron esto, y tomaron la mejor resolucion que pudo ocurrirles.

Un tío á quien respetaba yo, me hizo un convite para un baile en su casa: fuí, con previa licencia de María y me divertí cuanto pude. A cierta hora quise irme á acostar; pero el tío me detuvo con tanta amabilidad, que me resigné á seguir divirtiendome.

A las tres de la mañana se había retirado toda la tertulia, y en la misma sala donde había yo estado bailando tan alegre, me hizo sentar mi tío para hablarme en estos términos:

—No debes estrañar lo que voy á decirte, ni lo que voy á hacer, porque tú eres bastante discreto y comprenderás que el deseo de tu bien es lo que me ha determinado á violentarte un poco.

—¿Pues qué...

—No me interrumpas. Tú estás enamorado de una muger que no puede nunca ser tu esposa; se oponen á ello mil circunstancias, y principalmente el buen nombre de nuestra familia.

—¿Acaso es una muger perdida?

—Supongamos que no lo sea....

—No lo es.

—Aún no sabes lo que dices.

—¿Cómo!....

—Vamos, calla; y no me obligues á ser imprudente.

—Pero....

—Te mando que calles y que me escuches. Esa niña puede ser muy inocente; pero su madre, su familia toda no lo es; y eso basta para que el mundo la tache á ella tambien: en el mundo la reputacion es todo; y nosotros no hemos de consentir tu deshonor.... Ahora, si es inocente, y tú la has seducido....

—¿Yo!?!....

—Sé franco á lo ménos.... ¿No percibes que esas

relaciones, si están prohibidas para un viejo, en un muchacho son el mayor escándalo?....

—Pero si yo....

—Compromisos y desórden es todo lo que puede producir una muger que no se respeta, ni se cuida del mal que hace, fomentando la corrupcion de un jóven como tú.

—Tío, le juro á vd. que mis relaciones son inocentes; que no le he tocado todavía ni una mano.

—Entónces, ¿qué esperas? ¿casarte con ella de aquí á diez años, cuando hayas hecho una fortuna?... Mejor seria que pensaras en el presente, que asistieras al colegio, y que no por disipar un amor imprudente, te anduvieras con esa turba de amigos perdularios que acabarán por perderte.

—Tío....

—En fin; debes suponer que yo no soy un loco, y que lo que hago es solo por tu bien: tengo mas esperiencia que tú; y el deber de pensar por tí, de obligarte á ejecutar lo que espontáneamente harias si conocieras tu situacion. Es preciso cortar esos lazos que te deshonoran, y que acabarán por perderte; y el mejor medio de conseguirlo es que salgas de Madrid.

—¿Imposible!....

—Dentro de una hora saldrás.

—No, señor, no saldré.

—Espero que al fin obedecerás un mandato que te hago á nombre de tu padre; y creo que no querás hacer un escándalo.

—Pero á lo ménos deme vd. un plazo.

—Lo he determinado ya y saldrás de aquí á una hora. Un amigo va á Granada por dos ó tres meses, y dentro de poco estará aquí su coche para conducirte: tiene ya mis instrucciones y nada te faltará; cuando vuelva, volverás con él.

—¡Tio, por Dios!...

—No vas preso sino por tu mismo honor; y ya sabes que una fuga, una locura te perderia... Llegá á lo ménos á Granada y allá reflexionarás que esta dureza con que á mi pesar te trato, este sacrificio que por cierto grado de violencia te arranco, son necesarios para tu felicidad, único objeto que me propongo.

—Pero no es preciso desterrarme: yo le prometo á vd....

—Otras veces nos has prometido lo mismo y te has burlado.

El ruido sordo de un carruaje comenzó á percibirse á lo léjos en medio del silencio. Los dos permanecimos callados. Un momento despues el carruaje se había detenido á la puerta.

—El coche está ahí: disparte á partir.

—Pero no llevo ni siquiera lo preciso....

—Lo llevas todo.... Abrazame, y ten presente que de tu prudencia depende tu felicidad.

Lo abracé sin responderle nada, y embozandóme en mi capa eché á andar: mi tio me acompañó hasta el coche, saludó á su amigo y partimos.

¿Por qué fui tan débil? Acaso lo improviso del ataque me desconcertó; y por otra parte..... Cedí, en fin, porque así lo quiso Dios.

Setiembre.

Creí que iríamos solos en el coche yo y el amigo de mi tio; pero al entrar en el carruaje percibí á pesar de la oscuridad, pues aún no amanecía, otras dos personas á quienes saludé, sin saber siquiera el secso á que pertenecian.

Caminamos seguramente una hora sin hablar una sola palabra arrebujaado cada uno en su rincón, y con los vidrios echados por temor del frío. Yo que en toda la noche había dormido, y estaba fatigado del baile, me quedé dormido.

Un fuerte salto del coche me despertó; ya había amanecido, y á la apacible luz de la mañana ví frente de mí las dos caras mas bellas é interesantes que pudiera imaginar.... pero dos caras tan afligidas, tan llorosas, que olvidé mi pesar para sentir el suyo que ignoraba—Es tan simpática una jóven bella y llorando, que hubiera procurado consolarlas, si no me lo hubiese prohibido la absoluta falta de relacion que con ellas tenía.

D. Rodrigo, el actual conductor de todos tres les hablaba de vd. por donde inferí que no eran sus hijas, ni siquiera sus parientas. ¿Pues por qué iban solas con él por un camino? ¿por que lloraban?.... Cuando pude entrever sus vestidos bajo las capas con que se abrigaban, percibí que no tenían luto....

luego su duelo va en el corazón. Irán como yo, robadas á sus amantes?... qué sé yo.

Juntónos la casualidad, y el dolor nos hizo hermanos. Durante el almuerzo que ellas ni yo tomamos, cambiamos algunas frases, y acaso hubieramos comenzado á hacernos algunas confidencias, porque ellas á lo ménos lo necesitaban; pero el respetillo de nuestro común raptor nos volvía silenciosos.

Mal comer, mal dormir, estropearse; celebrar un bonito puente, gozar la amenidad y la frescura de un bosque, este es el compendio de todo diario de viaje. El nuestro terminó felizmente en Granada, donde nos apeamos de pronto en la casa que se había preparado á D. Rodrigo.

Llegaríamos á las tres. Antes de anoecer, las jóvenes con su guardian volvieron á montar en un coche para ir á casa de la familia con quien debían vivir, pues no era bien que hubieran permanecido en la habitación de dos hombres solos.

Yo quedé autorizado para visitarlas; y ántes del cuarto día las había ido á ver.

Eran primas; ninguna de las dos llegaba á 20 años, y se llamaban, una Clara, la otra Teodora.

—En fin—me dijo Clara despues de haber andado un rodeo de media hora—le voy á confiar á vd. mi secreto en cambio de un favor.

—Hable vd.

—Yo he venido casi robada.

—¿Cómo!...

—Sí, de nuestros amantes.... íbamos á casarnos, y papá nos ha enviado repentinamente.

—Como á mí....

—Pues qué ¿vd. también?

—Vengo desterrado por mi tío por igual motivo, y bajo la custodia de D. Rodrigo.

—Este hombre es el verdugo de los amantes—dijo Teodora.

—El obstáculo de nuestros matrimonios—añadió Clara....

—De modo que somos tres los divorciados.... vamos, pues el hombre tiene trazas de querer extinguir la especie humana. Y bien, ¿en que puedo serles útil?

—Nosotras no quisieramos, porque al fin dirá vd....

—No, nada digo....

—Aquí no conocemos á nadie, y fiarnos de un criado....

—Vamos, hable vd. con franqueza: ya sé que esa clase de servicios se deben al infortunio; y si yo estuviera en igual caso haria lo que vdes.

—Pues bien, fiandonos en su discreccion y su amistad, queremos que busque vd. en el correo las cartas que vengan con esta direccion, y que nos las entregue.

Y poniendose medio coloradita, sacó del seno un papel donde estaba escrito un nombre. ®

Precisamente lo primero que yo había buscado al llegar, era el correo, para escribir inmediatamente

á uno de mis amigos esigiendole los mismos servicios que ellas reclamaron de mí.

Ninguna carta habia con aquel sobre: volví en la tarde á decirselos; y recibí nuevas y eficaces súplicas de no olvidarme de buscar cada día que llegase correspondencia de Madrid.

Una vez que ya hice conocer á estos otros personajes, es necesario que aunque en pocas líneas termine yo su historia, para volver á la mía.

Sin grandes relaciones ni quehaceres, desde los primeros dias frecuenté los cafés. Una noche que estaba yo mirando jugar al billar, se sentaron á una mesa cerca de mí dos jóvenes, que me invitaron á tomar en su compañía algun refresco. Acepté sin dificultad, y en pocos momentos estabamos ya de confianza.

—Vd. viene de Madrid, ¿no es verdad?

—Sí, señor.

—Tal vez le interese á vd. saber que el domingo último he visto á la Srta. María en la misa mayor...

—¡Ah!... ¿de veras? Luego vdes. vienen de allá.

—Con cuatro dias de diferencia.

—¿Y está buena María?

—Seguramente... y á haberme sido posible habria traído á vd. algunas mas noticias... La situacion de un amante separado por la fuerza, merece toda clase de ausilos.

—Mil gracias.

—En semejante caso todos los hombres se deben recíprocos servicios.

—Si algun dia pudiera servirles de algo...

—Tal vez ahora mismo.

—¿De qué manera?

—Vd. no ha venido solo.

—No en efecto: por una coincidencia original eramos tres los desterrados; yo, y dos jóvenes bellísimas que se traian robadas á sus amantes.

—Nosotros...

—¿Cómo!.. ¿vdes?....

Despues me esplicaron cómo las novias habian podido hacerles llegar la noticia de su destierro, las dificultades que tuvieron que vencer para emprender el viaje, y las esperanzas que los animaban; terminando por hacerme su Mercurio confiandome una carta, y protestandome que si volvia á Madrid, primero que yo, harian otro tanto con María.

Si no hubiera sido de noche y algo tarde, habria corrido á alegrar á mis compañeras; pero tuve que esperar hasta el siguiente dia, en que tan temprano como pude fuí á visitarlas.

Hasta me abrazaron; y entónces ví por propia esperiencia que un confidente es el mas probable sucesor de un amante. Por fin, llegaron á entenderse sin necesidad de mi mediacion; y sus amores tuvieron un desenlace bien diferente.

Uno de los jóvenes, á consecuencia tal vez del sol y las molestias del camino, fué atacado de una fiebre, y quedó sepultado en Granada—Castigo de Dios dirán las viejas—Teodora está hoy en un convento con el hábito de monja.

Clara vive todavía al lado de su esposo, y á lo que parece son felices.

Volvamos ahora á mí.

El amigo á quien habia escrito me respondió que habia hecho llegar mi carta á María; pero ni de ella ni de él volví á recibir una letra. Al principio multipliqué mis cartas, me entristecí, me desesperé; y teniendo el mismo silencio por respuestas me fui resignando poco á poco.

Las relaciones de aquí; los objetos nuevos, y mas que nada, aquellos de ojos que no ven... me fueron tranquilizando de modo que deseaba retornar á Madrid por volver á mi casa, á mis costumbres, á mis amigos, á mi colegio; y María era uno de tantos; pero no el único ni el principal estímulo.

Las palabras de mi tío que de pronto me espantaron y no comprendí, fueron filtrando en mi corazón la desconfianza, que confirmaba su silencio; y mi amor llegó á ser condicional—Cuando vuelva me informaré—decía yo—: si merece mi amor me reconciliaré, si es una muger corrompida la humillaré con mi desprecio.... Tan liviana con otros, y tan honesta conmigo!... Hipócrita!... Sí, porque algun motivo tiene el mundo para murmurarla.

X ¡Necio! entónces no sabia que la sociedad condena por una palabra, que la muger pierde la reputacion muchas veces á causa de su misma vir-

tud; que su honor no depende de su conducta, sino de la lengua de un maldiciente, ó de una escena casual....

Y á pesar de tanto, todavía no llegaba á sospechar la parte que D. German tendria en estas habillitas del público; yo me figuraba otras mil historias; pero desde el momento en que vacilé sobre la virtud de María debí dejar de amarla. No habia ya en mi corazón sino las cenizas del fuego apagado; los zelos del amor propio ofendido; la curiosidad de descubrir ahora tal vez, la esplicacion de aquellos misterios, que ni ella habia querido esplicarme, ni yo habia intentado descubrir fiandome en mi candor y en el suyo.

1831—Enero.

Poco mas de tres meses permaneci en Granada: cuando volví á Madrid me sentia casi curado. Así lo creyeron tambien mis parientes; y con su anuencia volví á visitar á María, para romper mis relaciones poco á poco y no con la violencia que suele producir disgustos y murmuraciones.

Yo podia, pues, visitar á María: D. German habia hecho un viaje, y ellas vivian ya solas... pero pobres. ¿No recibirian ningun socorro de ese hombre con quien siempre habian formado una sola familia? Ellas me dijeron que sí, y yo les daba crédito, aunque extrañaba la casi miseria en que vivian.

Desde que volví á verla volví á creer en su virtud, en su amor.... su semblante tenia una es-

presion tan sincera, tan natural que no la juzgué capaz de engañarme, y reprimí mi ingratitud. Sobre todo, una muger perdida no es pobre cuando tiene talento; y las privaciones á que la veia sujeta, me aseguraban de su inocencia.

Sin embargo, tuve la crueldad de aventurar algunas pruebas permitiendome licencias de hecho y de palabra, que á ser fundadas mis sospechas, debieron descubrir su hipocresía; pero la hallé siempre tan severa, se quejó con tanta amargura y con tan natural estrañeza de este cambio en mi conducta, que volví á mirarla con el mismo respeto que ántes.

Hubo una circunstancia, indiferente tal vez para los estranos, pero que en mí preparó para despues uno de los mayores dolores que he sufrido.—Estábamos un dia asomados á la ventana y pasó una muger tan palida, tan enfermiza al parecer, y tan llena de harapos, que me compadeció: la frente de María tambien se nubló y me dijo sonriendo forzosamente:

—Tal vez un dia me encuentres así, y ni volverás la cara para darme una limosua.

—Calla; no digas esas cosas.

—Quien sabe: es tan caprichosa la fortuna y sus facciones se contrajeron con la angustia.

—Qu^e tienes María?

—Nada: hablemos de nuestro amor... fué una chanza.

María habia leído en su porvenir y en mi co-

razon. Ya no la amaba yo, la compadecia solamente: seguia visitandola como ántes, porque me repugnaba despedirme de ella, desengañarla, cuando no me daba el menor motivo de queja, cuando su situacion misma exigia de mi nobleza amarla mas, y cumplirle una promesa que ahora hacia indispensable su posicion.

Cuando era rica y pretendida de otros me habia hecho el favor de amarme pobre, y ahora ¿la habia yo de abandonar próxima á la miseria?

Pero este mismo cambio de situaciones me iba haciendo mas pesada cada dia la obligacion; bastaba que lo fuera para resistirme al cumplimiento; ella habia descuidado un poco, mucho, yo habia ascendido, y comenzaba á concebir ambiciones, mas altas en el mundo mas elevado que empezaba á frecuentar. Salir de una rica sala donde podia escoger á una de las jóvenes que allí habia hermosas y elegantes, para ir á ver á mi novia á una vivienda sucia y triste, como lo estaba ella misma muchas veces....

Maldito orgullo!....

Las dificultades de aquella familia se aumentaban, y yo llegué á sospechar que D. German la habia abandonado.

—Toma! ahora estas en sospechas?—me dijo un amigo á quien consulté mis temores.—Las abandonó é hizo bien; vestir el santo para que otros lo adoren.

—Como?

—Hazte chiquito, cuando tú tienes la culpa... Irle á robar al pobre viejo la querida dentro de su propia casa....

—Querida!....

—Si no lo era, bien caros le salieron al pobre hombre sus deseos.

—Pero y la madre?... y aquel chico?....!

—Hombre, hombre; solo dos cosas incompatibles hay en este mundo, la muerte y la vida.

Me estremeció de horror aquella cínica revelación.... A los 20 años se cree en el pecado; pero no en crímenes de esa especie.

Si en los días calurosos de mi pasión me hubieran descortinado aquel velo para dejarme mirar tanta maldad, me hubiera desesperado; pero frío ya afortunadamente, lo que hice fué despedirme de lo que en el mundo se llaman las ilusiones.... las creencias que alimenta uno en la niñez y en la primera juventud.

Entonces me lo expliqué todo: los mimos del tutor habían durado el tiempo necesario para vencerla; los celos de mí produjeron el mal trato posterior; la entrada al claustro fué un convenio para probar si me amaba; y en fin mi espulsión de su casa, la consecuencia de algún desquite.... el abandono de ellas había sido por cansancio ó por celos, no ya de mí, de otro.... Conmigo había representado el papel de la honesta, la recatada, la inocente, porque al fin necesitaba un marido, y yo era el mas apropiado, el mas necio que había encontrado....

Tan fuerte impresión hicieron en mí estas reflexiones, que en vez de agitarme produjeron en mi corazón la calma sombría, la resignación silenciosa de la muerte.... De veras me había asesinado el alma!.... y precisamente en la época en que se comenza á sentir el fuego de la edad, el alboroto de la ambición, el deseo de gozar, de vivir... ¿Como reconocer despues la virtud, si aquella muger tan asquerosa había sabido aparecerme como una vírgen sin mancha?.... La fé, la fé es el alma de la vida, del amor, de los placeres....

Para no cometer una imprudencia dejé pasar dos ó tres días, al cabo de los cuales fuí á su casa.— Cuando quedamos solos me reconvino con dulzura mi falta

—¿Por qué no habias venido?

Yo sin responderla, sin mirarla, le dije con toda la severidad de que me creia autorizado:

—Es preciso que todo acabe entre nosotros: mi familia no te cree digna de mí y al cabo no podremos unirnos. Devuelveme cuantas prendas te he dado y olvidame.

Es indescriptible la espresion que tomó su fisonomía al escucharme.... indagó con una mirada la verdad de mis espresiones, y se levantó para entrar en la pieza inmediata.

—Todo es ficción—dije entre mí casi encolerizado.

Despues de pocos momentos volvió trayendo el paquete de mis cartas y un retrato, que examiné

con desden ántes de guardar... Al quitarse ella un anillo que yo le habia dado, se puso pálida, le temblaron los labios y una lágrima brotó de sus ojos... de repente toda su cara se encendió como una brasa, se secaron sus ojos y cayó junto á mí en una silla...

—¡El despecho!...—dije yo: y me levanté para despedirme.

Julio.

De un desengaño nace la desconfianza, de la desconfianza el desaliento, del desaliento el abandono, del abandono la corrupcion; pero la corrupcion de las costumbres supone la del corazón; desde que en él no se encuentran los goces puros del sentimentalismo, forzoso es entregarse á la disipacion y los placeres de la materia, para gastar en algo la actividad y no morir en la inaccion.

Comenzaron á fastidiarme los libros y el estudio; me volví taciturno y melancólico; me disgustaba de todo, y para disipar el desabrimiento interior que sentia, buscaba una pandilla de estudiantes perdularios, para tomar parte en sus calaveradas y despilfarros, dejandome llevar á todas partes donde encontraba yo ruido, desórdenes, crímenes tal vez, que aunque no cometia yo mismo, me bastaba verlos, para distraer con ellos mi imaginacion preocupada.

Cierta dia estaba yo con uno de estos amigos bebiendo francamente en tête-à-tête en la mesa de

un café: habiamos vaciado algunas copas y estabamos ya alucinados, en el primer grado de la embriaguez.

—¿Con que al fin quebraste con la Mariquita?... Hiciste bien: el amigo que no da... ya me entiendes.

—No te entiendo.

—Muchacha mas necia... (el sinónimo) con lo que le daba el viejo bien podia mantenerte... se resistió al dinero, y mañana se entregará á uno que la mate de hambre...

—¿Qué dices? ¿qué dices?..

—Pues qué... ¿no sabes que el viejo la pretendia?

—¡Mentira!..

—Que mentira... Bebe... anda... A la salud... es decir, á la virtud de la Mariquita.

Bebimos, y mi amigo dando un porrazo con la copa al ponerla sobre la mesa, continuó:

—¡La virtud!... ¡la virtud!... Una caída mas ó ménos, cuando al fin...

—¿Pero qué dices?

—¿Qué digo? Nada, pero la Mariquita fué una tonta y tú tambien. Resistirsele á un hombre que hasta le iba á poner coche...

—¿Resistirse?

—¿Pues por qué las echó?... La otra ya estaba vieja y no las habia de mantener por su linda cara.

—¿A ver?... cuenta, cuenta.

—Pues sí, hombre; tú eres mi amigo y no te calla nada. Ya sabes que estaba contratada la chica;

pero no quiso, y amen: se enojó el otro... Después de todo, tú tuviste la culpa, porque dicen que te quería; pero hiciste bien: las beatas como esa que tienen miedo todavía, no dan honra ni provecho.

—¡Bebamos!...

—A la salud del... Oye, francamente; ¿foiste tan bestia como el tutor?

—Sí; y ahora me pesa.

—¿Ella te daba ocasión?

—En cuanto á eso...

—Mentira que te quería; si te hubiera querido se hubiera ablandado con el viejo, para vivir á sus anchas contigo... bien sabe que no tienes en que caerte muerto, y que de otro modo nada podían hacer... ¡Eh! hiciste bien; las mugeres son ó no son... ¡A tu salud!....

—¡A la tuya!....

No estaba yo alucinado el día siguiente; al contrario, sentía aquella languidez, aquel desagrado que después de un día de escesos agota las fuerzas y destiempla los sentidos. La frente está fatigada, los ojos turbios y hundidos, pero la imaginación está clara y la vida pasada se retrata en el cerebro con toda la viveza y claridad que en un espejo: el corazón late cansado y tiene tiempo de ser vencido por los remordimientos.

María es virtuosa, y la sociedad hipócrita la deshonra; me era fiel y la abandoné... es pura, y la gente perdida se burla de su necedad... ¡Qué mu-

ger habría hecho por mí iguales sacrificios? por que es evidente que por mí los ha hecho; por mí ha despreciado el lujo, los placeres, el brillo; mientras que ahora su única perspectiva es la miseria de la desgracia... ¿Seré tan feliz con una de esas petimetras, frívolas y orgullosas que se burlan de mí, como lo hubiera sido con ella, inocente y pura, que no tenía otro pensamiento que mi amor y mi felicidad?... ¡Oh! pero es pobre, no es elegante, es fuerza despreciarla; su existencia es oscura, su virtud estéril, mis amigos seguirían burlandose, y si al fin me casara con ella caería en ridículo... ¡Pobre María!... ¿qué será de ella tan tímida, tan delicada?... ¿Correré á buscarla para echarme á sus piés arrepentido y remediar mi falta?... ¡Oh! sería una debilidad imperdonable para el mundo: cautivar me con una muger, virtuosa es verdad, pero sin maneras, sin elegancia, sin nombre... Por fortuna ya está hecho: ahora lo que puedo hacer por ella es compadecerla... ¡pero que no lo sospeche nadie!... creerian que aún la amaba y esta sospecha me humillaría.

Una muger no tiene derecho de ser amada, sino cuando es hermosa, rica, y aristócrata: no importa que su corazón esté corrompido si los perfumes disimulan su hediondez, y un rico traje encubre su fealdad.... Pero una muger pobre y olvidada!... ¿quién le mandó nacer de una familia corrompida y sin fortuna? Debió hacerse también criminal para conservar su rango; así tal vez me hubiera con-

servado á mí tambien, porque la sociedad la habria murmurado, pero la hubiera admitido....

Reflexiones como estas solian amargarme la vida algunos ratos, causandome remordimientos; pero hacia ya mas de seis meses que no la veia, y poco á poco la fuí olvidando en medio de mi disipacion.

Un dia andaba yo de broma con mis amigos; y una mugercilla de ojos vivos y trage indecente provocó el deseo de alguno de ellos: siguióla inmediatamente, y los demas por no abandonarlo seguimos tras ellos.

La muger entró á una casa; y nuestro amigo ántes de entrar tambien, nos hizo seña de que fuésemos.

La muger, como muchas de su clase, habitaba una buardilla; entramos á su pesar todos, y despues de un cuarto de hora que habiamos gastado en escarnecerla y reirnos á su costa, la voz de—ahí viene mi hombre—nos asustó. Supusimos todos que el hombre podia ser uno de esos queridos que escupen de medio lado y gastan puñal; y por huir de su furia, y de un escándalo, nos salvamos cada uno como pudo.

Yo no encontré mejor recurso que colarme en la guardilla inmediata cuya puerta ví entreabierta... Iba yo á hablar para disculpar mi repentina entrada, y el espectáculo que se me ofreció heló mi sangre, y paralizó mi lengua....

A la izquierda en el rincon, sobre una cama negra y hedionda estaba una muger escuálida, amarilla, con los cabellos canos y erizos, los párpados aplomados y hundidos: era un cadáver, mas bien que una muger, no acostado, sino tirado entre un monton de andrajos asquerosos: en la cabecera, un muchacho de 10 á 12 años, casi desnudo, sentado en una silla rota, apoyaba su cabeza sobre la almohada de la enferma: enfrente una jóven sentada en el suelo, con los brazos cruzados, y con la frente hundida entre las rodillas... Ni un ropero, ni un banco, ni un mueble; algunos trastos de barro en un rincon, y una hornilla apagada... Era la miseria en toda su desnudez y deformidad...

Al entrar yo, la jóven levantó la cabeza, sus facciones se contrajeron, y permaneció quieta esperando que le hablara; la vieja entreabrió los ojos al ruido, y reconociendome sacó su brazo descarnado como la muerte, y tendiendome, me dijo con una voz casi apagada:

—Mis hijos!..

Era D^{ca} Juana que se moria de hambre, con los dos hijos que le habian quedado.—Teresa estaba perdida, y no se acordaba de ellos.

Fuí á tenderle mi mano á María para que se levantara y la rehusó...

Un momento estuve parado en medio del cuarto, mirando el techo bajo y ennegrecido, las paredes ahumadas, el suelo con una costra de suciedad.... El frio del invierno habia comenzado y ni la venta-

na tenia una vidriera, ni María parecia tener otra ropa que el túnico desgarrado ya en algunas partes, y un pañuelo de algodón que le cubria el cuello.

—¿No habrán comido estas gentes? ¿no tendrán siquiera fuego?...—Un remordimiento me punzó el alma; y para no herirlas con una pregunta saqué un cigarro.

—No tenemos lumbre-me dijo María-y volviendo la cara se enjugó una lágrima con la punta del mezuquino pañuelo....

Yo no tenia valor para levantar los ojos á ella, ni para hablarle; temblaba interiormente temiendo oír una queja, un reproche, una maldición.

La pobre vieja viendome en pié, me invitó á sentarme en la cama: yo lo rehusé por asco y por temor de derribar con mi peso aquel lecho vacilante.

No pude estar cinco minutos sufriendo la impresión de aquel cuadro horroroso... Pero ántes de despedirme registré todos mis bolsillos y solo me encontré un peso: ántes que yo lo ofreciera á nadie, María alargó su mano y tomándolo, me dijo con la sonrisa del sarcasmo:

—Al fin, me has dado una limosna....

¡Oh! ¡aquello era horrible!.... buscaba yo palabras para disculparme, para consolarlas, para prometerles que volveria á traerles un socorro; la vergüenza y el dolor me ahogaban.... María estaba enfrente de mí con los brazos caidos, los ojos clavados en el suelo; el muchacho me veia azorado: la vieja dormia ó estaba desmayada.... Haciendo

un esfuerzo le dije á María un-adios-desesperado; y me precipité fuera de aquel infierno de los vivos, agujoneado, destrozado por los remordimientos.

Si yo fuera hombre—decia luego—la sacaria de esa miseria en que yo mismo la sumergí. En vez de ser un estudiante holgazán, trabajaria por ella; y aun cuando no trabajara, lo que gasto en placeres inútiles y corruptores, acaso le bastaria para vivir.. Sí, me casaré con ella al fin... pero ¿y su madre? ¿y su hermano? ¿he de cargar tambien con ellos, y con el desprecio público?... ¿Quién le manda tener una familia que la deshonra, que le estorba el ser dichosa?... Mis parientes por su parte me desecharian, me cerrarian la puerta de sus casas; mis amigos se reirian de mí; la sociedad me desprecia-ria.... ¡Eh! ya se me olvidará esto; que sé yo si por tontera ella misma se habrá labrado su martirio; si será uno de aquellos misterios de la vida que no se comprenden sino por los mismos actores.... Si es virtuosa, le queda la Providencia que no la dejará morir de hambre....

Después de diez años he vuelto á verla por la primera vez, paseando en coche en medio del bullicio de una fiesta. Los dos nos hemos saludado con visible conmoción.

¿Habrá recompensado el cielo sus virtudes, ó habrá al fin vendido su pudor?... Si está prosti-

tuida ¿quién tiene la culpa? . . . Yo tal vez; pero yo me disculpo con la sociedad que exige hipocresía, maneras y riqueza; que á mí solo me admitirá tal vez si la busco; pero que en compañía de una muger á quien había señalado, me hubiera repudiado. . . .

Sin embargo; María lo sacrificó todo por mí ¿por qué no lo he sacrificado todo por ella? . . .

El desprecio con que me humillan, el desden con que me atormentan ahora otras mugeres superiores á mí, no es mas que la justa venganza de mi ingratitude, de mi debilidad, de mi vileza. . . .

Quien sabe tambien si en algunos momentos no sentia yo tambien un impulso de regocijo maligno, al acordarme de Luisa, cuya perfidia vengaba yo en María.

Esta es la guerra interminable del fuerte y el débil; el hoy y el mañana de la rueda de la fortuna. Si el corazón no desconfiara á fuerza de desengaños; si no se corrompiera con el mal ejemplo, podria hallarse la dicha en la reciprocidad de los afectos.

Pero á mí me engañó Luisa, yo debía buscar una víctima á mi venganza. Víctimas que se sacrifican sin voluntad y teniendo que acallar los remordimientos. No es la intencion si no las circunstancias; llora uno con el martirio que causa, pero aprieta hasta matar, porque ese es el destino, eso es lo que hacen todos, eso es lo que exigen los caprichos, las leyes del mundo.

V.

PARA DESPUES.

Setiembre.

Visitaba yo entre otras personas á una familia compuesta esclusivamente de una serie de niñas, tradicionalmente doncellas, aunque la mayor tenia ya cerca de treinta años; la menor no llegaba á catorce, y por todas eran seis la hermanas. Huérfanas enteramente, vivian de una pequeña herencia que su padre les habia dejado, y que apenas les bastaba para vivir honradamente, en aquella mediocridad que tiene algo de filosófico, algo de ridículo y mucho de lamentable.

Es decir, cada niña tenia un túnico, un tápalo, unos zapatos para salir los dias de fiesta, vestido que tan pronto como volvian de la calle, se limpiaba, se doblaba, se guardaba con la mayor curiosidad para prolongar sus dias. Despues de uno ó dos años de uso, se le echaba al túnico un nuevo dobladillo, se mandaba retener el tápalo y entonces ya quedaba para ocasiones menos solemnes, hasta que por fin, cuando ya no se percibia el dibujo de

la muselina, quedaba dedicado al servicio diario, y se hacia durar milagrosamente, con prolongadas rejas y curiosos surcidos.

Solo los domingos se comia una pieza de fruta barata en la mesa, solo los domingos se abria la ventana y se gastaban ocho ó diez cuartos en una golosina. Porque ya se sabe que los buenos cristianos pobres, reconcentran todos sus placeres en el domingo: en ese día salen aunque no sea sino á misa; ese día se toca un poco la guitarra, se sale al balcon, se merienda, se pasea por la luna. Los días de trabajo son de tristeza, de encierro, de privaciones.

Entre los rasgos comunes y hereditarios de todas estas niñas se contaba su virtud y su fealdad: fealdad característica de las mugeres sin gusto, sin mundo, sin educacion, que solo saben rezar y guisar el puchero. Fisonomías originales y antipáticas; talles encogidos y lisos; manos de disciplina. Sus virtudes, muy positivas, eran de aquellas que no tienen luz ni fragancia, que esterilizan el talento, empañan la imaginacion y hasta pervierten los afectos. Maneras torpes; lenguaje fastidioso y vulgar: ninguna gracia, sino la del bautismo.

Si no hubiera yo creído en la reciprocidad de las influencias moral y material, ahora tenia en los ojos tal prueba, que me hubiera decidido á creer. El carácter de estas mugeres estaba sembrado por toda su habitacion; le daba un barniz tan empañado como el de sus caras, un aspecto mezquino como

el de sus fisonomías, una irregularidad estraña como la de sus talles ridículos.

No habia en los muebles ni suciedad, ni desorden, ni descuido; habia lo que en ellas, una vejez anticipada, un arreglo forzado, una distribucion inesplicable. Así como su organizacion estaba gastada por las privaciones, su alma apocada por los escrúpulos y su educacion era ríspida á fuerza de ignorancia; así las mesas habian perdido la tersura trasparente del barniz, y tenian solo la lisura del frote diario y violento; los cojines de las sillas estaban lustrosos despues de haber perdido el pelo del tejido; las puertas no ajustaban bien sin estar rotas; en las paredes no habia polvo, pero estaban los frisos amarillentos y descoloridos.

Solo en el lugar donde Angela se sentaba á coser habia un tapetito limpio, una silla nueva! sus almohadas siempre tenian un moño de liston coquetamente prendido; y entre los tiestos del corredor se distinguia la macetita de loza donde e llacultivaba un geranio de olor.

Yo era el santo para quien se cuidaba aquella ofrenda. Angela, que defendia su geranio contra todo el mundo, siempre me daba una hojita para que aspirase su aroma, ó ana flor sola, nunca un ramito. Eran tan pocas las flores que daba su arbustito débil como ella, que para prolongar los regalos tenia que metodizarlos, y habia calculado tan bien su vida, que las iba arrancando para ofrecermelas ántes de que se marchitase sobre la planta.

Contra la costumbre de todas las mugeres que hablan español, tenían estas una biblioteca que entre tomos truneos, y almanaques tendria treinta volúmenes; biblioteca era esta cuya heterogeneidad me complacia siempre que la ecsaminaba—La estrangeira de Arlinecourt, los Mártires de Chateaubriand, Feijoo, Temporal y eterno, Manual de cocina, Lavalle, calendarios.... Todo esto colocado en uno de los entrepaños de la alacena que servia de despensa.

La ecsistencia del Lavalle y el Manual de cocina bien se lo prodrá esplicar cualquiera; pero las novelas ¿quién las leia en aquella casa que bien podia llamarse un convento?

La hermana menor, Angela, es una niña de 13 años; blanca, de ojos claros, y con un pelo suave como la seda, rubia como el oro, pequeña de estatura; delicada, esbelta, y llena de gracia y flexibilidad en todos sus movimientos: cuando habla se sonrie con una espresion seductora; sus ojos siempre están claros y lucientes como si acabase de llorar: su voz es suave y melodiosa; sus manitas tienen una ternura de raso. Angela, en fin, recogia toda la belleza moral y material que les faltaba á sus hermanas.

Ella era quien leia las novelas que yo mismo solia prestarle, ó algun otro de los muy pocos que las visitaban. Por cierto que si las hermanas mayores hubieran sabido lo que eran y el efecto que producian aquellos libros en el corazon de la hermana

se los habrian prohibido; pero ignorantes acaso hasta de lo que es una novela, cuando mas solian quejarse de que Angela descuidaba los quehaceres comunes por leer, ó le reñian cuando la miraban llorar con uno de aquellos libros que la tenían melancólica y retirada dias enteros.

Seria dificil encontrar el origen de aquella inclinacion á tal especie de lectura; la casualidad tal vez puso en sus manos el primer libro, y tal pudo ser ò tal impresion produjo que fijó su deseo. Hay organizaciones delicadas, impresionables como la sensitiva, que al mas ligero contacto son sensibles; y la imaginacion de una niña que entra en la juventud es ardiente, inquieta; fácilmente se deja llevar de las imágenes que la lisonjean.

Angela vivia encerrada, sin visitas, sin mundo, sin sociedad, sí, pero esos libros le habian enseñado que mas allá de las silenciosas paredes de su casa habia otra ecsistencia activa, brillante, placentera.... que ella no podia gozar sino leyendo. Así permanecia los dias y noches, devorando uno de aquellos cuentos, donde el pincel del poeta embellece hasta los crímenes, y hace volar á las mugeres prendidas de gala y rodeadas de una corte de amantes.

¿Por qué yo no tengo uno? diria Angela: ¿por qué no soy rica? ¿soy acaso ménos bella ó ménos digna que alguna de esas otras mugeres que veo pasar desde mi ventana, y que vivirán cercadas

de fausto y de placeres, como las que miro retradas en estas historias?...

¡Oh! cuantas veces la infeliz Angela se veria en el pobre espejo de su cuarto, y lloraria de despecho viendo sus ojos lindos, su seno blanco, su talle gentil, encarcelados en una prision, adonde no penetraba ni el ruido de las fiestas en que se regocija el mundo.

Con aquella educacion escepcional no podia participar de los áridos y vulgares goces de sus hermanas, y vivia por consiguiente casi separada de ellas, siempre sola en su cuarto, de donde no salia sino para asistir á las reuniones de familia indispensables. Las otras muchachas la acusaban de ceñuda y mal humorista, pero ignorando el motivo real de su tristeza, no podian remediarlo; y ántes bien, la ligera burla y los epigramas que solian decirle por su *romanticismo*, por su sensibilidad importuna, la martirizaban, obligandola muchas veces á reprimir sus lágrimas, su melancolía, sus dolores. ¿La habrian comprendido aun cuando se hubiera quejado?...

Hay dolores, por otra parte, que sufridos en el misterio y la tranquilidad del olvido adquieren un tinte tan suave, un aroma tan delicado, que suelen conversirse en placeres esquisitos á que se habitúa el corazon.

Este es en compendio el retrato de Angela, á quien la falta de vida, de aire y de luz habia descolorado las mejillas y marchitado la tez. Podia

compararse á una de aquellas rosas brotadas en invierno, en cuyo corazon se ve todavia el tinte fresco y nacarado de sus hojas, miéntras los bordes están ya amarillos y tostados por la escarcha. Era, en fin, una de aquellas niñas delicadas y nerviosas que á fuerza de imaginar se consumen, á fuerza de sufrir refinan su sensibilidad; niñas que sentadas junto á un hombre, si una rodilla tropieza por casualidad ó se les toma una mano, se estremecen involuntariamente.

Era muy natural que yo gustase mas de la conversacion y compañía de Angela que de la de sus hermanas; y ella, que seguramente me encontraba ménos necio que los otros dos ó tres jóvenes que solian visitarlas, tambien me distinguia. Platicabamos de todo, principalmente de novelas; conmigo consultaba las dudas que se le ocurrian para comprender algun pasage ó alusion histórica; haciamos comentarios sobre el mérito de los autores (¡pobres!...) y filosofamos sobre el amor y el sentimentalismo. Era preciso tambien que Angela hubiese llegado á ser mi confidente.

Siempre que iba á verla y despues que me saludaba, me preguntaba por María. Cuando hablabamos de ella solia decirme conmovida:

—Amela, vd., amela siempre... debe ser muy infeliz una muger enamorada que se ve olvidada por su amante...

Pero me decia esto con una espresion tan tierna, tan sentida, que lo achacaba yo á pura imita-

cion del lenguaje novelesco que habia aprendido en los libros.

No sé por que motivo le habia yo callado mi rompimiento con Maria: siempre me preguntaba por ella, y siempre le respondia yo como ocultándole la verdad. Al fin, un dia que estaba distraido le respondí á su pregunta habitual con un—No sé—que la sorprendió.

—¿Cómo no sé?....

—Si, he quebrado con en ella—respondí con indiferencia.

—Me alegre.... ¡ah! no....

Al decir—me alegre—sus ojos habian lucido como dos estrellas; pero inmediatamente bajó los párpados y pronunció avergonzada las últimas palabras.

Su vergüenza duró algunos dias en que estuvo conmigo encogida, callada, tímida; mudanza que yo noté, y que atribuyéndole un origen demasiado lisonjero para mí, procuré estudiarla para descubrir la verdad. Pero mis observaciones fueron todas estériles; despues de una ó dos semanas volvimos à recobrar nuestra antigua familiaridad, y se me olvidó aquel pasaje, que me hizo bien dulce impresion.

Ella siguió encerrada en su recámara leyendo sus novelas, y yo seguí visitandola y dando pábulo á la voracidad de su imaginacion, contodolo mas romántico y estrafalario que en mis manos caia.

Y aun no termina esta historia: como las otras tiene su desenlace, que llegará cuando sea tiempo

VJ.

NARCISA

Diciembre.

En la infancia se contraen ciertos hábitos, se crian ciertas afecciones, que mas ó ménos vivas duran hasta la muerte.... Para comenzar un capítulo no está malo el axioma; y si todo lo mas que dijere es tan cierto, ya podia leerse esta historia con mas satisfacción que los artículos de la fé. Sin embargo, poco ha de distar de la verdad, y esta es la razon por que lo escribo.

En nuestras muñecas eramos amiguitos inseparables Narcisa y yo: unas veces ella me ayudaba à decir misa con mi capilla; y à beber el vino ó comer la fruta que podiamos escamotar de la despensa; otras le ayudaba yo à arreglar su casa de muñecas, ó à quebrar un juguete; y no pocas tardes corrimos juntos por el prado, persiguiendo á un pájaro que intentabamos cazar, ella con su chal y yo con mi sombrera; concertando despues entre los dos la espiacion que habiamos de dar cuando

cion del lenguaje novelesco que habia aprendido en los libros.

No sé por que motivo le habia yo callado mi rompimiento con Maria: siempre me preguntaba por ella, y siempre le respondia yo como ocultandole la verdad. Al fin, un dia que estaba distraido le respondí á su pregunta habitual con un—No sé—que la sorprendió.

—¿Cómo no sé?....

—Si, he quebrado con en ella—respondí con indiferencia.

—Me alegre.... ¡ah! no....

Al decir—me alegre—sus ojos habian lucido como dos estrellas; pero inmediatamente bajó los párpados y pronunció avergonzada las últimas palabras.

Su vergüenza duró algunos dias en que estuvo conmigo encogida, callada, tímida; mudanza que yo noté, y que atribuyéndole un origen demasiado lisonjero para mí, procuré estudiarla para descubrir la verdad. Pero mis observaciones fueron todas estériles; despues de una ó dos semanas volvimos à recobrar nuestra antigua familiaridad, y se me olvidó aquel pasaje, que me hizo bien dulce impresion.

Ella siguió encerrada en su recámara leyendo sus novelas, y yo seguí visitandola y dando pábulo á la voracidad de su imaginacion, contodolo mas romántico y estrafalario que en mis manos caia.

Y aun no termina esta historia: como las otras tiene su desenlace, que llegará cuando sea tiempo

VJ.

NARCISA

Diciembre.

En la infancia se contraen ciertos hábitos, se crian ciertas afecciones, que mas ó ménos vivas duran hasta la muerte.... Para comenzar un capítulo no está malo el axioma; y si todo lo mas que dijere es tan cierto, ya podia leerse esta historia con mas satisfacción que los artículos de la fé. Sin embargo, poco ha de distar de la verdad, y esta es la razon por que lo escribo.

En nuestras muñecas eramos amiguitos inseparables Narcisa y yo: unas veces ella me ayudaba à decir misa con mi capilla; y à beber el vino ó comer la fruta que podiamos escamotar de la despensa; otras le ayudaba yo à arreglar su casa de muñecas, ó à quebrar un juguete; y no pocas tardes corrimos juntos por el prado, persiguiendo á un pájaro que intentabamos cazar, ella con su chal y yo con mi sombrera; concertando despues entre los dos la espierecion que habiamos de dar cuando

el chal se rompía ó el sombrero llegaba à casa con un pedazo de ala convertida en alon. El pudor no es fruto de esos tiempos, así es que ya pernoscitase ella en mi casa, ó yo en la suya, el lecho era comun, y teníamos aquellas sabrosas pláticas sobre cuantas galas juntará el dia que acabe el catecismo: sobre el cambalache que proyecta de dos docenas de colorines por un coche de baraja, ó sobre cuestiones de alta importancia, como resolver ciertas dudas que á todo muchacho le ocurren, ó preguntarnos dónde vivirían los príncipes y los encantadores de los cuentos que habíamos oido: despues de lo cual se duerme uno, invocando al ángel de la guarda y apretando mucho los ojos, para no ver al diablo, por haber faltado al precepto de lanana, de no platicar y dormirse pronto.

Si retozando con ella se me desgarraban los pantalones, inmediatamente iba á robar una aguja y una hebra aunque fuera encarnada para evitarme el regañoy en efecto, me lo evitaba las mas veces, pues mamá viendome el adefecio del surcido se echaba á reir, y perdonaba la travesura en pro de la ridiculez. En compensacion, si ella se rozaba un codo me apresuraba á curarselo con el sanalotodo de los muchachos, ó me arrojaba yo á un charco donde se ahogaban mis zapatos, por sacar el que ella habia dejado.

Los criados suyos y míos nos querían separados; pero juntos, protestaban de sacarnos á pasear y no quedaban responsables de los daños y perjuicios que hacíamos á los dulceros, ó á los gatos que ha-

llabamos parados en las puertas.... Nuestra fiel unidad para travesear y disculparnos luego mutuamente era indisoluble.

Pero llegamos á los diez años y el destino nos separó. Girando en diversos mundos y entretenidos en otros objetos, no nos echamos de ménos, y probablemente solo nos quedó la memoria de aquellos juegos infantiles.

Tenia ya veinte años, y Narcisa á quien ni una sola vez habia vuelto á ver, entraba en mis recuerdos como un personaje de mi comedia de niño pero nada mas; ni me interesaba su suerte, ni me complacia su memoria, ni procuraba informarme de su vida: era en fin, una persona muerta para mi corazón.

Un dia me la encontré sentada en la sala de una señora que yo visitaba. Al saludarnos, el tú de la infancia se nos revolvió de los labios, y el vd. insípido quedó establecido: yo era ya un jóven, ella una señorita; la conveniencia nos impuso sus condiciones, y casi como estraños nos tratamos aquel dia.

—Es la primera vez que veo á la señorita en casa de vd.—le dije á mi visita, luego que Narcisa nos dejó.

—Es estraño, porque nos vemos con frecuencia.

—¿Son amigas?

—Parientas....es mi prima.

—Tiene un buen carácter al parecer.

—¿Cree vd?..—me preguntó sonriendo.

—¿Por qué se rie vd?
—Porque pienso que Narcisa le ha hecho mas impresion de la que...

—¡Oh! no, no... me simpatizó y nada mas.
—Todo el mal sea ese; peor seria que uno de los dos abandonase mi casa por repugnancia del otro.

Yo no tenia esperanzas ni deseos de volverá ver á Narcisa; sus visitas eran, segun ví aquella vez, de suma confianza, las mas casi de etiqueta y á diferentes horas; de modo que aquella casualidad no debia repetirse. Sin embargo, se repitió dentro de un mes; y yo gustando de su conversacion, alargué mi visita un poco mas de lo acostumbrado: estuve ademas obsequioso, atento y amable, hasta obtener de ella algunas recompensas de igual especie.

Nuestra prima se sonreía y nos dejaba.

La tercera ocasion que la encontré sentí positiva satisfaccion, ella me dió licencia de manifestarla, y deponiendo un poco la circunspeccion, comenzamos á hacer algunos recuerdos de nuestro pasado, y expresamos el deseo de que se repitiese aquella casualidad que nos reunia algunas veces.

En la inmediata que volví á ver á la prima, y tan pronto como estuvimos solos, me dijo:

—¿Qué tal la prima? Me parece que cada dia simpatizan mas.

—Es muy amable... y no es fea.

—Y apenas tendrá la edad de vd.

—Ciertamente; casi nos criamos juntos.

—¿Y no se habian vuelto á ver?

—Hasta ahora.

—Tanto peor.

—¿Por qué?

—En todo caso, vd. necesita ya saber algunas cosas, de que quiero informarle como buena amiga. Narcisa no tiene novio, y aunque no sé si lo necesita, á los 20 años nunca sobra un pretendiente.

—Vd se burla.

—No, sinceramente.

—O á lo ménos quiere prevenirme que su casa..

—Vaya; y que profanacion habria en que vdes. se amaran?

—Pero yo no tengo intencion...

—Ni yo lo digo, ni me importa..

—Bien, bien: hablemos de otra cosa.

—Como vd. quiera.

Ahora pregunto: ¿esa señora leyó algo en mis ojos y era filantrópica por carácter, ó quiso divertirse conmigo? Me inclino á esto último, porque de otra manera no me esplico los servicios gratuitos que posteriormente nos prestó.

Que sé yo; pero lo cierto es que el diablo dispuso de tal manera las cosas, que si ántes nos encontramos cada mes, luego fué cada semana, y siempre teniamos ella ó yo una manera de indicarnos el dia que volveriamos, ó el paseo en que podriamos encontrarnos. Nuestra mutua amabilidad rayaba en coquetería; y al fin, me ví obligado á dar una explicacion á la prima.

—Yo desearia-le dije-que no fuera vd. á creer..

—Yo?.. si soy la muger mas incrédula.

—Sin embargo; se repite con tanta frecuencia la casualidad de encontrarme aquí con Narcisa, que vd. pudiera ofenderse.

—Sabe vd.? de una manera me ofenderia; si quisiesen ponerme el gorro como dicen...

—No entiendo.

—Es decir, que si vdes. llegan á amarse, no me quieran hacer la tonta.

—Luego vd. cree posible que Narcisa me ame.

—Tomas; y por qué no?

—Porque un hombre como yo es poco envidiado.

—Eso sí, es vd. modesto.

—A lo ménos, nunca pretenderé una cosa...

—Pues qué!.. ¿es vd. de los que esperan que os enamoren?

—No digo eso, pero un desaire...

—Ola!.. ya lo teme vd?..

—Pero á qué viene ese ya?

—Vea vd.; si fuera yo otra muger, podrian pretender, engañarme ó desconfiar; pero ya estoy libre de incendio, no por mi edad, por mi estado.

—Y qué resulta de ahí?

—Resulta; que si vdes. al fin se enamoran, ménos malo es que tengan una amiga que los aconseje, y un lugar donde ocultarse de las murmuraciones, que no andar buscando á los criados, siempre infieles secretarios, ó poniendose en ridiculo con espiarse desde el balcon, ó andarse signiendo á to-

das partes: eso hasta quita la reputacion á las mugeres, y yo amo bastante á mi prima para desearle ese mal.

—Pero, prima... es decir, señora...

—Se equivocó vd?.. paciencia: al fin preveo que hemos de emparentar, y así no se ponga vd. colorado, y dígame prima; admito el título, ¿que mas quiere? peor seria que empezara vd. á hallar oposicion en quien puede servirle mas.

—Dice vd. unas cosas...

—De que otro ménos tímido que vd. se aprovecharia mejor.

—Vd. me precipita...

—Jesus!.. que se va á perder el niño!..

—No, no tanto, pero... ¿sabe vd. si Narcisa no me tiene preparado un desaire?

—¿Y como se ha de preparar si aún nada sabe? ¿ó le ha hecho vd. ya algunas insinuaciones?

—Casi está vd. haciendome ecsámen de conciencia.

—Es verdad, no me importa, y soy una entrometida: dispenseme.

—No fué mi intencion ofender á vd., señora.

—Está bien, señor.

—Señor!.. pues como quiere vd. que le hable?

—Como vd. quiera; pero le prevengo, que si yo sé sacrificarme por mis amigos, nunca consentiria en pasar el papel ridiculo de la engañada. . . Mi casa está abierta para vdes. y espero que sabrán respetarla. ®

- De modo que me despide vd...
—Vd. es dueño de hacer malas interpretaciones:
y hasta de ser desagradecido.
—Prima, no se enoje vd...
—Enojarme!.. por qué?
—Cree vd. que Narcisa me ama?
—Parece que ahora vd. es quien va á hacer un
examen de conciencia.
—Es que quiero hablarle con franqueza.
—Al fin...
—Dice vd. que Narcisa no tiene novio.
—Pero tampoco sé si lo necesita.
—Oh!..
—Pero, angelito; ¿piensa vd. que ya se está mu-
riendo y que me ha hecho algun encargo?
—Volvamos á la cuestion. Narcisa no tiene no-
vio; tampoco lo desea; pero será imposible hacerla
participar de un amor que se manifieste con toda
la pureza, con toda la vehemencia de un corazón
sincero?
—Suelen decir los hombres tales palabras... Va-
ya; y supongamos que sea posible.
—No, no; nunca lo haré.
—¿Y para qué me lo avisa?
Turbado hasta no saber que hacer, me levanté
para tomar mi sombrero. Entónces ella me pregun-
tó con extrañeza:
—Se va vd.!
—Sí... y le suplico que me dispense si me he es-
cedido: ademas confío en que Narcisa no sabrá una
palabra de cuanto hemos platicado.

- Escusada es la advertencia.
—Adios, señora.
—¿No somos ya parientes?
—Sí, prima: adios.
Que diablo!—decia yo despues—ó la prima me
pretende pegar un chasco, ó no se qué pensar. ¿Es-
perará algo de mí, ó la otra le habra dicho?.. Eh!
no seamos fatuos, y vayamos á hacer una locura:
harto he dicho ya sin deber, y ahora no hay mas
que firmeza, y constancia. ¿Para qué me puede
querer una muchacha que necesita una posicion
que no puede darle un simple estudiante como yo?
Diversión es lo mas que puedo proporcionarle, y
la verdad, no estoy porque se rian de mí. Huiré la
ocasion, y si es posible, no volveré á casa de la pa-
rienta.
Propósitos efimeros: al tercer dia ya estaba yo
allá, y sin querer, consentí en hablar de Narcisa:
—El domingo come conmigo... y si vd. no fue-
ra hijo de familia...
—Gracias por el convite, y por el epigrama.
—¿Acaso es un defecto ser niño todavía?
—Y sin embargo cree vd. que un niño pueda
ser amado.
—Eso es otra cosa: los niños crecen, y el amor
profundiza mas: ademas que yo no sé que ame á
vd. nadie.
—Hablabo yo en general.
—Entónces cambia: mis hijos son mas chiquitos
que vd. y los amo con toda el alma. En fin; si e!

domingo puede vd. alcanzar una licencia, seremos tres en la mesa.

—Pues el señor...

—Mi marido? Tiene un convite y estaremos solos todo el dia.

—Hasta el domingo, si acaso.

—Hasta el domingo.

Ya iba yo rodando por la pendiente y hubiera sido imposible detenerme; así, pues, cerré los ojos... Mentira; se los tapan á uno, pero con una mano tan suave, que sin verla se pone á imaginar mil cosas bellisimas, que por alcanzarlas se dejaria llevar hasta el mismo infierno.... La desgracia es, que muchas veces, cuando vuelve uno á abrir los ojos, se encuentra con que el diestro que lo ha conducido, no es tan bello, ni tan discreto, ni tan amable como el que creia llevar: el ángel se convierte en demonio, y en vez de una mano rosada y flexible, se siente afianzado por las garras punzantes de un verdugo

Estas reflexiones, siempre se hacen despues de haber perdido como los jugadores de cartas; y en eso consiste la fortuna; que si fuera lo contrario, no podria uno gozar los placeres de la primera jornada.... no habria luna de miel para el matrimonio, ni paraiso para los amantes.

Nuestra prima tenia la discrecion de dejarnos solos algunos momentos que aprovechabamos con avidez, para dirigirnos una miradita, una de aque-

llas palabras que solo pueden ser bien dichas y admitidas en el secreto de la soledad.

Por fin, llegué á saber que Narcisa era aficionada á los versos; y

—Yo le haré á vd. unos—le dije con intencion.

—Tal vez los ha hecho vd. ya y los trae en la cartera.... Los veré.

—Nada traigo; á lo ménos que pueda vd. ver.

—¿Por qué?

—Porque los versos que haga para vd. serán conclusivos, y ántes no quisiera ni que hubiese visto nada mio.

—Bien: pero como no tarde mucho.

—La prócsima ocasion que nos veamos.

—Puede ser tan tarde....

—Si lo dejamos á la casualidad; però fijando un dia....

—¿Una cita?

—Si no tiene vd. gusto de leer mis versos....

—¿Cuando los habrá vd. concluido?

—De memoria los tengo en el corazon.

—Pues digamelos inmediatamente.

—Necesito ordenarlos.

—En fin, el juéves tengo que visitar á una amiga en la calle inmediata; si no me detiene mucho, tal vez pase por aquí.

Yo no sé por qué he tenido la incuria de dejar perder esos borradores, que son el oprobio de la literatura, y que en la historia de mis adelantos poéticos, servirian como las medallas de la anti-

güedad, para marcar las épocas de barbarie y corrupcion del entendimiento humano.

Pero ya en esta época no pertenecía yo à la escuela clàsica :habia reñido con los pastores y las deidades mitológicas; y los querubes, las maldiciones y el averno, eran las *florituri* de todas mis composiciones. Los primeros versos de Zorrilla y de Espronceda habian llegado á mis manos, medio chapurreaba el frances, y no estaba ya bien tocar la zampoña, sino pulsar la lira de los ángeles.

Llegado á mi casa despues de haber comido con Narcisa, pedí luz para mi cuarto, me encerré para que no me interrumpieran, abrí la ventana para que se me refrescara la cabeza y aflojandome hasta los ataderos de las medias, me senté á escribir el mas desatinado baturrillo que ha abortado el humano cerebro... Habia versos desde dos hasta catorce sílabas, juramentos y ternura por arrobos, los siete coros de ángeles, serafines y querubines tocaban una orquesta desesperada, y por último, en el soneto final me condenaba al fuego eterno si no alcanzaba yo su corazon....

Me quedó la cabeza hueca, resonando como una campana, y todo yo estaba hueco de orgullo y de esperanza. Al siguiente dia saqué en limpio tres copias á lo ménos; y empecé á contar las horas hasta el juéves inmediato.

El dia llegó: Narcisa cumplió su palabra, y aprovechando un momento de estar solos, le presenté el papel.

—Los versos aquí están; pero se los doy á vd. con una condicion.

—¿Cuál?

—Que solo vd. ha de verlos.

—¿Ni mi prima?

—Ni ella.

—¿Por qué?

—Cuando los haya vd. leído sabrá por qué.

—Pero....

—Es el primer favor, y casi tengo derecho para reclamarlo.

—Está bien.

—¿Nos volveremos á ver?

—No lo sé. Tal vez me vaya uno de estos dias á pasar al campo una temporada.

—¿En el invierno!

—No voy por paseo.

—Pero volverá vd. pronto, ¿no es verdad?

—Es posible.

No debia insistir mas y callé; pero con el alma traspasada.

Mis versos contenian una declaracion en toda forma; y á fé que si no acierto á ser poeta (¿poeta?) no le digo nunca una palabra; porque tenia yo tanto miedo de oir unas calabazas, que acaso me quedo con mi deseo. Pero en redondillas tiene uno licencia de decirlo todo, observa el efecto, y según el semblante va uno ratificando en prosa lo que escribió en verso y por lo ménos le queda un campo de honrosa retirada, cuando el enemigo no se ha

dejado vencer. Yo creo que uno de los buenos medios de colonizar es la poesía.

Narcisa tardaba ya algunos días en volver á casa de la prima; y esta tardanza de mal agüero, metenia en un estado tan violento que mi parienta aventuró algunos epigramas; tanto más fundados, cuanto que estaba ya en el secreto á mi parecer, y vein además la asiduidad de mis visitas, y el embarazo con que, fingiendo una atención meramente cortesana, le preguntaba por su prima.

Volví á verla al cabo de dos semanas, y su seriedad al saludarme me heló la sangre.... ignoraba yo todavía las fórmulas de respeto á las conveniencias sociales. Esta vez nos dejó la prima un buen rato buscando para ello un pretexto; y no bien hubimos quedado solos cuando tomó la palabra Narcisa.

—Casi estoy incómoda con vd.

—¿Por qué?—pregunté asustado y tragando saliva.

—Esos versos no son para mí.

—Sí, Narcisa, para vd. los he hecho.

—Tanto peor.... esos versos contienen una declaración....

Yo callaba como un difunto. Ella prosiguía:

—Con razon me decía vd. que no se los enseñara á nadie.

—¿Y los ha enseñado vd.?

—No; y ahora me alegro. Se habrían reído de mí.

—¿Por qué?

—El amor es demasiado serio para chancearse con él.... y sobre todo, para diversion es mas de lo que puede permitirse.

—¿Pero vd. cree?....

—Yo creo que no le he dado á vd. motivo para que use conmigo ese lenguaje.

—Es verdad.

—Y esos versos los ha escrito vd. con la intencion de divertirse.

—¡Oh! no; eso no; pero si vd. se ofende....

—Yo me ofendo, en cuanto me creo el objeto de una diversion.

—De modo que si fuera cierto.

—¿Qué?

—Es decir, si esos sentimientos que no tengo valor de decir, ecsistiesen realmente en mi corazón?

—Entónces....

—Bien, y ¿entónces, qué?

—Se necesitarian muchas pruebas.

—Las daré.

—¿Acaso las pido?

—De modo que....

—De modo que á mí no me gusta que me finjan lo que no sienten.

—Pero le juro á vd. que mi amor es cierto. ®

—Amor.... ¿y á quién?

—¿No fueron para vd. los versos?

—¡Ah!....

—Y esos versos están escritos con el alma.

—En efecto, son bellísimos.

—¿Bellos nada más?

—Ya le dije á vd. que me ofenden esas chanzas.

—Pero si no lo son.

—¡Oh!... entónces.....

—¿Entónces?... Respondame vd. que ya viene la prima....

—Entónces.... ya veríamos.

A tiempo entró Faustina, que así llamaremos desde ahora á la parienta; si no tal vez me precipito á mayores locuras, obligandola con la violencia á ser ménos condescendiente y amable.

Aquel—ya veríamos—me labraba en el corazón con una tenacidad que llegaba á atormentarme: era una esperanza, una probabilidad, casi una promesa, pero tan vaga en la boca de una muger, que tan pronto me abandonaba á mil ilusiones, como me retraía entristecido temiendo un lazo, ó figurandome la víctima de una burla, que me hubiera pesado

Esta vez no hubo cita, y con el pecado ya encima temia yo hasta preguntar á la prima, á quien creia haber engañado, dejandola que descubriese el crimen por la inquietud. Ella disimulaba, se sonreia y complaciendose en atormentarme, tampoco me decia una palabra como otras veces, solicitando la conversacion para darme motivo de hablar. Pero yo ya estallaba; habia rondado los balcones de Narcisa, y ni allí se habia dejado ver: mi

mal humor, mi tristeza eran tan manifiestos, que al cabo, compadecida Faustina, me preguntó la causa, y me orilló un poquito.

—Pues bien, sí, estoy enamorado hasta la locura....

—¡Jesus!... ¡Jesus!... vd. que no sabia quebrar un plato.... ¿Y esa es la causa de tanta tristeza?

—Sí.

—Y ella ¿qué dice?

—No lo sé, y ese es mi tormento.

—¿Pero cómo quiere vd. que lo adivine?

—Demasiado lo sabe.

—¡Ola!.. ¿de qué manera?

—Perdone vd. el abuso que he cometido en su casa.... ya he hecho una declaracion.

—¡Pícara! y nada me habia dicho....

—¿Pero atienda vd. á que hace veinte dias que le he dicho que la amo, y aún no me responde....

—¿Vd. la ama con sinceridad?

—La ofende vd. con preguntarmelo.

—Con todo; yo querria asegurarme; porque hasta cierto punto yo seria culpable si vd. la engañara, yo que sin saber por qué, me he interesado por vdes. y que no debo precipitarlos, ni desesperarlos....

—Lo que yo quiero es verla, hablarle una sola palabra; me está devorando el deseo....

—¿Será vd. discreto?....

—Sí: bajo mi palabra.

—¿Se pone vd. à mi discrecion y seguirá todos mis consejos?

—Sí, sí.

—Esta es toda la recompensa que pido.

—Seré esclavo de vd.

—Está bien.

Faustina escribió dos líneas, y mandó á un criado à casa de Narcisa.

—Aún es preciso—me dijo en seguida—no hacerle entender nuestra inteligencia. A las cinco estará ella aquí; vd. debe llegar un poco mas tarde.

—Gracias por tanto favor.

—Sea vd. fiel y discreto; estas son las dos condiciones de mi amistad.

Quiero perdonar toda la historia de mis inquietudes, mis zozobras, mis esperanzas, mis temores.... Narcisa llegó; yo despues: Faustina nos dejó solos, y comenzó la lucha.

Yo habia aprendido algunas peripecias teatrales, y entre otras la de ponerme de hinojos para implorar piedad.... De modo que estaba Narcisa sentada en un sofá; yo á sus piés de rodillas y teniendo una mano contra mi corazon, le rogaba poda la corte celestial que me amara si no queriar verme morir.... Era la hora del crepúsculo, y la semi oscuridad que habia en la sala me daba valor.... Cuando estabamos en el colmo del entusiasmo, la maldecida prima, abrió repentinamente la vidriera y apareció con una luz....

A pesar de que ella poseia mi secreto me aver-

goncé. Narcisa sintió igual efecto, ó supo fingirlo; y ambos quedamos como unos capuchinos sin atrevernos á comenzar una disculpa.

—Aunque callan, supongo lo que hacian—nos dijo la prima con severidad—involuntariamente he sorprendido un secreto que sospechaba; y no me pesa, sino el que vdes. hayan sido tan reservados.... por que en fin, nadie mejor que yo puede darles un buen consejo, y cuidar de su honor.... del tuyo principalmente—añadió dirigiéndose á Narcisa—Y bien; es vd. amado?—me preguntó.

—Narcisa.... dirá....

—Dejela vd.: obligarla á que haga una confesion delante de mí es indiscrecion, esas cosas nadie debe escucharlas.

—Prima, debes dispensarnos.

—Si algo tengo que reprender es solo tu falta de confianza; por lo demas.... parece que el cielo losha criado el uno para el otro.

—¡Ah! Faustina: cuanto tengo que agradecerte!

—¿Luego lo amas?.... vaya, que necia soy, eso no he de preguntarlo yo; ni se pregunta delante de todos, como decia antes.

—Iba á arrojarme á sus piés para mostrarle mi agradecimiento; pero todo lo que pude hacer, fue decirle con una voz de moribundo.

—Prima....

—Eso es: desde ahora todos somos primos; pero cuidado con mi marido: él es amigo de tu papá—le dijo á Narcisa—y qué sé yo lo que podria resul-

tar si lo llegase á saber. Por ahora, primo, lo que le toca á vd. es irse ántes que los encuentren juntos.

—¿Hasta cuando?

—Ya veremos.

—Y como si fuera á espiar alguna cosa se fué al balcon para darnos ocasion de despedirnos.

Narcisa me tendió la mano que yo estreché con ternura; y salí lleno de alegría.

¿Pero lo creerás, lector? Tan pronto como satisfice el deseo; luego que el amor propio se tranquilizó sobre el temor de recibir una ofensa, sentí un frio glacial en el corazon, y aquella inquietud de pocos dias quedó convertida en disgusto. Estos amores se marchitaron al nacer. . . .

Era natural: ¿tercera novia y amarla de veras? Imposible: todo habia sido efecto de la ocasion, de los hábitos del mundo. . . . pasatiempo de corte; ó algo mas que despues adiviné: todo, ménos amor: y aunque lo hubiera sido, la facilidad le quitó su sabor, y la publicidad su aroma.

A los pocos dias, todos los criados de Faustina me veian con una sonrisa que me hostigaba; y el portero y el mozo de mandados, solian hacerme entender la necesidad de comprarles el silencio. Mis visitas no eran á excusas del marido, no lo habian sido ántes; pero desde ahora habian tomado cierto carácter de resérva y estemporaneidad, que hacíamos delito de la cosa mas inocente. Esto me puso en aprietos, por que yo no era rico, y los criados esplotaban mi temor.

—¡Ah! ¡dinero! ¡dinero!... esta fué la única salsa; el único lado dramático que tuvieron estos amores: mi posicion y la de mi novia. Narcisa pertenecía á una familia distinguida; paseaba en coche; iba á la ópera, y se presentaba con cierto lujo. Yo solo tenia un mal vestido, un verdadero *desahillé* cotidiano, y un frac para los domingos y fiestas de guardar. Este equipaje podrá dar una idea de mis rentas.

Pasadas algunas semanas me dijo Faustina:

—Ahora lo que falta es que yo presente á vd. en la casa de Narcisa, para que al fin pueda visitarla y conocer á su familia.

Nunca he sido petimetre; pero la noche de mi primera visita, tuve la precaucion de ponerme la corbata frente á un espejo, y sepillar mi único frac con toda la escrupulosidad posible.

Quedé instalado en casa de mi novia, y aquí comienza la série de mis trabajos.

Yo habia llegado á la edad en que comienzan á desarrollarse todos los deseos, todas las aspiraciones: se ve el mundo del lujo y la elegancia; se sueñan sus placeres, y se siente el anhelo de gozarlos; anhelo que mortifica con toda la tenacidad de la impotencia. El amor propio nos da ojos de lince para comparar nuestro chaleco descolorido, con el flamante todavía que lleva el petimetre que nos desprecia con una mirada: pasa uno frente á un palacio donde hay veinte carruajes, y de cuyos balcones salta la luz y la música de los salones del

baile, y la falta de un billete y un par de guantes los entristece, y lo hace seguir con la cabeza baja.... los mismos lacayos que están á la puerta lo compadecen ó lo burlan.... En esa posicion la vida es un martirio: el orgullo humano sufre las mil punzadas de una humillacion constante, y el corazon se lastima con los desengaños, se corrompe con la envidia.

Mi novia me habia dado la mano para levantarme hasta el cielo de las mugeres á la moda y los jóvenes calaveras; ¡pero á qué precio tan duro me hacia comprar efímeras satisfacciones!....

Narcisa solia ir á paseo con algunas de sus parientas: los novios de las otras seguian el coche corriendo en soberbios caballos ó lujosos cupées; yo, triste peon; me conformaba con seguirla con la vista, mientras algun atolondrado casi me hollaba al pasar.

Asistiendo á la pequeña tertulia que solia formarse en su casa, todos hablaban de sus propiedades, sus paseos, sus em presas; solo yo callaba avergonzado; y apenas alcan zaba de las gentes que allí me veian las atenciones debidas al lugar y á Narcisa, pero no á mí, que nada era á su lado.

Me citaba para el teatro, y despues de verme obligado muchas veces á vender un libro, ó pedir prestado para comprar la luneta, iba á sentarme en medio de una juventud que me humillaba con sus relojes, sus guantes, su lujo y su desprecio; apenas me at revia yo á levantar la cara á su palco

para verla; temia revelar nuestro secreto, y hacerla caer en ridículo.... Cuando ella solia dirigirme alguna mirada risueña, á riesgo tal vez de ser comprendida y murmurada, se lo agradecia como el esclavo que escucha una palabra de amistad, de compasion...

Este es el tiempo en que aprende uno á hacer drogas á los sastres, á los perfumistas, al zapatero.... á todos los que tienen en sus manos nuestro orgullo, nuestro amor propio, nuestro corazon, nuestro honor.... eso que se llama honor en el mundo, y que por conservarlo ileso ante la sociedad es uno capaz de cometer una vileza en secreto. Entónces comienza á amargar la vida, á aborrecerse á los hombres que nos desprecian solo porque son mas ricos; y se elevan en el corazon, ennegrecido con la envidia y el despecho, las primeras protestas contra la Providencia.

¡Cómo me arrepentia yo de haber sido tan audaz, y cuánto me pesaba mi fortuna!....

Al fin ella tambien tenia que sufrir algo por mí: sus parientas jóvenes reprobaban su eleccion y le decian en mi ausencia mil epigramas picantes; los jóvenes que por la primera vez me veian en su casa, é ignoraban nuestra posicion, me median delante de ella con una de aquellas miradas que lastiman el alma; y despues que me habia yo ido, preguntaban—¿Quién es ese?—con aquel tono altanero del que se cree superior.... Habria valido mas que Narcisa cansada de ser el objeto del sarcasmo, me hubiera

arrojado de su casa: y no que en vez de su amante, era yo su esclavo, teniendo no solo que pagar su amor, sino que agradecerle sus sacrificios.

¿Qué esperaba ella de mí? ni fortuna, ni nombre: su nombre y su fortuna eran mas elevados que los míos: si hubiera sido su igual me habria lisonjeado la preferencia sobre otros que la pretendieran igualmente; pero mirandome tan abajo respecto de ella, no por la educación y el alma, sino por la posición, me desesperaba de no pagarle con otra cosa que sumisión, humildad y ternura. ¿Ni cómo hubiera yo podido romper esos lazos, mostrandome desagradecido, cuando ella tambien arrostraba el menosprecio, se hacia sorda á la burla, cerraba los ojos para no ver los semblantes irónicos del vulgo aristocrático?

—¿Quién? ¿ese es su novio?—decian—Se estará divirtiendo con él.

Y mentira: no me burlaba: la veia llorar con mi desgracia: á solas me consolaba, y me retribuía con la ternura y las finezas mas exquisitas, los dolores que me costaba. ¡Y tambien en público! estando yo delante era su objeto: preferia mi brazo en todas partes; me hacia obsequios que envidiaban y reprobaban los otros: en fin, llegó á luchar con su familia.

Sospechando ó no nuestras relaciones, lo cierto es que llegaron á disgustarse de la confianza que me hacia tener en su casa, donde ella era mi único

sosten: pues siendo mimada, consentida, por ella me toleraban, me respetaban.

Despues de las primeras visitas, no se contentaba con recibirme en la sala, sino que me hacia entrar á una de las habitaciones de su esclusivo dominio.

Su tocador era un cuarto formado casi todo de vidrieras, que daban á un pequeño jardín; el adorno y el aseo revelaban á la muger fina, aristocrática; á la jóven delicada y caprichosa. A este Sancta, Sanctorum era yo conducido las mas veces, donde despues de acabar de arreglarse el pelo, ó prenderse una flor, haciendome una monada, una coqueteria, me hacia sentar cerca de ella, muy cerca, y finjia continuar alguna labor, para darme ocasion á que le reventara una hebra, ó le escondiese algun dije; travesuras que me valian una mirada, un cariño por via de reprension.

Algunas veces, cuando mi traje estaba mas desahogado y polviento que de costumbre, ella era mi camarista; haciendome hincar contra sus rodillas me anudaba la corbata; me abotonaba el chaleco á la *façon* de los elegantes y me sacudia la levita y hasta el polvo de las botas. ¡Tanto favor!... á mí que no podia darle mas que amor... y pesares!...

Porque en verdad, despues de la frialdad de los primeros dias, volví á amarla: era imposible no adorarla, viendola tan sentida, tan tierna, tan generosa... María, es decir, los misterios horribles que

habia yo descubierto en su vida, me habian comenzado á inspirar la desconfianza y el escepticismo; sin embargo hubo momentos en que me hubiera dejado morir como los antiguos mártires por Narcisa, por la fé de su amor.

Una vez estabamos reunidas ocho ó diez personas en la sala; yo estaba sentado léjos de ella, y no recuerdo si por ver algo que pasaba en la calle, ó por otro motivo nos paramos algunos: el asiento de junto á ella quedó vacío, y al volver, me llamó con una mirada á aquel asiento: yo la comprendí, pero distraido en la conversacion que sostenia con otro, me olvidé y fuí á sentarme á otro lugar. A pocos momentos se levantó Narcisa, y se entró en su recámara. Estrañé que no volviese ponto, aguardé otro rato, y al fin inquieto, porque en aquellos dias estaba algo enfermiza, busqué un pretexto y fuí á buscarla. La encontré en su recámara llorando....

—¿Qué tienes?

—Nada.

—¿Estás enferma?

—Nada tengo: dejame.

Callé un momento, porque sus palabras me impusieron con el tono que las dijo; mas luego no pude contenerme y proseguí:

—Pero tú tienes algo.

—Sí tengo—me dijo quitandose el pañuelo de los ojos, y abrasandome con una mirada—la desesperacion!.....

—¿Pero por qué?... hace un momento estabas contenta....

—Y ahora tambien lo estoy—dijo levantandose y enjugandose las lágrimas—lo volveré á estar.... olvidandote.....

—¡A mí, Narcisa!.... ¿qué he hecho?

—¡Me lo vienes á preguntar tú!....

—Sí, yo que no creo haberte dado motivo para que te desesperes, para que me aborrezcas en un instante.

—¿Viste que te llamé á mi lado?

—Sí.

—Sí!..... y me lo confiesas!..... ah!.....

—Porque es la verdad, pero.....

—Nunca saben vdes. decir la verdad á tiempo.... Miraste que te llamaba y sin embargo fuiste á sentarte mas léjos; y ahora me lo confiesas!..... para qué?..... ¿para hacerme entender que me desprecias?.... ¡haces bien!....

—¡Narcisa!

—Te habrás cansado ya de sufrir por mí eso que llamas las humillaciones..... que te aseguran mi amor.....

—Una distraccion no es una culpa.

—Una distraccion que hiera es una culpa.

—Pero al fin ninguno lo ha observado.....

—¿Y qué me importaria?.....

—¿Entonces?

—¿Entonces!..... añades la ingratitud al desprecio No es por ellos, es por tí por quien lloro.

por tí que nocomprendes mi corazon, mis deseos, mi amor..... Te quiero siempre á mi lado para que sepan todos que te amo y que desprecio sus sátiras; que quiero partir contigo los pesares de nuestro destino, que te protejo con mi orgullo, que quiero dartelo, haciendote superior á todos esos pisaverdes que nos murmuran.

—Narcisa, no soy culpable.

—¿No?... y lo confiesas.

—Pues bien, perdoname.

—Luego tienes culpa.

—En el corazon ninguna.

—Júramelo.... Por quién lo jurarás?... por mí.

—Por nuestra dicha!....

—¿A ver?....

Y casi risuena puso su mano en mi corazon para pulsar sus latidos.... Sintió que eran fuertes; y levantó los ojos clavandolos en los míos con una de aquellas miradas prolongadas, al principio tier-nas, despues íntimas, abrasadoras, que van ensan-chando las pupilas y haciéndolas saltar de las órbi-tas.... ciegos los dos, impelidos por una atraccion galvánica, nuestros labios se chocaron al darnos un beso, frenético, inefable.... que aun me estreme-ce de placer al recordarlo.

Sus ojos llorosos lucian despues como los luce-ros que en una noche oscura reaparecen mas diá-fanos, mas claros y frescos despues de una tor-menta pasagera.

Si despues de una de estas escenas no hubiera creído que Narcisa me amaba ¿en qué hubiera te-nido fé?....

Era la única recompensa de todos mis sufrimien-tos.... ¡ay! que no se agotaban.

Narcisa era invitada à grandes bailes, hermosos conciertos, partidas de campo: estos últimos eran principalmente mi martirio. Una tertulia me la robaba una noche cuando yo no podia asistir: cuan-do á ella le era imposible obtener un convite para mí, ó yo no podia ya encontrar un efecto que ven-der, un amigo que me prestase dinero para com-prar un par de guantes, una corbata.... todo, porque tob o me faltaba.

Pero los paseos al campo me alejaban de ella por días enteros, y los zelos me carcomian el corazon: jamas quise envilecerme ni ofenderla manifestan-doselos, pero los sentía y el silencio me atormen-taba.

Por fin, lo comprendió y comenzó á rehusar los convites; muchas veces la etiqueta le imponia un deber imprescindible, y sin embargo, no cedía; hasta que al fin su padre estrañando tal conducta, y comprometido tal vez algunas ocasiones, la rega-ñaba, la hacia llorar delante de mí afeando sus ca-prichos. Muchas veces yo mismo la obligaba á condescender á pesar de mis zelos, y ella se dejaba vencer despues de haberme adelantado en finezas y caricias, la recompensa del sacrificio.

—¿Por qué no me acompañas?—me decia muchas

veces—¡Ah! no vayas—replicaba despues arrepentida de su imprudencia.

Mi alma se iba con ella, pero yo no la acompañaba porque ni mi nombre estaba en la lista de los convidados, ni tenia un coche, un caballo en que ir, ni cien pesos que ir á gastar en tres dias. ¡Habia yo de arrimarme á otro, como uno de esos parásitos ridículos é imprudentes, que compran una buena comida con caravanas y servicios de lacayo?... Hay cosas á que no descenderá uno jamas, aunque le fuera en ello la salvacion.

Siempre al volver me traia algun recuerdo; las mas veces una flor guardada dentro del seno, cuyo calor la tostaba.... Así seca la besaba yo, y la guardaba para ir á esconderla donde tenia yo su pelo, su retrato, su pañuelo; todas aquellas bagatelas que causan risa al que las ve á sangre fria, y que para el que está alucinado son objetos santos y preciosos que se guardan como un tesoro envidiable: sueña uno con él, y si alguno entra en nuestro cuarto y se queda mirando la cómoda donde se ocultan, desconfia y teme que aquel esté acechando, y penetre con la vista hasta el cajon que los encierra para robarnoslo despues.

Sin embargo de todo, yo tenia en el corazon una espina que con el aliento se movia y me punzaba: ¿me amará?... Yo no era mas que un estudiante sin fortuna y sin porvenir: mi mano y mi corazon era cuanto podia ofrecerle... y mi mano bien tarde, cuando hubiera yo alcanzado un título ya

que no un caudal. Bien debia ella percibir esto: debia temer la pobreza, las privaciones á que no estaba acostumbrada; y ¿aun me guardaba su amor y lo atizaba constantemente?

Pobre muger—decia yo—ni aun tengo bastante amor para pagarle: no sé de qué manera le manifestaria mi agradecimiento. Su amor no es egoista no es un afecto de aquellos que se mantienen por le placer que nos causa, sino por el que causamos á los otros.... demasiado sufre por mí, para que pueda acusarla de egoista ó interesada....

Al fin llegué á tener remordimientos de precipitarla, de hacerle cumplir un compromiso que si hoy era espontáneo, mañana podia pesarle y sostenerlo solo por no mostrarse débil ó inconsecuente.

—Narcisa, tú debes estar segura de que te amo.

—¿Y bien?

—Nuestros amores deben tener un fin, un objeto; no podemos toda la vida estar en esta situacion difícil, penosa y tal vez estéril de goces para tí, para mí mismo.

—No te entiendo.

—Digo que amarnos en la imposibilidad de unirnos, es un martirio sin esperanzas. Nos hemos jurado una fidelidad eterna, ¿pero hemos de vivir siempre escondiendonos del mundo ó desafiando su ironía?

—No, ciertamente no.

—Ya lo sé... Creo que tú me amas; aunque no me amaras, te juzgo capaz de engañarme, de sa-

crificarte á mi felicidad por no matarme con un desengano. Mi dicha seria poserte al fin, sin temores, ni inquietud; pero yo no tengo ni fortuna, ni esperanzas: mi corazon es cuanto poseo; no sé otra cosa que estudiar y amar. Con esto no te pueda dar una posicion, la posicion que necesitas. Arrastrarte á la miseria, para llorar despues nuestra locura, seria un crimen... Y en fin, ¿cuanto tiempo tenemos que esperar para que llegue esa dicha que debe durarnos por un momento?... Dos años, cinco, veinte tal vez y al cabo de ellos la desesperacion de verte mi esclava en el hogar, mi victima en el mundo... Yo te amo, te amo hasta preferir tu dicha, y en mis brazos no puedes hallarla... te quiero ver feliz, y morir de tristeza sin poserte; este es mi deber á lo ménos...

—¿Pero qué significa todo eso, Gabriel?

Significa que yo tengo un juramento tuyo, y te lo devuelvo. Para los amantes basta el amor; mas para el matrimonio...

—Es decir...

—Que eres libre; que si me amas no debes escusarme el sacrificio de mi amor propio contigo misma, á cuyos ojos me envileceria si te encubriera mi porvenir... Es decir que quiero que me olvides; que te abandono, para seguir yo solo la suerte miserable que me toó en el mundo.

—Lo que veo es que te has causado ya de mí.

—Sí; estoy cansado de desvelarme pensando en tu suerte; de llamar al diablo y vendermele por uno de

esos tesoros ocultos dentro de la tierra, que han hecho la felicidad de un personaje de novela... Miserable y orgulloso, no tengo mas porvenir que la oscuridad y la pobreza... la desgracia...

—¿La desgracia á mi lado!..

—Seria el paraíso, pero comprado con tu infierno.

—Piensas que no te amo?

—Si no lo creyera sufriria ménos.

—¿Por qué entónces, me juzgas infeliz á tu lado, si tú hallas el paraíso junto á mí?

—¿Pero la pobreza?

—¿Será tal que nos muramos de hambre? Nuestro amor nos dará á tí inteligencia, á mí contento. Al cabo, ¿qué perderia dejando mi casa? ¿qué podria hacerme falta? Las comodidades?... tambien se hallan en una habitacion humilde, dirigida con la economia: el brillo?... valen mas los goces del corazon: y apartados de la bulla del mundo por nuestra posicion, no tendremos que sufrir las miradas insultantes de ahora...

—Narcisa, esas son ilusiones que se disipan el primer dia que se nubla la luna de miel.

—Eres mas débil que yo: no sabes afrontar el destino, tienes miedo de luchar, cuando el precio es mi posesion.

—Ah!.... ¡Narcisa!....

—Si son ilusiones, gocemoslas: despues llegará la desesperacion.... si llega: pero entónces ya tendremos los recuerdos. Ahora que aun somos feli-

ces, dejomonos llevar del destino sin amagar nuestra dicha presente; que si despues hemos de llorar, seria imprudencia amargar los goces que aun nos quedan. Porque en fin, tú me abandonarás, pero yo te seguiré mientras me ames; mientras me crea yo digna de mantener en tu pecho un resto de amor.

—¿Quiéres deshonrarme, perderme?

—Me perderé contigo....

—¿Me enloqueces, muger!....

—¿Te adoro!....

Yo habia leído ya algunas de esas novelas llenas de escepticismo, que analizando el corazon de los demas le desgarran á uno el suyo, descubriendole la podredumbre que encierra en sus dobleces: algo de su veneno habian filtrado ya en mi alma, poco accesible y desconfiada por naturaleza; pero Narcisa me reconciliaba con el mundo, y maldecia á esos escritores que parecen complacerse en atormentar á la humanidad sembrando la duda.... Me ama, me ama—decia yo—y me dormia pensando en su amor, y lo soñaba despues. ¿Desconfiar de ella! ¿por qué? Si hubiera sido rico la habria podido suponer interesante; pero en mi situacion que ella no desconocia, me era imposible hallar un motivo que me revelase un principio, un vislumbre de egoismo.

—¿Y nuestra prima Faustina? Siempre fiel, siempre buena amiga, riendose algunas veces á mi costa; pero dandome buenos consejos y prestandome buenos servicios. Solo una traicion no le perdono.

Habia estrenado un frac, y el primer dia estaba yo como todos los que no tienen costumbre de sobreponerse á un acontecimiento despreciable cuando se hace habitual, pero que preocupa al que apenas le sucede una vez cada año: ese dia perdí mi aplomo; estaba encogido y avergonzado, á pesar de la vanidad que me deslumbraba hasta creerme igual á Narcisa, superior á mí mismo.... ¡por el vestido!..

Estabamos solos Faustina y yo en su sala; donde al recibirme habia celebrado mi gallardía y el talento de mi sastre. ¡Imbécil!.. que se lo agradecí de buena fé: tanto, que habiendome dejado solo un momento, lo aproveché para ponerme delante de un espejo, donde me ví de frente y de perfil, ensayé algunos movimientos y me compuse la corbata... La maligna parienta me habia visto y deteniendose detras de las cortinas de la puerta, me habia estado observando á su sabor, hasta que al volverme á mi asiento, temiendo que volviese, la ví que iba á reventar de risa... Si me hubiera sorprendido robando me habria causado ménos vergüenza y ménos ira... Aun me dura ese rencor, que me ha enseñado á cauto y circunspecto hasta conmigo mismo; porque se tiene valor para descender al corazon y mirar á sangre fria, estudiar y analizar sus crímenes; pero sus flaquezas, sus debilidades, hacen volver los ojos á otra parte, causan rubor al alma y producen mas cesasperacion que los remordimientos.

En compensacion le debí un favor, uno de aque-

llos favores que obligan para toda la vida, que avergüenzan mas que consuelan, y que sin embargo se aceptan, porque el ofrecimiento basta para producir todas las consecuencias.

Faustina habia presenciado las instancias de Narcisa para que asistiese yo á una fiesta que se preparaba, y que siendo una de las pocas accesibles moralmente para mí, debiamos aprovecharla para pasar juntos el tiempo, y hacernos mayor el placer con nuestra presencia. A pesar de todo, yo me habia negado; la misma Faustina me habia instado muchas veces, y yo permanecia inflexible.

—Alguna causa debe vd. tener—me decia.

—Alguna debo tener en efecto, que si no, seria un imbécil en rehusarme.

—¿Pero cual es?

—Eso á mí solo me toca saberlo.

—¿Ni á su amiga se lo dirá vd.?

—Ni á mi confesor.

—Está bien.

—¿Se enoja vd.?

—No: solo siento haberme engañado, creyendo que tenia su confianza.

Ella sabia bien el motivo, lo adivinaba y careciendo de aquella delicadeza que sabe respetar la desgracia de los otros queria arrancarme una confesion que equivalia á una súplica. Pero sin embargo de mi silencio ofensivo hasta cierto punto para ella, y que la libraba de toda obligacion de amistad, pensaba en mí, y tal vez discurría los medios de li-

bertarme del compromiso, de proporcionarme una satisfaccion, cuya pérdida me entristecia de antemano. Ella ignoraba seguramente el origen de la dificultad, el obstáculo especial que me impedia lograr un goce que deseaba, pero á no dudarlo consistia en dinero, y se resolvió á darmelo, á hacerme aceptarlo.

—Vd. se acuerda que alguna vez he sido amiga de su padre—me dijo despues de algunos dias, y sin haberme hablado mas de aquella fiesta.

—Sí—le respondí.

—Y de que no siempre he estado en la posicion que hoy.

—Es verdad.

—Entónces le debí todo; dinero, aprecio y amistad.

—¿Y para qué hablamos de eso?

—Porque el otra dia registraba casualmente algunos papeles, y me encontré un apunte de dinero, que aun no le he pagado.

—Pero creo que nadie lo cobra.

—Y sin embargo yo no he de quedarme con él.

—Vd. dispone de lo suyo; pero yo nada tengo que ver en ello.

¡Oh! yo sabia ya lo que aquello significaba, y me hacia violencia para disimular mi humillacion.

—Es que yo no sé á quien entregarlo: su papá de Vd. no está en Madrid.

—Pero vendrá.

—Cuando yo no pueda tal vez disponer de esa cantidad.

—No importa..... En fin, si quiere vd. hacerme una gracia dejemos eso.

—Dejemoslo; en vd. consiste. Guarde vd. ese dinero que le pertenece y olvidemoslo de una vez.

Al decir esto me ponía en las manos cinco onzas que ví como si hubieran sido cinco escorpiones. Por un impulso involuntario retrocedí, quedandome con los ojos fijos en la alfombra.

—¿No las toma vd.?—me preguntó enfadada.

—No—contesté desesperado.

Cambiando entónces de semblante y de tono:

—Venga vd. acá, Gabriel—me dijo, y tomó mi brazo haciendome pasear á lo largo de la sala —¿Cre vd. que le debo este dinero ó que se lo regalo?

—Veo que me da vd. una limosna.

—Entre amigos se cumple con un deber; nada mas.

—El mio es morir, ántes que envilecerme.

—Tiene vd. mas orgullo que amor.

—Tal vez.

—¿Es un sacrificio?.... por Narcisa lo haria vd. todo.

—Ménos esto.

—El amor no tiene escepciones... Y no quiero fingir mas: quiero obligar á vd. con mi franqueza. Nada le debo á su padre; este dinero quiero prestarselo, regalarselo, porque vd. para ir á esa concurrencia necesita dinero.... á un hombre se lo habria vd. pedido ¿no es verdad? de mí lo rehusa.

solo porque soy muger!.... ¿merezo ménos que ellos? ¿dejo de ser su amiga porque no puedo tenderle la mano en la calle ni hablarle con cierta libertad?

—Sí; todo es verdad, pero no acepto.

—¿Seria vd. tan necio?.... al cabo el secreto de vd. está descubierto; y el rubor de que lo haya yo sorprendido no puede escusarlo: ahora, reciba vd. ó no esta pequeña cantidad, quedamos ya en la misma situacion.... aún peor; vd. queda con lo que llamará su vergüenza, yo con mi desaire.

—Sin embargo....

—Como vd. quiera.... Narcisa quiere verlo en ese baile, y seria peor que ella le hiciese el ofrecimiento á mi nombre....

—¿Ella sabe?....

—No; ahora no; pero....

—¿Recibirá vd. el pago cuando pueda hacerlo?

—Sí, todo.... tomelo vd. y ponga las condiciones.

Me dejó un momento, y la ví volver ya sin el dinero en la mano.

Una vez hecho el sacrificio, temí que se fuese á olvidar, y sin embargo, no podia preguntarle ni hacerle una insinuacion.... fué otro rato de martirio hasta que me despedí. Afortunadamente tuve bastante discrecion para no darle las gracias, con que pudiera entender que se lo recordaba, y al ver que me dejaba ir sin darme nada, casi creí que era un chasco, una prueba de aquellas que no ha sabido uno sostener por demasiado candor.

Al tomar mi sombrero que habia dejado en la pieza de afuera lo sentí pesado; dentro estaba un pañuelo, dentro del pañuelo las cinco onzas...

A este precio se compran los placeres del mundo.... Se escuchan con los ojos bajos las groserías, las injurias de un acreedor cruel, y luego marcha uno por la ciudad con la frente erguida y los labios risueños, ostentando un traje que no se ha pagado todavía, y que apenas encubre los pesares que se llevan en el corazón.

Después me hubieran visto cometer una bajeza por Faustina, servirle por agradecimiento como un criado, y hubieran dicho, conociendo mi secreto—¡Se vendió por cinco onzas!....

Así pasamos un año, un año de delicias inefables, de dulcísimas penas, que pasó como un soplo, como un relámpago lucido, que nos alumbraba el mundo lleno de flores brillantes y perfumadas.

Por fin, el destino determinó separarnos; y por mas que procuré ocultarle á Narcisa nuestra próxima desgracia, llegó un momento en que fué preciso decirselo, para que no lo creyera una tracción.

—¿Y es indispensable que dejes á Madrid?

—Sí.

—¿Por cuanto tiempo?

—No lo sé.... pero ántes de un año....

—¡Un año!.... es la vida.

—¡La muerte separado de tí! ... y sin embargo, es necesario....

—¿Por qué?

—No me lo preguntes.

—¿Es un secreto?

—Es tu amor el que me lleva.

—¿Vas á buscar fortuna?

—Tal vez....

—¡Ah! no; entónces quedate; mejor te quiero á mi lado.

—Es imposible. Me voy y volveré en cuanto el cielo me lo permita.... volveré para no volvernos á separar.... Entre tanto, quedas libre.

—No; ni tú tampoco. Nuestro juramento es indisoluble, y aunque sea tarde lo cumpliremos.

Estos fueron los preliminares de nuestra despedida, que me puso en un nuevo compromiso.

Ella me habia dado su retrato, yo queria dejarle el mio, y aun algunas insinuaciones me hizo; insinuaciones nada mas, porque percibia bien mi situación, y tenia la delicadeza de no querer comprometerme.

Ví á un retratista de fama, y me pidió cuatro onzas; ví á otro ménos bueno y me pidió dos; además, el relicario debia valer algo, y yo estaba indigente, desesperado. Recurrí entónces al génio de mis amigos para hallar un espediente en sus consejos.

—Hombre--me dijo uno acaso con sobrada malicia-- una litografía no cuesta tanto: hazte litografiar,

mandas tirar quinientos ejemplares, y tienes no solo para Narcisa, sino para hacer circular tu efigie por todo Madrid.

— ¡Vaya! . . . —le respondí ofendido de la burla.

Pero por mas que me parecia ridículo aquel único medio, muchos momentos vacilaba sobre su ejecucion, y llegué hasta ver á un pintorcillo, un litografador de santos. Diez pesos solo me costaba la tirada de 200 ejemplares: diez pesos podria adquirirlos. . . . recortaba yo una de las estampas en un ovalito muy pequeño, y lo metia en su cuadro. . . . Si era posible compraba una cajita de pancillos de colores, y yo mismo lo iluminaba: ¿luego habia de conocer que era una litografia?

A punto estuve de realizar tan peregrino disparate de que me rio hoy y de que me ví libre por una determinacion providencial.

En estas circunstancias es en las que se encuentra el dramatismo cómico de la vida; en las que se estudia el corazon humano; en las que se descubren los secretos pequeños pero interesantes que muchas veces determinan del resto de la existencia: una de estas debilidades en que triunfa de la razon el alucinamiento, y del amor propio, del honor bien entendido la vanidad, lo matan á uno moralmente para el mundo, para una persona sola en quien está concentrado todo el porvenir.

Vale mas en esos casos la franca resignacion, que un esfuerzo inútil que lo precipita á uno mas abajo de donde ántes estaba. En fin, Dios me libró de

aquella colegialada, y se lo agradezco: aún puedo ver sin ruborizarme à esa muger, que siquiera tendrá un motivo ménos de reirse de mí cuando me encuentre en el mundo.

En vez de contar mi despedida de Narcisa, que como todos supondrán fué tierna y sentimental hasta por demas, puiero recordar á Angela un momento, y dar una idea de la escena última con sus antecedentes.

Por fin, llegó el día de mi partida y fui á despedirme de ella.

—Por fin, se va vd.

—Sí; es fuerza.

—¿Y Narcisa?

—Que ha de hacer; se queda.

—¿No la quiere vd?

—¡Oh!.. demasiado.

—¿Y no se figura vd. lo que sufrirá con esta separacion?

—Qué sé yo-respondí maquinalmente.

—Ingrato... ni siquiera le agradecerá vd. lo que sufra. No será la única... las pobres mugeres tenemos la desgracia de no ser creidas ni comprendidas.

—En fin: adios, Angela. Si tanto se interesa vd. por Narcisa, cuídemela.

—Lo haré aunque me pese.

—¿Cómo aunque me pese?

—¡Adios!...

Me estrechó conmovida; y tal vez voluntariamente dejó caer su frente contra mis labios, que la besaron por un acto maquinal, frío, impensado.

VII.

VALERE FLAMMAM
VERITATIS PARA DESPUES.

Siempre con sus novelas, siempre con su sentimentalismo, Angela estaba cada día mas melancólica, mas romántica, como sus hermanas le decian, y aun su salud comenzaba á padecer positivamente.

Su retiro era mas completo: y sin embargo, ella tenia informes esactos de mi vida y mis amores, que paso á paso iba siguiendo, y sobre los que me hablaba, no solo deseandome bien, sino dandome algunos buenos consejos. La procsimidad de su casa á las de Faustina y Narcisa, hacian de ella para mí un punto estratégico, donde solia espiar, ó escribir algun papel improvisado que necesitaba dar á mi novia prontamente.

Cuando le solia yo pedir un papel ó un lápiz para escribir, me veia con una espresion tan extraña, tan inesplicable, que á pesar de la preocupacion que las mas veces me dominaba, me hacia alguna impresion, y no le preguntaba temiendo cometer una imprudencia.

en fin, nos gozamos en uno de aquellos dolores lentos y continuos, que van careciendo sordamente el corazón, y refinando su sensibilidad: uno de aquellos dolores que distraen de los otros, que divierten la imaginación, que purifican el alma con un martirio digno del ídolo á quien se consagra!..

Hay también algo de espiritual, de divino, en ejercitar la sensibilidad, elevándose sobre el vulgo de los hombres puramente animales, que vegetan como unos troncos, y se ríen como unos imbéciles, sin tener ni buscar otro placer que la voracidad de un gastrónomo, ó la avaricia de un usurero.

Que sé yo: será una corrupción del carácter humano, una manía; pero si hay hombres que teniendo en una mano lo que se llama el placer, lo arrojan para buscar ó fingir una desgracia que llorar ¿por qué no se les ha de conceder este goze, tan dulce acaso para ellos, como lo son para los otros las orgías y las fiestas del mundo?

Yo le debo mucho á Dios y á la sociedad: al uno la inteligencia; á la otra cierto grado de amor, de compasión que no correspondo ni agradezco; yo amo mucho á los hombres, al género humano, pero á ese conjunto de seres corrompidos que se llama sociedad, no la aborrezco, pero huyo de ella porque le tengo miedo.... Ni las paredes del cuarto en que me oculto son suficiente escudo contra sus ataques; ataques que no me dirige con especial rencor, sino porque es fuerza que el que sigue el camino de la vida sea atropellado por los

VIII.

BURGOS.

1843.—Enero.

La vida tiene algo de ingrato, de amargo, para mí á lo ménos; y no es una simple quejumbre eso de decir que unos nacen para sufrir y otros para gozar.... No habrá un destino, no habrá una fatalidad, que fije la senda de ciertos seres y los haga marchar siempre sobre flores ó sobre espinas: nosotros mismos somos causa las mas veces de nuestra desgracia; pero, ¿qué importa si la sufrimos? ¿Hay alguno de esos que se dice buscan el dolor, que no huyera de él si le fuera posible?

Si algunas veces decimos, y aun sentimos complacencia en ciertos males, es solo cuando la conciencia no está manchada, cuando concebimos la esperanza de una vida mejor, y prevemos el fin de la desdicha.

¡Cuántas veces se sufre un mal en la inacción, sin hacer un esfuerzo para sacudirlo, por miedo de tropezar con otro mayor! ¡Cuántas veces se sufre un mal por no causarlo á los otros! ¡Y cuántas veces,

que lo atraviesan mas ciegos ó mas precipitados.

X Y esas ofensas, esas humillaciones me complacen.... Locura!.... Es verdad; locura de cierto género con que vivo atormentado, pero satisfecho de no ser un idiota; de sentirme un corazón mas grande que el de la multitud que me rodea, que me eré feliz porque suelo reirme; que me llama necio porque no gusto de lo que ella, que ridiculiza mi repugnancia por los placeres de la tierra.

¿Y podría vivir sin gozar? No: yo tambien tengo mis deseos, mis ilusiones, mis alegrías, mi mundo, todo dentro de mí mismo. Mis placeres son sentir y comprender. Cuando en medio de un concurso donde nadie me aprecia ni me mira, puedo leer una historia entera en una mirada, y explicarme por que viene á darme la mano y á cortarme el que ayer blasfemaba de mí, quedo satisfecho: y ya me importa poco que despues venga un imbécil á insultarme, ó que las mugeres me desprecien.... Luego me retiro á mi cuarto; platico conmigo mismo, y Dios que oye todos mis secretos, me compadecerá si lo merezco, y satisfará al fin esa ambicion que crió en mí; me dará esa felicidad segura, eterna, que se ha revelado á los hombres, y de la cual no se hallan ni reflejos opacos sobre la tierra.

Buena introduccion. ¿verdad?... La mayor parte se reirán; algunos se fastidiarán; muy pocos hablarán que digan-es posible; puede ser que haya quien cuente esto y lo escriba con la fé del sentimiento.

Sea lo que fuere, yo estoy ya en Búrgos. Los que conocen el lugar no necesitan explicacion; los que nunca lo hayan visto lo irán conociendo conmigo.

A lo dicho basta añadir, por vía de preliminar, que esta época, cuya historia voy á referir, es la que ha determinedo fatalmente de todo mi porvenir.

Búrgos no es Madrid: moral y materialmente está muy léjos de serle comparable, y despues de un mes de residencia solo noté un punto de semejanza: había bailes de máscara en los dias del carnaval.

Febrero.

Llegó el tercer dia de las carnestolendas: la aristocrácia del lugar daba un baile que se decia magnífico: tenia yo un billete.

Me vestí y entré en un salon tan bello como mal adornado; su estension seria de treinta varas á lo largo y veinte de ancho, dividido en tres naves por dos series de columnas perfectamente acabadas, llenas de elegancia y sencillas. Buscaba yo en las paredes un tapiz, un cortinaje, un cuadro hermoso, y la desnudez me revelaba unas paredes pintadas con mal gusto y casi sucias: el suelo estaba cubierto con una mala alfombra; la mueblería estaba deteriorada; en fin, los candiles que alumbraban parecian robados á una iglesia, por su figura estraña y la poca elegancia de sus formas.

Sin amigos, sin objetos de distraccion, podia escamarlo todo. Habria de quinientas á mil personas en aquella sala; cosa estraña para un lugar de cos-

tumbres casi monásticas. Las caretas me ocultaban muchas caras, pero entre las que veía descubiertas encontraba hermosura, nada más que hermosura, fría y antipática como la que tiene una flor sin cultivo. Talles ligeros pero descuidados, maneras francas pero desgraciadas: lo que llegó á desesperrarme, fueron los trajes: una monotonía en las formas, una dureza en los cortes, una insulsez en el porte, que me hacían el peor efecto, me desconsolaban: cinturas gruesas por descuido, ó apretadas hasta la imposibilidad de menearse; los bustos abultados escandalosamente ó deprimidos con artificio hasta la repugnancia.... En fin, aquello que se llama gusto, tacto, elegancia, que yo había visto en los salones de Madrid, no tenía aquí sino raros ejemplos, siendo esta tertulia triste parodia de aquellas donde había yo bailado con mi pulida Narcisa.

Los hombres, aun sin careta, me parecían todos de máscara, á pesar de su frac negro y sus guantes blancos. Trajes costosos, ricos, chillantes; pero en cada facha había un pleonasma ó una síncope: chalecos hasta los muslos ó cubriendo apenas la punta del esternon; las corbatas rígidas hasta estorbar los movimientos del cuello; los pantalones llenos de arrugas, las manos gafas con el estorbo desusado de los guantes. También aquí se encontraban bellas excepciones, puntos de contraste, que mientras más pocos y más salientes, hacían marcar mejor la ridiculez de los otros.

¿El lenguaje y las maneras?.... El que ha estado

en una corte y luego en la provincia, sabe apreciar la diferencia: eso no tiene explicación ni comentarios.

¿Baile aristocrático y de carnaval? yo me figuré que iba á una tertulia de corte, y este primer desengaño me fué de los más desagradables. Si hubiera yo tenido experiencia, no habría hallado en todo lo que veía nada de repugnante ni de extraño; pero no habiendo salido nunca de la corte, ni teniendo lo que se llama mundo, me había fijado en que toda España era Madrid, y que en todas partes había de encontrar lo que había visto desde el nacer.

Casi triste y pensando en Narcisa, me recargué contra una columna frente á la puerta de entrada. Nadie me hablaba; podía yo entregarme en medio de aquel bullicio á mis meditaciones y mis recuerdos.

Repentinamente se agolparon á la puerta una multitud de jóvenes llenos de presura, y ví aparecer en medio del grupo, dos ángeles, dos jóvenes que me sacaron de mi distracción.

Una tez limpia y rosada; talles esbeltos y graciosos, elegantes hasta en el mirar, con trajes blanquísimos que ondeaban como la túnica de esos ángeles que se pintan flotando por los aires.... Pero yo no puedo describir el contraste que formaban sus fisonomías delicadas y graciosas, sus maneras sueltas y señoriles; su compostura exquisita y sencilla, con la vulgaridad de las otras mugeres: estas eran la excepción.... eran mis madrileñas, que extrañaba yo, con su coquetería, su elegancia, su finura. Con ra-

zon los jóvenes burgaleses se agrupaban ansiosos á su derredor, las seguian, las importunaban con invitaciones tenaces, las fastidiaban á cumplimientos y atenciones. Fuera del espíritu de novedad que reina en la provincia, aquellas jóvenes se distinguian por un mérito muy superior al del resto de las otras mugeres, y los hombres, que á pesar de la falta de refinamiento lo percibian, se apresuraban á cortejarlas, bien por vanidad, bien por satisfacer otro deseo mas legitimo.

Mi corazon se alegró al verlas, y maquinalmente fuí á recargarme en una columna frente de ellas, para estarme saboreando con su vista.

Las dos me parecian bellísimas; una de ellas despertó en mí lo que se llama simpatia, tan íntima desde el primer momento, que le clavé los ojos, y la contemplaba regocijado. Ella lo notó, me dirigió una mirada indiferente, y se levantó dando el brazo al compañero que la esperaba para bailar.

Yo no bailaba; podia seguirla y la seguí con mis miradas toda la noche.

Mas temprano que otras dejaron ellas el baile; inmediatamente, tomé mi sombrero y las seguí, hasta perderlas de vista entre las sombras de las calles.

Su imágen me quedó grabada, sentí el deseo de conocerlas, y no tomé informaciones prontas por un rasgo de mi carácter indolente.

Abril.

Poco á poco se me fué borrando aquella impresion hasta olvidarla casi enteramente.

Una tarde paseaba ocioso las calles de Burgos, y el levantar la cara á un balcon ví, sorprendido de alegría, á la misma jóven del baile de máscaras, que sin atavios ni compostura, me pareció tan bella ó mas que la primera noche.

Al siguiente dia tomé del brazo á uno de los pocos conocidos que tenia ya en el lugar, paseamos indiferentemente por algunas partes hasta que naturalmente pude conducirlo á la calle donde habia yo visto á mi desconocida. Lo fortuna quiso que estuviera en el balcon, y pude sin gran violencia preguntarle.

—¿Quién es esa muchacha?

—Se llama Serafina.

—¿Es rica?

—Nada tiene.

—Sin embargo la he visto presentarse con algun lujo.

—Su padre tiene un buen sueldo, que gasta exclusivamente en vestir á sus hijas.

—¿Tiene madre?

—Sí; una muger ambiciosa; una especie de marimacho que gobierna la casa, y manda al marido.

—No sé por que he observado en estas muchachas mas gracia, mas refinamiento.....

—Con razon: están recién llegadas de Madrid y traen todo el aire y las pretensiones de la corte.

—Ah! con que no son de aquí?

—No.

Quien sabe por que me alegró tanto esta noticia, que me esplicó al mismo tiempo la agradable impresion que me habia causado su presencia, y la notable superioridad que desde la primera ojeada me pareció que tenian sobre todas las demas.

Estas informaciones bastaban á mi curiosidad, que entonces yo creia no ser otra cosa.

Entretanto, Narcisa y yo manteniamos una correspondencia llena de ternura, en que redoblábamos nuestros juramentos, exhalando toda la ternura de la ausencia.

Cuando se me agotaba el sentimentalismo, adornaba yo mis cartas con las observaciones que iba haciendo en las costumbres que veia. Me acuerdo que una de las cosas primeras que noté, fué el espíritu chismográfico de la gente, su afición á murmurar del prójimo: ocupacion de todo el mundo, pero que en la provincia se hace la diversion esclusiva á falta de otras, y toma el mismo carácter de groseria y repugnancia que tienen las costumbres.

Uno de los primeros motivos de antipatía que me dieron los burgaleses fué el murmurar de la familia de Serafina, tachandola de dispada y bullan.

guera, solo porque asistia á todas las concurrencias de buen tono que habia en el lugar.

La casa de Serafina estaba colocada, entre la mia y mi colegio: por otras calles tambien podia yo hacer el mismo tránsito; pero desde que descubrí el nido de aquella paloma, y no teniendo que hacer ningun rodeo, adopté su calle, y pasaba dos ó tres veces al dia. Ella no se estaba á todas horas en el balcon; de consiguiente yo no la veia sino por una casualidad.

Busqué, pues, una hora en que estuviera mas comunmente, y observé que á la caída de la tarde casi siempre la encontraba: entónces, ademas de los paseos ordinarios, hacia otro ecsprofeso todas las tardes para verla un momento; despues de lo cual retiraba satisfecho.

Los primeros dias no reparó en mí, pero las mugeres mas que los hombres tienen un don especial para adivinar los afectos que inspiran y bien pronto conoció Serafina el que me inspiraba su hermosura, y que era el objeto de mis constantes paseos vespertinos.

Serafina no tenia 15 años, y estaba llena de pretendientes y adoradores; yo no podia competir con ninguno de ellos; pues si bien podia ser superior á muchos moralmente hablando, cualquier otro podia ofrecerle una posicion por de pronto á lo ménos, mas

cómoda que la que yo le hubiera proporcionado. ¿Se rafina era ya venal á los quince años?... Ni yo pensaba en ello; todo me ocurría ménos estasr eflecciones de porvenir que solo hacen los calculistas; y llevado solo de las impresiones actuales dejaba jermínar un afecto tranquilo, dulce y purísimo.

Conseguí al fin establecer aquella especie de relaciones tácitas, por lo mismo mas poéticas y seductoras, que consisten en cambiar una mirada, adivinar una hora, citarse á tal paseo, y hacer ciertos sacrificios intelectuales ignorados de todo el mundo, pero que está uno seguro de que el objeto de ellos los sabe y los comprende, porque los desea y los esjuria si nos hablase, estando seguro de nuestro amor.

Ilusiones tal vez, pero á cierta hora de la tarde puedo decir que me esperaba; clavaba la vista en mí con la misma espresion que yo en ella, y al torcer la esquina volvía yo á encontrar sus ojos para despedirme. En la misa, en el paseo, en todas partes tenía yo una mirada que equivalía á un saludo íntimo; nos conocíamos y nos buscábamos en cualquier lugar, y habiendonos hallado quedábamos contentos; ya podíamos gozar seguros de que el otro participaba del espectáculo.

Eran los amores de balcon, el platonismo puro, porque si he de decir la verdad, sentía la necesidad de hablarle, de estar á su lado un instante, pero no era este deseo tan violento que me determinase á buscar la ocasion: seguro de su amor, como

lo estuve algunos meses, confiaba en ella misma y en la fortuna, creído de que la primera ocasion que nos reuniésemos sería el principio de nuestra union.

Serafina es bella, mas que bella simpática; tiene una de aquellas fisonomías en cuyo conjunto se halla una gracia inesplicable, una armonía que en vano se busca en la perfeccion especial de las facciones: sus ojos principalmente, ya modestos, ya activos, seducen; y su cuello de cisne, su talle de ángel, su cintura de abeja, le dan todo el aspecto de una muger espiritual, delicada, sensible, con mas alma que cuerpo, con mas corazon que inteligencia.

La coquetería femenil no es un don adquirido, es cualidad de toda muger inteligente que conoce su valor personal y los atractivos que añaden á la belleza la compostura y un cierto grado de artificio; la coquetería en las mugeres, es lo que el aroma en las flores; una flor sin aroma gusta, una flor con aroma encanta, embriaga.

Salida de la corte, tenía mas tacto, mas gracias adquiridas que las burgalesas; ella conoció desde luego cuanto pesaba á su favor esta diferencia, y adulada por otra parte con los continuos obsequios de los hombres, que le hacían notar tal vez escageradamente estas cualidades, procuró cultivarlas de modo que el artificio de sus maneras podía ser percibido fácilmente. Pero con esta diferencia, que siendo ese estudio dirigido por el talento, se descubría la intencion de agradar y hacerse superior

á las otras, sin volverse por eso repugnante, ni incurrir en la afectacion de la pataratería.

Estas circunstancias personales le daban á Serafina un lugar distinguido entre la juventud: en la sociedad tambien estaba bien colocada su familia, pues si no tenia grandes riquezas ni títulos que alegar, el empleo del padre y el estudiado sistema de la mamá, les habian hecho accesibles los salones principales.

Tal era Serafina cuando comencé á enamorar-me de ella, no por ocasion ni costumbre, sino con toda la espontaneidad de un afecto nacido en una mirada, fomentado por una ilusion, y consentido por la seguridad de la correspondencia.

Era tan suave el impulso que me acercaba á ella, que me dejaba llevar insensiblemente, y siendo tan inocente el sentimiento, nunca creí necesitar otra cosa que el consentimiento de su corazon..

Nunca Serafina ha sido para mí una muger, jamas he tenido otros pensamientos ni deseos, que los que pudiera inspirar un ángel, un espíritu sin formas ni materia, visible solo para el alma, y adorable para el corazon. Estraño amor sin duda, para quien habia sido ya corrompido por otras mugeres, y cuya explicacion solo podremos hallarla mas tarde.

Pero en un lugar pequeño donde la vida es monótona y el círculo social reducido, pronto se conocen todos, puede adquirirse una informacion exacta y pormenorizada de cada uno, y descubrir no solo

su vida interior sino hasta sus pensamientos y proyectos. O la observacion de mis paseos, ó alguna palabra escapada, lo cierto es que pronto fué conocida mi aficion á Serafina: comenzaron las mugeres á alabar mi gusto, los hombres á comentarlo; todos á ocuparse de unos amores bien desiguales... desiguales!.. Me sorprendió la especie.

Serafina no era nadie, yo tenia una carrera y buena reputacion; yo como hombre valia tanto como ella muger, y achaqué á la envidia aquellos díceres vulgares. Con todo, alguna impresion hicieron en mi orgullo y procuré tomar mejores informaciones acerca de la familia de Serafina; cosa que ántes no habia hecho, porque me bastaba conocerla á ella, amarla, y creer que me amaba, importandome poco sus parientes, sus circunstancias, nada de todo lo que forma para otros enamorados el atavío del amor.

A nadie podia dirigirme mejor que á unas amigas tuyas. Comencé á estrechar la amistad que con ellas tenia, á manifestarme franco, y á fingir escpro-feso cierto grado de necedad que me surtió buen efecto. Ellas sabian ya, como todo el mundo, mis amores, tal vez percibieron el origen de una intimidad que ántes no procuraba, y bien porque les ofendió el que yo las considerase apreciables solo como terceras, bien que quisiesen hacerme un favor, ó darme pesadumbres para divertirse con mi dolor, me comunicaban las informaciones mas contradictorias, á tal grado, que por ver si su conducta eam-

biaba, tácitamente les confesé mi amor, procurando interesarlas. Necedad grande, y no fingida: pensaba que todo el mundo debía tomar mis negocios con el mismo interes que yo mismo y hacer por mí lo que me sentia dispuesto á hacer por los otros en semejante caso.

Unas veces me daban baños de agua rosada, diciendome que Serafina preguntaba por mí, contandome mil rasgos de su genio, igual al mio, y asegurandome que si llegabamos á hablarnos un dia, era imposible que no simpatizásemos: otras veces me la pintaban altiva, orgullosa; me decian que tenia novio á quien amaba, y me pronosticaban un casamiento próximo. Todo esto me desesperaba; pero apelando al disimulo, las dejaba indecisas sobre la realidad de mi amor.

Yo mismo me hacia ilusion muchas veces, y me negaba estar enamorado, inventandome sofismas para probar que aquel principio de contrariedad que sentia no era amor, sino curiosidad, disgusto contra los que me creian enamorado y se complacian en atormentarme.

En fin, si estoy enamorado, que importa?—me decia yo—Serafina me comprende, me ama tambien y esto me basta. Procuremos ahora tener acceso en su casa ó encontrarla en alguna parte; su trato me desengañará de si estoy enamorado, ó de si todo es obra de las circunstancias. Esta resolucion la formé seis meses despues de amarla, cuando ya era tarde.

Agosto.

Todo el mundo conocia ya mi secreto, toda la ciudad, inclusive los niños y los cajeros de las tiendas. Tan pronto como llegaba yo á la boca calle de la en que ella vivia, los dependientes iban saltando los mostradores para ver si me esperaba asomada, los transeuntes me observaban, las otras gentes que estaban en los balcones se sonreian: será una quimera de mi imaginacion, pero aún estoy en esta creencia.

Yo arrostraba esta situacion bien difícil de sostener, pero Serafina, mas delicada ó ménos amante, se disgustó de ser el objeto de las hablillas universales y comenzó á manifestarme su disgusto. Cuando me veia venir cerraba la vidriera, ó me volteaba la espalda, ó dirigia la vista á otra parte, y si por casualidad se encontraban nuestros ojos, no tenian ya la misma expresion que ántes.... En la iglesia jamas me dirigia una mirada, ni en el paseo ni en ningun lugar donde la casualidad nos reunia.... porque ahora era ya la casualidad, no aquel consentimiento tácito de los primeros dias.

Una cosa observé que hasta despues no pude explicarme: si nos observaba alguno, y principalmente si eran su hermana ó su mamá, los desdenes eran mas marcados; su semblante tomaba un aspecto mas severo, á medida que era mayor y mas caracterizado el número de las personas que nos veian.

Parece que esta declaracion de guerra de parte de Serafina, fué la voz de alarma para todo el mun-

do; la maledicencia se desató con la acritud ofensiva y enconosa de los veteranos y las coquetas de provincia, todos me daban baya, me zumbaban, me escarnecían hasta obligarme á reconcentrar todos mis afectos, á reservar mis alegrías y mis dolores, hasta no dejarme otro refugio que el estoicismo forzado del que no espera hallar piedad, ni simpatías por falta de inteligencia.

Mis amigos, por librarme de un peligro que se figuraban mas grande, comenzaron á cansarme á consejos, y viendo que no surtían efecto recurrieron á la parodia, creyendo que con desnudar á mi ídolo de las galas con que lo ataviaba mi fantasía, sería posible hacerme aborrecible ó chocante.

En fin, sus pretendientes, el círculo de jóvenes que la rodeaban y eran dueños de los favores que les proporcionaba la ocasión, comenzaron á mirarme con aquel aire despreciativo del que triunfa con una muger y se cree si no mejor, mas afortunado que otros.

Ya era cuestion de amor propio: se trataba de ver quien era mas fuerte, si el mundo contrariando mi inclinacion y castigando mi tontera, ó yo luchando contra la corriente, despreciando la opinion, sobreponiendome al destino.

Desde entónces tuve que ser tan estóico como cínico.

--¿Dónde vas?--me preguntaba un amigo.

--A ver á Serafina.

--No está en su balcon.

--Me conformo con pasar por su casa.

--Es una simpleza.

--Mejor.

--Te harán burla.

--No importa.

--Ella se rie de tí.

--Yo la amo.

--Tú no tienes remedio. Adios.

--Adios.

Todo esto era muy cierto, yo lo conocia; pero el mismo empeño mal dirigido que todos ponían en curarme de un amor que conocían difícil, si no imposible, me encaprichaba mas en manifestarme fuerte, en no dejarme vencer en una lucha cuya desigualdad no conocía.

Serafina habia comprendido, consentido y participado de mi amor; esto aún es una verdad para mí: el cambio que en ella observaba era motivo suficiente para que todos se burlaran; pero no bastaba á destruir las esperanzas que yo concebí desde los primeros dias.

Yo no le he dado motivos de aborrecerme, ella no es una loca; alguna razon oculta tiene para manifestarse severa y es una razon que existe fuera de ella, porque cuando me mira á solas no es tan altiva ni tan adusta. ®

Así discurría yo, pero ya desconfiaba, y sin valor para adelantar me contenté con seguir mis paseos vespertinos, buscarla en el teatro, hacer todo

lo mismo que antes, y ya no con disimulo sino con franqueza para conservar mi puesto de amante desdafiado pero fiel.

Antes procuraba guardar las apariencias no por mí, por ella; pero ahora que tan públicos eran mi amor como su dureza, no temia yo comprometerla, ni evitaba las ocasiones de hacer visible mi pasion. Ya lo era: ella lo conocia, y fiandose en esto procuraba atormentarme.... para gozar.... Sí, ella gozaba, se satisfacía con mi amor allá en el corazon, aunque á los otros les mostrase un motivo diferente para manejarse así.

—Pero este cambio en qué consiste?—preguntaba yo desesperado.

—Ese cambio—me contestó un dia una de las amigas de que ya he hablado—consiste en muchas cosas. Serafina tiene amor propio como todas las mugeres, y cuando se ve rodeada y adulada de lo mejor de la juventud burgalesa, no quiere que la motejen el mal gusto de tener un novio como vd. muy recomendable bajo todos aspectos; pero que no sabe ponerse la corbata, ni usa las botas con charrol, ni es, en fin, elegante....

—Sí en eso consiste....

—Ademas: sus padres no tienen caudal que dejarles, ni con que pasar una buena vejez: su capital consiste en la hermosura de sus hijas, y no han de casarlas con quien las ame, sino con quien sea rico.

—Yo tengo esperanzas de hacer buena fortuna

—Cuando la haya vd. hecho pretendala, ahora retirese: es lo mejor que puede hacer.

—Bien, pero esos cálculos los harán los padres, no ella.

—Pero ella obedece á su influencia, está escuchando todo el dia estos proyectos, se escita su envidia, concibe deseos, se pervierte en fin.

—Eso es mentira.... Serafina es muy jóven para pensar de esa manera.

—Suponga vd; pero en tal caso no será el interes el resorte que muevan en su corazon para inclinarla á que desprecie á vd., será la calumnia, el ridículo: ¿sabe vd. por ventura lo que han podido decirle si han conocido su aficion y quieren prevenir todas las consecuencias que pudiera causar?

—Es verdad....

—Vamos, curese vd.... y busque otra.... distraccion.

Y era verdad todo esto: repugné de pronto creerlo, pero poco á poco fueron penetrando aquellas palabras en mi corazon, entristeciendolo de una manera horrible.

Algo alumbrado ya en un camino que habia comenzado sin conocer, percibí que en efecto la madre era mi mas encarnizado enemigo. Sus miradas me devoraban; no escusaba la mas mínima ocasion de manifestarme toda la antipatía, toda la repugnancia con que me consideraba.

Dificultades, agravios, desprecios.... à mí que la amaba tanto, solo porque no era rico!.... Es

mentira, mentira; la ofenden con esa suposicion; si no me ama será por falta de simpatía, tal vez sin saberlo, yo mismo habré motivado su cambio, la calumnia se habrá interpuesto entre nuestros corazones; pero la venalidad! . . . no; es imposible.

Sin embargo me esforcé por parecer petimetre, gasté cuanto tenia en charol y cepillos, afecté circunspeccion, seriedad, tono; pero estos esfuerzos fueron inútiles y ademas me cansé pronto de representar un papel harto difícil. . . . Un elegante sin coches, ni caballos, ni tren; un elegante pedestre, cuyo lujo consiste en un chaleco que no guarda media onza todos los dias, es un ser bien ridículo para ser representado por el que tiene un resto de sentido comun.

A un mismo tiempo crecian mi tristeza, mi amor y las dificultades: sus desdenes redoblaban, la mamá me agobiaba con sus miradas de víbora; mis amigos me fastidiaban á consejos, la sociedad se reia de mi dolor.

Me desesperé de hallar compasion en ella, ó consuelo en los demas, y encerré mi secreto. Dejé de seguirla en todas partes, fingí alegría y disipacion. . . . me burlé de ella y del amor en los corrillos y las tertulias. Si ántes no habia hecho una confesion franca, ahora lo negaba tenazmente, explicando mis paseos, mis miradas y toda mi conducta, por la maligna intencion de fastidiarla. ¡Cuanto sufría yo!

Solo en mi cuarto tenia libertad de entregarme á mis pensamientos; en el mundo tenia que fingirme contento, temiendo que una distraccion, una palabra revelara mi secreto. No queria mi amor propio confesarse vencido, y aun á ella misma procuraba aparentarle indiferencia. Artificio vano: ninguno me creyó: todos siguieron martirizandome, el mundo con su sarcasmo, Serafina con sus desdenes.

Pero yo creí reconquistar mi opinion, y vencerme á mí mismo á fuerza de constancia, arrojando una de las penitencias mas duras.

Casi lo iba consiguiendo, hasta que un accidente vino á mostrarme mi debilidad y á revelar á todo Búrgos la existencia real de mi amor.

Estaba yo en la casa de aquella muger que me habia explicado ántes la causa de mi desgracia. Platicabamos tranquilamente cerca de una ventana que daba al corredor, y oí un vestido de seda crugir bien cerca de nosotros. Como gentes de confianza las que venian, tomaron la entrada interior de la sala donde estabamos, de modo que llegaron quedando á mi espalda.

No hice caso, pero mas atenta la muger con quien hablaba yo, volteó la cara al oír el ruido de la vidriera, y mirandome con alegría exclamó con demasiada imprudencia:

--¡Serafina! . . .

Al oírlo, sentí un vuelco en el corazon, me puse pálido, mé bañé de un sudor frio, y sin porder res-

ponder al saludo que me dirigió Serafina, volví á caer en la silla de que me habia levantado, faltandome las fuerzas.

Serafina se puso encarnada, y se detuvo un momento contemplandome.

Su maligna amiga se acercó á mí preguntandome con ironía:

--¿Qué tiene vd., Gabriel?

--Nada, nada: fué un valido que ya me pasó.

--Esta vd. desfigurado como un muerto.... Voy á traer un poco de éter....

--No; ya estoy repuesto.

--Vamos; esos fueron los nervios.... es vd. muy nervioso á lo que veo.

Serafina le hizo una seña y me dejó. Serafina se habia compadecido seguramente de mi situacion.

Bien profundo debia ser mi amor para causarme tal impresion la sorpresa de verla por la primera vez junto á mí.

La media hora que ella estuvo, permanecí avergonzado, mudo: la amiga solia dirigirme algunos ligeros epigramas, Serafina la imponia silencio con los ojos.

Se despidió, y la maliciosa huésped me mandó que la acompañase á bajar la escalera. Obedecí temblando, y al tocar su mano una corriente eléctrica me bañó todo el cuerpo, sacudiendome como un rayo, haciendome latir el corazon hasta querer sofocarme.

Al forcear el primer tramo de la escalera cuando ya la amiga no nos veía, le dije con voz apagada:

--Me muero de amor!..

Ella bajó los ojos, apresuró el paso, y al pisar el umbral donde la dejé, me dirigió el último saludo llena de rubor.

Ahora ya sabe que la amo... Esto me basta.

Cuando volví á subir me preguntó Juliana, que así se llamaba esta mala pécora:

--¿Qué le dijo vd. en el camino?

--Nada.

--No lo creo... Dirá vd. que no la ama...

--Sí, sí... la adoro!.. me dejaria morir por ella.

--Al fin lo confesó vd.

--¿Qué me importa? Tengo orgullo en amarla, y hallo placer en sus desprecios. Que me aborrezca: yo siempre la amaré.

--Bien, muy bien: así me gustan los amantes.

Y desde entónces no disimulé ya mi pasion: hice alarde de ella en todas partes, y desafié los rigores de Serafina, como las burlas del público. Me abandoné al torrente de los afectos, que se desbordaron de reprimidos en el corazon, con toda la confianza del que cree en la fatalidad.

nes. D^a Luz salió al mundo, y todos estrañaron aquellas viruelas al cabo de la vejez. D^a Luz en el teatro!..... D^a Luz en los bailes!..... Todo Búrgos se escandalizó de aquella infeliz muger, y achacaron al diablo la perdicion de su alma.

Todo el mundo fijaba su atencion en D^a Luz, que semi-enlutada, y con un continente modesto, se dejaba ver en todas partes á título de cumplir las indicaciones de su médico. Así consiguió que todos la viesan, pero nadie la miraba, nadie podia figurarse otra cosa que una escentricidad.

Entónces D^a Luz tuvo necesidad de hacer entender á la sociedad que no iba solo por ver, sino por ser vista; que pretendia algo, que aún era muger y deseaba gozar como todas: que si en su casa tuviera todos sus placeres, no saldria á buscarlos; y que el derecho de igualdad le daba el de aspirar á lo mismo que las otras.

D^a Luz compró jabon de almendras, se hizo limpiar los dientes, y llamó á una modista. Al escudo de beata que llevaba en el pecho, sustituyó los cogines del corsé, á la saya negra trages claros, y su antiguo peinado á la Fernando VII, fué transformado en un tocado sencillo aunque á la moda. Creció el escándalo; pero aún así, ¿quién habia de hacer caso de D^a Luz, alta, flaca y descolorida, cuya tirantez y cuyos adornos, hacian ridículo contraste con sus piés torcidos, y su tez deslustrada? ¿quién se habia de atrever á una señora proveccta cuyas irtudes y continencia habian sido proverbiales?

IX.

LAS VIEJAS Y LOS MEDICOS.

Noviembre.

Doña Luz tenia 35 años nada mas; pero 35 años de casto celibato, que la habian puesto fea, viviendo en la soledad y en las privaciones.

Apeló á la devocion, y ella le bastó para sufrir los primeros años; el mal aumentaba y ocurrió á la medicina que, en santa union con la iglesia, pudo sostenerla algun tiempo mas.

Pero el misticismo llegó á perder su influjo sobre el alma, y la medicina fué ineficaz para el cuerpo. La oracion y la continua práctica de todos los deberes religiosos, cumplidos por la fuerza del hábito, llegaron á nulificarse; así como la abstinencia y el régimen sedativo que se habia impuesto, tampoco bastaron para contener los efectos de la organizacion.

No habia remedio: era preciso buscarlo en la disipacion, en el cambio de objetos, en las distraccio-

¿quién se había de figurar tanta vida en aquel cuerpo huesudo, estenuado por la penitencia? Era preciso haber estudiado sus ojos, dos ojos negros y lindos, que lucían dentro de las órbitas hundidas, como dos brasas dentro de un montón de cenizas.

¿La pretendió algún viejo de corazón verde y cuerpo marchito? Es posible; pero no era esto lo que ella necesitaba: y los jóvenes ¿cómo habían de esponerse al ridículo con tal mueble por amante, ó cómo habían de atreverse á faltar al respeto á una señora tan respetable?

La culpa de todo esto la tenía D^{ña} Luz, que á fuerza de sacrificios se había comprado una reputación de santa; que sin trato ni educación no tenía gusto en sus trajes, ni tacto en sus maneras; que buscaba un petimetre, cuando apenas hubiera gustado á un sacristán; que buscaba, en fin, un marido por los confesionarios y los altares, donde se le veía humilde y compungida por la mañana, encomendándose á Dios para el baile de la noche.

D^{ña} Luz no tenía otro remedio que poner un cartel diciendo:—Soy soltera y tengo un millón de reales... ó retirarse otra vez con sus honores, á rezar y azotarse de lo lindo. El primer recurso no es de mugeres de pro; el segundo se queda para las que o son mugeres.

Una vieja rezadora y piadosa ni me da compasión y la creo; no puede tener mejor ocupación pero una de esas niñas ó cotorras, que huyendo de los peligros se refugian en la devoción, me com-

padecen, y no las creo; se busca el antídoto cuando se siente el veneno, y el amor es el antídoto, no la devoción. Huirlo es una hipocresía y una necesidad; equivale á querer quitarle á la zorra su genio rapaz, ó al tigre su instinto carnívoro.

Pues señor; Doña Luz había hecho propósito firme de casarse, y no le faltaba sino un novio.

Yo, á quien el cielo castiga con la persecución de las viejas, tuve la desdicha de tomar mi luneta cerca del palco de Doña Luz. Como todos la veía para reirme, y aunque su estravagancia me causaba ménos impresión que á otros por falta de antecedentes de su vida, no dejaba de parecerme una divertida caricatura.

Una noche que estaba mas ridícula que de costumbre, le enfilé las brújulas para gozarme en su fealdad. La incomparable vieja se sonreía, y miraba en la dirección de mi puesto.—Ya esta comenzó—dije para mi sayo; y queriendo sorprender al afortunado, volteé la cara á mi derredor; pero todas las fisonomías estaban tranquilas.—Me engañé.—Y continué pasando mi revista de costumbre.

Repitióse las noches siguientes aquella escena, y yo torné á buscar en las caras de mis vecinos el reflejo de aquella sonrisa; pero nada... Será á mí?... Quitá allá: ni yo ni ella hemos perdido el juicio.

Y con todo eso, la maldita curiosidad me obligó á volver frecuentemente la cara á su palco, no sin temor de que un maldiciente fuera á sorprenderla, y me creyese cómplice.

Una noche estaba yo formando á la puerta del teatro la valla de mirones que esperan á la hermosa mitad de la concurrencia. Doña Luz, aunque indigno miembro del secso bello, salió tambien, y al pasar junto á mí dejó caer el pañuelo precisamente á mis piés. Era cortesía levantarlo y lo hice. . . . Pequé de corazon, y me arrepiento. . . . La endiablada muger me apretó la mano al tomarlo, y yo, que pensé que aquella conmocion iban á sentirla todos los que estaban junto á mí, como el toque de una máquina eléctrica, por-poco hago la torpeza de reprender su demencia, para protestar contra ella.

Doña Luz on el baile? . . . Sea por Dios.

¿Y bailé con ella? Claro está. Cuando una muger es tan fea que nadie le hace caso; los señores de la casa le suplican á uno de los concurrentes de confianza que la invite á bailar á lo ménos una vez, para que no reciba el desaire.

En fin, Doña Luz era soltera, y ¿quién habia de acompañarla á su casa? Yo que era amigo de los dueños de la tertulia.

Por mas que digan que la luna es el consuelo de los amantes, esta noche no pasó de ser la indiscreta corruptora de mi inocencia.

—Está tan linda la noche que prefiero ir á pie
—me dijo mi dueña (ña, no ño).

—Como vd. guste.

—A bien que mi casa no está lejos.

—Ya se ve.

El coche nos seguia, y doña Luz colgada de mi

brazo me hacia sentir todo el peso de sus años.

Cuando llegamos á la puerta de su casa se habia quitado el guante, y al despedirse me tendió la mano desnuda, una mano que aunque parecia de cadáver, despedia un calor halituoso, engastaba la mia de tal manera, que involuntariamente volté la cara á ver si nos observaban los criados.

—Esta casa es de vd. desde hoy, y espero que la honrará.

—Mil gracias.

—No es cumplimento, ni encontrará vd ningún estorbo; soy libre por fortuna, y. . . .

—Mil gracias; mil gracias.

—Prometame vd. venir.

—Lo prometo.

—Veremos si es vd. ingrato.

—No, no. Hasta la vista.

—Adios: hasta. . . .

Pero durante todo este diálogo me habia tenido afianzada la mano.

Pues, señor; ahora lo entiendo ménos. Será? Imposible! Oh! si fuera: al cabo seria un amor grátis. Pero si es tan fea; y tan vieja; y tan rica!

Rica, vieja y fea, fuí á visitarla despues de algunos dias; la política me impuso el deber. Estuvo amabilísima, estuvo coqueta, estuvo pasable. Me dió lástima, y viendo sus rubores, y sus distracciones, y sus dificultades, porque al fin le costaba trabajo deponer la circunspeccion mugeril,

me resolví á ayudarle un poquito, á ahorrarle mil trances amargos.

Ah!.....si me hubieran sorprendido mis amigos en una de estas escenas cómicas, cómo se hubieran reído de mí.....Me rio yo mismo!.....

Y ya no habia remedio: una vez admitido mi papel, quedé en la obligacion y con el deseo de abreviar el camino.....Si supieran las muchachas que yo he besado á una momia, no volverian ni á mirarme, tendrían asco de mi boca, como lo tengo yo mismo.

Pero esto no bastaba: para simples papachos y arrumacos eran demasiados treinta dias, y yo pensé seriamente en poner término á la dificultad. Diserté y medité mas que un teólogo para concertar un sistema de operaciones que no fuese demasiado irrespetuoso para su edad, ni demasiado tardío para los deseos que ámbos sentíamos.—¿Tú deseos? preguntará alguno—;Pues no era tan vieja?—La ocasión hace al ladron; y tanto te dirán que tal razon te pondrán.

Aquí se ve obligado el lector á suplir todo lo que falta desde este momento hasta el dia en que los burgaleses, espiones y maldicientes por carácter, comenzaron á hablar de mi casamiento con D^e Luz.

Tanto no era de sufrirse, y celoso de mi buen gusto, mas que de mi buen nombre, le hice entender de una manera muy positiva á mi envejecida novia, que habian cesado nuestros amores.

Ella, que ya me hablaba de matrimonio, y á quien tuve la imprudencia de ofender un dia públicamente, sufrió disimulando y preparó su venganza, la mas cruel que pudo tomar.

Cuál fué?.....No le importa á nadie; pero fué tal, que si la impresion violenta me dura una hora, seguramente me muero.

Ya se entenderá que no fué mi corazon el que padeció, sino mi amor propio. Un chasco, un desprecio humillante por una vieja que me repugnaba!.....Despreciarme una vieja despreciable!..... una muger sin pudor!.....

Desde ese dia comencé á sentir varios accesos de calofrio: y un malestar, una laesitud en todos los miembros, que me agobiaba. Tenia la boca amarga, me devoraba la sed, y ni el agua podía yo pasar.

Busqué distracciones, pensaba en Serafina, pero el vestigio de D^e Luz me aparecia hasta en sueños riendose unas veces de mi necedad; gozandose otras en su negra venganza. Me dejé vencer por la tristeza y la aprension, y al cabo me enfermé.

Encerrado en mi cuarto sin ver la luz, sin moverme, sin tomar otro alimento que tragos de agua, á los tres dias fueron notadas mis ojeras, la amarillez de mi semblante, la descomposicion profunda de toda mi fisonomía. Despues de una semana me abandonaron las fuerzas y ya no pude levantarme de la cama.....Una fiebre lenta me devoraba, y el corazon se habia afectado físicamente; tenia lo que llaman los médicos una cardialgia; es decir, palpi-

taciones violentas hasta la sofocacion, y cada dos ó tres horas una punzada lanzinante que me desmayaba.

Los médicos se apoderaron entónces de mí: pero por desgracia me tocaron médicos de los que curan bestias, no hombres, y sin informarse de los antecedentes, sin atender al carácter de la fiebre, sin tener en cuenta la reciente fecha de mi enfermedad, inmediatamente vieron una desorganizacion profunda en mi corazon; aneurisma hipertrofia, carditis-ulcerosa,... ellos hablaron en griego media hora, me auscultaron, me estropearon haciendome tomar todas las posturas de un manequin, y al cabo, sin responder del écsito, me impusieron un régimen.

Por poco que yo supiera de medicina, comprendia que ellos ignoraban el origen de mi enfermedad, y que el régimen impuesto debia matarme. Al principio rehusé toda medicina, pero al fin tuve que dejarme asesinar, porque mi madre lloraba sobre mi pecho, y era fuerza morir complaciendola.

Mis amigos y los de mi familia comenzaron á acudir, y yo comencé á poseerme de la irascibilidad mas grosera: mandé cerrar mi recámara, y si llegaba alguno á invadirla, sus preguntas amables y cariñosas no tenian otra respuesta que el silencio, ó si me hostigaban, estallaba en ira, venia la punzada y el desmayo. De modo que por temor de matarme, llegaron á dejarme en la

mas completa soledad, donde permanecía yo, recostado sobre la cabecera, con la cabeza colgada sobre el pecho, inmóvil, mudo por muchas horas en las tinieblas de mi recámara.

Dos veces he vertido sangre; la primera á manos de un colegial que me rompió las narices de un puñete; origen de mi aversion á los pleitos, y mi opinion por los duelos: la segunda vez que vi correr mi sangre, fué esta, á manos de un humilde barbero.

La sangría debió producir su efecto; todos los síntomas se ecsasperaron, y mi enfermedad tomó un aspecto alarmante. Además, un pensamiento horrible me habia asaltado desde el principio, acaso el que mas me atormentaba.—¿Lo sabrá Serafina?

En el fanatismo del amor, se considera á la mujer como á Dios: ofensible hasta por los pensamientos. Ni valor tuve de verla miéntras pude salir, temiendo que en los ojos leyera mi vergüenza; y al fin llegué á creer que aquel chasco infernal era justo castigo de mi torpeza.....Profanar con una vieja asquerosa mi alma y mi corazon, sagrados ya por la consagracion á Serafina!...Esto era, fué un verdadero crimen; una vileza digna de tal castigo.

Por fin los médicos pronunciaron mi sentencia: me mandaron tomar los últimos sacramentos. Qué noches, Dios mio! qué noches!

Yo insistia en que me dejasen solo, y por no provocar con la contrariedad un acceso peligroso se retiraban todos á velar en la pieza mas inmediata,

donde no se atrevían ni á respirar, para escuchar y acudir al menor ruido.

Yo no podia acostarme porque los latidos del corazón me lo impedían: recargado contra la cabeceera contaba yo las horas, las oscilaciones del péndulo del reloj que estaba cerca de mí. El silencio era sepulcral, la luz que ardía sobre la mesa se amortiguaba, las sombras se oscurecían; todo mi cuarto tomaba un aspecto siniestro, pavoroso: por no verlo cerraba los ojos, y fatigado comenzaba á delirar...: delirio insomne de que tenía conciencia y que no podia disipar. De repente una arena que caía, el zumbido de un insecto me despertaba sobresaltado, abría los ojos con desconfianza, paseaba una mirada por las paredes donde veía pintadas mil fantasmas horribles, y sobre sus cabezas, los ojos huecos de la muerte..... Venía la punzada, estendía yo el brazo á tomar el vaso de agua que tenía sobre el velador, y quitandome las fuerzas el desmayo, lo dejaba caer..... Al ruido entraban todos.

Cuando volvía yo á abrir los ojos, todavía aturrido, me encontraba rodeados de mi cama y teniendome las manos, á mi madre, á mis hermanos, á los criados, llorando, y diciendome las últimas oraciones..... Su presencia me reponía, hacia un esfuerzo para sonreírme, y refrescando mis labios con un trago de agua, volvía á despedirlos quedandome solo, silencioso, inmóvil, abatido..... con mis delirios y mis fantasmas; con Serafina en el corazón, y la muerte delante de los ojos.....

Mi hora no había sonado. Un médico llegó de

Madrid, y en el mismo día ya estaba á mi cabeceera.

Pocas preguntas me hizo: tomó informaciones de los que me rodeaban, y volvió á entrar en mi recámara, mandando quitar las cortinas y abrir las vidrieras.

—Se muere mi hijo!—decía la pobre de mi madre.

—No importa,—respondió el médico con un estoicismo hipocrático.

Oh! la luz es la bendición de Dios. Cuando me pasó el deslumbramiento que produjo su primera impresion me sentí regocijado, el aire fresco ensanchó mi pecho, refrescó mi frente, suspiré con libertad.....

—Se va V. á levantar inmediatamente,—me dijo el médico con acento imperioso.

—Imposible—respondí; pero ya con la alegría en el alma.

El insistió, y entre todos me vistieron como á un niño, como á un muñeco.

—Ahora hasta la calle,—me dijo ya risueño, presentandome su brazo, mientras mi madre me sostenía del otro llorando.

Yo hice un impulso de voluntad pero las fuerzas del cuerpo me habían abandonado con las del alma: apenas pude llegar á un sillón que estaba á pocos pasos, y caí en él bañado de sudor.

—Bien, mañana saldremos—dijo el médico con un tono de confianza.

Al siguiente día anduve por el corredor, al tercero llegué á la calle: despues de una semana ro-

nació la alegría en mi corazón y en toda mi casa.... Volví á ver á Serafina y me curé.

Ese médico que me resucitó comprendía que la medicina no es la veterinaria, y que las enfermedades del alma que se manifiestan en el cuerpo, no se curan con drogas y teorías, sino con consuelos y voluntad. Bendito médico! ¡A cuántos habria salvado del mismo modo en Madrid, donde como en todas las cortes, la mitad de las gentes mueren víctimas de las pasiones y de los escesos que tan bien se traducen por los nervios!.

En todo Búrgos no se hablaba de otra cosa que de mi amor, mi pasión, mi enfermedad que atribuían á Serafina. Ella misma, viendome pasar pálido, estenuado y vacilante todavía, lo creyó; y aquel martirio es probablemente una de sus ilusiones.... tan falsas como todas!.... Por eso si un día la viera en mis brazos, con las mejillas encendidas, los ojos húmedos y el corazón palpitante, aún dudaría yo si me amaba, ó si venía á satisfacer conmigo deseos concebidos con otro.

Negro escepticismo que adquiere todo el que no es un idiota.

X.

CONSECUENCIAS.

1834.—Enero.

La prueba que sufrí purificó mi amor: unos cuantos días me bastaron para apagar el rencor que sentía contra D^{ra} Luz, y me complazco en haberla olvidado, porque no tendré ocasión de volver á nombrarla.

El que huye espantado de un extremo va á dar hasta el otro: yo que estuve próximo á caer en el materialismo mas grosero, concebí por todos los placeres brutales una repugnancia bien justificada por este suceso, y concebí desde entonces todo el idealismo del amor espiritual, no sujeto al fastidio, la saciedad, ni el desengaño.

Jamas he sido hombre bullidor ni alegre, pero desde entonces mi carácter tomó un tinte sombrío y melancólico, consecuencia precisa de la tormenta pasada, y aun de la languidez material en que me dejó la enfermedad.

Serafina volvió á ser mi ídolo: pude volver y á amarla, purificado mi corazón en la de gracia;

comparandola en belleza y espiritualidad con la bruja que acababa de burlarme, la ví como un ángel al lado del demonio.

Si ántes la seguía yo á todas partes, ahora pensaba en ella á todas horas y le consagraba el culto mas puro. Mi enfermedad, que le atribuyeron, impuso algun silencio á la murmuracion que fingia respetar mis dolores, y aunque á mis espaldas continuaban las hablillas, pocas veces me dijeron lo mismo que ántes me disgustaba. Tuve, pues, libertad para encerrar otra vez mi secreto, para saborearlo, y en el silencio de la imaginacion comencé á formarme un mundo de amor que no estuviera sujeto á los azares del carácter humano.

El amor en que se revela un interés, un principio de egoismo, no puede ser puro y eterno: el que ama por su placer no puede escogir sino la misma especie de amor, y un afecto fundado en el placer debe terminar desde el momento en que se satisface.

He creído amar á otras mugeres, y ha sido llama de un dia; fuego efímero que no me ha dejado ni siquiera recuerdos. Yo quiero no amor, sino adoracion al objeto, adoracion desinteresada y eterna.

Al paso que se modificaba así mi corazón, donde echaba hondas raíces esta pasión, Serafina, segura ya de mi amor, se complacia en ponerlo á prueba. Además, el público la fastidiaba por mi causa, y su madre particularmente la daba cada

dia mas severos é inmorales consejos acerca del marido que le convenia tomar. Por consiguiente, yo no recibía de su parte sino miradas altivas, desprecios, todas las demostraciones de la antipatía.

Al principio tal vez hubieran sido eficaces estas repulsas; pero una vez arraigado mi amor, y apoyado en la creencia de que ella luchaba entre sus afectos y su educacion, esperaba siempre ese dia en que la fortuna me hiciese aceptable á su familia, ó ella vencida por mi resignacion, me diese el premio de todos mis sacrificios. Y ese premio no quería yo comprarlo sino á fuerza de sufrimientos nobles, de silencio y de fidelidad.

Darle á otra muger la mano, ó mirarla con detencion si era bella, lo consideraba yo como un sacrilegio. Sin embargo habia mugeres mas lindas que Serafina; llenas de virtudes apreciables, cubiertas de un mérito real y legítimo, y adornadas de todas las circunstancias que hacen envidiable á una muger: para mí, sin embargo, no existía mas que Serafina; y todas mis ilusiones, todos mis deseos venian á nacer ó á morir en ella.

Su desden creciente y mis pesares habian obrado en mi alma tal conquista, que ya sentía los efectos materiales en mi carácter y en mi salud. Solo su presencia me alegraba, y solo su memoria me hacia dulce la vida.

Pero en medio del todo esto mi timidez era mayor: aunque no hubiese temido un desaire, aun cuando la hubiera creído amante, acababa de tener la mas

amarga decepcion del carácter femeníl, y temblaba á la sola idea de un nuevo desengaño.

Así es que me conformé con amarla, con sufrir.

Una noche la encontré en una tertulia. Ella al mirarme no se ruborizó, se incomodó; y todo el mundo fijó en nosotros la vista, se hizo señas, se habló en voz baja..... hizo todas las groserías que caracterizan á los buenos provinciales que no tienen en que pensar sino en los chismes de sus vecinos.

Llegó la hora de bailar, y temblando de miedo me acerqué á Serafina para invitarla. Su primera contestacion fué un *no* tan seco, que me desconcertó. La sala quedó casi en silencio, y todos fijaron la vista en nosotros.

Yo insistí, ella se enfadó, y cuanto mas tenia de tierna y sentida mi súplica, tanto mas se manifestaba ella altiva y dura. El amor me retenia frente de ella con los brazos caídos, y lleno de vergüenza: un círculo de curiosos groseros se habia formado á nuestro rededor, y yo pronunciaba las últimas palabras, balbuciente y con las lágrimas en los ojos.

Tal era mi posicion y su rigor, que la mamá lo observó y le mandó que bailase conmigo. La mamá!..... Aún resistió Serafina; y haciendo un gesto de despecho obedeció á un—Levantate—que pronunció la otra con toda la firmeza del mandato.

Con una mirada me impuso Serafina el mas completo silencio: no bailamos tres minutos; y ella tan fina, tan delicada, tan medida con todo el mundo, me dijo de repente—Voy á sentarme—y sin dar-

me tiempo de que la ofreciese el brazo para conducirla, me dejó parado..... Mi corazon se lastimó por ella; mi amor propio por los demas.

Oh! Serafina tenia, tiene tanto orgullo como yo amor, y hacia aquello solo conmigo, inmolandome á su opinion, pisoteandome ante el mundo para hacerle entender que no me amaba, que me despreciaba.....Sabia tambien que uno de esos agravios me hacia llorar un dia; pero me causaba placer un año; porque tanto como satisfacía su amor propio abatiendome, gozaba yo y me complacia en hacerle el homenaje público de mi resignacion, y ella aceptaba, porque si no, no me hubiera martirizado sin motivo.

Yo resistiendo con la nobleza de mi objeto, ella agobiandome con toda la superioridad de su orgullo, me enseñé no solo á amarla, sino á venerarla como un ser, á quien apenas era digno de adorar, mucho ménos de poseer.

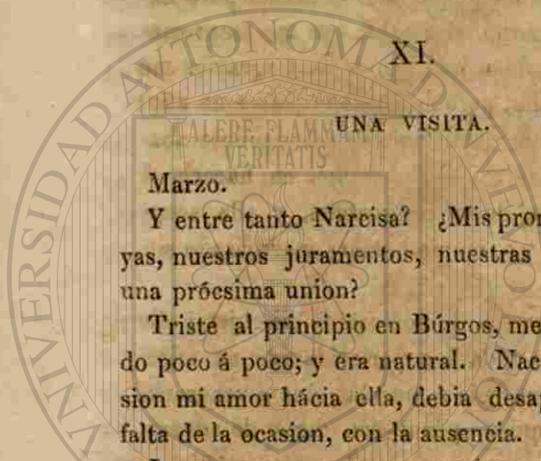
conservaba la resolución de cumplirselas; de ser mi marido un día, de darle mi mano y mi nombre, conservando el corazón para mi nuevo dueño.

De este modo solo le escribía yo lo bastante para dejarla entender que aún tenía mi palabra, pero mis cartas eran lánguidas, estudiadas, solo contenían las frases formuladas del deber, con toda su frialdad y su monotonía.

Otra circunstancia determinó también mi enfriamiento. Yo pensé, al salir de Madrid, volver dentro de algunos meses; había pasado un año, y sobre serme imposible volver, todo me indicaba que mi permanencia en Búrgos podía prolongarse por muchos años, y acaso por toda la vida. Con esta dificultad invencible casi, para mí que no sé luchar con ningún obstáculo, fácilmente se venció el alma, doblemente impulsada á un nuevo amor por la lejanía y poco mérito de un objeto, y por la superioridad y la inmediata influencia del otro.

A pesar de todo, no pensaba todavía serle infiel, abandonarla; demasiado favor me había hecho con amarme, y demasiada era también su paciencia en esperarme *hasta* que la fortuna me hubiera hecho capaz de casarme con ella.

Mis cartas debieron indicarle sin duda el estado de mi corazón; y, lo que frecuentemente sucede, cuando un amante desmaya el otro se entusiasma; ella redobló sus cartas y las escribía con un lenguaje tan tierno, tan ansioso, tan humilde que me causaban remordimientos á causa de mi infide-



XI.

UNA VISITA.

Marzo.

Y entre tanto Narcisa? ¿Mis promesas y las suyas, nuestros juramentos, nuestras esperanzas de una próxima unión?

Triste al principio en Búrgos, me fui consolando poco á poco; y era natural. Nacido con la ocasión mi amor hacía ella, debía desaparecer con la falta de la ocasión, con la ausencia.

Los primeros meses mantuvimos una correspondencia animada y tierna: después conocí á Serafina, comencé á amarla; y este nuevo fuego se atizó á espensas de aquellos recuerdos. Sentí algo de disgusto cuando conocí que la iba olvidando, porque su memoria me traía muchas bellas imágenes; pero tan pronto como hallé goces más delicados de otro género más esquisito en el amor á Serafina la fui arrojando de mi corazón, hasta dejarlo todo entero ocupado por el nuevo ídolo.

Ya no me ligaba otro lazo con Narcisa que las promesas; y enteramente desamorado de ella, solo

lidad. Pero ya era tarde, y yo no salía en mis respuestas del estilo seco y amanerado de la violencia.

La pobre de Narcisa no pudo sufrir mas. Un día recibí una esquela: me dejó conducir por el criado, y me hallé en los brazos de mi amante que había venido hasta Búrgos solo por verme, por reanimar mi amor con su presencia, por disipar los zelos que la devoraban, creyendome enamorado de otra. Su corazón no la engañaba.

—¡Tú aquí, Narcisa!

—Sí, yo; que me espongo á no sé cuantos peligros solo por venir á verte.

—Vaya; te lo agradezco

—¡Gabriel!

—¿Qué tienes?

—Ya tú no me amas.

—Sí: como siempre.

—Me engañas. Te encuentro frio, taciturno, violento, miétras yo me empeño en seducirte, en perseguirte....

—No; pero este viaje....

—¿Te pesa?

—Me pone en un compromiso. Ya que tú veniste yo debía volver contigo....y sabes que no puedo dar un paso fuera de Búrgos.

—Me quedaré en él.

—¿Para qué?

—¡Para qué!.... ¿Sabes lo que está diciendo?.... ¡Para qué me quedaria yo!.... Para

amarte, para tenerte á mi lado, para ser tuya de una vez.

—Imposible. Aún no puedo casarme.

—¿Desconfias de mí?....

—No.... no....

—Lo dices con una espresion.... Mira; con este viaje en que espongo hasta mi reputacion, tienes mas pruebas que cuantas tu pudieras darme; pues bien, si no te basta, dime qué quieres que haga, qué escoges de mí....¿qué es lo que deseas para no dudar de mí? ¡Por tí soy capaz de todo!

—Lo creo, estoy satisfecho; pero vuelvete á Madrid; allá nos reuniremos.....

—¡Me despides!

—No; pero.....

—¿Sabes siquiera si me puedo volver?

—¡Oh!

—Me ves aquí sola, y ni por curiosidad me preguntas lo que á mí en tu caso me llenaria de inquietud.

—Escucha, Narcisa; si comenzamos á hacernos reconvençiones, tal vez nos pese luego. Tu debes creer en mi palabra, y aún la tienes: te la cumpliré.

—¿Y tu amor?

—Cuando vaya á alcanzarte á Madrid me preguntarás por él.

—¿Me amas todavía?

—Me casaré contigo.

La pobre de Narcisa vió que el ser mas escijente

la obligaba á despedirse de mí para de una vez, ó á humillarse hasta donde no debía.

Ignoro aún los medios de que se valió para hacer aquel viage en que solo la acompañaba un primo que siempre habia tenido su confianza. Ella faltó de Madrid doce dias á lo ménos, y este peligro, y su lenguaje, y su sentimiento al ver mi frialdad, me anunciaban un amor demasiado violento y sincero, para no lisonjearme.

Yo me saboreaba de ello, y puede ser que hubiera aspirado á esa última prueba que entreveía en sus palabras, si dentro de mi corazón no le hubiera hecho un voto á Serafina. Voto estéril, que no me ha valido la menor recompensa, á pesar de la escrupulosidad de mi fé.

¿Pero por qué me ama tanto?—decia yo—Supongo que no es la fortuna, ni el hombre lo que en mí busca; pero aun cuando solo sea el placer, otro hombre ménos frio, ménos necio que yo, podria proporcionarselo mayor. ¿O cesarán por fin esos caprichos, esas pasiones irrazonadas, que se fijan en un objeto, hasta alcanzarlo, ó matar de deseos? En todo caso vale mas ser el objeto y no la víctima.

Por último, todo lo que Narcisa consiguió con esta visita de una semana, fué inspirarme mayor agradecimiento, y recibir tres ó cuatro cartas más tiernas que de costumbre, que le escribí en los dias inmediatos, todavía bajo la influencia de sus sentidas palabras.

Después ella volvió á sus reconveniones y yo á mi Serafina.

XII.

COMIENZA EL PLATONISMO.

Abril.

Pero yo no podia vivir mas tiempo sin recobrar una esperanza siquiera. Buscaba en Serafina no ya una palabra ni una demostracion amorosa, me habria contentado con una mirada dulce.... y ella que conocia mi deseo, ó que temia alentarme para seguir-la comprometiendo, me desesperaba mas y mas con un desden sostenido y riguroso; tanto como era humilde mi resignacion.

Mas que á una conviccion propia, cedí á las repetidas instancias de mis amigos, que me aconsejaron ponerme en contacto con ella, visitarla, habituarla á mi presencia y mi conversacion, y hacerle saber á lo ménos los sacrificios que por ella hacia, y que siendo ignorados, no tenia derecho á exigir su recompensa. Hasta cierto punto tenian razon; y yo reflexioné que con mi papel de D. Quijote, llorando desdenes que no recibia, y sus-

la obligaba á despedirse de mí para de una vez, ó á humillarse hasta donde no debía.

Ignoro aún los medios de que se valió para hacer aquel viage en que solo la acompañaba un primo que siempre habia tenido su confianza. Ella faltó de Madrid doce dias á lo ménos, y este peligro, y su lenguaje, y su sentimiento al ver mi frialdad, me anunciaban un amor demasiado violento y sincero, para no lisonjearme.

Yo me saboreaba de ello, y puede ser que hubiera aspirado á esa última prueba que entreveía en sus palabras, si dentro de mi corazón no le hubiera hecho un voto á Serafina. Voto estéril, que no me ha valido la menor recompensa, á pesar de la escrupulosidad de mi fé.

¿Pero por qué me ama tanto?—decia yo—Supongo que no es la fortuna, ni el hombre lo que en mí busca; pero aun cuando solo sea el placer, otro hombre ménos frio, ménos necio que yo, podria proporcionarselo mayor. ¿O cesarán por fin esos caprichos, esas pasiones irrazonadas, que se fijan en un objeto, hasta alcanzarlo, ó matar de deseos? En todo caso vale mas ser el objeto y no la víctima.

Por último, todo lo que Narcisa consiguió con esta visita de una semana, fué inspirarme mayor agradecimiento, y recibir tres ó cuatro cartas más tiernas que de costumbre, que le escribí en los dias inmediatos, todavía bajo la influencia de sus serenas palabras.

Después ella volvió á sus reconveniones y yo á mi Serafina.

XII.

COMIENZA EL PLATONISMO.

Abril.

Pero yo no podia vivir mas tiempo sin recobrar una esperanza siquiera. Buscaba en Serafina no ya una palabra ni una demostracion amorosa, me habria contentado con una mirada dulce.... y ella que conocia mi deseo, ó que temia alentarme para seguir-la comprometiendo, me desesperaba mas y mas con un desden sostenido y riguroso; tanto como era humilde mi resignacion.

Mas que á una conviccion propia, cedí á las repetidas instancias de mis amigos, que me aconsejaron ponerme en contacto con ella, visitarla, habituarla á mi presencia y mi conversacion, y hacerle saber á lo ménos los sacrificios que por ella hacia, y que siendo ignorados, no tenia derecho á exigir su recompensa. Hasta cierto punto tenian razon; y yo reflexioné que con mi papel de D. Quijote, llorando desdenes que no recibia, y sus-

pirando por un amor que no solicitaba, nada alcanzaria.

Busqué, pues, los mas decentes pretextos para introducirme en su casa, y recibí tres desaires uno tras otro; creian que conmigo entraba en su casa la deshonra.

No es esageracion, la deshonra: una familia de esas que no hallan noble sino á la riqueza, creeria degradar su crédito consintiendo en que la visitase un simple estudiante, en clase de novio. Yo por mi parte, no pude nunca adularla; jamas pasé de cortes y atento, bien poca cosa para quien se creia digna de todo merecimiento, y dispensada de considerar al que no tenia una fortuna que ofrecerle.

Estos desaires no me desalentaron: esperé otra ocasion; y entretanto, quise proporcionarme una conversacion á lo ménos. Pero ignoraba que el demonio se hubiese interpuesto ya entre nosotros dos.

Juliana, aquella muchacha amiga de Serafina, era una de esas gentes enemigas de la dicha agracia, envidiosa de todo bien, aunque en su poder se convirtiera en mal. Nunca he sido un partido envidiable, ni un amante de época, por consiguiente no puedo achacarlo á zelos; sino simplemente á la inclinacion instintiva de causar el mal, al gusto de hacer chismes y enredar intrigas que tienen todos los habitantes de una poblacion pequena y desocupada.

Esta no es una suposicion: por desgracia en co-

das partes abundan esos seres malignos por organizacion, que se complacen en el tormento que causan, por mera diversion, por ver que hace....

Serafina no me aborrecia, no me aborrece; me ama; y seguramente llegó á dejarse entender á Juliana: esta tuvo la indiscrecion de dejarme percibir, ó lo hizo intencionadamente para atormentarme, pues previendo que nuestra inteligencia no dependia acaso sino de una explicacion, trató de alejarla de mí eternamente, atacandola por el lado mas vulnerable. Le dijo que yo era un hipócrita; que mi aparente humildad era rencor; que mi tristeza era despecho, que mi constancia no tenia mas objeto que fastidiarla, ó alcanzar un dia su compasion y vengarme de ella. Es increíble tanta malignidad, y gratuita, porque yo no recuerdo haber dado á Julianna el mas ligero motivo para atormentarme de esta manera

En fin, la fatalidad revestida con la carne de mis amigos, vino á hacer cierta á los ojos de Serafina la calumnia levantada por esta muger.

Entre otros tenia yo un amigo, de esos chocarros, socarrones, necios, que no comprenden ningun dolor porque no son capaces de sentirlo; que gozan en los martirios de los otros, porque no lo creen; que se divierten con los gestos de la desgracia, imaginaria para ellos: era en fin, aquel Gangnernet de las Memorias del diablo, con su pesadez, su torpeza, su poltronería; con su *histoire de rire* que asesinaba. El comprendia del amor los placeres y al

materiudad; pero no los sacrificios, el desinterés, la abnegación; para él es inexplicable una de esas pasiones eternas por su pureza, constantes por la desesperanza.

Se reía, me mofaba, y esgrimiendo sin intención su arma favorita, intentaba ridiculizar á mis ojos aquella divinidad, para quitarme, como él decía, mis ilusiones. Prueba inútil que despues hicieron todos, y que yo he resistido.

Pero vamos al hecho. Una vez por mi desgracia pasé acompañado de este amigo, por el balcon de Serafina; ella no estaba y él me preguntó con un aire de confianza.

—¿Quieres verla?

—Si querria—le contesté maquinalmente.

Incontinenti se puso á dar tan desaforados gritos que la gente se asomó á sus ventanas, y Serafina tambien.

—Vámos—me dijo entónces en alta voz y señalandola descaradamente—allí está; ¿no querias verla?... Levantá los ojos....

Yo estaba crucificado. Serafina se metió cerrando la vidriera con tal cólera que los vidrios saltaron en astillas. Yo habria matado á aquel hombre pero me contenté con hacerle entender que su compañía me disgustaba en todas partes, y en efecto casi abandoné su amistad.

El impasible, celebró su ocurrencia, la propagó llena de oportunos pormenores, hizo en fin, una nueva *histoire de rire*, que llegó á oídos de Serafina para acabar de indignarla.

Al principio me habia consentido, despues me mantuvo á cierta distancia; en seguida fijó nuestra separacion; pero desde este incidente me vió con repugnancia, huyó de mí.... Ya no por amor, sino por satisfacerla de aquella falta, por darle una esplicacion y protestarle mi inocencia, redoblé mis esfuerzos, la perseguí en todas partes..... Entónces ella se alejó de todas las visitas que yo pude hacer comunes; dejó de frecuentar las tertulias, y si á algunas concurría, se informaba ántes de si podria encontrarme en ella.

Desde ese dia se nubló para mí la cara de Serafina: siempre un ceño, una severidad, una rigidez sostenidas, imperturbables.

Venia por la calle, risueña, platicando con alguna amiga, me veía, y al momento se formalizaba: estaba en un palco en el teatro gozando alegre de una escena que la hacia sonreir, volteaba yo á mirarla, á gozarme en su satisfaccion, y al instante su frente se oscurecia, sus labios se cerraban; el disgusto la hacia removerse involuntariamente sobre su asiento.

Mis amigos! mis amigos! siempre me han querido lo bastante para hacerme un mal con la mejor intención, y no dejarme ni el derecho de reclamarles.

Mi tristeza se hizo habitual, mi mal humor se hizo visible á todo el mundo, y compadecidos de mi suerte, declararon á Serafina una guerra inconsiderada. Murmuraciones atroces, anécdotas ridículas, cuentos colorados, todo á espensas de ella; y en pú-

blico, todas las desatenciones y burlas que podían ofenderla, humillarla, sin faltar á las conveniencias ni al respeto que en la sociedad merecía como mujer. ¿Y no era preciso que este caritativo manejo de mis amigos lo interpretase ella como una venganza indiscreta, nacida, bajo mis inspiraciones de un odio encubierto?

¿Qué obligación tenía de amarme? Y sobre todo, ¿no se me había mostrado risueña los primeros días? ¿por qué, si yo la amaba, me contenté con murmurarla, mostrando tanta pereza?

Mi amor, pues, era fingido; era una burla, como le habían dicho sus amigas, y no contento de fastidiarla con mi aspecto sombrío, mi cara compungida, de que todo el mundo le atribuía la causa, había yo consentido, provocado tal vez la malignidad de mis amigos, para vengarme solapadamente, mientras proseguía mi papel, por ver si al cabo lograba mi triunfo, y una venganza mas completa.

Todos estos razonamientos eran muy lógicos en la cabeza de Serafina, que preocupada y desconfiada como yo, de todo el mundo, á nadie se atrevía á preguntar, por miedo de que la creyesen interesada por mí: veía, callaba y sufría como yo. Los dos conmovidos, inquietos, violentos: los dos con el pensamiento fijo en el otro, los dos atados por una fuerza irresistible como dos cuerpos impregnados de diferente electricidad, se atraen, se unen, se combinan precisamente por la contrariedad de sus corrientes eléctricas. Ella juró aborrecerme: yo juré

amarla: los dos nos identificamos con estas ideas, hasta hacerlas visibles recíprocamente, y cada cual en su puesto desafió al otro á que lo venciera la constancia.

Nuestras relaciones fueron desde este día tan íntimas como es posible: nuestros corazones estaban atados fatalmente, nuestras almas se habían confundido. No era necesario vernos para sentirnos, ni estar juntos para atormentarnos recíprocamente. Hasta entonces creí en el magnetismo con todos sus milagros.

Estaba yo en el teatro, dormitando en mi luneta, ó preocupado con alguna escena: ni un ruido, ni un movimiento me despertaba: de repente sentía un calofrío nervioso, un estremecimiento; volteaba la cara, y Serafina aparecía en su palco buscandome para herirme con una mirada, y no volver á verme en toda la noche: yo la saludaba con los ojos radiantes de una alegría irreprimible, y recobraba mi humor para toda la noche, ó volvía á caer en el fastidio y mal estar mas profundos.

Serafina estaba en una tertulia: al siguiente día sin preguntarle yo, cualquiera me informaba de cuanto había hecho, y era seguro que sus atenciones, sus obsequios habían sido para el hombre que mas me antipatizaba.

Se preparaba tal fiesta, y por mil razones diferentes, Serafina debía encontrarse en ella, casi obligatoriamente: con un mes de anticipación me preparaba yo, y al fin ella no iba.

Calculaba yo que en tal ocasion deberia ella presentarse alegre, brillante, lujosa: por honor suyo y por buscar la armonia, dejaba mi suciedad, mi descuido habitual, me improvisaba de elegante risueño; ella se presentaba desaliñada, displicente con todos los signos del fastidio y la pereza.

Reia yo, ella se enfadaba; me ponía triste, ella reventaba de risa..... Formabamos en todas partes la antítesis mas dramática, la contradicción mas absoluta y perfecta. Las encontradas corrientes de nuestros afectos habian formado un vórtice, y à nuestro pesar arrastrados, girabamos unidos en su centro, hiriendonos, destrozandonos á cada encuentro, sumerjiendonos mas y mas en el abismo.

Mi porvenir está en ella: mejor dicho, ya no lo tengo: este es el motivo de mi abandono, mi pereza, mi indolencia. Ella puede tener esperanzas; pero en el cuadro confuso de ellas, mi imágen siempre se le aparece para amargar sus alegrías.... ¿No ha de tener un remordimiento de haberme pagado tanto amor con tanta ingratitud? Cuando viva llena de riquezas y frívolas adoraciones, martirizada tal vez por el marido que la compra ¿no me estrañará su corazon? ¿no sentirá un vacío en el alma, no deseará gozar conmigo los placeres de un amor espiritual, que no halle con un marido grosero ó un amante vanidoso?

Yo estoy creído de que si á la faz del mundo me desprecia por vanidad, allá á sus solas goza y paladea el placer de haber fascinado el alma de un

pobre diablo de poeta, que le consagra todos sus versos, todos sus pensamientos; que ha depuesto en las aras de su amor hasta su dicha futura.

¡Y sin embargo era tan cruel que me aborrecia!.... Sí, hubo una época, esta, en que me aborreció. Aborrecimiento obligante que impuso á mi nobleza quijotuna el deber de amarla como á Dios, por quien ella era, no por el placer que pudiera darme.

El amor es el objeto mismo; mientras él ecsista debe amarse, los gozes ó las amarguras que por su causa nos da el mundo, deben contarse en el cargo general de los bienes ó los males de la vida, pero no pueden alterar la creencia infinita y pura del amor. Si nuestras almas no hubieran estado revestidas de la carne; influidas por el amor propio, la vanidad, el escepticismo y las consideraciones mundanas; si se hubieran encontrado léjos de la tierra, se habrian amado y unido desde el primer instante, para formar un solo espíritu en el inmenso vuelo de la eternidad.

¿Tenia ella la culpa de que fuera yo pobre, tímido y oscuro, cuando el mundo le ecsigia un amante lujoso y calavera, ó un marido rico y espléndido? ¿No tenia derecho de aborrecerme á mí, que pretendia desdorarla haciendola perder su reputacion de muger delicada y de buen tono? Por eso su odio me lastimaba sin agraviarme y la amaba, y siendo víctima de su rigor, la compadecia á ella misma, víctima tambien de las preocupaciones que le robaban los gozes del corazon.

Moriré amandola: entónces acaso no tendrá rubor de confesar que me amaba tambien.

XIII.

DESPEDIDA

Julio.

Por supuesto Narcisa habia quedado enteramente olvidada. Por mas que sus cartas eran cada dia mas tiernas, mas espresivas, yo no podia darle otra respuesta que promesas secas, llenas mas bien de caballerosidad que de amor. Y me pesaba mi infidelidad, conocia que era un mal agradecido, pero no podia hacer otra cosa: ademas que el rigor de Serafina, lo aplicaba yo como justo castigo, y me creia bastante castigado con él.

En los últimos meses tomé por mejor partido no responder sus cartas, para no recibir las reconvenciones que cada una producía: de esta manera achacaba yo mi falta á la del correo, y solo en ocasiones indisculpables le enviaba unas cuantas letras.

Narcisa me habia dicho que me perseguiría, que me aprisionaría hasta la muerte: promesa que ántes me lisonjeó, y que ahora me pesaba, pues si ántes estaba resuelto á casarme con ella si era preciso, ahora me parecia el mayor de los crímenes dedicar á otra que no fuese Serafina, ni un solo pensamiento.

Narcisa cumplió su promesa. Una mañana recibí un correo espreso, un pariente suyo, el primo, que la habia acompañado en el viaje; quien me traía una carta tan voluminosa que al verla pensé que estaban bajo la misma cubierta todas las mias, con una despedida amarga.

—Narcisa—me dijo el primo—me ha encargado de esta comision, que á no ser de ella y para vd. no desempeñaria; porque conozco su secreto. Mi objeto al venir á Búrgos ha sido este esclusivamente, y tan pronto como reciba una respuesta, me volveré á Madrid.

—Caballero, yo agradezco.....

—Nada de cumplimientos: si en algo obliga á vd. mi manejo, todo se lo debe á Narcisa, y á ella en tal caso debe vd. darle la recompensa.

—No sabré con que pagar.... Pero permita-me vd. que lea....

—No: yo voy á dejarlo solo y vd. tiene dos dias para dar una respuesta. Pero ha de ser una respuesta franca y definitiva. Mi prima padece mucho; y sus parientes nos vemos obligados á salvarla: la resolucion de vd. será un precepto para todos, y procuraremos curarla de un amor desgraciado, ó lo haremos todo por vd. y por ella.

—¡Oh! mil gracias.....

—Nada de agradecimiento repito otra vez. Yo á nombre de ella no ecsijo mas que franqueza....
 ¿Lo entiende vd.? franqueza. Pasado mañana volveré, y espero hallar una carta cerrada: volveré á

Madrid con ella, y Narcisa me dirá lo que debemos hacer. Adios.

—Adios.

Me quedé pensativo en mi cuarto, con la carta en la mano, sin atreverme á abrirla. El lenguaje generoso, y severo hasta cierto punto del primo me preocupaba, mucho mas cuando reflexioné que siendo ya un negocio de familia, estaba yo mas comprometido bajo todos aspectos. ¿Querrán violentarme ó violentarla? ¿Vendrá este hombre á vengar mi infidelidad?.... Perdido en conjeturas pasé un rato; hasta que me resolví á disipar mis dudas leyendo.

La carta era bien larga, de dos pliegos, y estaban escritas todas las caras. Para los lectores solo copiaré algunos párrafos.

“Madrid 17 de Julio de 834.

Gabriel: ¿me amas todavía?

Yo te he guardado mi corazon puro y amoroso: sin presuncion puedo decirtelo, porque tú solo eres quien posee mis afectos, y fuera de tí, ningun otro hombre es capaz de inspirarme ningun deseo. Mi corazon es nada mas tuyo; ni me pertenece, ni puedo mandarlo, por eso léjos de tí se conserva fiel, immaculado; no estaria en mi poder hacerlo concebir otro amor, ù otro deseo que el que lo domina hace tantos años.

Pero tú ya no me amas.

¿Por qué?.... Nunca me lo digas; ni vayas á

hacerme juramentos falsos que me humillarian mas que una franca confesion. ¿Te parece que valgo ménos que otras mugeres?.... Te engañas: cualquiera otra te amará por capricho, miéntas yo, ligada á tí por otra fuerza mas eficaz, la del destino, te amaria toda la vida à pesar de mí misma

Querria que me engañaras, porque con la esperanza de tu amor lo pierdo todo; pero si no he podido hacerme ilusion yo misma, despues de lo que sé tus promesas me ofenderian....

¿Sabes, Gabriel? Pienso que me amas todavía: invoca tus recuerdos y volverás á amarme. Mi memoria debe llevarte imàgenes de placer irresistibles. ¿Se te olvidaron ya nuestras conversaciones, nuestros besos, mis lágrimas?...

.....
No son zelos; es el pesar de perderte, el temor de que me engañes, de que pretendas hacerlo cuando ya es imposible. Te lo repito: ó vuelve á mi lado, y lo olvidaremos todo, ó escribeme cuatro letras que sin lastimarme me indiquen lo que debo hacer. Nada de disculpas, ni de ambigüedad; la respuesta que traiga mi primo debe ser definitiva.

Si tu respuesta fuera venir à abrazarme!.. con una palabra tuya yo iré: papà lo consentiria, y... lo mismo viviria yo allá que aquí, estando á tu lado.

De todas maneras esta carta será la última; porque ó nuestra union se verifica, ó yo me despido de tí.

NARCISA.”

Dos días me dieron para reflexionar la respuesta que debía yo dar á esta carta; y los dos días se pasaron sin poder tomar una resolución.

Momentos hubo en que casi me venia el remordimiento, y ya me figuraba casado. Pero por fortuna ya hace mucho tiempo que el matrimonio me asusta, y sin lisonjearme de resistirlo toda la vida, procuro evitar las ocasiones. . . . Tal vez ni la misma Serafina seria capaz de decidirme.

Llegó el término del plazo, y el primo se presentó.

—¿Ha escrito vd.?

—No.

—Pues. . . .

—Es cosa de un momento. Ahora mismo voy á hacerlo. Con permiso.

Y maquinalmente escribí lo que sigue:

“Narcisa:

El tiempo y las circunstancias se cambian; sin embargo de esto, mi corazón no habria cambiado, si no viera hoy que nuestro enlace es imposible. La razón de este imposible no está en mí; y espero que no me preguntes lo que hoy no te quiero decir.

He sido tu amante; tu memoria me será grata, y ella hará que siempre sea yo tu mejor amigo.

GABRIEL.”

Al firmar me ocurrió la idea de que el primo po-

dia ser un espadachin encargado de vengar un desaire que ya era de familia; y confieso que solo un resto de orgullo, el temor de que conociera el origen de una nueva carta, me contuvo, y doblando el papel se lo entregué sin sello.

—¿Así va?—me preguntó mirandolo.

—Siendo vd. el conductor. . . .

—No importa; quiero que vaya cerrado.

—Como vd. guste.

Por mas estraña que me pareció la exigencia no dejó de agradarme, y pegué la cubierta con todo gusto: así no podria saber mi respuesta hasta Madrid, y era mas difícil entónces que emprendiera un nuevo viaje solo por buscarme una querella.

Después de pocos momentos se despidió cortemente ofreciendome su amistad, y yo me quedé satisfecho de mí mismo. Sin embargo, algunos días tuve una especie de tristeza, como si hubiera perdido un bien irrecobable: era un número ménos en la lotería de amor. . . .

A los cuantos días estaba yo en mi cuarto leyendo esta última carta y otras de Narcisa, que si ántes satisfacian mi corazón, ahora lisonjaban mi amor propio. Cartas tan llenas de ternura, de sinceras confesiones, de exigencias entusiastas, eran un buen trofeo para mí que sin riquezas ni otro título alguno, me creia amado con sinceridad.

De repente se abrió la puerta, y se presentó uno de mis antiguos amigos de Madrid. Después de abrazarnos, y habernos hecho las preguntas de ocasión, reparó en los papeles que estaba yo leyendo.

—Esas parecen cartas de muger.

—Sí—le respondí con intención de hacerselas leer al primer deseo que mostrara: estas cartas eran mi orgullo.

—¿De la novia?

—Precisamente.

—Burgalesa.

—No: son recuerdos de Madrid.

—¡Ola! ¿y quién es?

—Debes suponerlo; Narcisa.

—Pues qué; ¿has tenido algo con ella?

—Toma; no me he casado porque no he querido.

—Tú!... Si va á casarse con un viejo.

—¡Imposible!... *Tolle; lege*...—le dije como á San Agustín, tendiéndole la carta.

La tomó con curiosidad, y no con ménos seguí todos los movimientos de su fisonomía, para observar la impresion que le causaba.

—¿Y qué has respondido?—me preguntó al acabar.

Entónces echándola de veterano desdeñoso, respondí:

—Yo.... le he dado calabazas. Lo siento, porque la pobre muchacha me adoraba; pero ya se le pasará, después de llorar ocho días.

Mentira; en este momento creía que Narcisa no

se consolara nunca; pero me hacia el filósofo y el modesto, para darle mas valor á mi triunfo.

—Luego ya sabias....—replicó friamente arrojando el papel sobre la mesa.

—¿Saber qué?

—De todas maneras hiciste bien.

—¡Oh! no. Siempre me pesará haber despreciado á una muger que me amó hasta el delirio. Pero qué quieres—añadí en tono de galán de comedia—no puedo tener dos corazones; y si algun día lo rescato del poder de Serafina, de ninguna otra será mas que de Narcisa.

—¿Lo dices de veras?

—Sí.

—¿Te casarías con ella?

—Me habria casado, si el destino no me saca de Madrid.

—No te creía tan vil....

—¿Cómo vil?

—¿O no sabes nada?

—¿Pero de qué?

—¿Me has hablado con sinceridad ó de ironía?

—No, hombre; de bueva fé la he amado, y tal vez mi posición ha dictado esa respuesta, yo no debia echarme en brazos de ella para recibir de su familia una protección humillante. Ella está acostumbrada á cierto lujo, y ya ves....

—¡Pobre de tí!.... has escapado de una....

—En fin, me has dicho que era yo un vil....

—Y ahora me retracto.

—¿Pero no me explicarás?... .

—Mas tarde ó mas temprano has de saberlo, y así es mejor adelantarte una leccion de esperiencia, á tí que me parece que necesitas bastantes.

—Sí, sí; habla.

—¿Tú conoces á su primo Antonio?

—Sí: él mismo ha emprendido viage por entregarme esta carta en mano propia y llevar la respuesta. Y á fé que ese empeño....

—Ahora lo comprenderás. Ese primo tiene medio millon de pesos.

—Así dicen.

—Y es casado.

—Lo sé.

—Por consiguiente, si amara á otra muger, no podría casarse con ella.

—Claro.

—Pero podría comprar un marido....

—¿Y qué?

—¿Aún no caes de tu burro!

—No comprendo.

—Eres un inocente.

—Bien, pero espílicate.

—Espílicome. Narcisa y Antonio se aman.

—Oh!....

—O no se aman, pero han hecho quanto pueden hacer los amantes.... Todo Madrid lo sabe....

—Ménos yo.

—Tú eres un bendito. Narcisa no puede hallar

marido entre el círculo de personas que le rodeaban, y tú....

—¿De veras!.... Ahora me esplico tanto empeño, y tanta.... Pero es imposible.... Mira que cartas me escribia. Si vieras quanto cariño, quanta condescendencia....

—Precisamente: te creian un simple ó un vividor.

—Sí; ahora reflexiono: la dejan viajar sola con ese primo, que al principio me veia con repugnancia, y despues era tan amable conmigo....

—En fin, te has librado segun veo por milagro.

—Sí, por milagro. ¿Quién habia de imaginar?....

—Y todos han ganado en el negocio. Tu sustituto es un viejo que se contentará con poseer la pequeña hacienda del primo que ahora tiene arrendada.

—¿Es muy viejo?

—Pero el mundo no sabe á cuantos años se deja de ser hombre, y él mismo tendrá la presuncion....

—¿Tanta hipocresía!.... Si Narcisa parece un ángel.

—Todas parecen lo mismo.

(¿Hasta Serafina? — me pregunté interiormente.)

—Vaya—añadió despues de haberme dejado callar un rato—te dejo entregado á tus meditaciones; y espero que sacarás de ellas algún provecho. Dentro de tres dias me vuelvo á Madrid, y te escribiré lo que sepa.

¿Y esto era verdad?.... Si lo era, tan clara como la luz. Al fin lo confirmé todo.

Yo, yo que me regocijaba en mi pobreza; yo que ateniendome á mis dotes personales, á la pureza de mis intenciones, tenia el orgullo de ser amado por mí mismo, la ilusion de inspirar pasiones desinteresadas; yo tan necio que buscandole á todo una razon, nunca habia yo ni imaginado que el amor mismo puede tener una.... yo, el escéptico, me habia dejado engañar por una muger, de cuyos lazos infernales me libró la Providencia!

Tambien un pobre, un cualquiera puede ser objeto de interes.... ¿Si Serafina llega á amarme, será por que llega á encontrar un *motivo* fuera de mi corazon?....

Adios mis ilusiones, mis creencias, mi religion de amor la última que conservaba.

Narcisa, una niña de veinte años, educada en el cristianismo y la severidad de veinte tias viejas y rezadoras; rodeada de la sociedad mas esquisita; nutrida con los ejemplos de una madre irrepreensible habia sido capaz de tanto!.... Narcisa, proverbialmente recatada y honesta, tenia un amante, y buscaba marido.... ¿Cómo no percibí nunca en sus gestos, en sus palabras, en su conducta, un signo sospechoso, interpretable; una inconsecuencia, un olvido?.....Tan jóven, tan maligna, y tan hábil!.....

Los ojos son el espejo del alma, y yo nunca ví otra cosa en los suyos que ternura y sinceridad.

¿En qué muger podré confiar despues?

XIV.

ECSAMEN.

Hasta Diciembre.

Antes de continuar, es preciso dar un vistazo á mi situacion, y mi posiclon moral y social en Búrgos.

En la provincia siempre es bien recibido lo que llega de la capital: es preciso que la cosa ó la persona sea muy mala para que no tenga aceptacion. Algun pariente acomodado, cuatro libros mal leidos, un título de médico, y una incipiente reputacion de poeta, son bastantes motivos para ser concido de todo Búrgos, y aspirar á uno de los principales lugares. Luego, mi fisonomía no es repugnante gracias al cielo; mi carácter es accesible, mi sociabilidad proverbial: con todo esto pude ser.... Pero habia un pequeño obstáculo.

Nunca he querido á esas gentes de iglesia que me parecen demasiado humanas para predicar las virtudes celestiales, y demasiado divinas para tenerle tanto amor á los bienes terrenales: y Búrgos no es otra cosa que un gran convento regido por sas gentes, que escomulgan de aquella soicidad

¿Y esto era verdad?.... Sí lo era, tan clara como la luz. Al fin lo confirmé todo.

Yo, yo que me regocijaba en mi pobreza; yo que ateniendome á mis dotes personales, á la pureza de mis intenciones, tenia el orgullo de ser amado por mí mismo, la ilusion de inspirar pasiones desinteresadas; yo tan necio que buscandole á todo una razon, nunca habia yo ni imaginado que el amor mismo puede tener una.... yo, el escéptico, me habia dejado engañar por una muger, de cuyos lazos infernales me libró la Providencia!

Tambien un pobre, un cualquiera puede ser objeto de interes.... ¿Si Serafina llega á amarme, será por que llega á encontrar un *motivo* fuera de mi corazon?....

Adios mis ilusiones, mis creencias, mi religion de amor la última que conservaba.

Narcisa, una niña de veinte años, educada en el cristianismo y la severidad de veinte tias viejas y rezadoras; rodeada de la sociedad mas esquisita; nutrida con los ejemplos de una madre irrepreensible habia sido capaz de tanto!.... Narcisa, proverbialmente recatada y honesta, tenia un amante, y buscaba marido.... ¿Cómo no percibí nunca en sus gestos, en sus palabras, en su conducta, un signo sospechoso, interpretable; una inconsecuencia, un olvido?.....Tan jóven, tan maligna, y tan hábil!.....

Los ojos son el espejo del alma, y yo nunca ví otra cosa en los suyos que ternura y sinceridad.

¿En qué muger podré confiar despues?

XIV.

ECSAMEN.

Hasta Diciembre.

Antes de continuar, es preciso dar un vistazo á mi situacion, y mi posiclon moral y social en Búrgos.

En la provincia siempre es bien recibido lo que llega de la capital: es preciso que la cosa ó la persona sea muy mala para que no tenga aceptacion. Algun pariente acomodado, cuatro libros mal leidos, un título de médico, y una incipiente reputacion de poeta, son bastantes motivos para ser concido de todo Búrgos, y aspirar á uno de los principales lugares. Luego, mi fisonomía no es repugnante gracias al cielo; mi carácter es accesible, mi sociabilidad proverbial: con todo esto pude ser.... Pero habia un pequeño obstáculo.

Nunca he querido á esas gentes de iglesia que me parecen demasiado humanas para predicar las virtudes celestiales, y demasiado divinas para tenerle tanto amor á los bienes terrenales: y Búrgos no es otra cosa que un gran convento regido por sas gentes, que escomulgan de aquella soicidad

á todo el que no las *obedece, socorre y reverencia.*

Yo tengo la mala costumbre de respetar la virtud y no las personas; tengo tambien el gran defecto de no callar mis pensamientos; y medio estoico para la vida material, pocas veces tengo que sacrificar mis creencias á los intereses comunes. Además, soy orgulloso en medio de mi aparente humildad, y no me gusta ceder sino á mis convicciones, á mis caprichos.

En fin, yo creí estar en Madrid, donde las gentes tienen los mismos defectos que en todo el mundo, pero donde se aprende á disimular, á revestir los defectos de un barniz agradable; las fórmulas suplen las faltas; y hasta llega á suceder que la habilidad, la finura y el tacto quiten al crimen y aun á la necesidad, su carácter repugnante. En la corte se asesina, pero el arma es tan bonita, que si escapa uno por fortuna, divierte sus dolores examinando el fino temple del puñal, la agudeza del filo, los embutidos esquisitos del puño, la perfeccion en fin, de todo el trabajo.

Pero en la provincia los filósofos son escrupulosos, los sabios rutineros, las coquetas inciviles, los veteranos groseros: la deformidad del corazon humano aparece en toda su fealdad, y las pasiones primitivas degeneran, amoldadas en el artificio torpe de la ignorancia. Los intereses se cruzan y se manifiestan en el mezquino traje del egoismo, y el refinamiento dulcificador de la corte es remplazado por una necia hipocresía.

Esto no podia agradarme, y con toda la imprudencia del que tiene el orgullo de haber vivido en una atmosfera mejor, comencé á murmurar en alta voz, sin perdonar á nadie. Pronto conocí los efectos de esta conducta reformadora; y pensando en mis intereses, me propuse seguir la senda comun. Unos cuantos meses me bastaron para convencerme de que era imposible representar un papel tan contrario á mi carácter.

Así pues, quebré radicalmente con todas las comuniones sociales, políticas y religiosas de Búrgos, decidiendome á vivir con entera independencia. Antes espresaba yo mis opiniones con cierta reserva, ahora sin consideracion alguna general, solo respetaba á las personas que en lo particular me honraban con su amistad.

La conducta de los hombres tiene un objeto: yo los habia perdido todos. Aquel círculo de personas no satisfacía mi ambicion de buen nombre, y buena fama: una posicion la tenía á pesar de todo, sin apreciarla; crucial, nunca lo he deseado con ardor.... Serafina era mi esperanza, el último resorte que me podia mover, pero por lo mismo que creía que Serafina me desdénaba pobre, y me admitiria rico, formé el ridículo capricho de vencerla por amor, y no comprarla con dinero.

Mi único y constante sistema, mi pensamiento esclusivo, era hacerle comprender á Serafina mi amor: referir á ella todas mis acciones, toda mi vida; sacrificar á este capricho, á esta manía, todo,

hasta los deberes mas triviales de la sociedad. Mi objeto no era poseerla sino amarla; y procuraba que se convenciera de que mi único pensamiento era su amor.

Por último, completaré la idea de mi conducta, diciendo los epítetos que alcancé. Los frailes me llamaban impío; los hombres *honrados* cínico; las mugeres tonto: mis amigos me hacian mas favor, y me llamaban loco... En fin; llegué á ser hombre de cosas, como dice Figaro, y este fué mi mejor escudo. Dominé hasta cierto punto la opinion; y conseguí fijar la atencion en mí, para bien ó mal decir.

Valemos mucho por mas que digan: á este grado de fastuidad me dejó llegar la torpe conducta de los burgaleses que no supieron nunca apreciarme ni despreciarme á tiempo.

Continuemos la triste historia.

Serafina llegó al colmo del odio: empeñado yo en seguirla, se empeñó ella en huir de mí, en mostrarme de todas las maneras posibles su antipatía, su aversion.

La casualidad nos reunió en un baile.

No atreviendome á hablarle, ni á invitarla para bailar, me senté en un rincon para estarme saboreando con su vista. Tenia el mismo vestido con que la conocí: todo blanco, guarnecido de cintas

azules. Ella tiene un talle celestial, se lo sabe ceñir con una coquetería, una gracia exquisita, y formado todo el corpiño de menudos rizos, le daba á todo el cuerpo un aire tan original como bello.

Decia que estaba sentado, con la tristeza en la frente, deleitandome con mirarla. Las gentes se reian un poco á mi costa, y mis amigos solian decirme algun epigrama. Al fin me cansé de sufrir, y haciendo un esfuerzo porque temia el desaire, me acerqué á ella.

Desde el otro extremo de la sala conoció mi intencion, y se formalizó de una manera imponente: al llegar junto á ella apretó con tanta fuerza el abanico que oí tronar las varillas.

—Señorita, tendria yo el gusto de bailar con vd?

—Probablemente no.

—¿Tiene vd. ya compañero?

—Sí.

—¿Para todo?

—Para todo.

—¿No me dà vd. ni una esperanza?

—Ni esperanza.....

Y dejandome mudo cuando iba á proseguir para disculparme, se volteó á hablar con la que tenia á su lado.

Algunas sonrisas malignas asomaron para acabar de atormentarme; y solo en un semblante observé un rasgo de compasion.

Volví á mi rincon, mas mustio, mas triste que ántes, y no volví á levantarme sino para salir. Mi

último placer aquella noche, fué ir la siguiendo á veinte varas de distancia, mirando apénas flotar la falda de su vestido blanco á la débil claridad de la luna.

En la misma proporcion que en ella se iba concentrando el odio, en mí se concentraba el amor y tanto mas profundamente, cuanto que habiendo comenzado á sentir una repugnancia invencible por aquella sociedad, me fuí aislando poco á poco, hasta reducir mis relaciones, á las únicas que no podia cortar por alguna razon imprescindible. Ademas; habia observado que ella se alejaba de todas las partes donde podia hallarme, y no quise servirme de obstáculo, ni mortificarla, resignandome á mirarla siempre de léjos, y solo en parajes de concurrencia pública, donde mi presencia no podia ser interpretada.

El mismo efecto que ella en mí, producía yo en ella, aunque por contrarios afectos. Si la casualidad nos reunía en la calle y yo iba detras de ella, sin mirarme me sentía, encogir la espalda como si la picase un alacran, y volteaba la cara..... Era que yo la iba devorando con los ojos, bañandola con el hálito de mi amor.

Su vista me regocijaba, su presencia me alumbraba el mundo con una luz que embellecía y alegraba todos los objetos..... fuera de estos momentos, mi vida era un martirio lento, profundo, amarguísimo que me consumía.

1835.—Hasta Setiembre.

Desde bien chico tuve un carácter algo raro, en esta época era ya escéntrico, estravagante hasta percibirlo yo mismo: sin sujetarme á ley alguna, sin ambiciones de ninguna especie, ni fuerzas á que obedecer, vivía en una independéncia moral de las mas absolutas: y por un cambio muy natural, que se fué efectuando lentamente, llegué á hallar placer en el sufrimiento. ¿No era por ella?.....

Ademas, que cuando uno padece, quisiera hallar piedad en todos los semblantes; pero la piedad sincera y delicada; no una lástima humillante ó fingida, que es peor todavía que la indiferéncia.

Sucede tambien que habiendo pasado todos por una prueba semejante mas ó ménos dura; habiendo estado todos enamorados una vez, siempre nos parecen ridículas todas las delicadezas y pretensiones de un amante, cuando las miramos á sangre fria. Fuera de esto, mi amor fué tomando un carácter tan poético, tan ideal, tan divino, que las gentes comenzaron á creerme delirante, ó á dudar de mi tristeza, y mis sufrimientos interiores. ¿Por qué dudaban? Porque no me comprendian.... Cuando se llega á este estado de aislamiento moral, el mundo toma el aspecto mas lóbrego.

No me creía, ni me creo superior á la multitud; pero realmente estaba yo muy léjos de ella, no por mí, sino por mi amor: Serafina me elevaba, ella era la que me sostenía en una región á donde no son capaces de elevarse las almas vulgares y frias.

Jamas tuve ocasion de ver á Serafina sino con toda la belleza de la compostura, con todo el artificio de los modales que esije la presencia del público: jamas la he visto despeynada, ni sucia; nunca la he visto escupir, ni estornudar, ni hacer nada de todas las cosas que revelan la miseria de la humanidad; así que nunca me pareció sino un espíritu encarnado, lleno de la pureza que tienen las almas en el cielo.

Desde que me preocupé con la idea de que no me comprendian, me ví en la necesidad de fingir, de disimular mis sentimientos, y afecté una alegría, una frivolidad locas. Entonces aprendí á decir epigramas, y me convertí en un maldiciente: no me quedaba otra venganza que tomar del mundo, donde no veía mas que tinieblas, torpeza, estupidez y maldades.

Me pasaba yo los días, las semanas enteras, encerrado en mi cuarto con una idea fija que me agobiaba hasta hacerme doblar la cabeza.... Serafina.... Y Serafina que me fascinaba despierto, volvía á aparecerseme en medio del sueño, pero siempre altiva, hermosa y severa, huyendo de mí arrebatada por la fatalidad; mientras yo la seguía de lejos, con las desfallecidas alas de un deseo sin esperanza.

El porvenir no existía para mí sino en Serafina, y desesperado de poseerla, no volví á ocuparme de él; lo olvidé en cuanto pude, y hasta mi aspiracion de poeta, mi amor á algunas ciencias, se amorti-

guaron hasta extinguirse. Los pocos versos que hacia eran solo el eco de mis dolores, los gritos de mi desesperacion. Caí en la mas completa indolencia, en un abandono reprensible.

Mis amigos, los muy pocos que se interesaban por mi suerte, temieron seriamente, y concibieron un buen pensamiento para curarme. Se propusieron decirme todos, á todas horas, y á todo propósito, que aquello no era ya amor, sino manía; y alegaban en favor de su opinion el no concebir como con una pasion tan profunda permanencia inerte, sin pretender hablarle siquiera, ni arrancarle una confesion á lo ménos, aunque fuera negativa, para no alimentar aquel vislumbre de esperanza que mantenía mi capricho.

Tantas veces me dijeron esto, tantos sofismas emplearon para convencerme, tanto empeño mostraban en inculcarme la idea de que todo era un capricho juvenil, que acabé por fastidiarme y dudar si tendrían razon en ello. Tal vez la tenían en efecto, y desesperado de mi propia debilidad llegué á dudar hasta de la luz. No poder tener confianza ni en mí mismo, en mis afectos, en los pensamientos que dependian de mi única voluntad!... Esta es la mayor desdicha: tener bastante razon para conocer su demencia, pero insuficiente para curarla.

Entonces vino el escepticismo, y comencé á preguntarme:—¿Qué lograria al fin con poseerla? Un placer breve y costoso. Como ella son todas

las mugeres; cualquiera otra podrá proporcionarme los mismos goces. Estas pasiones locas son ficticias; el amor no es otra cosa que una necesidad orgánica, y el exclusivismo de los objetos, es una degeneración de la inteligencia y los instintos. En efecto está en su mano curarme y voy á hacerlo. Basta ya de hacer el imbécil á los ojos del mundo y el humilde delante de ella. Le pagaré con indiferencia su odio, y tal vez llegue á vengarme.... ¿de qué modo? No importa; pero la olvidaré.

Una cómica vino á ayudarme en esta buena intención.

XV.

UNA CÓMICA.

Diciembre de '835, á Marzo de '836.

Pocas veces llega á Búrgos una compañía mediana: los de la legua suelen invernar allí, y solo por casualidad da una función un buen actor que está de paso, y que recurre á la bolsa de los burgaleses para ayuda del viage.

De repente el teatro se animó con la presencia de Lola. ¿Quién es Lola? En Madrid una actriz mediana; en Búrgos una artista de primer orden; y además muy bella.

Cintura de abeja, talle flexible como el de una flor; un seno provocativo, un cuello de mármol; dos ojos rasgados y negros como azabache, una cabellera sedosa y abundante, que esaltaba sobre su frente pura y despejada como el horizonte de la aurora: veinte años, y una sonrisa.... de cómica coqueta.

¿Cualidades morales? Que sé yo; me conformaba con verla desde mi luneta, y disipar mis deseos;

las mugeres; cualquiera otra podrá proporcionarme los mismos goces. Estas pasiones locas son ficticias; el amor no es otra cosa que una necesidad orgánica, y el exclusivismo de los objetos, es una degeneración de la inteligencia y los instintos. En efecto está en su mano curarme y voy á hacerlo. Basta ya de hacer el imbécil á los ojos del mundo y el humilde delante de ella. Le pagaré con indiferencia su odio, y tal vez llegue á vengarme.... ¿de qué modo? No importa; pero la olvidaré.

Una cómica vino á ayudarme en esta buena intención.

XV.

UNA CÓMICA.

Diciembre de '835, á Marzo de '836.

Pocas veces llega á Búrgos una compañía mediana: los de la legua suelen invernar allí, y solo por casualidad da una función un buen actor que está de paso, y que recurre á la bolsa de los burgaleses para ayuda del viage.

De repente el teatro se animó con la presencia de Lola. ¿Quién es Lola? En Madrid una actriz mediana; en Búrgos una artista de primer orden; y además muy bella.

Cintura de abeja, talle flexible como el de una flor; un seno provocativo, un cuello de mármol; dos ojos rasgados y negros como azabache, una cabellera sedosa y abundante, que esaltaba sobre su frente pura y despejada como el horizonte de la aurora: veinte años, y una sonrisa.... de cómica coqueta.

¿Cualidades morales? Que sé yo; me conformaba con verla desde mi luneta, y disipar mis deseos;

persuadido como lo estaba yo, de que para enamorar á una cómica se necesita, un caudal de dinero para comprarla, ó de fortuna para caerle en gracia, y hacer el papel del chulo, gozando grátiis, lo que á otros suele costarles tan caro. Además que los burgaleses acudieron como una parvada de buitres, y no hubo viejo verde, ni jóven calavaca, ni rico comerciante, que no hubiera puesto en juego todas sus baterías.

Yo, pobre hombre, no me atrevia á entrar en la concurrencia: me di por vencido y me contentaba con aplaudirla, precisamente cuando podía verla Serafina. Pensaba yo picarla con esta preferencia.

Pero el diablo lo quiso de otro modo.

Inspirado acaso por un sentimiento de despecho, escribí una vez un artículo que no debió agradar mucho á Lola. Al siguiente día me fuí, como solia hacerlo, al ensayo, lugar donde como en cualquiera otro, iba yo á matar el tiempo: muchas veces me sucedia sentarme en uno de los rincones mas oscuros, y quedarme dormido en medio de la bulla. Tanto así era mi fastidio habitual y el poco interes que Lola me inspiraba.

Este día pasaba yo junto á ella, y encarandose á mí, sin darme un previo saludo, me dijo enfadada.

—Supongo que es de vd. ese artículo grosero que se ha escrito contra mí.

—Supone vd. bien, aunque la grosería está de mas— le respondí en el mismo tono.

—Yo no le he dado á vd. motivo de rencor.

—No lo he hecho por venganza.

—Entónces no sé....

—Ni yo.

—Luego vd. no lo ha escrito.

—Sí.

—¿Pero por qué?

—Porque quise.

—Debia vd. ver que soy muger.

—Me importan poco las mugeres.

—¡Oh!....—y se mordió los labios, y se puso como el carmin. ¿Y tendrá vd. la intencion de seguir atacandome?

—Todo el tiempo que encuentre algo que murmurar.

—Pero que no lo sepa mi marido—me dijo en tono amenazador.

—O que lo sepa.

—Vd. no respeta nada.

—Nada, fuera de mi capricho.

—¿Con que es un capricho?

—Tal vez.

—Ya veremos.

—Ya veremos.

Y llamada segunda vez por el director, se fué á recitar su papel.

No dejó de asustarme lo del marido, que casualmente no estaba allí; pero á lo hecho, pecho. Terminó el ensayo y su despedida fué una mirada de

víbora, que yo le respondí con otra perfectamente indiferente.

Esperé que el marido me buscara para decirme algo supuesto la amenaza: pasaron unos días, y nada me dijo, habiendome encontrado casualmente. Con esto cobré aliento y escribí un segundo artículo, disponiendome además, si algún síntoma hostil percibía, á recurrir á los amigos para fastidiar desde el patio á mi Lola.

Ahora es necesario saber que la reputacion de su primera dama era lo que sostenía á aquella pobre tropa, y todos comenzaron á interesarse en conjurar aquella tempestad. Por la fuerza no podían hacerlo, porque aun que á mi no me tuvieran miedo, mis amigos quedaban, y un cómico necesita del público.

¡Pobres cómicos!.... que tienen que reprimir sus simpatías, sus rencores todos sus afectos. Mentira que dependen del público; sino de cuatro zagates imbéciles, que por una bagatela, un capricho, les quitan la reputacion, ó á lo ménos los destierran.

No sé que principio guió á Lola; lo cierto es que interesó á alguno de sus amigos para que me llevasen á su casa. Yo me resistí al principio; pero al fin me dejé llevar, cediendo á mis propios deseos: bien sabia que una primera visita nos reconciliaría para siempre.

—No estrañe vd.—le dije al entrar, conducido como un preso entre dos que me llevaban de los

brazos—verme en su casa: no habria entrado si no me hubieran traído á fuerza.

—Y yo siento, no el ver á vd. en mi casa, sino el que me confiese que ha venido violentado..... Sin que se ofenda vd. le digo que tiene la puerta libre.

—Entónces me retiro....

—Vamos, pocas niñadas—dijo uno de mis conductores—al fin acabarán por quererse....

—Yo nunca he aborrecido á la señora, pero....

—Ni yo tampoco á vd., aunque acaso no me faltan motivos: y sin embargo soy bastante generosa para ofrecerle un asiento junto á mí, y suplicarle que ya que entró á mi casa no la abandone tan pronto.

Y recogiendo su vestido me indicó que me sentase junto á ella en el mismo canapé. ¿Quién habia de resistir á dos ojos como dos luceros, y á unos labios de carmin que sonreian coquetamente? Me senté pues, y de palabra en palabra, de concesion en concesion, acabamos por reconciliarnos, explicando cada uno á su modo el origen de una enemistad caprichosa.

—Al fin,—me dijo ella—no me pesa el modo con que nos hemos conocido, y el motivo que ha dado principio á nuestra amistad; ninguna es tan durable como la que ha comenzado por una querrela.

La profecía se realizó en todos sus puntos.

Lola estaba este día en su *deshabille* provocativa; el pelo recogido solo por un listón azul, suelto

le caía sobre los hombros y el cuello; no tenía armador ni corsé, solo un simple peinador blanco desceñido y mal abrochado; de modo que ni los encajes, ni la muselina defendían de mis miradas curiosas un seno de niña, tan blanco y tan terso como si no hubiera sido profanado.

Estuvo conmigo tan amable, tan parladora, tan coqueta, que de hora en hora se prolongó mi visita, hasta el momento del ensayo.

—Le prohibo á vd. que se vaya, hasta que haya yá vuelto á salir—me dijo levantándose: y sin esperar respuesta se metió á la pieza inmediata.

Me quedé platicando con el único que había que dado, y despues de diez minutos apareció Lola dispuesta á salir á la calle.

Tomé mi sombrero: ella acercándose entónces, me dijo:

—Antes que vuelva vd. á salir de aquí, es preciso que me prometa volver.....

—No es necesario ya: el que le ha hablado á vd. la primera vez, no puede huir.... no está ya en su poder....

—Pocos galanteos conmigo, porque me enojo.

—Pues vivirá vd. eternamente enojada.

—Vamos, deme vd. el brazo, y callese.

Yo no sè hasta que punto es deshonoroso ó lisonjero ir acompañado de una artista, jóven y bella; pero sin embargo acepté satisfecho.

Al llegar al teatro me dijo:

—¿Hasta cuando?

—Hasta muy pronto.

—Lo creo: esta tarde he conocido que seremos buenos amigos.

Y me dirigió una última mirada que me dió para pensar todo el resto del día y de la noche.

Mis visitas fueron escasas primeramente; pero mi deseo de verla se aumentaba con el trato, y fui tomando insensiblemente tal grado de intimidad con ella, que muchos me creían afortunado. Era natural esta sospecha. Para mí no estaba cerrado ni su cuarto de vestuario en el teatro, ni su casa, ni su misma recámara: y gozaba yo coneciones y preeminencias que ningun otro.

En todo lugar, y delante de cualquiera, al llegar me tendía la mano, aun solía hacerme un cariño ó decirme una monada; y nunca me dejaba sentar sino sobre la falda de su vestido: si estaba otro junto de ella lo hacia retirar, y me llamaba á ocupar el asiento. Esto me valió naturalmente muchas malas voluntades, y muchas envidias. Necios! no conocen mi genio, y mi tontera.

Pocas mugeres hay (bonitas) que no me inspiren un mal pensamiento; y este se prolonga por todo el tiempo que no puedo percibir sino sus bellezas materiales; pero tan pronto como el trato me revela alguna cualidad espiritual, me entretengo con ella, hallo mas placer en estos gozes imaginarios, que en cuanto puede ofrecer la sensualidad.

Lola era seguramente ménos cómica en el foro que en un estrado: solía yo verla rodeada de seis ú

ocho pretendientes, todos de distintos caractéres y condiciones, importunandola todos con sus obsequios y sus pretensiones, y contentados á todos, manteniendolos con sus esperanzas, sin que nadie pudiera llamarse el preferido, ni echarle en cara una inconsecuencia.

La distinción que de mí hacia era inesplicable para mí mismo: nunca le habia yo manifestado de hecho ni de palabra la menor pretension; á pesar de que muchas veces reflexionaba que estaba pasando con ella la plaza de tonto.

Estabamos sentados un dia á los dos lados de la esquina de una mesa; ella tenia todo el brazo desnudo, y la mano colgando sobre la orilla: era un brazo tan suave y tan torneado, una mano tan blanca tan mona, con sus hoyitos tan provocativos, que sin querer clavé en ella la vista.

—Te está gustando mi mano, es verdad?—me preguntó sonriendose.

Yo levanté los ojos y no le respondí. Ella añadió:

—Mírala bien; es bonita..... Cuantos desearian darle un beso..... Y tú no?...

Yo le dirijí una mirada casi colérica, y me levanté para pasearme: sentí tan violentos impulsos de arrojarme sobre ella y devorarla á caricias, que temí hacer una barbaridad, y encontrar una repulsa dolorosa.

Siempre he tenido la costumbre de no ocultar ni mis buenas ni mis malas obras: lo que se llama es-

cándalo, un ejemplo pernicioso para la inocencia si he procurado evitarlo siempre, pero el—qué dirán?—nunca me ha retraido. Me asomaba yo á la ventana con Lola, le daba el brazo en la calle, hablaba de ella en cualquiera parte sin el menor disimulo, y en un lugar de hipocresía como Búrgos, era preciso que la gente *virtuosa* acabara de quebrar conmigo.

De las mugeres no era estraño nada; los hombres solian causarme risa. Los mas circunspectos, los mas caracterizados, solian hacerle sus visitas *de oculis*; visitas interesadas y estériles, en que yo, que á todas horas salia y entraba, solia sorprenderlos: no obstante esto, en la calle la desconocian, y murmuraban del cinismo con que despreciaba yo la opinion de la sociedad.

En el mundo la virtud es la hipocresía.... Así dice ques é yo quien.

Convencido de esta verdad me eché por el atajo, y comencé á practicar lo que desde mucho tiempo ántes habia sido solo una teoría.

Serafina entre tanto no se me olvidaba; y viendo que todos los atractivos de Lola no bastaban para librarme de una memoria importuna, recurrí á la disipacion.

Divididos en dos clases los placeres femeniles, reservè mi corazon para Serafina; mi ingenio para Lola, mi bolsa y mi salud á las venduteras de amor. Los cafeses, los juegos, las pequeñas orgías que minaban mi vida, eran toda mi ocupacion, los mo-

mentos que no pasaba al lado de Lola. Pero en medio de todo esto mi fastidio crecía, mi mal humor tomaba un carácter mas sombrío, mas lúgubre.

Lola también estaba enamorada y me compadecía.

Sí, lector; la cómica estaba enamorada. ¿No tienen ellas como todas las mugeres, una alma, un corazón? ¿Por qué no se les cree cuando dicen que están enamoradas? Y no que hasta sus amigos, sus mismos compañeros muchas veces, se mofan de una de esas pasiones, mas fuertes por lo mismo que son mas combatidas, y que están llenas del sentimentalismo y la espiritualidad de una imaginación educada en la novela, cansada de la sensualidad y la corrupción de la vida teatral.

Era una tarde nublada y oscura, lluviosa y fría. Entré á casa de Lola, y estaba durmiendo de puro fastidio. Dejé la capa y el paraguas en la pieza inmediata y entré á su recámara.

Dormía con un sueño apacible, sus labios estaban entreabiertos, sus mejillas tenían un color suave, su frente estaba despejada, y el seno casi desnudo se movía con un vaiven suave y tranquilo. La contemplé así un rato; y al fin me senté en la orilla de la cama despertandola con un abrazo.

Abrió los ojos, se sonrió al verme, se asperizó estremeciendose, y dejó caer su mano sobre la mía.

—Quieres seguir durmiendo?—le pregunté.

—No: platicame algo.

—Te levantas?

—No: tengo frío. Dame algo con que abrigarme.

Lo que primero hallé fué un capotillo de merino con que solía ir al ensayo. Se lo eché encima, y ella haciendo arrumacos como un corderito, se volvió á acurrucar, llevandome una mano para calentarla contra su seno.

La pieza estaba á media luz; y al traves de los vidrios de una ventana baja, estaba yo mirando caer sobre unos rosales que había en el patio, esa lluvia monótona, continuada y silenciosa de las tardes de otoño.

—Vamos, cuéntame que soñabas—le dije para distraer los pensamientos que comenzaban á asaltarme.—Tenias un semblante tan alhagüejo y tan tranquilo, que debias de estar soñando algo muy bonito.

—No soñaba nada.... Ni quisiera soñar nunca: el sueño es mi reposo, el único consuelo que tengo.

—Estás ahora de romántica?

—A solas contigo casi siempre lo estoy: tú eres el único que me quiere, que no se rie de mi amor, que no me martiriza.

—¿Y quién te ha dicho que te quiero?

—Quién?..... Tu misma situación. Estás enamorado y el mundo se rie de tí, eres franco y te llaman cínico; tienes algún talento y procuran apartarte; eres mas honrado que otros y te murmuran.... La sociedad ha quebrado con nosotros dos,

y nos tolera apenas, en primer lugar; porque no podria justificar un destierro completo; en segundo, porque la divertimos; tú haciendole versos, yo haciendole comedias.

—Es verdad—dije entre dientes.

—Por eso me quieres, porque puedes comprender lo que sufro. En mí, en mi casa hallas lo que dentro de tí mismo; no el crimen y el desenfreno, sino la disipacion, la necesidad de ahogar los pesares en la agitacion de una vida inquieta y tormentosa.... Muchas veces llegamos al descaro, al verdadero cinismo; y es natural que hasta allá nos conduzca el despecho: aun cuando alguna vez seamos virtuosos no han de creernos; ¿para qué hacer el sacrificio de nuestros caprichos, de nuestros gustos? El mundo no nos permite otros; y tomamos el desquite mofandolo, despreciando sus leyes y sus conveniencias.

—Vamos; de veras que estás hoy romántica.

—Hace dos dias que no lo veo.

—Dos dias!.... Por qué?

—Tus amigos, los míos se han empeñado en estorbarnos. Entre los diez ó doce que mas tenazmente me pretenden, han formado á lo que entiendo un pacto: desde que me levanto hasta que vuelvo á acostarme siempre está uno de guardia cerca de mí, para no dejarme nunca sola, ni aquí, ni en la calle, ni en el teatro:..... se relevan como los centinelas de un preso, y nunca me deja uno ántes de que haya llegado otro.

—Es cierto!.....

—No me dejan tiempo ni de escribirle, ni de leer una carta suya.

—Pero cierrales la puerta.

—Sí, para que en la noche me silben en venganza de lo que ellos llamarían un desprecio.... Ya ves, para nosotras el mundo hasta inventa nuevos géneros de tiranía con que atormentarnos.... O la dejan á una abandonada en su cuarto, consumiendose de tristeza, de pesar, de envidia, ó la cansan á pretensiones groseras, la tiranizan, sin dejarla ni respirar..... Una cómica no se pertenece.

Yo no sabia que responderle: me estaban lastimando sus palabras, y no pude contener un suspiro. Ella me apretó la mano que tenia entre las suyas.

La lluvia habia cesado; estabamos casi á oscuras, era ya de noche. Despues de un rato de silencio, se incorporó violentamente.

—Vamos al oficio—dijo con despecho.

—Te vas ya para el teatro?

—Sí: voy á enviar mi ropa.

Le ayudé á mal abrocharse la bata que tenia puesta; y al separarse me hizo un cariño.

Yo mismo no creo muchas veces en esta familiaridad inocente, casi fraternal, que habia entre una cómica nada honesta, y un hombre poco timorato. Pero ello es, que existia con gran satisfaccion de los dos.

Cuando trajeron luz, y comenzó á arreglar su ro-

pa de teatro, ví que disponia unos hábitos mon-
jiles.

—Qué papel vas á hacer esta noche— le pregunté.

—El de D. ^{ca} Ines.

—¿Y quién hace á D. Juan?

—El.....

—Lo hará perfectamente.

—Solo en la escena puedo hablarle, y darle un
abrazo á mi sabor.

En efecto, el galan de la compañía era el novio.
Y hasta cierto punto era inexplicable esta dificul-
tad de verse ó de hablarse algunos momentos. Pe-
ro el marido era un argos desde que estuvo zeloso
y ayudado indirectamente por los otros, era fácil
concebir esta dificultad.

—¿Y cómo es que no está aquí Ramirez?—le pre-
gunté haciendo estas reflexiones.

—Estará jugando.... Solo el juego lo hace ol-
vidarme.

—¿Debe quererte mucho?....

—Sí; con pasion de viejo.

—Mal agradecida.

—¡Ah! ¡si supieras mi historia!....

—Cuentamela.

—Otra vez: ahora tendríamos que interrumpiria.

Elega la la hora extrañamos ámbos que Ramirez
no pareciese: y haciendose tarde, sin esperarlo mas
nos fuimos al teatro.

La representacion del D. Juan Tenorio fué per-
fecta por parte de Lola y su doble amante.

Yo que sè esa comedia de memoria me estuve lo
mas de la noche dentro del cuarto de Lola, obser-
vando que en efecto los cuidadores se relevaban
casi con horas fijas.

Estaba Lola frente á su espejo arreglandose la
toca, que hacia resaltar la blancura de su frente, y
la belleza virginal de toda su cara: yo parado á sus
espaldas la contemplaba con delicia; ella reparó en
mis miradas ambiciosas, y encogiendo el hombro
para volver la cara me preguntó clavandome los
ojos y sonriendo con satisfaccion:

—¿Te estoy gustando, es verdad?.... Dame un
beso, pero no pidas mas.

Como si me hubiera amenazado de matarme,
me lancé fuera del cuarto, y me puse á pasear tras
del telon, que los maquinistas llaman el alcahuete.

Rara y necia virtud, inexplicable continencia. El
casto José tenia un amo cuya confianza respetaba;
yo ni siquiera saludaba al amante, y el marido no
merecia la menor consideracion. Lo cierto es que
así lo hice, y un placer de ménos, me proporciona
el acordarme de ella sin remordimientos ni fastidio.
Es imposible que no lo produzca una muger des-
pues que se ha poseido.

Al siguiente dia ví que Lola entregó á Ramirez
unos cuantos escudos, probablemente los últimos
que quedaban, y ademas una cajita con unos aretes
que irian á ser empeñados ó rifados en el juego.
Ramirez habia perdido, y su falta de la noche an-
terior quedaba perfectamente esplicada.

¿Y Serafina entre tanto?... Si ántes me miraba desdeñosa, ahora se mostraba altanera, insufrible: sus miradas eran tan profundamente desdeñosas, como toda la distancia que habia entre Lola y ella. Antes me trataba como à un cualquiera, me aborrecia como á un chocante; ahora pasaba junto á mí como se pasa junto á un leproso, recatandose hasta de respirar la misma atmósfera por donde ha pasado

El trueque la ofendia: luego estaba, si no pendiente, interesada en mi conducta.... Y no leia en mi corazon; entónces hubiera visto que siempre la amaba, y que aquella especie de picones se los queria dar por despecho, no por desamor.

Pero á pesar de todo, me fui habituando de tal modo á la compañía de Lola, que fuera de su casa estaba yo inquieto. Con ella almorzaba, y comia, y aun cenaba muchas veces; de modo que entraba algunos dias á las diez de la mañana, y no salia de su casa sino à las diez ó las doce de la noche.

Por las tardes generalmente me acostaba en un canapé, y ella sentada en un sillón á mi lado, repasaba sus papeles ó cosia alguna bagatela, cuidandome el sueño. Cuando se fastidiaba de estar callada, me despertaba con alguna travesura, y nos poniamos á platicar; ó huyendo de alguna visita importuna iba yo á continuar mi sueño emigrando à la recámara.

Eran dos fastidios absolutamente iguales; el mio franco y desvelado, porque à nadie tenia que con-

siderar; el de ella reprimido y oculto bajo las apariencias de un rostro alhagüño y un lenguaje festivo.

Era una transicion bien dramática la que se observaba en el gesto y la espresion de Lola cuando al tiempo de estar refiriendome alguna escena triste de su vida, con un acento melancólico y amargo, entraba alguno de sus cortejadores á quien tenia que recibir con la risa en los labios. Muchas veces estaba llorando, y fingia un bostezo, ó corria á lavarse la cara para disimularlo.

Y sin embargo, todos celebraban su carácter festivo, su lenguaje picante, su alegría comunicativa. Lola en medio de los hombres parecia un cascabel, una sonaja; su sonrisa era contagiosa, su charla inagotable. ¡Pero librara Dios á una gente de uno de sus epigramas!... porque Lola tenia los ojos de sirena, y la lengua de víbora.

Las gentes desgraciadas siempre son irónicas y maldicientes; y sus sátiras son agudas porque van impregnadas de la ponzoña que la injusticia de los hombres cria en el corazon.

El que es feliz puede vertir palabras del amor, del consuelo que ha hallado; el que solo tuvo desengaños y pesares, no puede ménos que echalar la amargura de sus recuerdos, ó el desaliento de sus esperanzas.

Con toda esta familiaridad yo no le estorbaba á Lola para nada. Ni la amaba, ni la pretendia; por consiguiente no tenia celos, ni envidia. Veia

yo, ó ella me contaba las solitudes de todos, y aun solia aprovecharse de mí para ahuyentar á los pájaros mas importunos, desesperandolos con mi impasible permanencia á su lado.

Nadie sino ella y yo sabiamos la inocencia de nuestras relaciones, y adopté casi con gusto este papel que me reportaba algunos placeres positivos: á algun precio habia de comprarlos.

Me habia yo pasado el dia en una partida de campo, á que concurrió Serafina. A pesar de que se dice que en el campo hay campo para todo, yo no habia podido hablarle ni aun acercarme á ella una sola vez; y sin embargo de esto, habia estado alegre con su alegría, y en la noche entraba yo festejoso á casa de Lola, para contarle mi fortuna.

Estaba á oscuras, y no respondió á mi saludo: creyendo que era una chanza me acerqué á hacerle un cariño, y al tocar su mejilla una lágrima cayó sobre mi mano.

—¿Qué tienes?—le pregunté sorprendido.

—¿Qué estoy desesperada!..—me respondió levantandose y rechinando los dientes como una loca.

Me quedé en medio de la pieza inmóvil de temor, mientras ella se acercó á la ventana, la abrió con estrépito, y se echó sobre el pretil.

De repente volvió, y abrazandome, me dijo con una risa inesplicable.

—Es una tontera desesperarse, ¿no es verdad?

—Ya se ve—le contesté maquinalmente, temiendo que hubiese perdido el juicio.

—Te voy á regalar un dulce muy sabroso; ven.

—Traeré una luz.

Quería yo verle la cara y asegurarme de que no estaba loca.

Volví con una vela en la mano, y procuraba acercarsela á los ojos para estudiar su expresion.

—¿Qué me estás mirando?

—Nada.. sino que.. Tu has llorado mucho.

—Toda la tarde.

Como un relámpago pasó por su semblante una nube que se disipó con un suspiro.

—¿Por qué has llorado?

—No me preguntes.

—¿Ya no soy tu amigo?

—Antes como tu dulce para que no se te amargue con mi relacion. Vaya—añadió al tomar con los labios un pedazo de su regalo con que yo la convidaba—así se me endulzará un poco la lengua al contarte que...

—¿Qué cosa?...

—Que Ramirez me iba á matar—dijo con indiferencia.

—¿A matarte!... ¿Pero por qué? Dime.

—Ahora te voy á contar mi historia.

—Bien. Sentemonos.

Estabamos en un cuarto que solo tenia los muebles mas necesarios: unas cuantas sillas, una mesita pequeña cubierta hasta el suelo con una carpeta verde, los rincones vacíos, las paredes desnudas, ni una alfombra, ni un tapete; era el cuarto de un có-

mico de la lengua que nunca tiene mas ajuar que los cofres de su equipaje.

La luz ardía descuidada lejos de nosotros, dandome en las espaldas y bañando el semblante de Lola, sentado en una silla baja cerca de mí.

—¿Quiénes son mis padres?—comenzó á hablar Lola con la mayor indiferencia—Dicen que conocí á mi madre y que la perdí siendo muy chica. Que sé yo. Cuando tenia doce años estaba reducida á la miseria, viviendo por el favor de unas mugeros que me permitian dormir en su casa y me daban de comer porque les sirviera como de criada; pero me tenian descalza, sucia y andrajosa. No sé por qué era tan inútil para los trabajos fuertes; todo me cansaba y me lastimaba; razon por la cual mis huéspedas me regañaban continuamente, y me daban ménos que lo necesario para vivir.

Tampoco sé cómo me conoció Ramirez; de repente lo ví en casa de aquellas mugeres, á cuya casa fué con pretexto de maudarse hacer unas camisas.

Comenzó á hablarme con afabilidad, á hacerme algunos pequeños regalos, y á interesarse visiblemente por mi situación.

Con las propiñas que me daba pude comprar unos zapatos, cuya falta era mi martirio; y comprar tambien alguna golosina para matar el hambre que muchas veces me acozaba.

Cuando Ramirez se informó de que yo no era mas que una huérfana, que vivia arrimada, me propuso llevarme como criada,

—¿Y las mugeres te dejaron?

—¿Qué les importaba yo? Casi ganaban con mi ausencia; en nada les ayudaba, no por flojera, sino por falta de fuerzas, y cuanto me daban era por verdadera caridad. Yo por otra parte veía toda la bondad con que él me trataba, y siquiera por variar de desgracia consentí y me apresuré á seguirlo.

Entónces supe que era un cómico.

En su casa siguió tratandome con la misma afabilidad, y de luego á luego me procuró un vestido ménos indecente. Toda la tarea á que me dedicó fué coser su ropa.

Comenzaba yo á ser bonita y á ser muger: el criado comenzó á hacerme cocos; pero tan pronto como Ramirez pudo observarlo lo despidió é hizo venir á otro, para el cual ya aparecí bajo diverso aspecto.

Poco á poco fué haciendo de mí mayor confianza. Antes casi no tenia vida doméstica: él comia y muchas veces dormía en la calle. Despues nos sentabamos juntos á la misma mesa, fué haciendome dueño hasta de su gaveta, y mi equipage se iba mejorando sucesivamente, así como el ajuar de la casita en que viviamos y de la que pocas veces salía yo.

Trabajaba poco, lo cual estaba en armonía con mi estraña delicadeza y con mis inclinaciones; tenia un vestido limpio, una mesa suficiente, un criado que mandar: gozaba de mil comodidades, de una vida en fin deliciosa y tranquila. No conocia otra

mejor, y la comparaba con mi pasada miseria.

Después me comenzó á llevar al teatro, y él mismo solía darme algunas lecciones de tocador. O bien me dejaba en un palco ó una galería con la familia de alguno de sus compañeros, ó bien me llevaba á su cuarto de vestuario, donde le ayudaba á vestirse los gregüescos y la golilla, ó á pintarse las arrugas y los lunares.

Todos estos secretos de entrebastidores me sorprendían y me cautivaban.

Los brillantes vestidos de las damas, sus aderezos de oropel, sus coronas de carton, eran objetos de mi admiración y mi envidia.

Los gritos de los tramoyistas, las carreras de los comparsas, las mil luces sembradas por todas partes, la alegría y el lujo de la concurrencia, la actividad, el desorden, la bulla de todo el teatro, era para mí un espectáculo nuevo, picante, fascinador.

Bien pronto se desarrolló con el ejemplo el deseo de agradar, y con poco trabajo aprendí á utilizar para mi compostura los pocos efectos de mi guardaropa. Ramirez aplaudía mis adelantos y los fomentaba multiplicando sus regalos.

Mi tez se había suavizado y emblanquecido, mis manos recobraban su lisura y su color rosado; mis formas todas embarneaban, mi semblante había adquirido un aspecto de frescura y alegría.

Era natural; vivía yo en la limpieza, la comodidad, el placer.... Sin temores ni remordimientos.

Algunas veces me preguntaba el origen de mi fortuna, de los favores de aquel hombre; pero no hallando una pronta esplicación, me abandonaba otra vez á mi fortuna, cerraba los ojos al porvenir, como el disipado los cierra al meter la mano en la última talega, para no saber cuando se agotan su fortuna y su alegría.

Así había pasado un año y yo ya tenía trece.

¿Me amaré este hombre?.... Pero jamás me dice una palabra. ¿Será por ventura mi padre, mi pariente?.... ¿Por qué ocultármelo?.... Y sin embargo, lo que hace conmigo no es una simple caridad.

Yo no tenía parientes, ni amigos, ni conocidos; á nadie veía; nadie me visitaba: mi mundo era mi casa y el teatro.

Algunos compañeros y amigos de Ramirez, atraídos por mí seguramente, intentaron turbar mi tranquila soledad: él les cerró bonitamente la puerta, y yo sin descos todavía, y queriendo pagar su generosidad dándole gusto, evité también las ocasiones.

En el teatro me decían al pasar mis chuleos, mis requiebros, y aun mis promesas: yo no atendía sino á divertirme, y á aderezar lo mejor que podía los trajes de Ramirez.

Sus galones, sus cintas, sus plumas me lo hacían interesante; y la noche que lo veía de rey, mandando veinte mites vestidos de caballeros, y sentado sobre un trono de tablas y carton, me soñaba yo

la reina, y me enorgullecia con poder tentarle las barbas postizas, y hablarle cara á cara.

Por fin, mi existencia mejoró hasta un grado que nunca imaginé. Trages, si no magníficos, bastante bonitos; una mesa abundante y variada; una criada para mi servicio; y de vez en cuando solía darme el brazo para llevarme al Prado ó á los toros.

Esto era mucho. Mil veces me ví tentada de preguntarle el motivo de sus favores, y cuando acabarian; pero aun estas dudas, demasiado fundadas, me parecian una ingratitud, y me conformaba con obedecer, prevenir su voluntad, manifestarle mi agradecimiento á fuerza de cuidados, ternura y sumision.

Ya era yo una muger, tenia mas de eatorce años y no sabia ni leer ni escribir. Ramirez se hizo mi maestro; y este nuevo lazo intimó mas nuestras relaciones. Ponia tal blandura, tal eficacia en sus lecciones, que pronto hubiera aprendido; pero los dos procurabamos prolongar mi enseñanza, pasando muchos ratos mas bien en conversaciones y juegos, que en ocuparnos seriamente del objeto.

Casi era paternal el amor que le habia yo cobrado; aunque sentia un placer desconocido, violento con sus cariños. Yo misma me reprimia creyendo criminal esa sensualidad, y me reprendia mi ligereza, creyendo empañar la pureza de su afecto.

Estaba yo en la edad en que comienzan á sentirse los primeros impulsos de la carne sin que la

reflecion ni el pudor repriman sus arranques; en esa edad en que al contacto de un hombre se despiertan los instintos, y sin afecciones, sin sentimentalismo, sin simpatías, se desea satisfacer una necesidad, mas bien que un capricho.... Cuando tengas hijas—e interrumpió violentamente—guardalas en esa edad: despues solas ellas se guardarán si tienen vergüenza.

—Bien, bien: aprovecharé el consejo.

—Ramirez por su parte se contentaba con escitar mi sensibilidad, con irritar mi organizacion, sin hablarme una palabra de amor, y llegó á conseguir que yo misma buscase sus caricias, y provocase su sen ualidad de cincuenta años.

Por fin, un dia....

—¿Por fin?...pregunté con interes, viendo que se detenia.

—Por fin me propuso un dia hacerme cómica...

—¡Ah!.. Creí...

—Despues: despues. Me propuso hacerme cómica, enseñandome él mismo, y presentandome bajo su direccion y patrocinio. Ramirez no tiene ya reputacion sino en la provincia, pero ántes era algo apreciado en el mismo Madrid.

Comenzó á pintarme la vida del teatro con sus colores mas risueños y brillantes; me habló de gloria y de lujo, de aplausos, de triunfos de placeres... encareció mis talentos, y me prometió un porvenir como el de las damas que envidiaba, y cuyos

vestidos de duquesa ó de odalisca, me habian mas de una vez hecho suspirar involuntariamente.

Yo veia entónces la existencia de los cómicos á través de un velo, que desfigurando las sombras, dejaba á mi imaginacion la libertad de adornarla con todos los atractivos y los trofeos de ensueño novelesco.

Si la hubiera conocido claramente tal vez me decido mas pronto. Esa esclavitud en que se vive con el público, en medio de la independenciam que nos da la escomunion de la sociedad; esa mezcla de placeres y pesadumbres, de miseria y de lujo; la rapidez de los cambios; la ilusion de un momento, con la dureza de la realidad, forman contrastes sensibles y atractivos, capaces de fascinar una alma nueva, una imaginacion acalorada.

Mi primer papel fué de reina: una de aquellas reinas de quince años, que saliendo de un bastidor dicen dos palabras, levantan la mano para señalar el camino, y desaparecen magestuosamente por el bastidor de enfrente seguidas de sus damas de honor, sus vasallos y sus pages.

Ramirez me dió la entonacion de las pocas palabras que iba á decir; me enseñó á andar, á voltear la cara con altivez, á estender el brazo con solemnidad, á manejar en fin, con despejo y sòltura el pañuelo y la cola del vestido.

Cuando ví el rico trage que me preparó, no cabia de alboroto, se me reventaba el corazon.

El primer dia de ensayo en el teatro, sentí una

revolucion bien estraña. Un teatro visto de dia á la media luz que le presta una alta ventana, con la suciedad de las tablas, los remiendos del cotence, las hoquedades vacías de los palcos, es un esqueleto, un panteon horrible, con su frio, su humedad, su silencio.

Es el primer contraste y el mas simbólico de la vida cómica.

Sin embargo el deseo apagó aquella impresion desagradable, y no pensé sino en mi estreno, y en los aplausos que me esperaban.

Cuando el primer dia de ensayo me llamó el director para ponerme en escena, con la misma rigidez severa de un marino mandando la maniobra, sentí una especie de temor, me ofendí, creyendo que no me queria, y me maltrataba á propósito.

Llegó el momento.

El apunte me dió la salida empujándome; adelanté unos pasos, y el foro comenizó á girar, las piernas me temblaban, mis ojos se oscurecian.... todos me clavaban con la vista, y la vergüenza asomaba á mis megillas... tostandolas. Maquinalmente pronuncié mi papel, y corrí á esconderme tras de un bastidor....

—Mas aplomo, niña, mas aplomo—me dijo sonriendo el director, reconduciendome de la mano al lugar de la salida para repetir la escena—No hay que precipitarse; es vd. una reyna.

Esta palabra me tranquilizó un poco. Volvimos

á repetir el ensayo, y á la tercera vez quedaron satisfechos de mí.

Esto no me bastó: yo seguí los estudios en mi casa. Me ponía frente al espejo y ensayaba veinte veces los movimientos, los gestos: entonaba las cuatro palabras que iba á decir... eso sí, con miedo de que me oyesen: razon por la cual me encerraba, y espía para que no me sorprendieran.

La noche de la representación estaba yo inquieta, próxima á arrepentirme. Los preparativos me disiparon, y comencé á vestirme ayudada de otras diez que acudieron á celebrar mi estreno, inclusa la primera dama de la compañía que me hizo mis cariños, y me prendió bien un alfiler.

Estaba yo radiante de hermosura. Mis ojos estaban húmedos y rutilantes: un continuo bochorno encendía mis mejillas, y le daba á mi semblante aquel aspecto halituoso que revela la agitación, y se hace sensible desde lejos.

Al comenzar la orquesta me dió un vuelco el corazón, y no oía sino un ruido sordo y confuso, un rumor violento como el del huracán. Ni oía lo que me hablaban, ni comprendía lo que miraba... Estaba yo loca, deliraba.

Al lanzarme al foro, las piernas me temblaron; tenía las fauces áridas, me sofocaba..... al ver al público alumbrado por los mil quinqués de la lámpara me quedé ciega... me iba á desvanecer..... un dolor agudo que sentí en la cintura como si estuviera agobiada de fatiga me despertó violentamente,

y haciendo un esfuerzo desesperado, hablé, levanté la mano, y fuí á perderme tras de un bastidor.....

Ramirez me esperaba allí: al caer desfallecida en sus brazos me dió un beso, que apenas sentí.

Ni un bravo, ni un aplauso, cuando yo me había esperado ver desplomarse el techo á la vibración del entusiasmo. Un murmullo sordo fué lo único que percibí al salir..... Celebraban mi belleza; pero yo lo tomé de pronto por un desaire.

¿Este es el teatro? ¿esta es la gloria?—me pregunté á mis solas en medio del silencio de mi recámara.

Aquella noche no soñé: solo desperté dos ó tres veces en sobresalto, sintiendo caerme desde una torre. Acababa de despertar con trabajo disipando un malestar inexplicable, y volvía á adormecerme.

A la siguiente mañana declaré á Ramirez que no volvería á presentarme en el teatro. Conociendo el origen nada me replicó.

En la tarde me trajo un periódico donde por incidencia se habla de mi hermosura.

Esto me reconcilió, y ya tuve valor para darle mis quejas y manifestarle mis dudas.

—Aquel murmullo.....

—Aquel murmullo lo tienes explicado en este escrito: te vieron tan bella, que se sorprendieron.

—¿No me engaña vd?—le pregunté ruborizándome.

—Aquí tienes la prueba.

La comedia se repitió varias veces, porque era bonita.

—¿Tanto como tú?—le pregunté.

—Dejate ahora de chanzas.....

—Vaya: prosigue.

—La comedia se repitió, y yo perdí el miedo á la salida; tuve valor para ver frente á frente á esa fiera de mil cabezas que llaman público, y prolongué cuanto pude mi estancia en la escena para dejar contemplar mi cara, mi talle, y mi vestido.....Aún lo conservo como un recuerdo.

Insensiblemente me fué comprometiendo Ramirez á hacer otro y otros papélitos. Me resistia al principio, despues me fuí habituando, y aun comenzaba á tomarles gusto.... Se lo daba yo á él, y esto me satisfacía.

Por fin arranqué un aplauso. Los amigos de Ramirez, y mi palmito de quince años, me conquistaron el triunfo. Me embriagó sin embargo y creí en la gloria.

Este fué el momento escogido por Ramirez.

Una noche teniendome en sus brazos, despues de haber vuelto del teatro me dijo:

—Lola, ¿me quieres?

—Con el alma.

—Pero es que mi amor no es el de un hermano, el de un amigo; es algo mas ardiente y mas delicioso mi afecto.... Te amo como tu amante.

Al oirlo me estremecí. Yo le tenia un afecto casi filial, y aun me reprendia los deseos sensuales que solian despertarme sus cariños.

Bajé los ojos y no pude responder.

¿Para qué me hizo aquella declaracion? ¿No pudoirme conduciendo por medio de la sensualidad hasta precipitarme en un momento de fiebre, para evitarme siquiera los remordimientos?

Muchos dias no tuve otra idea fija mas que la criminalidad de aquellas relaciones, y aun pensé abandonarlo; pero le debia la vida; le debia tanto, que me pareció una ingratitud.

Y al fin—llegué á reflexionar—¿no puede el matrimonio legitimar esta pasion? Sí, todo se lo debo á él; ¿por qué no he de consagrarme á él? Casi tiene derecho de exigirlo en cambio de los placeres que me ha hecho conocer.

Ramirez percibió que yo no lo repugnaba sino bajo cierto aspecto. Sus instancias tomaron un carácter dulce, tierno, interesante, y redoblando sus cuidados, sus regalos y sus atenciones, procuró rodearme de una atmósfera escitante.

Me llevaba flores, me cargaba de esencias; me sacaba á los espectáculos, me daba á leer ciertas comedias; en fin, me ponía una mesa especiada y salpicada de esquisitos licores.

Me creia obligada, tenia quince años, era de fuego, y vivia sola con él....

—¡Oh!.....

—¡Oh!... El pudor nace de la esperiencia, y la virtud del ejemplo. ¿Y qué sociedad me daba el ejemplo? ¿mis compañeras que tenian diez amantes, que se vestian y se desnudaban delante de todos?...

Caí en sus brazos no atraida por él, ni narcoti-

zada por un afecto, sino precipitada con violencia por la ocasion y mi temperamento. No sentia yo placer en sus brazos, sino un delirio, un frenesí fatigante y casi doloroso.

Cuando me quedaba sola y reflexionaba, sentia los resabios del deleyte, un principio de disgusto me ponía de mal humor.

Pero volvía yo á verlo, á sentir sus provocaciones, y como se enicia un comiendo una fruta seca y picante, aunque sienta los labios escocados y las fauces ardientes, me arrojaba, buscaba yo misma la ocasion hasta hallar la saciedad.

A cabo de algunos meses se calmó este vértigo en que nos hundiamos. Las fuerzas nos faltaban, y el fastidio comenzaba á asaltarme.

Pero mi tez adquirió la transparencia y la suavidad de la seda; á la dureza de mis formas sustituyó la morbidez y la blandura; adquirí en fin la perfeccion y la magestad del completo desarrollo.

Observa que las mugeres somos como las rosas. En la mañana brota una flor bellísima; pero su colorido es chillante, sus hojas están apiñadas, sus formas todas y hasta el mismo tallo tienen una rigidez desagradable. Las baña el sol un rato y entónces sus tintes adquieren una suavidad perfecta; las sombras son blandas; el cáliz se ensancha en toda su fuerza, y en vez de un aroma picante se percibe la frescura y la fragancia mas delicadas.

A mí tambien me habia abrasado el sol del amor, del placer si tú quieres, y muger completa, mi ta-

lle adquirió flecsibilidad y elegancia, mi aspecto dignidad, mis ojos altívez y espresion—Flor de primavera en vísperas de marchitarme..... Tengo 23 años.

—Es muy temprano.

—Para la vejez sí; pero no para perder los atractivos de la juventud.

—Aún te faltan mas de diez años de gozar y de lucir.

—Sí; pero es, porque á medida que adelanta la edad, las gracias personales se van sustituyendo con la perfeccion moral, con la adquisicion de nuevas cualidades, y el desarrollo del talento; miéntras por una parte se agotan los recursos físicos, el ingenio se refina, y aprende una á utilizar todo lo que tiene. La compensacion, en fin, mantiene la vida y el valor de una muger hasta que llega la edad de retirarse.

—Bien, bien filosofado.

—Prosigo mi historia.

Al año siguiente á mi estreno me ajustó la empresa de Ramirez.

Tuve un círculo de accion y de esperiencia mucho mas estenso. Comenzó la galantería, las seducciones, las intrigas; y siendo aplaudida algunas veces, gracias á mis ojos negros, comencé tambien á sentir los efectos de la envidia y del mal corazon de mis compañeras.

Pero Ramirez bregaba con todas sus fuerzas, y utilizando sus relaciones, sus amistades, su influen-

cia, su saber en el arte, me hacia adelantar poco á poco.

Al segundo año fuí segunda dama; al tercero una casualidad me libró de mi competidora, y en fin, llegué á ser la dama jóven favorita del público, no por mi talento, tengo bastante franqueza para confesarlo, sino por la moda y mi belleza.

¿Qué quieres? he tenido la desgracia de ver la gloria por un lado bien desagradable, y no me conmueve, no me inspira.

Pero aprendí á coquetear, á guiñar los ojos, á morder á mis compañeras y minar su reputacion, á vivir en fin con la inteligencia, y conocer el mundo, aprovechando las lecciones que me daban.

Entre tanto Ramirez decaia; tiene ya 50 años, su voz está cansada, y se ha vuelto disipado y flojo como todos los jugadores. Madrid comenzó á desearlo, y yo no tuve bastantes fuerzas para sostenerlo.

Entonces, hace tres años, comenzamos á recorrer la provincia, donde él todavía pasa por un buen actor, y yo pude formarme con los elegantes de pueblo, una tropa fiel que nos aplaude, nos solicita y nos regala.

En fin, llegamos á Burgos, me enamoré de Guillermo, y esta tarde que Ramirez nos encontró juntos iba á matarme. . . . Esta es mi historia.

—¿Toda?

—Toda. . . . la que puedo contarte.

—Luego me reservas algo.

—Al fin eres público y no cómico. Mas que vergüenza, tengo miedo de contartelo.

—¿Y si yo lo adivino?

—Entonces.

—¿Sabes? dejemos esto por ahora. La conversacion me ha distraido un poco. Salgamos un rato á pasear la luna, que parece estar hermosa.

—Vamos.

—¿Podremos encontrar á Guillermo en el paseo?

—¿Tienes miedo, ó crees que te engaño?—me preguntó llena de enojo.

—¿Miedo? de nadie, pero tengo derecho á saberlo, á lo ménos en este caso.

—Bien.y te agradezco la franqueza. No lo encontraremos, y en todo caso tú me mandas por el momento.

Me lisonjeó la respuesta, pues siquiera encontraba yo una muger que con todo y cómica respetaba las fórmulas, si no es que conocia y cumplia sus deberes.

Paseamos mas de dos horas y hablamos poco.

La tranquilidad y la frescura de la noche nos absorbía en meditaciones profundas.

Volvimos tarde, y aún no llegaba Ramirez.

—Estará jugando—me dijo Lola.

—¿No tienes miedo de quedarte sola?

—¿Por qué?

—Si te quiere otra vez matar.

—No tengas cuidado. . . .Matarme él seria suicidarse. Hasta mañana—tendiendome la mano.

—Hasta mañana—le respondí estrechandola.

Esta historia no estaba completa; sin saberlo lo sospechaba; pero aún no quería yo creerlo, ni tenía ocasión de confirmar mis sospechas.

Uno de tantos días iba yo para la casa de Lola. Cincuenta pasos adelante iba Ramirez, y entró á su casa cuatro ó cinco minutos ántes que yo. Al entrar en el zahuán salía uno de mis amigos, pálido, asustado.

—¿Qué tienes?

—Nada: entra pronto; y despues te espero en el café.

Matanza tenemos—dije entre mí—los sorprendió. Y apresurando el paso sin llamar á ninguna puerta entré hasta donde los hallé.

Nada me anunciaron sus semblantes perfectamente tranquilos: Lola estaba con un papel en la mano, y Ramirez salió á pocos momentos de la recámara.

Interrogué á sus ojos, al acento de su voz, á sus palabras, á los muebles; nada me respondían, estaban mudos. ¿Llegará á tanto su disimulo?....

Cuando pasó un rato y los ví en calma perfecta, me levanté para ir á buscar á mi amigo en el café.

—¿Qué te sucedió?—le pregunté al verlo.

—¿Qué hubo?—me preguntó él con increíble inquietud.

—Nada: ¿qué te sucedió?

—Que me ha sorprendido casi á los pies de ella.

—¡Oh!.....

—Y casi sin hablarle me he salido: creí que iba á armar un escándalo.

—Hombre, yo creo que no ha visto nada. Los he dejado tranquilos, y al entrar no he oído voces. no he percibido la menor cosa que pueda indicar..

—¡Imposible! Habrán disimulado delante de tí

—Habrán disimulado.

—Si al verlo casi me he levantado del suelo.

—Pues no comprendo.

—Oye; vuelve á la tarde y observa, informate.

A poco rato nuestro hombre entró en el café. Al verlo venir mi amigo se puso pálido otra vez, aunque procuró serenarse y mostrar sangre fria.

Ramirez con la mayor indiferencia se acercó á nosotros, nos dió la mano, y entabló una conversacion tirada; ni el menor gesto indicaba el disimulo de un pensamiento oculto—¿Será un hombre rencoroso, ó un necio?

En la tarde procuré informarme de los criados: ni ellos habian notado el mas leve disgusto.

—¿Es zeloso Ramirez?—le pregunté á Lola al siguiente dia.

—No.

—¿No? ¿Pues por qué iba á matarte el otro dia?

—Porque me halló con Guillermo.

—Luego es zeloso.

—No.

—Entonces no lo entiendo.

—¿No decias que ibas á adivinar mi historia?

Una idea me paso por la imaginacion como un relámpago.....—¡Es imposible!.....

Una noche estaba yo en el cuarto del vestuario de Lola, fastidiado como siempre, esperando que volviera del foro.

Terminó el acto; vino, y luego corrió la cortina de la puerta para cambiarse solo el vestido. No me echó y yo me quedé: tampoco tenia nada que ver.

Guillermo debió creer que estaba sola. Entró de repente; pero al verme se detuvo sorprendido, me lanzó una mirada llena de ira, y sin hablar una palabra á ella ni á mí, fingió que tomaba una bagatela del tocador, y dejó un papel.

—Siento haberte estorbado—le dije despues—pero no preví.....

—Lo que yo siento es no haber aprovechado el momento; pero tú no me estorbas.

Yo tenia los ojos fijos en el papel.

—Te estoy conociendo la curiosidad.....vaya, lee la carta, verás como me adora.

Antes que se arrepintiera tomé el papel, lo abrí, y cemené à leer para los dos.

“Todo està pronto para nuestra fuga.....”

Lola me arrebató con furia la carta y se la guardó en el seno. Pero todo con la violencia del rayo.

Ni ella me dijo una palabra, ni yo tuve valor de hablarle tampoco. Teniamos miedo de levantar los ojos y encontrarnos con las miradas. Me des-

pedí friamente, y ella estaba con visible inquietud.

Tanta confianza tenia yo, ó creia tener, que aquella reserva me ofendió, y me tuvo serio y callado muchos dias; esperando de un momento á otro verla desaparecer.

No pude reprimirme mas tiempo y al cabo reventé.

—¿No te vas ya?

—¿A donde?

—Con Guillermo.

—¡Calla—calla!.....—me dijo asustada, poniendome la mano en la boca—No nos vaya á oir el negro.

—¿Pero piensas huirte?.....

—Me iria al infierno—me dijo sofocando la voz—

¡Ah!..... ¡pero no puedo!..... Bien lo sabe Ramirez y por eso.....

Veia en su semblante tan marcados el dolor y la desesperacion, le habia cobrado instintivamente tal aversion á Ramirez, que involuntariamente le pregunté:

—¿Pero por qué no te vas?

—¡Por mi hija!.....—me contestó; y las lágrimas asomaron en sus ojos—Bien sabe que por ella lo seguiria hasta el cabo del mundo.

—Calmate—le dije abrazándola—alguna vez se cambiará tu suerte.

—Sí; cuando él ó yo hayamos muerto.

—¿El?..... ¿quién de los dos?

—Ramírez..... Ligada con él por un lazo que sabe que no he de romper, ni siquiera procura ya, como al principio, hacerme la vida ménos pesada.

—Pero tú me has dicho que no es zeloso: ¿cómo es que con Guillermo?.....

—Porque me perderia para siempre..... porque yo me casaría con Guillermo.

—¡Casarte!..... ¿Pues no eres muger de.....

—Soy su muger, no su esposa.

—¡Oh!.....

—Sí; me casaría con él, que me ama, ó que sabe fingirlo; que es jóven como yo, y que no abusaría de su posición..... No me he casado con él, ó no me he huido, porque sería necesario emprender un pleito para recobrar á mi hija y el mundo gritaría —¡escándalo!..... y me tendrían por una loca, una prostituida.

Esta es la situacion de las cómicas: ¿habrá quién crea que le hago este sacrificio á la opinion y á la gratitud?..... Y entónces, y ahora tambien, nadie creará en mi resolucion, ni que soy capaz siquiera de un buen sentimiento.....

Nada he hecho sino amar, como amaría cualquiera otra, y ya todos, acaso tú tambien habras murmurado de lo que se llama mi infidelidad.

Yo á este hombre, á Ramírez le daría hasta la última gota de mi sangre, pero no puedo amarlo. El tiene cincuenta años, y yo veintitres, él me busca como instrumento; yo desearia un amante: en sus abrazos siento las convulsiones de la carne, la agitacion de la impotencia, el furor del vicio; no la

ternura, el delirio del amor.....¿Me llamarán infiel y prostituida porque huyo de un hombre asqueroso y criminal que me profana y me corrompe!... un hombre á quien respeto, pero, que no amo, ni debia amar nunca con la libertad de una querida.

Le busco una alma, y él no la tiene sino para el juego; busco un corazon, y el suyo está helado; busco un cuerpo, y encuentro un esqueleto sin fuerzas ni hermosura. Tengo 23 años, y él mismo me enseñó placeres que no conocia.... El mismo procura acusarme, y el mundo me condenará por él....

Si Guillermo tuviera un caudal nos dejaria libres; pero es otro cómico infeliz como yo, tendriamos que vivir de nuestro trabajo, y Ramírez no tendria ya dinero que perder en el juego....

—¡Oh!.... ¿Todo eso?

—Demasiado has visto para que no lo hayas comprendido. Si te parece un exceso mi confianza, ó una desvergüenza, ¿qué importa?... Me juzgarás como todos....

—Pero no crees que es infernal esta vida de esclava, obligada por mi oficio y mi posición á recibir con alegría á todos los perdularios que me injurian con la grosería de sus pretensiones; á aceptar los regalos y los obsequios de los ricos sensuales que Ramírez mismo trae ó consiente?....

¿Cuánto mas tranquila viviria sin rango, sin el esplendor aparente que ese hombre me proporciona para especular con mi juventud, en una casita

cualquiera, con un marido ó un amante que siquiera por amor propio me guardara, y supiera satisfacer las necesidades imperiosas de mi corazón.... ¡Ah! ¡Gabriel! ¡Gabriel!... No me tengas por loca; ya ves cuanto sufro.

A fuerza de reprimir los remordimientos, de ahogar el pudor, me he acostumbrado á reír, á mirar los hombres cara á cara, á hacer burla yo misma del honor, de la virtud, de todos los buenos sentimientos.... una vez en el camino es fuerza cerrar los ojos y abandonarse á la fatalidad; pero en los ratos de aislamiento y reflexión el corazón se revela, la conciencia grita, el alma se espanta de tanta soledad y tanta corrupción....

Ya ves á la cómica llorando.... de aquí á un rato vendrá un pisaverde y la verás reír; mas tarde me verás sobre el foro haciendo á la niña inocente y guiñando los ojos á la luneta, para engatusar á los que pretenderían silbarme si no les diera este placer....

—¿Sabes?... Si yo estuviera en tu lugar ya me habría marchado.

—¿Y mi hija?....

—Llevaréla.

—¿Imposible!....

—¿Imposible!.... ¿por qué?....

—Ese negro en cuyos brazos la ves todos los días, no tiene otro objeto que espiarme, y cuidar á mi hija como un argos, como un perro.... Cuando la tengo un rato en mi regazo es mi sombra.... no se

separa de mí ni para dormir: se acuesta en la puerta de mi recámara, y á los primeros arrullos con que me despierta mi hija, entra y me la arrebatá de los brazos....

—¿No has intentado comprarlo?

—No se vendería; porque se vende todo, ménos el placer de hacer mal: su fidelidad no proviene de amor á Ramirez, sino de aborrecimiento hácia mí: un día le dí una patada y se venga ahora que puede. Ni por un caudal se dejaría comprar.

Y le ha cobrado un amor la muchacha.... Mirala: allí está jugando con él.

Me incliné un poco á la ventana, y el negro estaba en efecto sentado en el patio, teniendo á la niña y divirtiendola con hacerla gestos horribles, mientras ella riendo como una inocente, pretendía taparle la cara con sus manitas blancas y delicadas. La chica era cuca, graciosa y bonita como un querubin, su blancura y su delicadeza contrastaban con el cútis atezado y las toscas formas del negro.

Este percibió nuestras cabezas en la ventana, nos dirigió una mirada oblicua, y como en tono de burla le dijo á la chiquilla señalandonos con el dedo:

—Mira, allí está mamá.

La niña levantó los ojos, se sonrió, y siguió en sus juegos y su alegría.

—Pobre de mi hija—dijo Lola retirandose de la ventana— vendrá á ser lo que yo: una pobre cómica prostituida y desgraciada.

Una cómica y una reina; un fraile y un soldado, pueden padecer si tienen un corazón.

Ahora, lector querido; si te escandalizas ó no crees, tuya es la culpa. Si no crees, dichoso tú que no padeces, proque no eres capaz ni de comprender los males ajenos: si te escandalizas, peor para tí; señal de que tu mundo no pasa de los límites de la hipocresía.

Sigamos adelante.

Lola, ya lo vemos, tenía grandes pesares: sin embargo, algunos momentos la veía tan francamente alegre, que dudaba de que de veras sintiese los dolores que me había revelado, y llevaba perfectamente ocultos en el corazón.

Apénas cuando estaba sola conmigo dejaba vislumbrar su tristeza, y aun solía burlarse tan amargamente de sus pesares, que me ponía en la duda de si todo era una ficción.

Porque ella conocía perfectamente mi carácter y la influencia que ejercía en mi alma: nada difícil habría sido, que como buena actriz se hubiera propuesto representar á mis ojos un papel con que hacerse interesante.

Que sé yo; ella en tal caso fingía admirablemente, y si aún conservo esta duda, es solo por la manía de dudar.

En los cómicos mas que en ningún otro se puede percibir mas claramente la complejidad del ser humano. Un actor á la hora de desempeñar su oficio guarda el alma, la arrima entre uno de los plie-

gues mas recónditos del corazón, y se entrega automáticamente á sus tareas con una serenidad, un placer increíbles; si no, no fuera posible esa separación, esa abstracción temporal.

Lola reía y chanceaba con sus amantes, procuraba gozar; disiparse á lo ménos, y guardando segun me decía, su corazón y alma puras para el hombre que amaba, entregaba su cuerpo al placer, á la necesidad, con un estoicismo digno del filósofo mas respetable.

Vaya otra anécdota para acabar de caracterizar á Lola.

El carnaval llegó.

El carnaval era para mí el tiempo de alegría y de esperanzas; esperanzas y alegría intermitentes, que se apagaban con la aurora del miércoles de ceniza.

Las burgalesas son hipócritas por carácter: no se divierten sino cuando no son vistas, así es que aprovechan la licencia del disfraz para despilfarrar: se tres días y hacer el acto de contrición al dejarse estampar en la frente la cruz de ceniza, cuando todavía están aspirando los perfumes y los recuerdos de la noche.

Así es que en Búrgos los tres días de carnesto: lendas se enloquecen los hombres y las mugeres, y en esas setenta horas de indulgencia plenaria concedida por yo no sé que Papa, se gasta toda la actividad del año anterior.

Yo tenía doble razón para alborotarme esos días;

únicos en que podía à favor de la familiaridad universal y la ocasion inevitable, hablarle siquiera à Serafina, sentarme à su lado, seguirla entre la multitud: porque Serafina tambien se ponía su careta y su dominó para ir à bailar al teatro, solo con persona conocida, lo que no quitaba que en una contradanza le fuera dando su mano pulidamente enguantada, à un zapatero, un ladron, una cuzca.

Lola y yo concertamos ir à las máscaras: ella por ver à Guillermo, yo por ver à Serafina. Trabajo nos cortó que Ramirez lo consintiese, temiendo acaso una entrevista de fatales consecuencias para él, pero tanto hicimos que al cabo, y mas bien por despecho, lo concedió, fingiendo que nos dejaba ir solos para poder pastorearnos mejor.

Confieso que mi intencion al resolverme à presentarme en público con una cómica, no fué otra que dar picones à Serafina.

Mis amigos me dijeron que aquello era una simpleza; que no amandome Serafina, le daría poco verme con otra que aparecia como mi querida; y que en vez de herirla, ella me humillaria con su desprecio.

Esto me inspiró serios temores, pero no tan serios que me hiciesen desistir de mi pensamiento.

Llegué à la casa de Lola cuando aún no se vestía: habíamos pensado ir de dominós; pero ella cambió de parecer, y acaso para disfrazarse ménos estaba improvisando un vestido de que sé yo qué, tan bonito como original.

Ni el corsé tenia puesto, lo que no impidió que me hiciese entrar hasta su tocador.

Miéntras su costurera seguía peinandola, yo, sentado cerca de ella, me estasiaba contemplandola.

Quando acabó de prenderse un tocado de azul y plata, que le venía à caer sobre el cuello en un profuso cairel de flecos vistosos, se volteó hàcia mí con los ojos que ya radiaban con la prócsima alegría, y me preguntó con la risa en los labios:

—Te gusto, Gabriel?

—Estas linda como el cielo

—Esta noche van à envidiarte todos....

—Si no fuera por la maldita careta.

—Es verdad—dijo, bollandosele la alegría....

Ninguno de los dos comprendimos de pronto cuanto amor propio revelaban mi réplica y su tristeza. Pero ella tomó una secreta resolucion.

—Recuerda que esta noche yo soy tu galan.

—Qué quieres decir?

—Que tendremos mil compromisos; pero que espero que tú....

—Esperas que yo no haré una locura.

—No eso precisamente.

—O un desaire.

—Mas bien.

—Tienes razon; la cabra tira al monte....

—No, Lola!

—Y nunca estuvo de mas la advertencia. Pero si tal temor tienes, no iremos.

—Lola?.....

—Te perdono la ofensa, por la inocencia; un hombre mas malicioso que tú sin hablarme tal vez me prepara un chasco.—Vaya; á divertirnos y no tengas miedo. No tendrás que quejarte de la cómica.

—Ni tú de mí.

—Procuraré ser señora, ya que voy con un caballero.

—Te burlas?

—Vamos á pelearnos si seguimos así. ¿Tienes miedo de llevarme?

—Bien sabes que te quiero.... como el mejor amigo....

—Pues vamos á ver si sé corresponder esa amistad. Yo no sè disfrazarme, Lola tampoco quiso hacerlo; así es que al pisar el salon todo el mundo nos señaló; y despues de cinco minutos nadie nos hablaba sino por nuestros nombres.

Por guardar la fórmula bailamos enmascarados la primera cuadrilla, y pretestando calor nos quitamos inmediatamente las caretas.

Lola apareció linda con su trage azul salpicado de plata. Tenia descubiertos los brazos y el cuello dejando percibir su blancura de nieve: sus ojos negros reflejaban todo el resplandor de las mil luces que ardian.

La multitud de hombres de toda especie la rodeaban, la oprimian, la abrumaban á sollicitaciones, á requiebros, á instancias; sin dejar de decirme mis piropos que olian á envidia de á legua.

No hay un hombre que tenga buena opinion de una cómica que no aparente despreciarla; y una cómica sin embargo le trabuca los sesos á su Santidad lo mismo que á un mite.

Serafina estaba en el baile; me habia visto del brazo con Lola, ya sin márcara, y nos habia medido con la mirada mas insultante.

Estaba Serafina sentada, y á su lado estaban dos asientos vacíos; cosa bien deseada en tales noches. Corrimos á tomarlos, y tan pronto como nos sentamos, Serafina se levantó con tanta violencia que dejó clavado en el pié de la silla de Lola un giron del vestido.... Al irse, tomando el brazo del primero quo pasaba, me vió de tal manera que me hizo bajar los ojos.

—Está zelosa—me dijo Lola riendose.

—¡Ojalá!...—le contesté suspirando.

—Si no lo estuviera no haria esas cosas.

—Que sé yo.

Una cosa hay de cierto; y es que Lola personalmente es mucho mas bella que Serafina; que todo el mundo elegante y aficionado á las hijas de Eva la pretendia en Búrgos, y que aquella noche á lo ménos me pertenecia á la faz de todos. ¿No era esto decirle á la petimetra gazmoña, como la llamaba Lola:—mira, no necesito?... tu vales ménos que ella puesto que he hecho el cambio?.....

Bailabamos á la vez diversos grupos de cuadrillas; y la casualidad nos colocó de manera que Serafina y yo veniamos á quedar de espaldas, pero juntos,

tan juntos por falta de espacio que se rozaban los vestidos.

Ella se encogía, se retorcia como si estuviese sintiendo el contacto de un reptil repugnante, y con una mirada torcida devoraba á Lola que tenia yo á mi lado.

Apesar de tan malos síntomas, y contra los consejos de Lola, me resolví á hablarle, mientras bailaban las parejas contrarias.

—¿Mascarita?... ¿mascarita?...—le dije endulzando la voz como un caramelo.

Hasta la tercera vez no me respondió, conteniendo apenas su furor.

—¿Qué quiere vd.? (Vd. en noche de máscaras!...)

—Querría tener la dicha de bailar contigo.

—Yo no quiero.

—¿Por qué?—repliqué ya intimidado.

—Porque no quiero que me hable vd... no quiero que me hable.....

Las últimas palabras las pronunció retirándose de mí, y tan llena de furor, que llamó la atención de cuantos nos rodeaban.

—Me alegro!...—me dijo Lola despechada, devorando á Serafina con sus ojos de víbora.

Aún resuena en mis oídos el—no quiero—con toda la lobreguez de la reprobación.

Lola procuró divertirme, y aun yo mismo despechado quise mostrar indiferencia... Era imposible.

Mas tarde, permanecimos Lola y yo solos en un cuarto mas de una hora, mientras ella descansaba y

tomaba algunos refrescos. No me ocurrió hablarle una palabra, tocarle una mano.

—Vamos de aquí—me dijo fastidiada—ni siquiera me hablas por esa maldita orgullosa.

Ramirez nos habia dado órden de marcha desde la una: eran las tres, y el pobre aún nos perseguía desesperado con la capellina de Lola en el brazo como un lacayo.

El resto de la madrugada lo pasé en casa de Lola, soñando en Serafina.

A la mañana siguiente nos levantamos, como despues de un baile, con la palidez en el rostro, y el fastidio en el alma.

Nos sentamos á almorzar juntos: Ramirez habia salido.

Comenzamos á hacer los comentarios de la noche; me preguntó ella si me tenia contento; me contó lo que habia hablado con su Guillermo; nos distrajimos, en fin, un rato con los recuerdos del pasado.

Al fin permanecimos un momento callados y pensativos.

Lola era bonita, bella, seductora: mi vista se detuvo con deleite sobre su seno.

—¿Te parezco fea?—me preguntó reparando en mi mirada.

—¿Tú qué crees?....

—Todos me enamoran; me dicen algo.

—Es natural.... Eres linda, muy linda.

—Solo tú nunca me has dicho nada.

—Es verdad . . . —¿Qué significa esto?—me pregunté interiormente.

—¿Por qué?—me preguntó ella.

—Qué sé yo.

—Me tienes miedo, no es verdad?

A estas palabras, otro hombre se hubiera lanzado sobre ella delirante de amor: yo me contenté con responderle balbuciente:

—¿Yo miedo!

Ella entonces se levantó dejandome confuso, no sé si de vergüenza ó de pesar.

¿Por qué no aproveché aquella ocasion de hacer por lo ménos una esperiencia? Porque hay hombres que no nacen ni para bestias: estas se abandonan á sus deseos, á sus instintos, y así son felices.

Pero mi inteligencia lucha constantemente con mis deseos, porque al cabo ¿quién me dice que uno de esos avances no es una celada que me precipite en un chasco ridículo ó humillante? ¿No tengo siempre presente aquella bruja que me burló tan cruelmente?

Con esta perpetua duda que me desalienta, las mugeres me tienen por un tonto . . . Y realmente lo soy con toda mi malicia.

Nada se pierde con pretender lo que no se tiene, aunque no se alcance; y las mugeres agradecen al cabo, hasta las lisonjas, hasta la violencia. Será esto verdad, pero no me atreví á hacer la prueba.

Los tres dias de carnaval terminaron, y con ellos mi esperanza, hasta mi consuelo. En la misma semana dispuso Ramirez partir de Búrgos con Lola. Allí estaban perfectamente; pero él para evitar todo mal trance, pretestó un buen ajuste que se le proporcionaba; y dió terminantes órdenes para el viaje.

Nunca ví á Lola tan fastidiada como en las dos semanas que pasaron. Las vacaciones son para el cómico tiempo de fastidio, por mas que desee el descanso.

El negro, siempre con la niña en los brazos, veía los preparativos con un gozo que saltaba á sus ojos encapotados. Lola no hacia mas que llorar, y desesperarse en silencio.

No quiero recordar cuanto pensè, cuanto hice por evitar el viaje. Me habia acostumbrado tanto á sus monerías, sus gracias, sus consuelos; tenia yo en su casa un asilo tan seguro contra el dolor y el fastidio, que partiendo ella me consideraba solo en el mundo.

La víspera acudieron las gentes á millares: ni un solo momento nos dejaron. Yo no salí de su casa sino á la una de la mañana, cuando todos se habian marchado. Permanecimos sin hablarnos mas de media hora, al cabo de la cual tomé mi sombrero, y sin mirarla siquiera, le dije adios dirigiendome á la puerta.

—¿Te vas?

—Ya lo ves.

—¿No te despides?

—Te he dicho adios.

—¿Nada mas?

—Nada mas..... Adios.

Y me escapé temeroso de no poder contenerme; me sentia con violentos impulsos al abrazarla, de hacerle una declaracion amorosa... al tiempo de partir! ¡Qué sandio! y en seis meses no me habia ocurrido. ¡Ay! se llevaba mi alma, y no lo habia previsto.

Los hombres somos el conjunto mas estravagante de contradicciones y necesidades.

No dormí aquella noche; estuve solamente pensando en ella; y à la hora de la madrugada en que sabia que estaba partiendo la diligencia, sentí el loco deseo de ir à detenerla, de partir con ella, de hacerme cómico para seguirla à todas partes.

Afortunadamente no lo hice.

Despues me ha escrito varias cartas. En una de ellas me participa la muerte de Guillermo.—

“muerto el único hombre à quien amé—me dice—me considero feliz. No volveré à amar.”

¿No volver à amar Lola? ¿Será cierto que tiene formada tan bella idea del amor, que juzga como yo, imposibles dos pasiones en la vida, porque son incompatibles dos afectos que se destruirian recíprocamente?

¿O tan desgraciada fué que se propone huir de un nuevo peligro cerrando su corazon à los afectos? Ella, muger, para quien la vida es el amor, no podrá vivir en el indiferentismo: tomará diversas formas el nuevo capricho que conciba, pero amarà... Como amo yo, sin esperanza, pero eternamente.

Sin embargo, Lola está mas bella, mas coqueta, mas alegre que nunca: ella misma me lo escribe. Dios le conserve la alegría y la hermosura.

Sin embargo, Serafina ya no lo creía así, puesto que no manifestaba tanto disgusto.

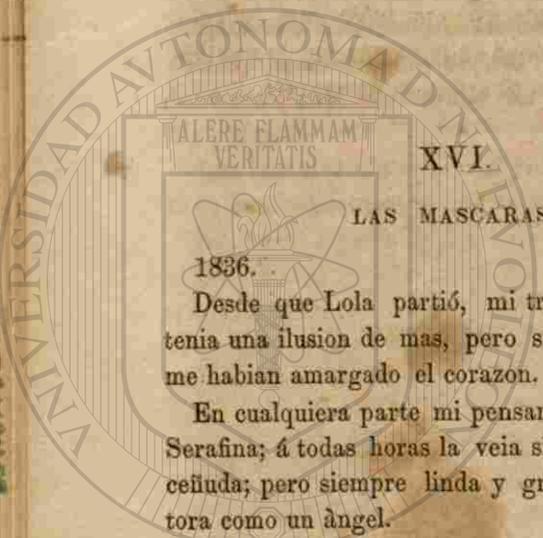
Busquemosle á esto una esplicacion.

Si Serafina, desconociendo su valor y el carácter de mi afecto, pudo creerme un instante capaz de burlarme de ella, pronto se convenció de que era imposible esa contradiccion de mis sentimientos con mi conducta. Las mugeres leen mejor en el alma de los hombres, que nosotros en la suya.

Quedóle, sin embargo, un principio de desconfianza, bien fundada hasta cierto punto en mi apatía; además, que siendo ella el objeto casi esclusivo de mis conversaciones, qué sé yo hasta que punto le llegarían desfiguradas mis palabras.

Pero precisamente mi amistad con Lola, el escándalo de mi conducta con ella, la marcada intencion que ponía yo en ciertas acciones para que Serafina se fijara en ellas, le hicieron conocer que tomaba yo á lo serio su desden, que estaba despechado y quería vengarme. Ahora, el desden no ofende al que no ama, ni se venga el que no está ofendido. Luego yo la amaba.

Serafina conoció que sin ser el mas elegante ni el mas rico de Búrgos, era yo el que la amaba con mas pureza y profundidad. Un amor concentrado, constante, tenaz, que no vacila, sino que se amortigua para renacer mas ardiente; un amor de poeta que no tiene ojos, ni voz, ni alma sino para su amada, lisonjea á una muger, por insensible que



1836.

Desde que Lola partió, mi tristeza fué mayor: tenía una ilusion de mas, pero sus conversaciones me habian amargado el corazon.

En cualquiera parte mi pensamiento estaba con Serafina; á todas horas la veía siempre desdeñosa, ceñuda; pero siempre linda y graciosa..... seductora como un ángel.

Abandonado, abatido, volví á entregarme á ella alma y cuerpo; á rondar su calle á la luz de la luna, á seguirla á la iglesia y al teatro. Pero cosa rara; cuando yo creía verla mas cruel, mas furiosa que nunca, la encontré, si no blanda y condescendiente, tolerante por lo ménos.

¿Después de mi infidelidad aparente no tenía derecho para oborrecerme? No era una confirmacion de lo que le habia dicho su amiga Juliana?

sea. Serafina nunca habia pensado en mí como en su marido, pero mil jardines habrá formado con su amante taciturno, sufrido, tierno, que no se atreve ni à mirarla y suspira en silencio.

Serafina se habia acostumbrado à verme pasar todas las tardes cabizbajo y humilde bajo su balcon, à encontrarme en cualquiera parte à donde volvía los ojos; à recibir el mas completo de los homenajes, à sentir el placer de hacerme sufrir.

Se veía amada como por ningun otro lo sería, y en peligro de perderme una vez, instintivamente se alegró de volver à verme su esclavo absoluto como ántes. Asi pues se limitó à no solicitar mis obsequios, ni ocasionarlos, sino à admitirlos simplemente, à tolerarlos.

Nada podia ó queria pagarme, por eso nada exigia, y solo me daba licencia de amarla sin obligarse à corresponderme.

Fué un convenio tácito en que me declaró su esclavo como la reina mas despótica, haciendome entender que no à mí, sino al cielo que la habia hecho à ella tan hermosa y à mí, tan desdichado, era al que quedaba obligado; no à mí cuyo destino era amarla, y que la habria amado à pesar de mi voluntad.

Tan cierto era esto que admití mi esclavitud sin esperanza como un gran favor.

Ella quedaba libre.... tan libre que tenia otro amante.

A este punto era preciso llegar.

Digo; era preciso que el lector se preguntase alguna vez si yo no tenia zelos, puesto que era muy natural que Serafina, la bella, la seductora, la cojeja da de todos, tuviese sus amantes. Sí, los tenia.... y no me causaban zelos.

Algunos hombres habia que por el contrario, amandola y respetandola, aunque siempre ménos que yo, por solo esto se hacian merecedores de mi simpatía, tal vez de mi agradecimiento; y pensando que ellos podrian hacerla dichosa, le rogaba al cielo que les diese constancia, ilusiones y riqueza, para verlos dichosos toda la vida.

Estraña resolucion para un amor vulgar; pero el mio estaba bien léjos de tener por principio el egoismo. Cuando se ama ¿se desea la felicidad propia ó la de la amada? Una y otra, pero si alguna de las dos debe sacrificarse sea la nuestra; y la alegría y la felicidad de la muger y nuestros propios sacrificios serán motivos de placer.

Cuando veía yo à un rico cortejandola, y se comenzaba à hablar de casamiento, mi primer impulso era siempre de furor; pensaba en injuriar à aquel hombre, y matarlo. Pero luego consideraba que él podria con su dinero hacerla mas venturosa, que yo con diez sonetos sublimes todos los dias.

El dinero es la dicha. ¿Què habria sido de nosotros, que habria sido de Serafina à mi lado pobre y despreciada como yo? ¿qué hubiéramos hecho al cabo de unos meses de embriaguez cuando la hu-

biera visto un día sin el lustre de la pureza, sin los encantos de la compostura, con la deformidad de la pobreza y tal vez de la envidia? Tampoco ella vería en mí sino el instrumento de su desgracia, y hubieramos acabado por aborecernos.

Al paso que casada con un rico, la vería yo siempre risueña, siempre brillante; pasaría junto á ella lleno de tristeza, y al considerarla en brazos de otro me desesperaría, pero al cabo dirían—Ella es feliz.... Y lo sería conservando su posición, satisfaciendo sus caprichos, cumpliendo con las leyes del mundo, sin perder por eso la ilusión de un amor tan desinteresado como el mío.

Sí, ella tiene esta ilusión, así lo creo, y solo por ella la amaré toda la vida. Si esta ilusión puede proporcionarle un solo momento de placer, si su pensamiento se detiene un solo instante sobre mí, ¿qué me importan tantos sacrificios? ¿qué es la vida entera para no sacrificarla á la mujer que se adora?... Si ella tiene esa ilusión la conservará.... la conservaría á mi pesar, porque no puedo dejar de amarla.

Por el contrario, todo hombre que me parecía indigno de ella, me repugnaba desde que le conocía la menor inclinación.

Un pasaje célebre me hizo conocer cuanto la amaba.

Conocía á uno de esos hombres tan necios, tan corrompidos, tan degradados, que solo sus miradas son capaces de empañar el brillo de un ángel.

Dió en mirarla en el teatro, y hasta en hacerle señas, con toda la grosería y la torpeza de un mal nacido. Lo observé, y se lo advertí con miradas bien significativas. Esto no bastó, y Serafina se mortificaba de tal manera, que llegué á perder mi calma habitual.

Una noche al salir del teatro, el hombre me saludó como de costumbre; yo le respondí en alta voz y en plena concurrencia una injuria.

—Es chanza?—me preguntó él riéndose.

—Es de veras—y añadí otras dos ó tres palabras de mas claro significado que las primeras.

—Hombre!....

—.....

—Nos veremos despues.

—Cuando vd. quiera.—Y lo decía yo con fé, con deseos de reñir.

Pero para que se conozca todo el valor de esta hazaña, es preciso advertir, que yo me dejaré matar ántes que emprender la mas ligera lucha, y que si alguna vez afronto el peligro, nunca lo busco, y aun huyo de él siempre que puedo.

Pasó un día y otro, y el amigo no me pedía razón de aquella injuria. Lo estrañé, pero tuve que conformarme con ver que me habia comprendido. No volvió á levantar los ojos á Serafina, ni á mirarme de frente.

Si ese hombre lo hubiera sido en efecto ¿cuál era mi peligro? Mas por ella todo; y estoy seguro de que en ningun caso me habria arrepentido.

En esta posición precaria viví muchos meses: Teniendo que sacrificarlo todo sin recompensa alguna; que sufrir las pullas de mis amigos, los chismes del pueblo, el desprecio de los amantes favorecidos de Serafina.

Pero así me hallaba tranquilo, casi feliz. Su indiferencia, su tolerancia me hacia concebir una esperanza lejana, una ilusion vaga: al fin habia comprendido mi amor, y aunque sin pagarlo lo admitia.... ¿no era esto demasiado?....

Con esta gota de miel desabrida que alguna vez refrescaba la amargura de mis labios, se calmaron los accesos del furor, y solo quedé sujeto á la languidez de una fiebre lenta y maligna, en cuyos delirios se mezclaban esperanzas efímeras pero risueñas que divertian mis dolores presentes.

Vivia realmente triste y abatido, pero tranquilo en aquella calma sombría y silenciosa, que precede ó termina una tempestad; hasta que un accidente vino á cambiar un tanto la escena.

La hermana de Serafina se casó: fué entregada al marido que la compró, satisfaciendo la mitad de la ambicion de la madre; la mitad nada mas, pues aún quedaba otra hija por casar.

Este hombre era rico y espléndido, pasaba por uno de los cotorones mas elegantes, y en efecto lo era en Búrgos. Ajuaró una cómoda y estensa casa en una de los mejores barrios, compró un jar de coches, y las donas hicieron ruido.

Mi cuñada, que así le llamaban mis amigos por hurtarme, y así le llamaré por satisfacer un capti-

cho, se presentó en Búrgos con el tren de una marquesa. Entónces Serafina pudo saborear mejor los placeres del lujo que tan cerca veia, comparar su aparente oropel con el verdadero esplendor de su hermana, valorizar la distancia que hay entre un traje acabado á fuerza de economía, y otro que no se pregunta lo que cuesta, sino que se manda hacer á la modista con indiferencia y altanería.

Los primeros dias del matrimonio todavía eran inseparables las hermanas, y la pobre de Serafina, por pasear en un soberbio coche, y llamar la atencion reflejando el brillo de su hermana dejaba percibir su envidia, sus privaciones, y los mil medios misteriosos de que una muger se vale para aparecer lujosa y pródiga, cuando apénas puede vivir con comodidad.

Si mi cuñada llevaba un flamante vestido de terciopelo, Serafina apénas podia lucir uno de gasa ya ajado; si mi cuñada engalanaba su cuello con un collar de diamantes, Serafina apénas podia llevar un aderezo de esmalte ó de corales; si en fin, la una gastaba un abanico de pluma embutido de oro y esmeraldas, mi pobre Serafina apuraba su ingenio para hacer marcar todas las bellezas de un abanico de concha. Mi cuñado compraba ó mandaba hacer todos sus efectos á la modista, al joyero; Serafina tenia que coser dentro de su casa la mayor parte de lo que lucia despues; y las pocas alhajillas que poseia, las habia ganado en una rifa, ó comprado en una almoneda.

¡Cuánto sufría yo por Serafina viendola víctima de sus deseos y su mediocridad!...

Ella, sin embargo, se creía superior al lado de su hermana, cargada de perlas y de blondas, y seguida de un paje con librea.

Aún no era suyo el coche y ya me veía con más desden que nunca: de indiferente volvió à ser altiva; de circumspecta altanera; me desesperé otra vez con sus gestos de repugnancia y de indignación,

¿Qué me importa?—decía yo—¿Es feliz? ¿cree que lo es?... Mi dolor será otro placer; y si llego à verla encumbrada hasta el cielo, me contentaré con adorarla.

1837.

El carnaval de 37 llegó alborotando à los muchachos, alegrando à los peluqueros, entristeciendo à los papàs timoratos y à los maridos pobres.... llenando de regocijo mi corazón, porque iba à verla cerca de mí, à tutearla, à bailar con ella tal vez, y à oír una palabra ménos dura que sus gestos y sus miradas.

Entre mil máscaras siempre reconocía à Serafina en su cuello de cisne, su cintura de abeja, su talle noble y airoso como el de una palma. Al traves de la careta me quemaban sus ojos, y sus manos enguantadas con primor me provocaban à besárselas.

No sé qué relaciones materiales se habían esta-

blecido entre nuestros cuerpos que sin ver à Serafina adivinaba su presencia en el concurso mas numeroso, y atraído insensiblemente por ella, la hallaba en cualquiera parte, bajo el disfraz mas completo y engañoso.

Fastidié al sastre, acudí à los servicios del peluquero, estudié el modo de atarse la corbata; y una vez en el año gasté dos horas en el tocador para estar tan elegante y bien plantado como el pisaverde mas pulido.

Entré en la sala la primera noche con tanta confianza en mi amor como en mi compostura.

Serafina estaba sentada al lado de otra enmascarada en un sofá. Despues de haber alisado mis guantes, estirado el chaleco y enderezado los cuellos de la camisa, entré arrogante y temeroso, me acerqué à ella; y recargandome en el brazo del sofá le dije con la dulzura mas cómica:

—¿Mascarita?

—¿Qué quieres?—contestó ella en su voz natural agriada por el enojo, y retirando el hombro como temiendo que lo tocara mi brazo.

—¿Tendré el placer de bailar contigo?

—Qué sé yo: tengo mil compromisos.

—¿Tantos que me hagas perder la esperanza?

—Verémos.... Tal vez luego.

—¿Luego?... ¿Cuándo?

—He dicho que no sé..... veré.....—y se volteó enfadada recogiendo la falda del vestido que toca-

ba à mis piés, metidos en unas famosas botas de charol.

No quise molestarla mas, y me alejé protestándole volver.

—Sí; luego, luego... —me dijo desdeñosamente.

No habia yo andado cinco pasos, cuando ví unos brazos mórbidos, un cuello torneado, un talle airoso, un porte y un traje aristocráticos. Era fuerza detenerme á verlos un momento.

—¿Me conoces? —me preguntó la enmascarada.

Pregunta ménos nécia, que el —ya te conozo— que á los que están sin careta dicen los enmascarados.

—No —le respondí á secas.

—Yo á tí sí.

—No es imposible.

—¿Estás de mal humor?

—Sí.

—¿Por Serafina?

—Sí.

—¿La amas de veras?

—Sí.

—¿No has bailado con ella?

—No.

—Que lacónico estás.

—Sí.

—¿Tienes compañera para esta contradanza?

Ya era imposible no caer de mi asno y le respondí:

—Si tu quisieras...

—Sí.

—Adelante. Dame el brazo y pasearemos mientras se baila.

¡Qué diablo! me habia puesto tan de mal humor el semi-desaire de Serafina, que aquella enmascarada, con toda su hermosura me pesaba en el brazo, y no la volví á sentar pronto, por no faltar á la urbanidad. Además que aquello era para mi fiel platonismo una infidelidad; y hasta procuré pasear por donde no pudiese verme Serafina. ¿Qué caso haria ella de mí, rodeada de veinte leones que la deslumbraban adulandola? Pero yo reconocia el deber en mi corazon, y procuraba respetarlo en cuanto lo permitia mi posicion.

En la contradanza veniamos á encontrarnos con Serafina; mas en cuanto nos vió y estuvo cerca, se volvió tomando una direccion contraria.

—Parece que no desea mucho tu compañía —me dijo mi dominó azul.

—No en efecto.

—¿Y te irias á entristecer por eso!

—Tal vez.

—Advierte que es una descortesía esa respuesta teniendome á tu lado.

—Es verdad: perdona.

—No quiero perdonar sino alegrarte.

—Te lo agradezco... ¿Y quién eres que tanto te interesas en mis negocios?

—¿Qué te importa?... ¿Te he dado algun pison bailando? ¿está ridículo mi traje? ¿te fastidia mi charla?.....

—No.....

—¿Te soy en fin, molesta ó pesada de algun modo?

—No; al contrario.

—Entónces, ¿qué te importa lo demas? De una máscara no se puede escigir otra cosa que buena conversacion; y yo te doy algo mas.

—Mientras no sepa tu nombre.

—No lo sabrás.

—¿Por qué?

—A lo ménos ahora.

—¿Pues cuándo?

—Luego, despues.... mañana.....

—¿Y por qué no ahora?

—Para que conserves tu ilusion. Me estás creyendo jóven y bonita: tus ojos pretenden indagarlo, y si me vieras que soy cotorróna.... así nos dicen á las viejas frescas.

—Te estás chanceando.

—No, que es la verdad.... Vamos.... baila y diviertete.

Maldita la gana que tenia yo de conversar con aquella máscara; y en cuanto la contradanza terminó la dejé en un asiento y me fuí á buscar á Serafina paraseguirle rogando.

—Vea vd.—me dijo al fin—para evitarnos molestias sepa que esta noche no puedo bailar con vd.

—¿Cuándo será?

—No sé: tal vez mañana.

—¿Las primeras cuadrillas?

—No me comprometo.

—¿Pero algo?.....

—Sí, algo... puede que sí... Hasta mañana—añadió despidiendome, al ver que aún continuaba parado con intencion de hacerle una réplica.

Me habia yo quedado casualmente con el pañuelo del dominó azul, y la busqué para devolversele. Al acercarme me dijo:

—Ya te ví, pero al cabo nada conseguirás.

—¿De qué?

—De bailar con Serafina. ¿No ves que ahora está llena de cortesanos ricos, haciendo con ellos la reina desdeñosa? Tú junto á esos no vales nada á sus ojos, y te ha de hacer un desaire cada vez que le hables.

—¿Por qué?

—Y á fé que hace mal: un muchacho como tú es apreciable... todas las jóvenes debian amarle....

La lisonja es tan atractiva que luego me dejé prender en el anzuelo, y concebí los mas vivos deseos de saber quien era esta muger.

—Digo, mascarita; ¿me conoces?

—¿Quien no te conoce en Búrgos?... Cortejante de las cómicas, poeta, filósofo, reformador.....

—¿Eres de mis amigas, ó de mis conocidas?

—No tengo esa fortuna.

—¿Te he visto, te he hablado en alguna parte?

—En mi casa una vez.

—¿Donde vives?

—En tal caso, mejor me quitaria la careta....

—Tienes razon; soy un necio.

—No, sino un curioso... ¿Quieres volver á bailar conmigo?

—Cuantas veces quieras.

Estuvo esta muger tan amable conmigo, tan adu-
ladora, tan graciosa; y mostró en el curso de la no-
che una viveza y un ingenio tan poco comunes, que
llegó á interesarme, hasta declararme su caballero;
no sin temor de que fuera una buscavidas que me
preparase un chasco. Llevaba un compañero; un
hombre sin máscara, de buena presencia y buenos
modales, cuya cara conocia yo, pero cuyo nombre
y vida ignoraba.

Casi me requebraba mi enmascarada, escitando á
cada momento mi curiosidad creciente. Yo me deja-
ba llevar, y no hacia sino pequeños avances, que to-
dos eran no solo bien admitidos, sino prevenidos y
aún impulsados.

Aquella noche habia perdido la esperanza de bai-
lar con Serafina, y nada perdía.

Al fin del baile me dijo la incógnita:

—Supongo que vendrás mañana.

—Sí.

—Yo tambien; pero vendré enmascarada como
ahora y con diferente traje.

—Entónces probablemente no te reconoceré.

—Pero tenemos pendiente algo, y es fuerza que
nos reconozcamos.

—¿De qué manera?

—Dame algo... Acercate.

Me acerqué, y ella me desprendió el alfiler de la

pechera. Por fortuna no valia veinte reales, y aun
que lo dí por perdido desde aquel momento, no hi-
ce gran pesadumbre.

—La que veas mañana—me dijo—con tu alfiler en
el pecho, seré yo.

—Está bien. Hasta mañana.

—Hasta mañana... Pero no vengas tan triste co-
mo esta noche, sino decidido á divertirme y gozar
de la vida: ¿Qué dejas entónces para la vejez?

En efecto yo habia estado algunos ratos hasta
desatento con ella, siendo sus palabras y sus accio-
nes todas tan insinuantes y ocasionadas que solo me
contenia ya, no el temor de un chasco despreciable
en carnaval, sino mi fidelidad jurada secretamente
á Serafina.

Cuando ví que esta se retiraba me acerqué á ella.

—Me has dicho que mañana.

—Sí...—y me miró con desden.

Tras ella me salí para ir á buscar en el sueño el
consuelo de mis pesares.

La mañana del lunes de carnaval se emplea en
dormir la desvelada de la víspera, y la tarde en ha-
cer los preparativos para la noche. Yo que no tenia
que aprestar lazos, ni encages, ni bromas, á la ho-
ra del crepúsculo salí á hacer mi paseo acostumbra-
do por frente á los balcones de Serafina. La encon-
tré en deshabillé, tirada perezosamente en un sillón,
con aquella divina palidez, aquellas ojeras intere-
santes que revelan un exceso.

¿Quien sabe cuantas palabras, cuantas emociones

la habrían agitado en la noche! ¡quien sabe si en sueños se habría prolongado el placer de esa orgía de buen tono que se llama carnaval!...

Con una promesa de su parte que yo creí, fácil es prever que aún no entraban los músicos á la sala, ni acababan de encender las luces, cuando ya yo estaba, el único todavía, dispuesto y alborotado mirando á la puerta por donde debía entrar Serafina.

Bien tarde llegó por cierto, y aunque no dejaba de tenerme algo curioso y alborotado la enmascarada de la víspera, no me moví de mi atalaya por no perder el tiempo ó comprometerme tal vez con otra y perder una ocasión que había esperado toda mi vida.

Después que Serafina se sentó, y se hubo disipado la nube de zánganos que se le agolparon al mirarla, me acerqué lleno de esperanzas.

—¿Recuerda vd. su promesa?

—¿Cuál?

—La de anoche.

—¡Ah! sí... pero también dejé pendientes otros compromisos.

—Pero creo que no serán un obstáculo.....

—Verémos.

—Vd. sabe que me daría un gran placer.

—Sí, verémos, verémos.

—¿No me quita vd la esperanza?

—Nada aseguro.

—¿Volveré mas tarde?

—Cuando vd. quiera.

—¡Ah! ¡Señorita!.....

¿No era una descepcion horrible? Mas valia que me hubiera dicho como en otra vez—no quiero—me habría hecho sufrir ménos.

Me eché à vagar por el salon, vacilando sobre si buscaria yo, ó mejor dicho, si convenia reconocer ó no á mi dominó azul. En esto pensaba costeadando la hilera de mugeres sentadas, cuando una enmascarada esquisitamente vestida entreabriendo la capucha me dejó ver un fistol prendido á la escotadura del talle.... yo miré el alfiler, pero me detuve sobre un seno desnudo, que era el cielo...

—¿Eres tú mascarita?—le pregunté acercandome.

—Sí.

—Por qué señas?

—Por estas—y volvió á dejarme entrever mas bien el seno que el prendedor.

Yo soy desconfiado y le repliqué:

—Pero esa prenda puede habertela dado una amiga para embromarme, dame otra prueba.

Dióme ella cuantas pudo, pormenorizando nuestras conversaciones de la víspera, de manera que añadiendo un ecsámen que en silencio hacia yo midiendo su talle, comparando su voz, y dibujando sus brazos, al fin me convencí de que era la misma.

—Y bien,—le dije estando ya identificada la persona—¿que piensas hacer de mí esta noche?

—Que pregunta....

- Como! . . . qué estrañas?
- Que casi te pones á mis órdenes.
- ¿Y por qué no?
- Por Serafina . . . ó estas enfadado con ella?
- Casi, casi.
- Pues, tonto, diviertete como ella hace.
- Tienes razon. Bailemos.
- Bailemos.
- ¿Que bailarás conmigo?
- Cuanto quieras.
- Gracias— ¿Sabes? tú debes ser por lo ménos alguna amiga á quien por torpeza no reconozco.
- Es decir que en una muger estraña no hallas posible tanta condescendencia.
- La verdad, no. (Siempre he sido un bestia.)
- Me alegro; y yo tengo la culpa; cuando me conozcas me tendrás por ligera.
- Eso no.
- Ya lo has dicho.
- Evidentemente tú eres una amiga mia.
- Lo habria sido con mucho gusto.
- ¿Y por qué no lo has sido?
- Porque no habia yo de llamarte.
- Pero desde hoy lo serémos.
- Si logras conocerme.
- Pues qué, ¿serás tan cruel que no me dejarías ver tu cara tampoco esta noche?
- Muy bien tenias que ganarlo para conseguirlo.
- Pues lo conseguiré.
- No me pesaria. ¡Oh! ¿Y Serafina?

- ¡Ah! . . . ¿Te sorprendes? . . .
- Es una tonta Serafina en no quererte.
- ¿Crees posible que alguna me quiera?
- A tí, con ese corazon tan franco que deja escapar hasta sus menores emociones? . . . vaya; no me hagas hablar.
- ¿Pues no me está enamorando!—decia yo entre mi—¡Bah! ¡bah! . . . será un chasco.
- Bruto de mi, que rechazo la ocasion que viene á buscarme, y luego me pongo á suspirar por imposibles, tal vez no justificados ni por su objeto.
- Sin embargo conocí que aquella inaccion me haria pasar á los ojos de una muger por el necio mas redomado, y temiendo por otra parte, si ella estaba decidida á tener un lance, obligarla á ser tan esplicita que me fastidiara, cambiando metódicamente de carácter, y dejandome siempre la espalda cubierta, comenzé de obra y de palabra á manifestarle cuanto interés me habia inspirado.
- Una cosa sola será de sentirse—me dijo—y es que tu interes se acabe con el carnaval.
- Eso no depende de mí: ¿como podré adorarte si no te conozco? y si desapareces incógnita como estás ahora, aunque consagre yo mi corazon á un ser ideal, no por eso podrémos . . .
- Pero dime; esa torpeza que tienes para reconocerme, cuando apenas hay cosa mas conocida, es verdadera, ó quieres obligarme á que te haga esta última concesion?
- Puesto que desconfias, piensa lo que quieras;
- 22

pero no te conozco, y no podré amarte luego que hayas cambiado de traje.

—Bien, dejemos esa cuestion. Mañana me conocerás si lo has merecido esta noche.

Estabamos ya, como dicen, de quebrar piñones. La acompañaba al tocador, la llevaba á tomar el fresco; aventuré palabras y finezas bien significativas, y ella correspondia perfectamente. Con todo, el golpe de gracia lo reservé para el siguiente dia despues de conocerla.

Si es una aventurera se guardará de darme la cara, ó sabré como he de manejarla: si es una muger de caprichos, no se reirá á mi costa, ó me tomará como instrumento para no volverme á saludar.

Algo me distraje de Serafina con esta aventura fria; sin dejar por eso de ir á rogarle periódicamente que me cumpliera su promesa. Siempre una evasiva, un desden ó un desaire completo. ¡Cuanto sufría yo!...

Acabó la noche y viendola salir corrí á ella.

—Se va vd. sin cumplir su promesa.

—Será mañana.

—De veras?... ¿me lo promete vd?

—Prometer no, pero verémos.

Desalentado me volví á mi enmascarada que solía tomarme cuenta de estas ausencias. Ella salió tambien y no permitió que la acompañase ni á la puerta.

—Mañana me quitaré un rato la careta. Adios.

—Adios, linda.

—Mañana verás si es cierto—y sus ojos me decian que esperaba dejarme satisfecho.

Antes de ir al baile del miércoles, última noche de locura para los burgaleses, medité seriamente sobre lo que debía de hacer.

¡Sigo haciendole el lloron á Serafina, que al fin no bailará conmigo, ó me atengo á mi desconocida que por poco que valga, parece estar dispuesta á proporcionarme un rato de positivo placer?

Esto es lo mejor. No vuelvo á hablarle á Serafina, ni á cometer la bestialidad de dejar lo dudoso y lo ideal, por lo cierto y lo positivo.

Con tales intenciones entré á la sala.

Mi enmascarada me habló luego que me vió pero yo vi á Serafina, le fui á hablar dejando á la otra.

La encontré mas blanda; y aunque frívola, me dió una disculpa; demasiado era esto, y desde luego formé el propósito de no comprometerme con la otra de manera que me impidiese completamente el seguir esperando de esta el placer inefable de bailar con ella.

Tan amable me pareció, que despues de seis años de rigor constante, vislumbé una esperanza cierta y comencé á ser desatento con la enmascarada para librarme completamente de ella si era posible.

—Llévame al tocador—me dijo la desconocida á eso de la una de la madrugada.

Fuimos y cuando estuvimos solos, me dijo quitándose la careta.

—Mirame....

—Ah! es vd....—esclamé sorprendido al verla.

—Me he quitado la careta por uno de estos dos motivos; ó porque no vacile vd. creyendome una cualquiera, ó por despedirlo al fin, si despues de conocerme sigue tan desatento, tan impolitico.

—Pero; señora....

—Aún no soy casada.

—Pues bien, señorita, vd. dispense.

.....
—Ahora ya sabe vd. quien soy. Lleveme á la sala, y no se me vuelva á acercar.

—Yo no he dado motivo....

—Es vd un majadero!.... Vamos.

Confundido como un criminal le dí el brazo y la dejé en un sofá.

Era nada ménos que Mariana, la hermana única de un usurero rico tan avaro él como pródiga ella: la cotorra de Búrgos, afamada por su talento, su frescura de treinta años, y su cortesanía positivista.

Y yo habia perdido aquello!.... Habia sido tan torpe que no la reconocia cuando todos envidiaban ya mi fortuna!.... ¿Qué me importa?—iba yo diciendo entre mí—Voy á bailar con Serafina, cuyo amor puro y virginal vale por todos los placeres del mundo.

Pero el diablo me perseguia. Al verme Serafina, sin darme tiempo de hablar:

—Escusese vd. la molestia de estar viniendome dijo—al cabo creo que no bailarémos.

—Pero vd. me lo prometió.

—Estaria distraida.... No hemos de bailar.

—Está bien.... Adios!....

El adios de un moribundo tendrá un acento ménos lúgubre; y cuando yo mismo lo pronuncie no he de sentir tan profundo dolor.

Tanto desprecio, tanta ingratitud, cuando por ella lo dejaba todo!.... Ni siquiera cortes se mostraba conmigo, una muger que era con todos la misma urbanidad.

Esa conducta irritó mis deseos, y resolví ya que no podia bailar con ella, ni entablar una conversacion de un minuto, siquiera tomarla la mano cruzandonos en el baile, cosa que ella evitaba tambien con el mayor cuidado.

Ya á la madrugada, cuando la fiesta iba á terminar, viendo que huia de mí como de un epidemido, formé mi plan. Se tocó una contradanza y no busqué compañera, sino que con la vista fuí siguiendo á Serafina que bailaba sin el cuidado de encontrarme.

Ella caminaba hácia uno de los extremos de las parejas, y era seguro que llegando á la última, si yo me paraba de improviso con una compañera, tendria que bailar mal de su grado, ántes que cambiar de direccion. Ella me vió que la seguia, y no hizo caso, no adivinando mi intencion. Yo recorri con la vista mis alrededores.

Precisamente en el lugar mas prócsimo estaba sentada una mascarita de aquellas que llevan tant^o ridiculez en su porte, su figura y su vestido, que nadie las sollicita, y ellas se mueren de envidia y de pesadumbre inmóviles en su lugar.

Miéntas Serafina daba las últimas vueltas de valse, yo me acerqué á la enmascarada fea, que sin darme tiempo de acabar la frase, se levantó componiéndose el vestido y dandome la mano.

Cuando Serafina se vió frente de mí con tal compañera, se vengó riéndose de la caricatura: á mí no me importaba.

La música siguió, hicimos la cadena y Serafina me tendió la mano..... pero con cuanto desprecio, con qué modo tan humillante..... y al volverse limpió el guante con su pañuelo, como si se lo hubiese dejado lleno de lodo!.... Y no fué accion casual sino marcada con la mas negra intencion: esperó á que la viera para herirme.... Serafina ha inventado siempre las armas mas agudas para traspasarme hasta el alma.

Los otros que formaban el grupo nos vieron sorprendidos; yo ciego de ira, y anonadado por el dolor, tomé de la mano á aquella pobre muger que me habia servido, y la estiré á su asiento, donde la dejé sin decirle una sola palabra de disculpa.

No es ecsageracion: hasta este grado de acritud y dureza ha llegado Serafina; que así como yo me dejaria morir por ella, ella tambien se dejaria morir, ántes que concederme el menor placer.

Ambas cosas bien naturales. Su desden era y será el pábulo de mi amor; y su ambicion y su amor propio son el estímulo de su desden.

¡Pero soy acaso un hombre tan corrompido, tan asqueroso, tan despreciable, que con toda la ternura y la pureza de mi amor, con todos mis sacrificios y mi idealismo no merezco siquiera la compasion de las gentes, y la tolerancia de una muger á quien deifico en mi corazon y en mis versos?

Yo que no vivia sino para Serafina, caí en el desaliento mas negro, desde este momento en que me habia dado una especie de sentencia absoluta. Ni hablarle, ni tocarla siquiera, al traves de los guantes, barrera que ha impuesto la sociedad á la amistad, á la confianza, al amor!.....

¡La he de amar hasta la muerte!.... este juramento lo hice con la fé de un supersticioso.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

JUAN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

C